W. G. Forrest

Los orígenes de la democracia griega

El carácter de la política griega
800-400 a. de C.

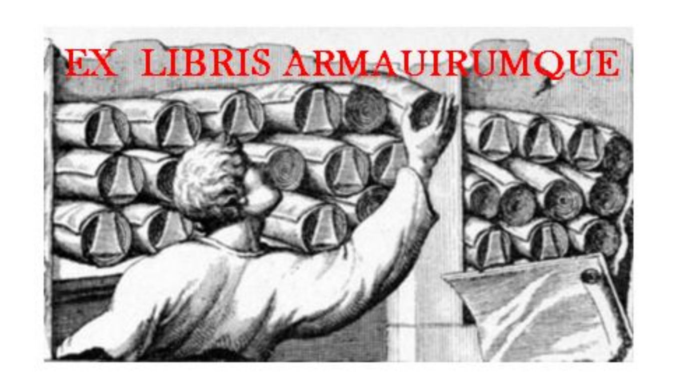


W. G. FORREST

LOS ORIGENES DE LA DEMOCRACIA GRIEGA

LA TEORIA POLITICA GRIEGA
ENTRE EL 800 Y EL 400 A.C.

Traducción del original inglés
PEDRO LOPEZ BARJA DE QUIROGA





AKAL

Maqueta RAG.

Título original: *The Emergence of Greek Democracy. The character of Greek politics, 800 - 400 BC.*

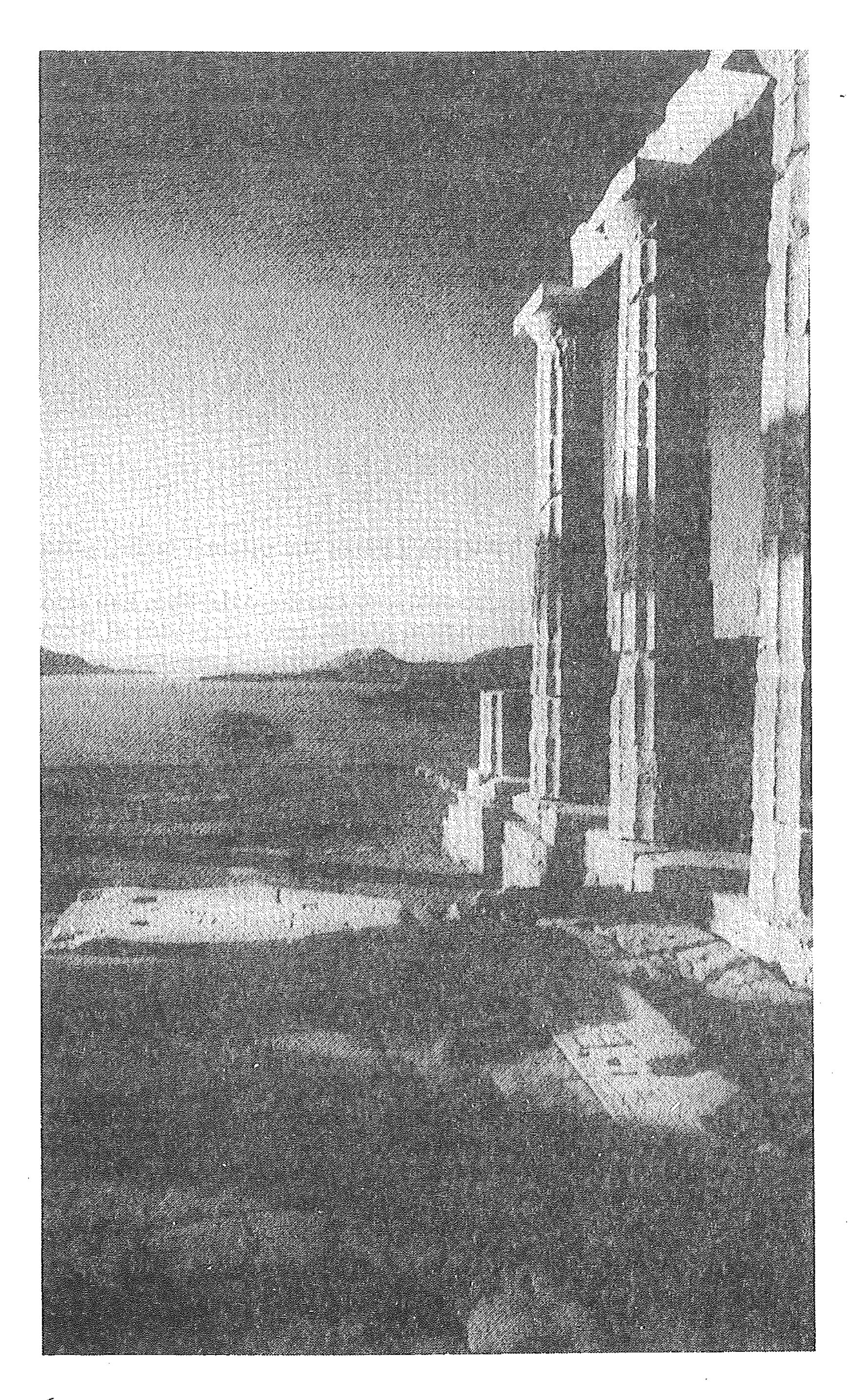
Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Telfs. 656 56 11 - 656 49 11
ISBN: 84-7600-330-7
D. L.: M. 41430-1988
Impreso: Gráficas GAR
Villablino, 54 - Pol. Ind. Cobo-Calleja
Fuenlabrada (Madrid)

NOTA DEL TRADUCTOR

La traducción se ha realizado a partir del original inglés, sexta reimpresión, 1979.

Las citas y fragmentos que aparecen a lo largo del libro han sido traducidos directamente del original griego, pero adaptados al texto cuando era necesario para no interferir el hilo de la argumentación. Agradezco la ayuda de Estela García Fernández para superar las dificultades que dichos textos plantearon.

La costa suroeste del Atica vista desde el templo de Posidón en Sunión (c.440 a.C.).



1. ERRORES Y ACIERTOS

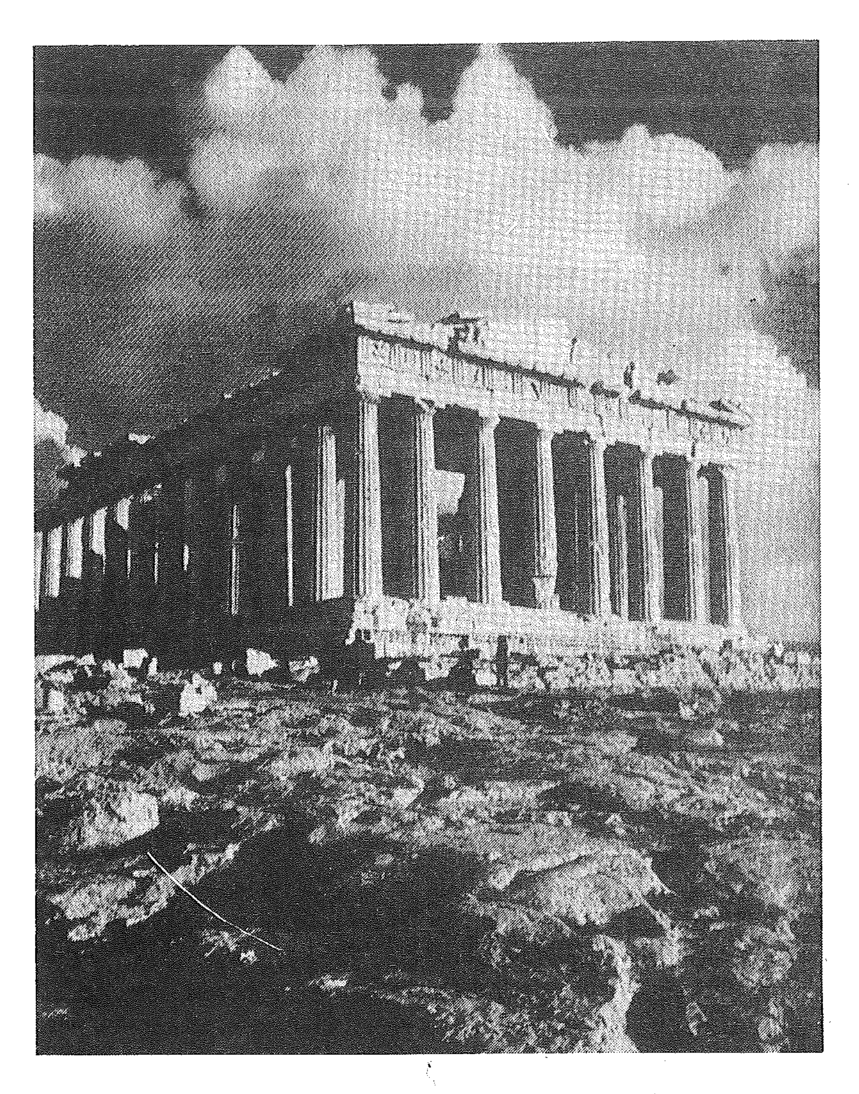
LOS ERRORES DE ATENAS

Durante el festival de Dioniso, en la primavera del 415 a.C., en el decimoséptimo año de la guerra del Peloponeso, cuatro meses después de que Atenas hubiera atacado y destruido la isla de Melos, pequeña y relativamente inocente, y tres meses antes de que una importante expedición fuera enviada para incorporar Sicilia al imperio ateniense, Eurípides hizo representar una de sus más terribles tragedias, *Las Troyanas,* un amargo estudio sobre la inútil crueldad de la guerra, destructora para el conquistado y no menos desmoralizadora para el vencedor. Troya ha caído y sus mujeres, dirigidas por la anciana reina Hécuba, aguardan su destino de manos de los griegos. Poco a poco, van llegando las noticias: Andrómaca, la esposa de Héctor, le corresponde en suerte a Pirro; Agamenón, el jefe del ejército, ha elegido a Casandra, la profetisa virgen ("¡Qué gran honor para ella compartir un lecho real!", afirma el ingenuo mensajero), el hijo de Andrómaca, todavía un niño, va a ser arrojado desde las murallas de Troya y la propia Hécuba, tras compartir la agonía de su nuera, su hija y su nieto, inicia el camino hacia la esclavitud mientras las ruinas de su ciudad son entregadas a las llamas. El desastre es total, pero Eurípides no se limita a describirlo; en una especie de prólogo, los dioses Atenea y Poseidón lo han situado en un contexto más amplio:

> "Loco el mortal que destruye ciudades, el que asola templos y tumbas, santuarios de los muertos, porque él mismo será destruido después".

El saqueo de Troya y las penalidades de los griegos a su regreso quedaban en el 415, ocho siglos atrás, pero a nadie se le escapaban las semejanzas; implícitamente, se estaba condenando tanto la política de Atenas en el pasado, como sus ambiciones para el futuro. Sólo una audiencia muy segura de sí puede digerir plato tan fuerte como éste.

Tres años después, en la misma festividad trágica, el mismo autor presentó su *Helena,* una ficción melodramática, de gran encanto y belleza, pero de escaso mérito, que no pretende ser una obra dramática seria, ni tener una inmediata proyección en las circunstancias del momento: Helena no se había fugado con Paris, sino que aguardaba inocentemente en Egipto mientras su marido Menelao combatía diez años antes los muros de Troya para no recuperar sino un fantasma, imagen



El Partenón o templo de Atenea Parthenos desde el noroeste. El más bello de los templos de época de Pericles fue diseñado por Ictinos y Calícrates y construido entre el 447 y el 438 a.C. Fidias supervisó y en parte, realizó él mismo la escultura que lo decoraba (véase las figuras de las páginas 20 y 34). En la Antiguedad, la extensión que aparece en primer término estaba terraplenada y la perspectiva quedaría estorbada por estatuas y pequeñas capillas.

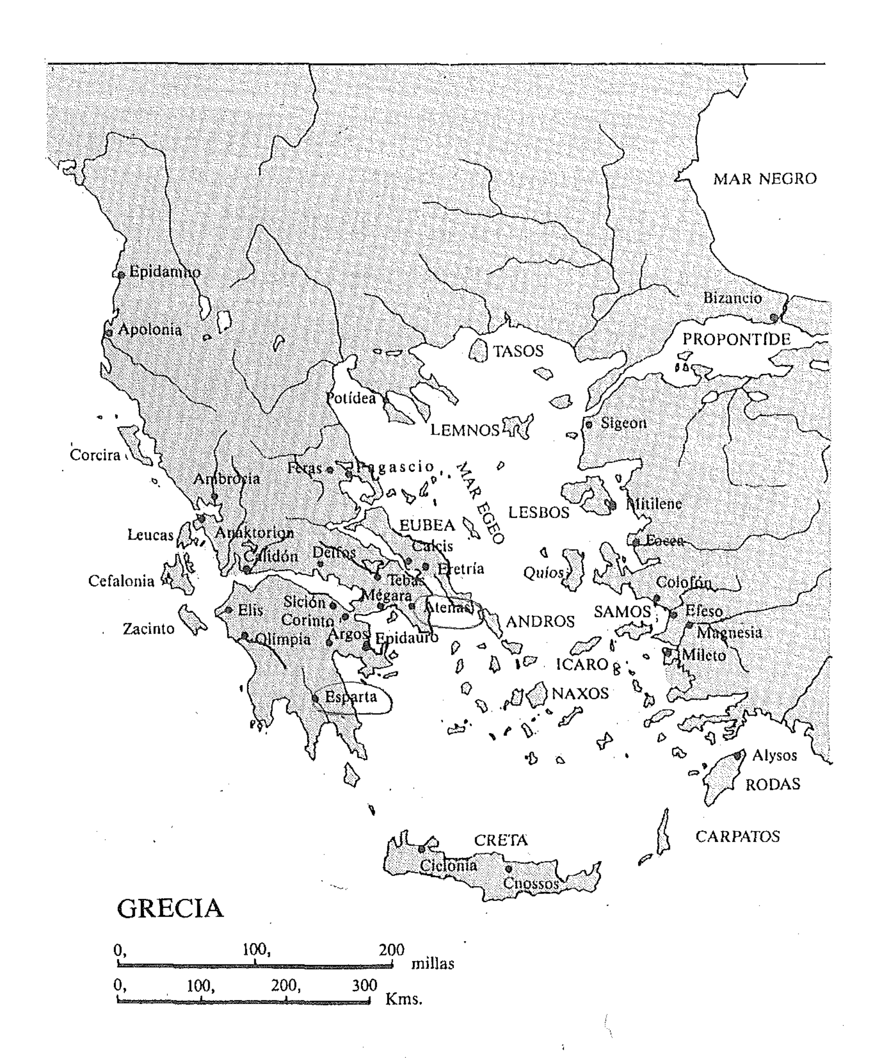
de su esposa creada por los dioses para reducir el exceso de población del mundo; Menelao llega al fin a Egipto, arrastrando al fantasma con él, justo a tiempo para salvar la virtud de su verdadera esposa de los designios de un perverso rey egipcio. No hay aquí mucho de tragedia;

más bien se trata de un cuento de hadas romántico, forjado a partir de una mitología descabellada y de las sutilezas de la filosofía contemporánea. Con todo, la explicación del cambio de tono es bastante obvia.

La primera expedición a Sicilia había malgastado la mayor parte de la estación apta para las operaciones militares del 415 pero al fin logró acampar y poner cerco a la presa más codiciada de todas, la ciudad de Siracusa. Pero allí, por una mezcla de mala suerte y de estrategia incompetente, los atenienses fueron perdiendo la iniciativa gradualmente. La flota se encontró bloqueada en la bahía de Siracusa; el ejército de tierra estaba sitiado virtualmente, y una gran escuadra de refuerzo que arribó a comienzos del verano del 413 tan sólo llegó a tiempo para compartir la destrucción de los que ya estaban allí. De un modo increíble, Atenas había perdido la mejor parte de su flota y aproximadamente un tercio de la totalidad de sus efectivos militares. En el año 412, la audiencia de Eurípides había perdido por completo la confianza en sí misma y deseaba olvidar la realidad.

En el terreno de la política, al igual que en el teatro, el ateniense tampoco era capaz de afrontar sus responsabilidades. Por primera vez en cincuenta años estaba dispuesto, e incluso lo deseaba ardientemente, a dejar que otros tomaran decisiones por él, dispuesto a abandonar su constitución democrática y a entregar el poder a una oligarquía. Por poco tiempo, es cierto. No había transcurrido un año desde aquel marzo del 412 y ya los atenienses se reían con una parodia aristofánica de la *Helena* en *Las Tesmoforiantes*; y apenas habían transcurrido tres meses del golpe oligárquico de mayo de 411, que puso todo el poder en manos de cuatrocientos individuos, cuando los cuatrocientos fueron derribados y la administración transferida a los "más capacitados para servir al estado con sus personas y haciendas"; de hecho, a un cuerpo de nueve mil. Incluso este régimen más liberal sólo había durado unos nueve meses, cuando se restableció de nuevo la democracia plena. Con todo, pese a estas muestras de vitalidad, una vitalidad que permitió prolongar la guerra otros seis años, la Atenas del 415 había desaparecido; y el hecho de que una escuadra espartana fondeara en el año 404 en el Pireo no hizo sino confirmar lo que ya sabía la mayor parte de los griegos, incluidos los atenienses: que un sorprendente experimento imperialista había fracasado.

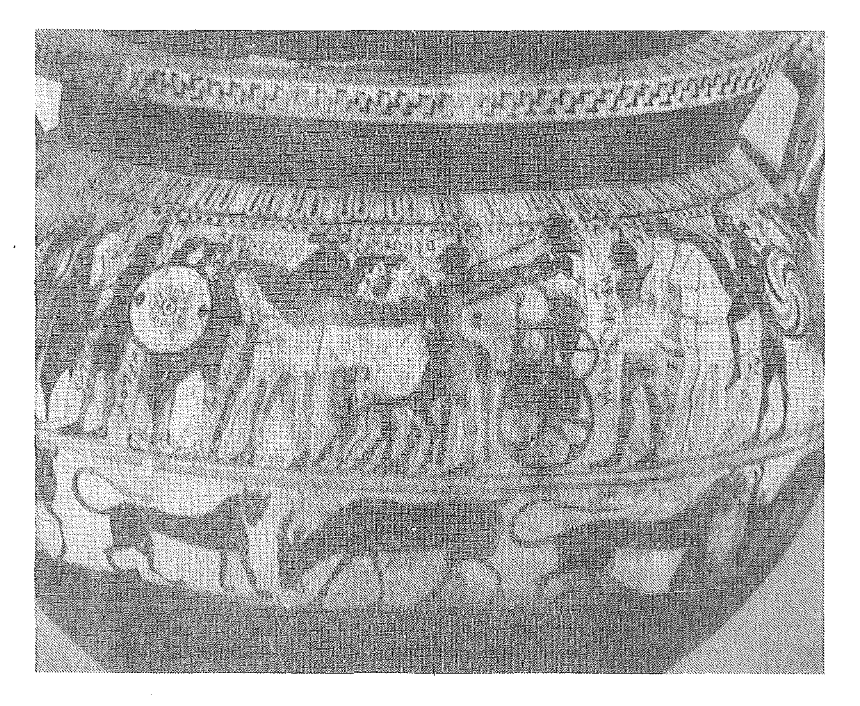
Era imposible separar dicho imperialismo de la democracia que lo había alentado, y de ahí que pronto se extrajeran del fracaso moralejas políticas. Esparta se jactaba de que su constitución oligárquica había permanecido sin cambios a lo largo de diez generaciones: una oligarquía estable, pues, era mejor que una democracia inconstante y temeraria. La grandeza de Atenas había comenzado en los primeros días de la democracia, antes de que los ciudadanos de la clase inferior, la de los hombres que remaban en las naves, hubieran hecho sentir su peso en las decisiones políticas; la democracia, por tanto, fue algo admirable mientras la mitad del *demos*, la mitad inferior, no mos-



tró interés alguno en participar. Y los éxitos de Atenas continuaron, incluso con una democracia radical, mientras hubo un hombre, el aristócrata Pericles, para mantenerla bajo control. La democracia radical, por tanto, puede ser tolerada sólo si equivale a una dictadura consentida. Estas afirmaciones coincidían en echar toda la culpa sobre el ateniense medio. También tenían en común el haber sido elaboradas por personas ajenas al ateniense medio. No eran sino opiniones partidistas, falsas en parte o por completo, pero aún así han inspirado la mayoría de los juicios emitidos sobre Atenas desde entonces.

Atenas, entre el 460 y el 400 a.C., presenta para el historiador actual muchos contrastes embarazosos y muchas contradicciones. Durante una parte considerable de este período, del 443 al 429, fue go-

bernada por Pericles (nacido hacia el 490, muerto en el 429), el hombre que, a pesar de su noble alcurnia, había contribuido en sus años juveniles (entre el 462 y el 451) a completar la democratización de la constitución; el hombre que había procedido a definir, sobre bases nuevas, la gran alianza que Atenas había formado y dirigido contra los persas (entre el 478 y el 449), de manera tal que quedara prácticamente convertida en un imperio ateniense; el hombre que había desarrollado los recursos económicos y militares de Atenas, hasta el extremo de que en el 431 ninguna otra fuerza o coalición de fuerzas podía en Grecia pensar en desafiarla en el mar o en obligarla a combatir por tierra; el hombre, que, por último, había tenido esa imagen de Atenas y de su cometido en el mundo griego que, según la presenta Tucídides en la Oración Fúnebre (II, 35-46), ha torturado, desde entonces, a los escolares, entusiasmado a sus maestros y subyugado a los historiadores idealistas.



Escena troyana en una vasija corintia para mezclar el vino y el agua (crátera; cf. la lámina de la pág. 81) de principios del siglo VI. A la izquierda, el rey Príamo y Hécuba; las restantes figuras son guerreros y mujeres; las del centro, tal vez, prisioneros de guerra.

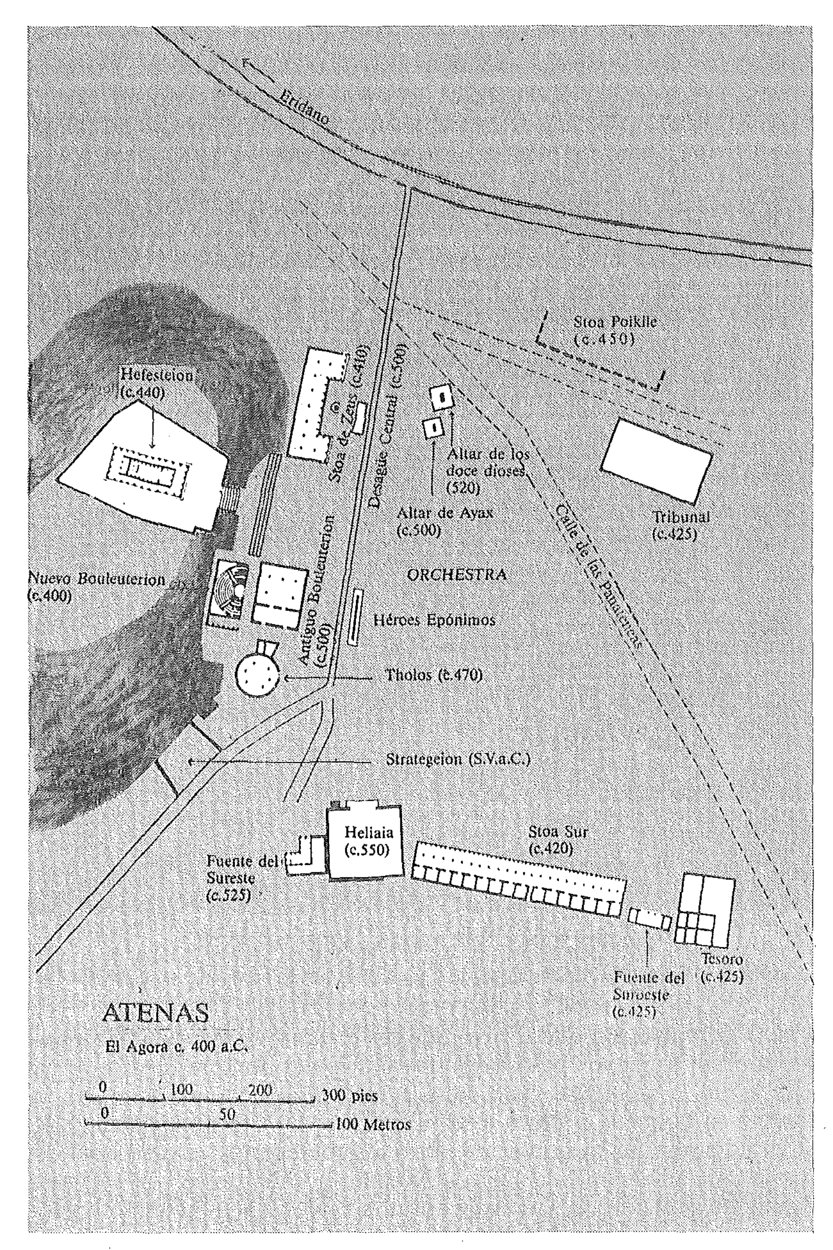
Dejando a Pericles a un lado, fueron también aquéllos los años que presenciaron la representación de las últimas y más importantes tragedias de Esquilo, y en los que transcurrió la mayor parte de la vida

activa de los otros grandes dramaturgos, Sófocles, Eurípides y el comediógrafo Aristófanes. La paz con Persia, en el 449, permitió construir una gran cantidad de edificios públicos, sagrados y profanos, entre los que se encuentran el Partenón, el templo dedicado a Hefesto, el Odeón, las *stoas* del ágora, los templos de Sunion y Ramnunte y un poco después el Erecteion; es decir, algunas de las obras maestras de la arquitectura griega; al lado de los arquitectos Ictino, Mnesicles y Calícrates trabajaron Fidias y otros escultores que representaron, por ejemplo, en el friso del Partenón "esa unión de aspiraciones comunes y libertad individual... un orden que nunca llega a derrumbarse, aunque constantemente parece que fuera a hacerlo", que es "una perfecta ilustración del ideal de la democracia... formulado en el discurso fúnebre de Pericles". (Sir John Beazley).

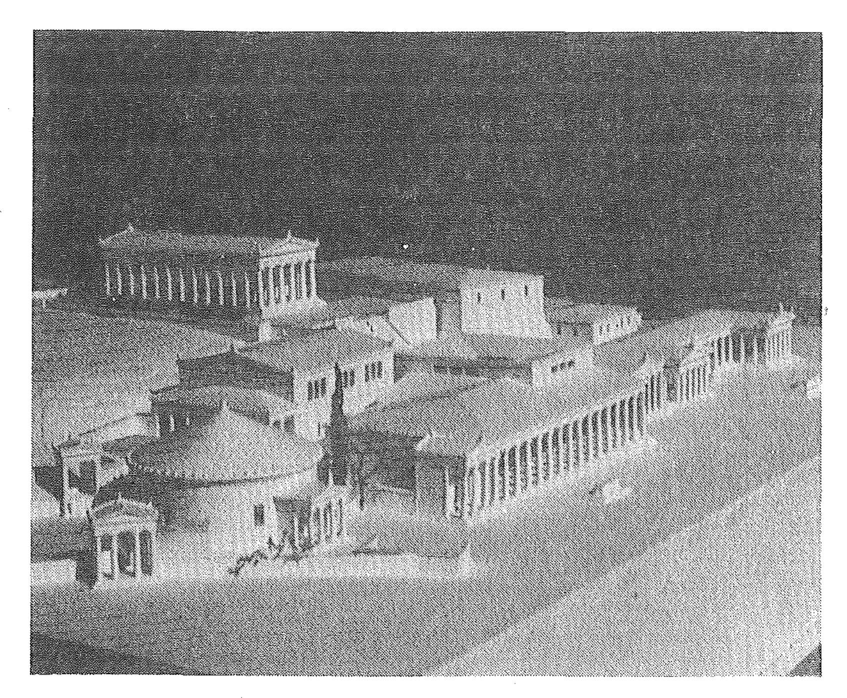
Esa misma Atenas atrajo hacia sí a extranjeros geniales, a Herodoto de Halicarnaso, padre de la historia, a filósofos como Protágoras de Abdera y Anaxágoras de Clazómenas, los cuales inspiraron, a su vez, en los propios atenienses el deseo de superarles; a Tucídides, cuyo relato de la guerra del Peloponeso es una de las más agudas piezas de análisis político que se han escrito jamás, y a la vez una historia llena de compasión, genialmente narrada; y a Sócrates quien consiguió por primera vez que la filosofía, o, al menos, un filósofo, Platón, se ocupase de aquellos problemas que han constituido desde entonces el centro de su atención.

En esos cincuenta años, pues, reside la esencia de "la gloria que fue Grecia". Pero, no todo fue gloria. Las asombrosas realizaciones intelectuales y artísticas de vez en cuando se ven ensombrecidas por ataques malintencionados a sus creadores más admirables: Aristófanes fue denunciado; Fidias, Anaxágoras y Tucídides partieron al exilio; Sócrates fue condenado a muerte y ejecutado. El programa de construcciones fue posible, al menos en parte, gracias al tributo extraído de los estados miembros del Imperio; mantener este imperio era para Pericles una parte fundamental en su concepción de la grandeza de Atenas. Y lo peor de todo fue que su política condujo directamente a la guerra, en el 431, contra Esparta y contra otras potencias hegemónicas de la Grecia continental; una guerra que, a pesar de todos sus preparativos, perdió Atenas y que destruyó por completo esa concepción, fuera de toda esperanza de revivirla.

Nada hay, para los historiadores, más difícil de perdonar que el fracaso. Pero tenían al alcance de la mano una solución fácil y reconfortante. Dados los juicios emitidos sobre el *demos* ateniense por miembros de las clases altas, contemporáneos o inmediatamente posteriores, como Tucídides o Platón, era sencillo encontrar un chivo expiatorio que fuera culpable sin apelación siempre de algunos y a veces de todos los errores que hacían falta explicar, es decir, un hombre cuyas faltas habían ya denunciado los autores antiguos y que podía ser condenado sin sentimiento alguno de culpa (tampoco los historiadores modernos han sido hombres de las clases inferiores): el ateniense medio.



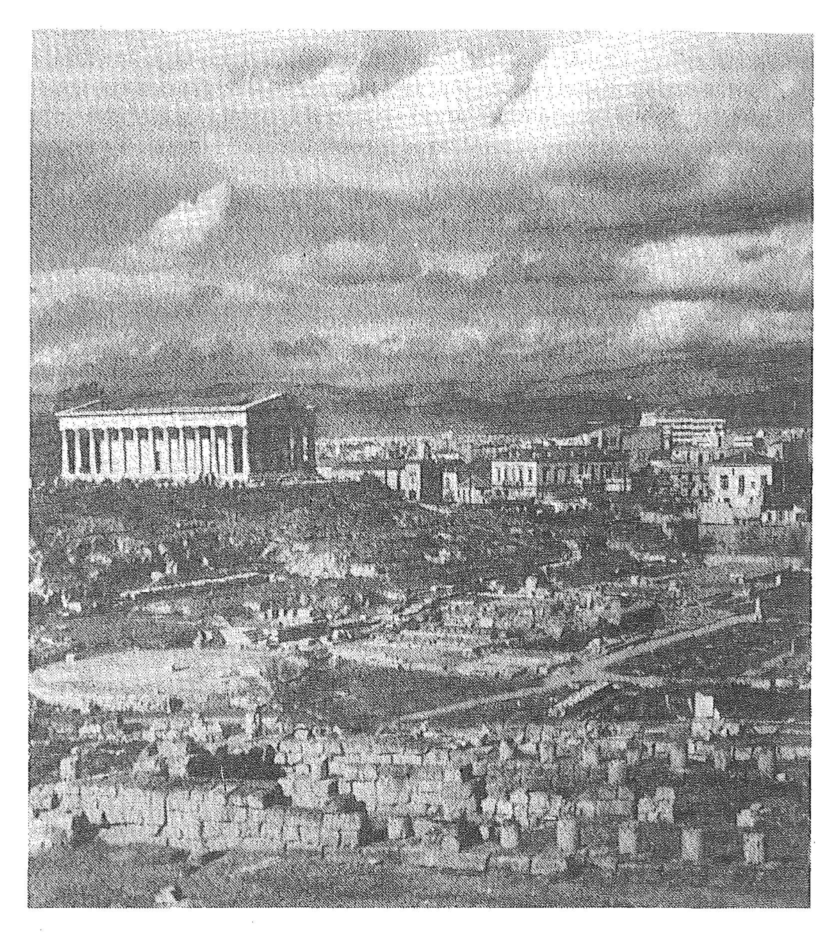
Este plano resume varios dibujos excelentes, realizados en distintas fechas, por J. Travlos para la *American School* de Atenas. Se han omitido muchos detalles (basas, altares, etc.) cuando eran dudosos. La evidencia arqueológica no puede tampoco garantizar todos los detalles que aparecen en este plano, pero aún así, representa con bastante exactitud los rasgos principales del centro comercial y cívico de Atenas en tiempos de Pericles.



Maqueta de la parte occidental del Agora (después de la época helenística). Para identificar los edificios véase pág. 13. La Tholos daba alojamiento al comité permanente del Consejo (pág. 16). El Bouleuterion era la sede del consejo; el Metroon (que se instaló en el edificio viejo del Bouleuterion), era un archivo estatal; la Stoa de Zeus probablemente servía de lugar de reunión de un tribunal importante y para reuniones ocasionales del Areópago (pág. 124). El templo de Hefesto es algo más antiguo que el Partenón.

LA CONSTITUCION ATENIENSE

Y culpable, sin duda, tuvo que serlo. Jamás constitución alguna ha concedido mayor peso a las decisiones del hombre medio que el que le dio la ateniense. Esta constitución establecía una democracia directa en la que la política a seguir, incluso en cuestiones de detalle, se decidía por una asamblea de todos los ciudadanos varones adultos; los magistrados con poder ejecutivo eran nombrados o por sorteo o mediante votación, y esa misma asamblea examinaba meticulosamente su gestión durante el cargo. Se reunía como mínimo cuarenta veces al año y, además, siempre que los principales magistrados lo estimaban necesario. Sólo estos magistrados y los miembros del Consejo podían presentar propuestas; pero la asamblea tenía plenos poderes de debate y de enmienda e incluso podía dar a veces instrucciones al Con-



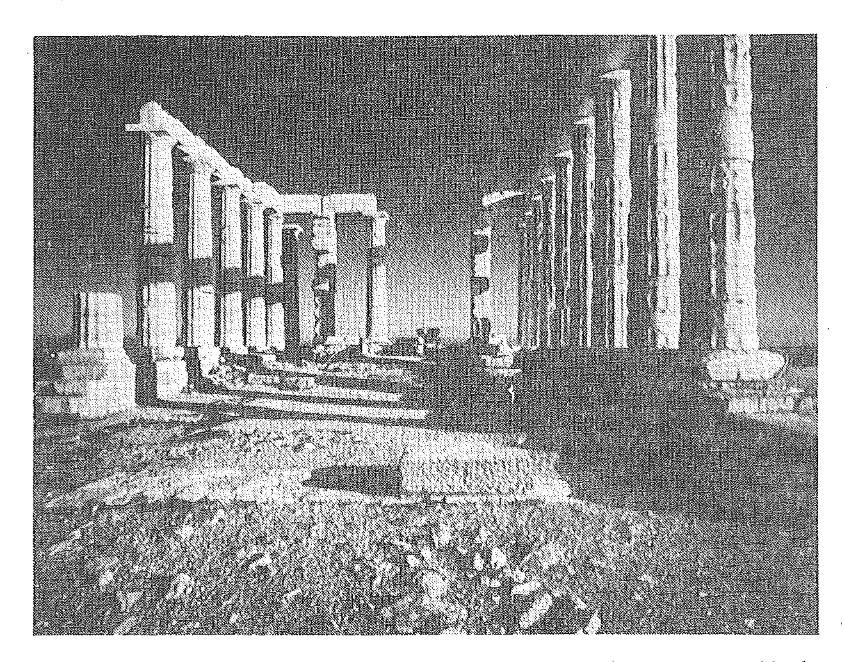
Parte occidental del Agora en su estado actual. El templo de Hefesto se alza todavía casi intacto. Los cimientos circulares (abajo a la izquierda) corresponden a la Tholos. Tomándola como referencia podemos identificar otros cimientos, comparándolos con la maqueta de la página anterior y el plano de la pág. 13.

sejo para que éste presentara alguna propuesta concreta en una sesión ulterior.

El propio Consejo, cuya principal tarea consistía en dar forma concreta a los asuntos que la Asamblea debía discutir y en ocuparse de una parte considerable de la rutinaria administración cotidiana, estaba compuesto por quinientos miembros de todos los lugares del Atica elegidos anualmente, a razón de cincuenta por cada una de las diez tribus. Sin duda, muchos atenienses no deseaban ejercer este cargo; y sin duda también cualquiera que se interesase por la política podría hacerse elegir; pero nadie podía actuar como consejero más de dos

veces en su vida y en conjunto, la composición de este organismo debió ser bastante representativa de la población ateniense, tanto desde el punto de vista económico como geográfico. Diez grupos designados por las tribus se encargaban por turno de formar el Comité permanente del Consejo; un comité que estaba siempre en sesión y habitaba en los edificios del Consejo mientras duraba su período en funciones. Un presidente diario, elegido también al azar entre el grupo, actuaba como presidente del Comité del Consejo o de la asamblea, según cuál de ellos se reuniera.

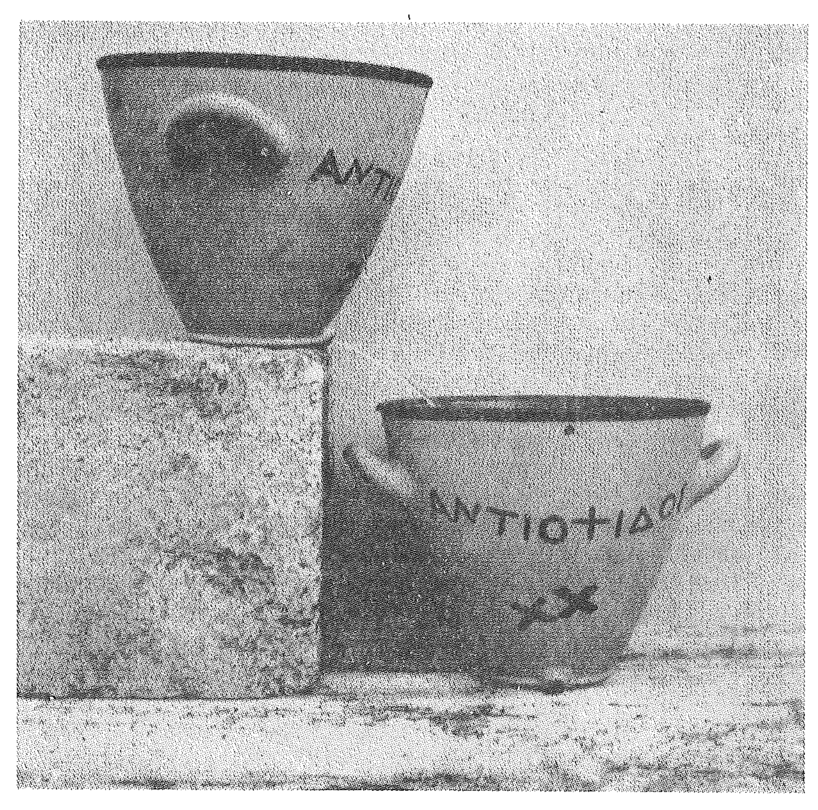
Es evidentemente muy difícil trazar una clara línea de separación entre las decisiones administrativas y las políticas. En Atenas los magistrados principales, es decir, el cuerpo de los diez *strategoi* (generales), el único cuerpo importante cubierto por elección directa, debe haber influido siempre en la política ateniense y de vez en cuando también, haberla dirigido, incluso en los asuntos más importantes. La razón de ello se encuentra tanto en la naturaleza de su cargo, ya que a los jefes militares ha de concedérseles cierta libertad para tomar decisiones, como en su prestigio personal, ya que para salir elegido se requería ante todo gozar de considerable popularidad. Fue en calidad



Templo de Posidón en Sunión, en el extremo meridional del Atica. Fue construido de acuerdo con el plano de un arquitecto desconocido hacia el 440 a.C. y aquí se le ve desde el oeste. Sus brillantes columnas de mármol blanco proporcionaban al marino que regresaba su primer atisbo del Atica: "¡Oh, poder estar allí, donde el boscoso promontorio bañado por las olas se alza sobre el mar al pie del alto Sunión y saludar desde allí a la sagrada Atenas!" (Sófocles, *Ayax,* 1216-21).

de estratega, elegido con regularidad, como Pericles pudo, durante su supremacía, mantener a la asamblea bajo control. Pero, aparte de los *strategoi* (e incluso a ellos, la asamblea les elegía, les daba instrucciones y les juzgaba por su gestión) ningún ateniense o grupo de atenienses que no fuera una representación típica y más o menos aleatoria de toda la comunidad tenía derecho a voz en las decisiones sin la aprobación de la asamblea. El único organismo que hubiera podido poner un límite a la independencia de la asamblea, el Consejo, era a su vez una asamblea en miniatura que de vez en cuando se oponía sin duda a ella como resultado de una mejor información o de una reflexión más detenida, pero nunca por una diferencia básica de intereses.

De la misma forma, las sentencias de los tribunales -sentencias que de vez en cuando podían tener implicaciones políticas -eran emitidas por jurados muy amplios de quinientos o mil miembros, que de



Reloj de agua *(Klepsydra)*, empleado para medir y limitar la duración de los discursos en los tribunales. El original en el que se basa este modelo probablemente perteneció al edificio del consejo y lleva el nombre de una de las diez tribus (pág. 167) que formaban por turno el comité permanente. Las dos cruces indican la capacidad del recipiente y, por consiguiente, el tiempo concedido, en este caso, unos seis minutos.

nuevo, eran elegidos indiscriminadamente de entre todos aquéllos que se tomaban la molestia de presentarse. Los escritores profesionales de dircursos quizá ejercieran alguna influencia en la votación, gracias a la calidad de los argumentos que aducían en favor de su cliente; pero el magistrado que presidía, el arconte, cuya designación se producía siempre por sorteo sin que influya el tener experiencia judicial alguna previa, no ejercía ninguna en absoluto. En su origen los tribunales fueron comités de la asamblea, o bien, la propia asamblea reunida con atribuciones judiciales para oir las apelaciones contra las sentencias emitidas por un magistrado de un tribunal de primera instancia y cuando, con el paso del tiempo, el tribunal de primera instancia y el de apelación fueron, por decirlo así, agrupados, el arconte no conservó en el nuevo procedimiento nada de su primitiva autoridad. A lo largo de su historia los tribunales atenienses conservaron esta característica esencial de que sus sentencias fueran siempre sentencias no profesionales que probablemente se hubieran visto confirmadas por cualquier escrutinio realizado entre todos los ciudadanos.

LA SOCIEDAD ATENIENSE: EL *DEMOS*...

Así pués, el gobierno de Atenas corrió a cargo del ateniense medio, pero ¿quién era este ateniense medio?, ¿cómo, cuándo y en qué se equivocó?, ¿de qué fue culpable? Las respuestas a estas preguntas han adoptado formas muy diferentes. Algunos optan por una degeneración paulatina del *demos*, corrompido por el ejercicio del poder. Otros aducen que sus apetitos, por naturaleza desmedidos y que Pericles supo contener no encontraron ya barreras bajo sus sucesores, menos escrupulosos y, en tanto que peor educados, menos capaces. Otros aducen otras razones. Pero todos coinciden en distinguir claramente entre unos pocos, "respetables" y bien educados y la multitud egoísta, o entre el sórdido mundo de la política y el mundo aparte del intelectual, en el que, de manera algo misteriosa, se suele considerar incluido a Pericles. Esto equivale a decir que el ateniense común no es el ateniense medio sino algo más bajo y más indecente y a afirmar que su actividad se limitó a las decisiones políticas (y entre ellas, sólo a las malas).

> "Los demagogos que se creyeron calificados para ocupar el puesto de Pericles no hicieron sino poner de manifiesto la incapacidad de una democracia radical para conducir un gran conflicto bélico". (C.Hignett).
>
> "...La clase inferior que formaba las tripulaciones de la flota exigió tener un voto decisivo en los asuntos públicos y arrastró desde entonces al estado.(i.e. a la derrota)". (N. G. L. Hammond).

"La adulación se convirtió entonces en el instrumento de gobierno con respecto a esa masa plebeya... cuyas exigencias preludian el *panem et circenses* del populacho romano". (A. Bonnard).

Esto son juicios típicos. A la "democracia radical", a la "clase baja", a la "masa plebeya", se la puede distinguir de algo menos radical, menos bajo, menos plebeyo. Pero ¿quiénes formaban la clase baja?

"Podemos fácilmente dividir a los atenienses en oligarcas, moderados y radicales... más o menos equiparables a los ricos, la población rural y el proletariado urbano... una clasificación reflejada en la organización militar... pues los ricos servían en la caballería, los campesinos libres como hoplitas (la infantería pesada) y los *thetes* (quienes no podían costearse una armadura) como marineros o remeros en la flota" (C.Hignett).



Krater de campana ático de figuras rojas (vasija para mezclar vino y agua) de finales del S. V obra del pintor de Comares, que representa el interior de una pequeña alfarería. Obsérvese que el joven pintor de la izquierda sostiene el pincel con el puño a la manera japonesa. Del techo cuelgan algunas vasijas terminadas y algo que parece una caja de pinceles.



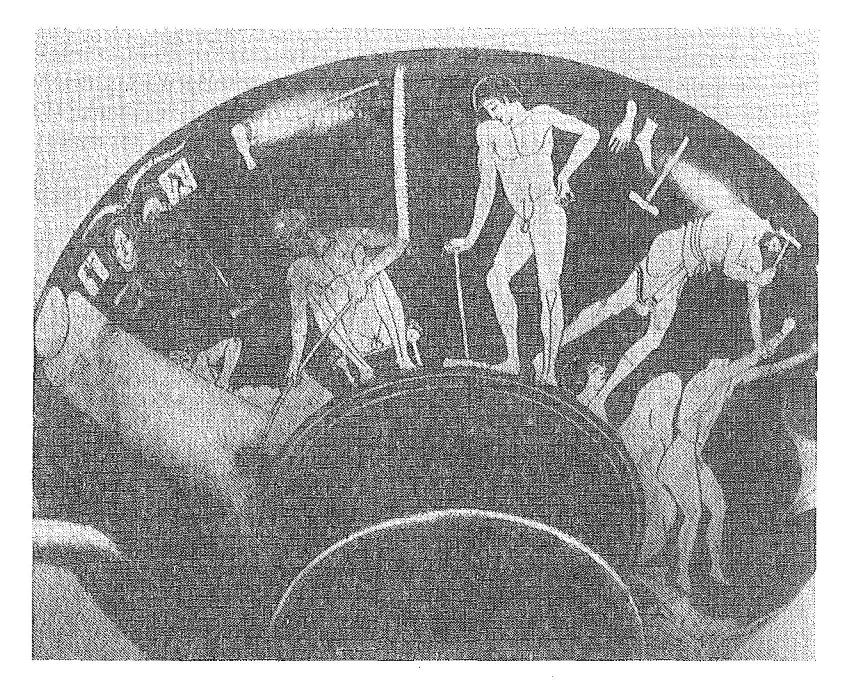
Un friso escultórico, planeado y parcialmente realizado por Fidias rodea la *cella* principal del Partenón. Representa la procesión cuatrienal de las Grandes Panateneas (pág. 159), que desde el camino panatenaico cruzaba el Agora y subía al Partenón en lo alto de la Acrópolis. Este fragmento corresponde a la parte occidental del friso y representa a unos jóvenes preparándose para la procesión. A la izquierda, uno se pone una corona antes de montar a caballo; a la derecha, un muchacho aprieta el cinturón de su dueño.



Y técnicamente hablando hay algo de verdad en esto. Desde los días de Solón (594 a.C.) los atenienses estaban divididos en cuatro clases censitarias: los *pentakosiomedimnoi,* hombres cuyas propiedades podían producir anualmente quinientas medidas de grano o su equivalente, los *hippeis,* o jinetes que podían costearse un caballo y equipar-

se para el servicio de caballería; los *zeugitai* u hoplitas, aquéllos que podían armarse para servir en la infantería; y los *thetes,* que eran quienes no podían hacerlo. En un principio, como veremos, estas clases tuvieron un significado político importante, dado que la pertenencia a cada una de ellas comportaba la cualificación para desempeñar determinadas magistraturas. Oficialmente éste seguía siendo el caso en el siglo V, al menos si consideramos que la ley excluía a los *thetes* del cargo civil más importante, el arcontado, y que los principales puestos financieros estaban reservados para los *pentakosiomedimnoi.* Ahora bien, no parece probable que la ley fuera aplicada estrictamente, ni siquiera en lo que al arcontado se refiere, y aunque la falta de experiencia militar, por no mencionar la carencia de armadura, excluiría realmente a los *thetes* de la *strategia,* podían, por lo que sabemos, acceder a las restantes magistraturas si así lo deseaban. Es concebible pues, probable incluso, que, cuando se planteaban cuestiones militares, los hombres recordasen a qué clase pertenecían y se comportaran de modo congruente con los intereses militares de su clase. Asimismo, sería natural que al hecho de pertenecer a los grupos más elevados se le concediera un cierto valor snob. Pero, por sí sólo, cabría identificar las clases con agrupaciones políticas, si se pudiera demostrar, que en la mentalidad ateniense predominaron siempre las cuestiones militares (lo que no ocurría), o bien que las clases correspondían a diferencias reales en lo económico, lo social o lo político. La división arriba mencionada presupone que así era: los *thetes* son el ''proletariado urbano''; los hoplitas, son campesinos libres y si esto es cierto, una separación económica semejante, seguramente podría conducir a conflictos políticos.

Pero ¿es cierto esto? Nada más cómodo para nosotros que imaginarnos un proletariado industrial y contraponerlo a lo que para el historiador moderno casi se ha convertido en un sustituto del buen salvaje: un vigoroso campesinado que cuando no está en campaña, se dedica a cultivar sus fértiles campos. Y desde luego que había muchos campesinos en el Atica del siglo V, y algunos vigorosos sin duda; también había, población urbana aunque era menos numerosa. Pero, sencillamente no existía el tipo de hombres que constituye el proletariado urbano que conocemos. El personal de las fábricas existentes estaba formado por esclavos, no por obreros libres. No había un solo oficio de importancia, doméstico, industrial o agrícola, de los que hoy día desempeñan asalariados, que no estuviese monopolizado casi de un modo exclusivo por los esclavos. El ateniense medio era un propietario independiente, artesano, comerciante, tendero o fabricante en la ciudad; y en el pueblo o en la aldea, artesano, tendero o, con más frecuencia, agricultor. Algunos eran pobres y trabajaban solos; otros, en cambio, contaban con mayores medios y empleaban a uno o a varios esclavos; casi todos eran independientes. Se carece también de pruebas para concluir (y es de hecho poco probable) que hubiera diferencias notorias entre los ingresos medios de la mayoría de la población



Copa ática de figuras rojas de comienzo del siglo V, obra del pintor de la Fundición. Representa el taller de un broncista que está dando forma a una estatua inacabada (a la derecha). A la izquierda, dos ayudantes se ocupan del horno. Sobre el suelo y las paredes, herramientas diversas y "piezas de recambio".

urbana y los de la rural. En pocas palabras, también había hoplitas en la ciudad, y también trabajaban *thetes* en el campo; y cuando entraban en conflicto los intereses de la ciudad y del campo, la discordia política resultante enfrentaba a *thetes* con *thetes* y a hoplitas con hoplitas.

Podemos ir más lejos. Un agricultor pobre o un artesano pobre puede hoy en día verse a sí mismo como algo distinto del agricultor o artesano afortunado, y quizá prefiera considerarse un miembro de la "clase trabajadora". Pero en una sociedad donde no existía la clase trabajadora en el sentido actual, ¿cómo hubiera podido sentirse separado? ¿En qué grupo se hubiera incluido? ¿Dónde podríamos trazar un corte significativo en la escala ascendente de la riqueza? Y si pudiéramos hacerlo, que lo dudo, ¿por qué habría de ser precisamente, o aún aproximadamente, en el punto que separaba a los *thetes* de los hoplitas?

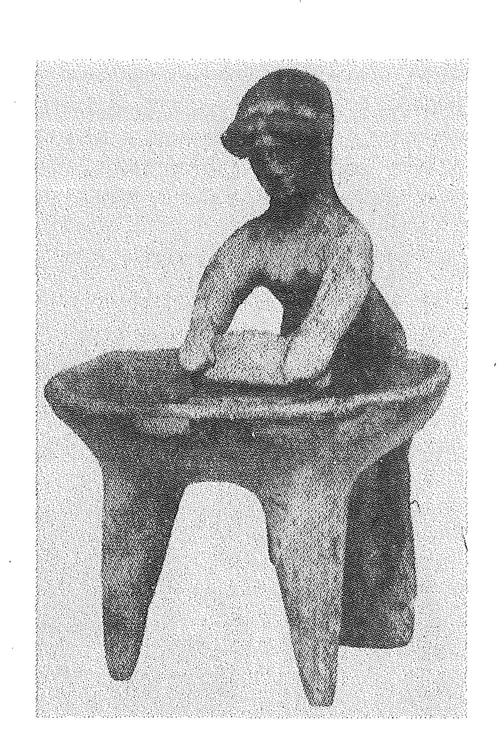
La sociedad ateniense, por tanto, era mucho más homogénea que la nuestra. Había, claro está, diferencias, entre nobles y plebeyos, ricos y pobres, hoplitas y *thetes*, hombres de campo y de la ciudad, y tales diferencias llegaban a influir en la vida política cuando surgían

problemas que afectaban a grupos distintos, pero no tenemos razón alguna para suponer que alguna de estas diferencias o una combinación cualquiera de ellas pudo conformar alguna vez un grupo político estable. Con bastante frecuencia nos encontramos con el ateniense típico en la comedia o en las páginas de los oradores. No es en modo alguno rico, pero tampoco pobre: es el caso, por ejemplo, del coro de *Los Acarnienses de Aristófanes,* ancianos campesinos, hoplitas y carboneros, furiosamente belicistas; en cambio, en la misma comedia, Dicéópolis, también campesino y quizá hoplita, poseedor de al menos un esclavo, pero pacifista y completamente harto de la política y de los políticos; o los miembros del coro de *Las Avispas,* habitantes quizá de la ciudad, demócratas apasionados sin excepción, que en sus recuerdos del pasado aparecen a veces como hoplitas y a veces como *thetes;* o los empobrecidos hoplitas de un discurso de Lisias, que no pueden costearse el viaje a Atenas desde un rincón apartado del Atica para asistir a su revista de hoplita, y su vecino, el rico hoplita Mantíteo, que generosamente corre con los gastos (*Disc.* XVI, 14). Dichos individuos no pueden incluirse por separado en clases claras y distintas.

Se han empleado otros argumentos para sostener que el *demos* que intervenía en política no era un representante típico de todo el *demos*, y que, por tanto, las decisiones políticas en Atenas solían acomodarse no tanto al interés nacional cuanto a bajos intereses sectarios.

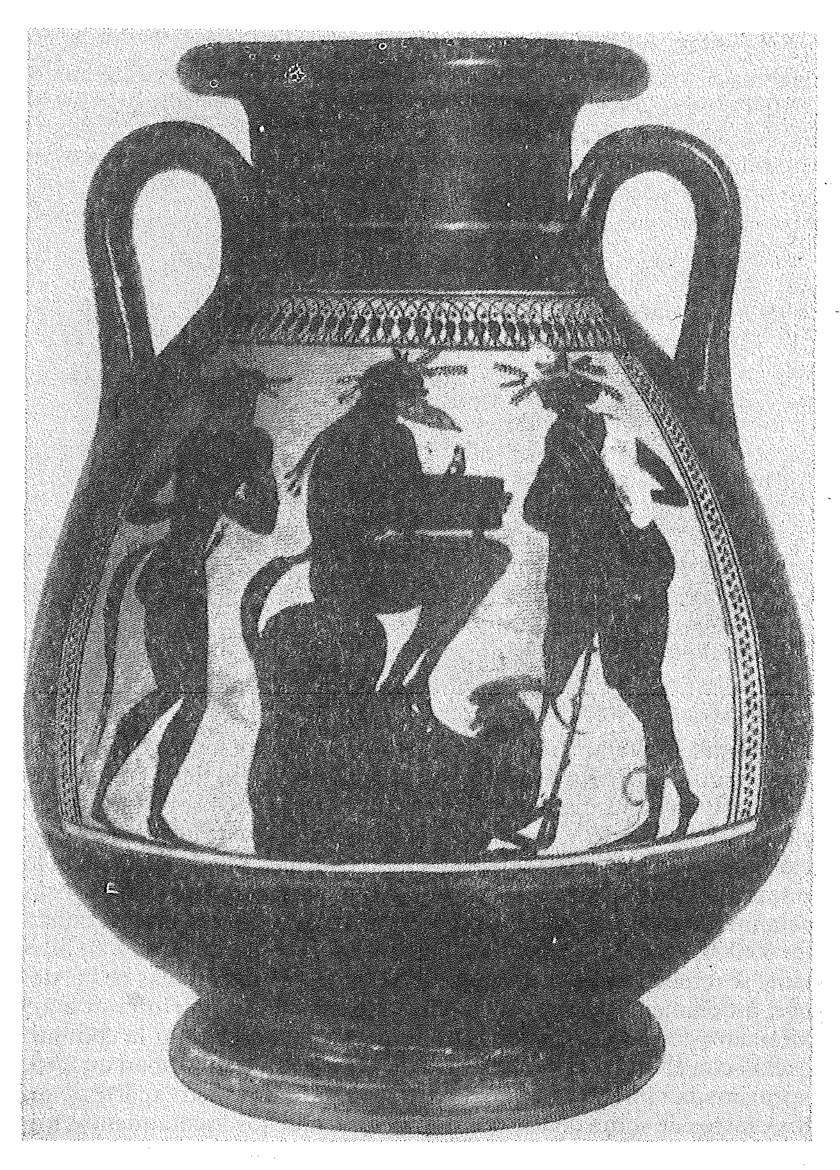
En primer lugar, se afirma que quienes residían en las partes alejadas del Atica desempeñarían un papel mucho más reducido en la vida política que los que vivían en la ciudad o en sus alrededores. Aquéllos, tal vez aceptarían su puesto en el Consejo, pero cuando asistir a la asamblea o a los tribunales puede significar un viaje de unos dieciocho kilómetros, o incluso más, pocos se sentirían inclinados a hacer este esfuerzo, a menos que estuvieran en juego sus intereses vitales. Es éste un hecho cierto, pero sólo adquiere importancia si aceptamos una vez más, la idea de un populacho urbano ocioso, o, lo que es aún peor, permitimos que la moderna conurbación formada por Atenas y su puerto, el Pireo, distorsione la imagen de la ciudad antigua de forma que el populacho se vea envuelto en el olor y los intereses de los muelles y nosotros nos encontremos hablando de "intereses comerciales" o de nuevo, de los *thetes*, "los hombres que tripulaban la flota".

Pero la realidad es que no existía un populacho urbano y que los hombres que tripulaban la flota no vivían ni exclusiva ni predominantemente siquiera en la proximidad del puerto. En cuanto a los mercaderes, si no se hallaban navegando y si acontecía que eran ciudadanos atenienses (una proporción importante de la comunidad mercantil era extranjera), podían sin duda ocuparse de los asuntos públicos, siempre que estuvieran dispuestos a darse un paseo de ocho kilómetros, pues el Pireo se hallaba a igual distancia del lugar de reunión de la asamblea en la Pnyx de Atenas que media docena de poblaciones rurales importantes.



Figurilla en terracota de mujer amasando. Procedente de Kameiros (Rodas), mediados del siglo V.

Maticemos algo más la influencia de las condiciones geográficas. La longitud del Atica del noroeste al sudeste era de unos 64 kilómetros, y su anchura máxima de unos 40. Los cálculos sobre su población total en el siglo V varían considerablemente, y de hecho la población real tuvo que haber experimentado enormes fluctuaciones con la extraordinaria expansión anterior al 431 y después con las desastrosas calamidades de la guerra; pero es muy poco probable que excediera de 60.000 habitantes en ningún momento. (Las cifras aquí y en adelante se refieren a ciudadanos varones adultos). Las murallas de la Atenas, propiamente dicha, circundaban una superficie algo inferior a 2,5 kilómetros cuadrados; de ellas partían otras para asegurar la comunicación con el mar y especialmente con el Pireo, que abarcaban un área, aproximada también, de 2,5 kilómetros cuadrados; pero aparte de estos centros de sobra conocidos había otros muchos asentamientos importantes, por ejemplo en Eleusis, en Acarnas, que, al decir de Tucídides, podía proporcionar no menos de tres mil hoplitas, y en otras partes. La cifra de Tucídides tal vez sea exagerada; pero aun si reducimos a la mitad, e incluso aunque admitiéramos que Acarnas era con mucho el asentamiento más grande después de Atenas y supusiéramos, por último, que la población "urbana" se extendía fuera de la muralla, no resulta fácil creer que esta población "urbana" superase los 20.000 habitantes, como mucho. Pues bien, aun en el caso de que todos y



Pelike ateniense de figuras negras de comienzos del siglo V, obra del pintor Eucárides, que representa a un zapatero con un cliente. Detrás del zapatero, sin ningún significado especial, se halla un sátiro.

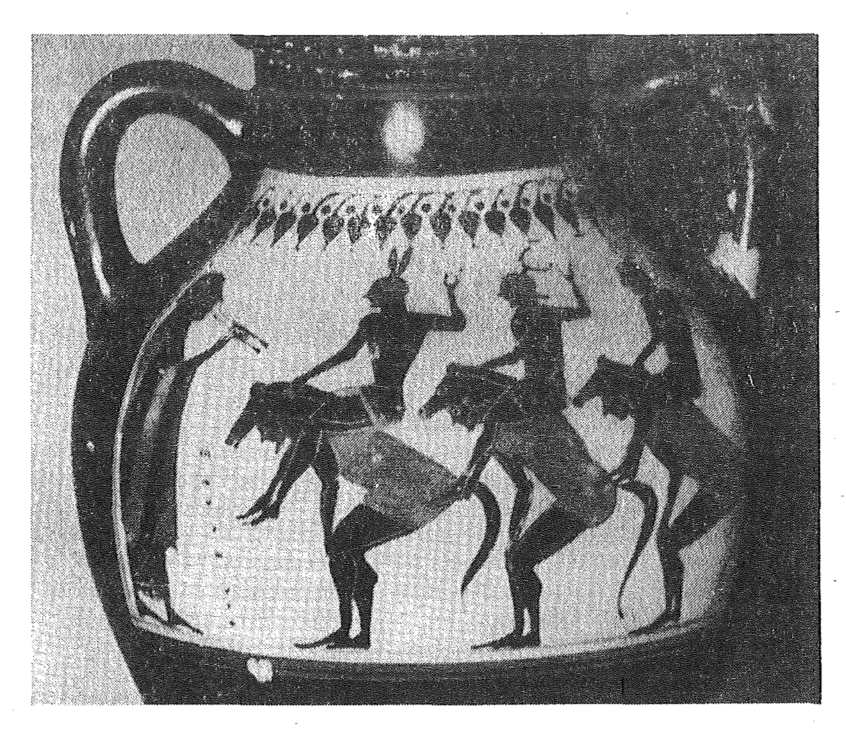
cada uno de estos habitantes perteneciera a la clase más baja (una presunción absurda), no constituirían un "proletariado urbano" impresionante ni tampoco demasiado influyente sobrepasado en número

como estaría, en proporción de tres a uno, por los que vivían en el campo, ninguno de los cuales pudo haber residido a más de 40 kilómetros de Atenas y la mitad tal vez a menos de 15. Quince kilómetros no es un recorrido demasiado largo cuando está sobre el tapete una cuestión vital. Pero hay algo más: durante la guerra del Peloponeso, precisamente, el período al que correspondería la mayor parte de las peores decisiones, gran parte de la población rural se había refugiado de la invasión espartana en el interior de la ciudad. ¿Ni siquiera entonces asistirían a la asamblea?

En modo alguno, tanto en la guerra como en la paz habría muchos pequeños agricultores que harían cola para ocupar su puesto en la Pnyx o en los tribunales, pisando los talones al artesano de la ciudad o tomando la delantera al más enérgico mercader. Y de haber entusiasmo suficiente, el voto rural podía fácilmente igualar o sobrepasar al urbano. En pocas palabras, la ventaja de la ciudad sólo sería clara en circunstancias normales: análogamente el campesino del lejano Maratón, el minero del Laurion, el pescador o marino de la costa oriental, estarían escasamente representados; pero había otros campesinos, pescadores y marineros disponibles en las proximidades, y la ciudad de por sí era suficientemente pequeña como para evitar que el factor geográfico desempeñase un papel decisivo a la hora de determinar qué clases dominarían la vida política ateniense.

Tampoco pudo desempeñarlo el segundo factor al que con frecuencia se alude: la existencia de una paga estatal para los magistrados y los miembros del consejo o de los tribunales. Su objetivo, en teoría, era impedir que ningún ateniense por el hecho de ser pobre, se viera privado de su derecho a participar en la vida pública. En la práctica, se afirma, la perspectiva de una retribución por un día ocioso en los tribunales atraería a los más pobres de los ciudadanos, a los peores, a los inferiores, a los más holgazanes e irresponsables. Pero, aún admitiendo que los pobres sean malos, inferiores, holgazanes e irresponsables, no queda todavía claro por qué había de atraerles a ellos en primer lugar. Por una razón: la retribución no era sustanciosa; para la función de jurado poco menos que un mero salario de subsistencia, tal vez bien recibido por los pocos desposeídos que había, pero no muy interesante para cuantos podían vivir del fruto de su trabajo, y con toda seguridad menos atractivo para quienes dependían por entero de su trabajo personal que para sus vecinos algo más ricos. Si los primeros abandonaban su establo o su huerto un solo día, la clientela acudiría a otra parte y los campos se echarían a perder, un hombre más acomodado podía dejar que un esclavo se ocupase de las pesas o del azadón y pasar una tarde agradable a expensas de su paga de jurado antes de regresar a casa.

Además, frente a la tentación del beneficio (y desde luego el beneficio siempre es tentador) hemos de considerar la falta de interés por los asuntos públicos y la falta de aptitud. Los atenienses probablemente tuvieron un sentido de la política mucho más vivo que el de ningún



Escena extraída de una comedia en un ánfora ateniense de figuras negras del siglo VI. Hasta el siglo IV el coro desempeñó en todas las comedias un papel principal. A veces representa tipos humanos (hoplitas viejos y belicosos en *Los acarnienses* de Aristófanes), a veces animales (los viejos jurados aparecen como avispas en *Las avispas*). Aquí, a lo que parece, son jinetes, lo que recuerda otra pieza de Aristófanes, *Los caballeros*.

otro pueblo posterior; pero aún así, resultaría extraño no encontrar entre ellos los niveles habituales de participación política. En primer lugar, no todo el mundo se preocupa de la política, y aún son menos los que lo hacen con suficiente interés y responsabilidad como para intervenir en ella, en especial cuando toda va bien y no hay asuntos fundamentales pendientes (y no hubo ninguno en Atenas entre el 462 y el 411). En segundo lugar, intervenir en política exige tiempo y no todo el mundo tiene tiempo libre, no sólo el que se emplea en el desempeño de un cargo, sino el mucho más amplio que debe consagrarse a todas las restantes actividades (no retribuidas) que un político, incluso un humilde político tiene que atender. Esto es evidente en las altas esferas: todos los líderes políticos de Atenas fueron ricos, no sólo por la persistencia de algunos antiguos prejuicios aristocráticos, sino también porque sólo los ricos podían permitirse el lujo de consagrarse por entero al juego político. *Mutatis mutandis* ocurriría, sin duda, lo mismo en todas las esferas. Sería absurdo sostener que la existencia de una paga no influía en absoluto, pero dudo mucho de que con ella

se lograra algo más que hacer a los funcionarios de Atenas un poco más representativos de lo que hubieran sido, de no haber existido dicha retribución. Pero a lo que ciertamente no dio lugar fue a una invasión de gentes empobrecidas en los puestos de importancia. Es más, con este razonamiento el historiador moderno simplemente se hace eco de otro error de los antiguos críticos de la democracia —la idea de que el lucro personal era el único atractivo que podía ofrecer el régimen al ciudadano medio (véase *infra* pág. 194)— y frecuentemente, citará en su apoyo a uno de esos críticos, Aristófanes. En *Las avispas* (422 a.C.) Aristófanes saca a escena un coro de jurados que, ciertamente, explota el atractivo de las pocas monedas que su función de jurados les procuraba. Pero es que Aristófanes *era* un crítico (¿quién afirmaría, a partir de los comentarios de la derecha actual, que los obreros siempre trabajan mucho o que les gusta su trabajo?), aunque afortunadamente, un crítico con la suficiente honestidad y compresión como para no ocultar el hecho de que, a pesar de toda su verborrea, estos ridículos y ancianos personajes peleaban por sus puestos en la tribuna, en gran parte, por el puro placer del trabajo. Una comedia grotesca no es el lugar adecuado para insistir en un sentimiento de responsabilidad cívica, pero todo lo que hay de cómico en tal sentimiento está allí: el amor al poder, el sentido de la propia importancia y, por encima de todo, el orgullo del hombre humilde que se encuentra capaz de enfrentarse con el poderoso y de atemorizarlo. Si intentamos reconstruir la imagen real de aquellos hombres por detrás de la caricatura, resultan ser nuestros propios concejales, directores de escuela, líderes sindicales, incluso nuestros jurados, y no parásitos despreciables que sólo piensan en ganarse la vida sin trabajar.

Pero volvamos al tema que nos ocupa. El sistema político ateniense favoreció a aquéllos que vivían en la ciudad o cerca de ella; pudo haber animado a participar en política a algunos que de otra forma se hubieran mantenido al margen, pero la masa plebeya y el populacho codicioso y holgazán constituían de hecho el sector más amplio de la población ateniense, repartido entre pobres y acomodados, pequeños propietarios de tierras o de negocios, en su mayoría independientes, algunos remeros, algunos soldados, campesinos, habitantes de la ciudad, viejos y jóvenes, conservadores y radicales. En conjunto, un sujeto gramatical que no encaja bien en oraciones que le asignen un único objetivo: lucrarse sin esfuerzo a expensas del bienestar de Atenas como comunidad. Ellos por sí mismos eran la comunidad.

LA SOCIEDAD ATENIENSE: LA ELITE

De la misma forma la minoría intelectual o respetable no es un espejismo menor. Hubo, sin duda, una minoría así, pero no aislada en una torre de marfil. Atenas con mucho era demasiado pequeña,

y la sociedad ateniense seguía estando muy cerca de los días de la aristocracia polifacética como para admitir la existencia de dos culturas de semejante especialización. Esquilo fue primero, y ante todo, un autor trágico, pero sus tragedias vuelven una y otra vez sobre los problemas morales planteados por la política contemporánea y a veces, directamente, sobre los de la propia política. Sófocles, el más consumado de los trágicos, fue uno de los principales magistrados de las finanzas en



Pescadores sobre una *pelike* ateniense de figuras rojas. Primera mitad del s. V a. C.

el 443-42, sirvió como general en el 440-39 y fue llamado como alto asesor constitucional en el 411. Incluso Eurípides, en opinión de sus contemporáneos, un ermitaño, no vaciló en escribir dos obras de furiosa propaganda patriótica en los primeros días de la guerra del Peloponeso. Al igual que Sófocles, el historiador Tucídides sirvió como general y fue condenado al exilio por su incompetencia en el cargo. Incluso Sócrates combatió en las guerras de Atenas y desempeñó cargos públicos.

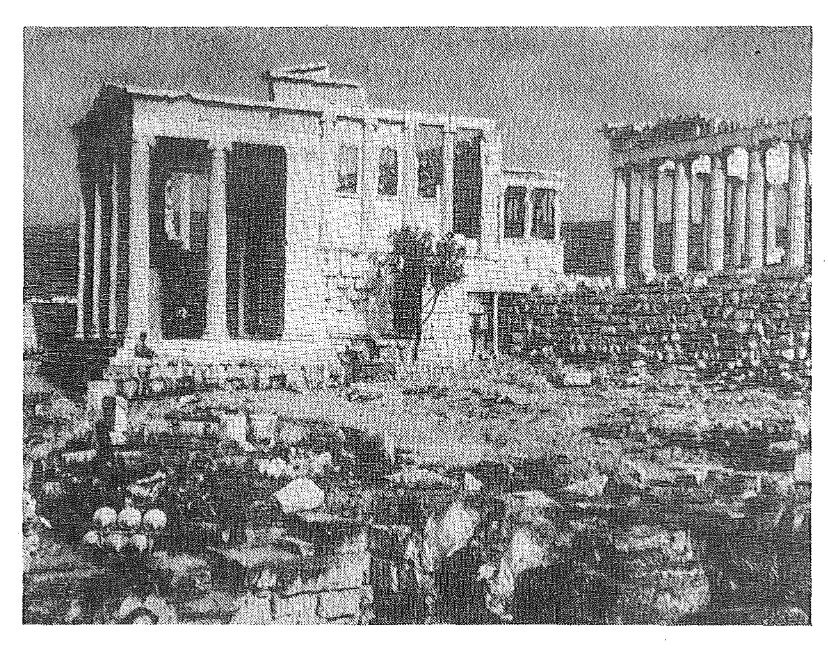
No cabe duda de que el ateniense medio podía ser cruel; pero en toda la historia de la democracia ateniense nada puede compararse con la crueldad, la ciega y monstruosa estupidez de los pocos meses del 411, (y de nuevo, en el 404) cuando ocuparon el poder los oligarcas, hombres cuyos líderes, casi sin excepción, eran discípulos predilectos e íntimos amigos de los filósofos "ilustrados"; y Critias, el peor de todos, había sido amado por Sócrates.

LOS ACIERTOS DE ATENAS

La distinción, pues, es falsa. La *élite* se vio corrompida por el sórdido mundo de la política, el populacho no era tan populacho. A lo largo del período que nos ocupa los atenienses de la clase alta, unos cultivados, otros no, concibieron y ejecutaron la política ateniense, que a veces fue prudente, a veces insensata, a veces noble y a veces perversa. A lo largo de ese mismo período las medidas propuestas eran debatidas, aceptadas, modificadas o rechazadas por la mayoría de los atenienses. No eran genios y en ocasiones podían ser sumamente estúpidos y de muy estrechas miras, pero fueron hombres que escuchaban, votaban en favor de y presumiblemente entendían en cierta medida el "elevado idealismo" de un discurso de Pericles, que encargaban templos a Ictino y estatuas a Fidias y otorgaban el primer premio a las tragedias de Esquilo y de Sófocles y, con admirable prudencia, el segundo, tan a menudo, a las de Eurípides.

En pocas palabras, sea cual fuere nuestro juicio sobre el siglo V ateniense debe recaer sobre todos los atenienses. No hay rastro de protesta alguna coherente por parte de ningún grupo ilustrado en contra de lo que eran decisiones equivocadas; no hay tampoco rastro de una oposición firme por parte del ateniense medio en contra de aquéllas que eran acertadas. Todos los atenienses compartían el optimismo, el entusiasmo, la curiosidad, el sentido de aventura, el amor al experimento que caracterizan a los artistas y pensadores de la época. Todos los atenienses fueron responsables del desarrollo de la constitución bajo la cual prosperaron y de la administración de la ciudad que les proporcionaba medios de subsistencia y motivos de inspiración. Todos los atenienses juntos cometieron un crimen imperdonable: perder la guerra del Peloponeso.

Y sin embargo, esto tampoco es tan grave como parece ahora o pareció en su época. Como otros muchos pueblos afortunados, antes y después, los atenienses intentaron hacer demasiadas cosas y fracasaron; no consiguieron adueñarse de toda Grecia ni exportar su ideal democrático tanto como algunos, Pericles incluido, habían soñado. Pero vale la pena recordar que, a pesar de toda su ambición, no dieron comienzo a la guerra que causó su ruina: eso fue obra de Esparta.



El Erecteion visto desde el oeste (con el Partenón al fondo). La parte delantera estaba consagrada a los cultos más antiguos del Atica, en tanto que el Erecteion propiamente dicho pertenecía a Atenea como guardiana de la ciudad y a Erecteo, un legendario rey ctónico. El triste olivo intenta evocar el olivo sagrado de Atenea, que crecía allí mismo o cerca.

En el año 433 a.C. Atenas había respondido al llamamiento de una importante potencia naval próxima a la costa occidental de Grecia, la isla de Corcira, ante la amenaza de un ataque por parte de la más poderosa aliada de Esparta en el Peloponeso: Corinto, la metrópoli de Corcira. La presión corintia, basada en la envidia que Esparta siempre había sentido desde que Atenas en el año 478 asumiera el mando de la alianza antipersa, y en el temor también, porque Atenas en su cualidad de estado dirigente estaba poco a poco sobrepasándola en poder, influencia y reputación, convenció pronto, incluso a los menos belicosos de los espartanos, de que la guerra tenía justificación. Y así en el 431 un ejército peloponesio bajo mando espartano cruzó

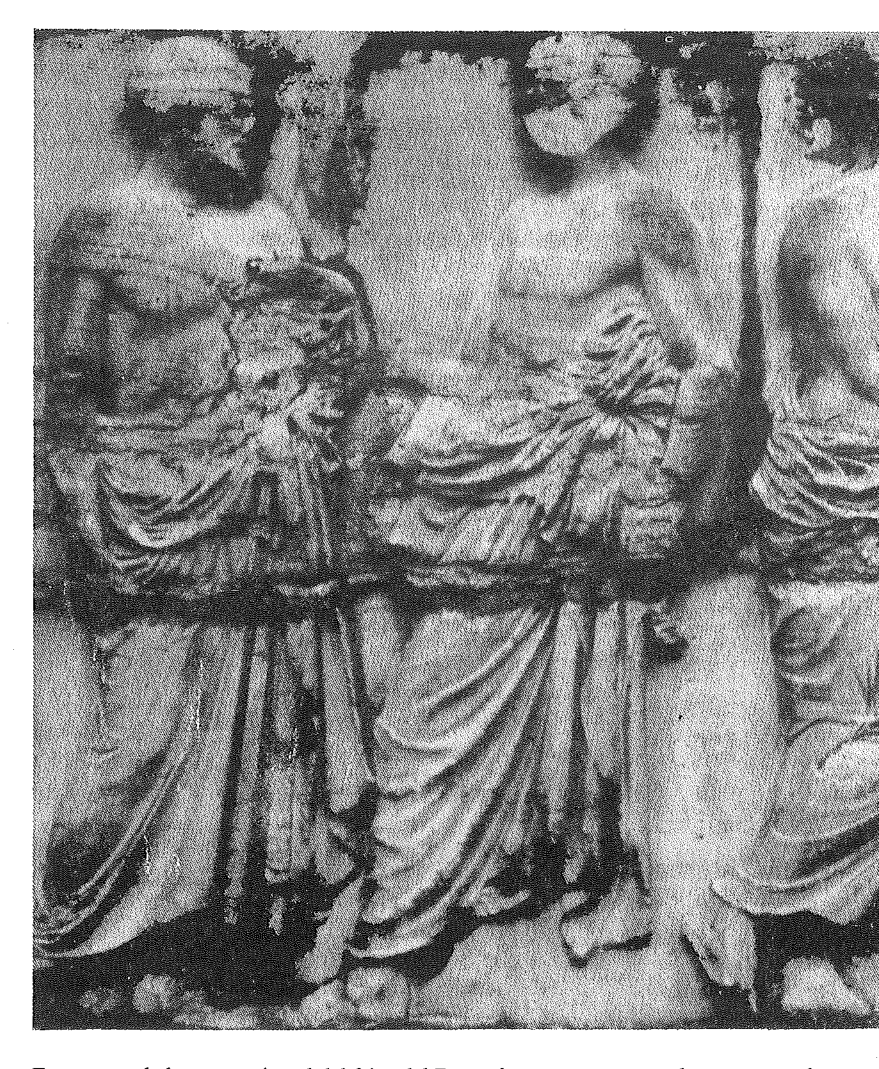
la frontera ateniense. Como incluso reconocieron después los espartanos, no podía haber una justificación legal para esta agresión. Pero no todo el mundo podría afirmar que careciesen por completo de una justificación moral (¿hubiera tenido razón, Estados Unidos en atacar Rusia por causa de Cuba, o la tendría Rusia para bombardear Estados Unidos si, digamos, Rumania solicitará su ingreso en la OTAN?)

Pero de lo que no hay duda es de que Atenas nunca quiso verse ante el dilema de pactar o no una alianza con Corcira, y que, una vez que le fue impuesto, ya no le quedó más remedio que optar por la alianza. Dado que conocía la hostilidad del Peloponeso (Esparta y sus aliados habían estado a punto de atacarla pocos años antes con menos razón aún de su parte), simplemente no podía consentir que la gran flota de Corcira, hasta entonces neutral, fuese absorbida por Corinto. Ni Pericles ni el *demos* ateniense provocaron deliberadamente la guerra del Peloponeso.

Merece también la pena recordar que junto al único fallo dramático de Atenas hay que colocar la larga lista de los logros atenienses, no sólo los intelectuales mencionados antes, sino también el político, menos espectacular en apariencia pero de hecho, más impresionante. La democracia recibió un duro golpe en el 404; pero, después de un breve período de oligarquía en el momento de la victoria espartana, la democracia se restableció y lo hizo con extraordinaria calma, moderación y buen sentido. Sobrevivió otros ochenta años durante este período proporcionó, como lo había hecho desde el 462, un gobierno pacífico, moderado, eficiente y popular para el mayor y más complejo estado de Grecia.

Atenas administró durante cincuenta años un imperio que comprendía casi todas las ciudades griegas del Egeo y sus costas, del Helesponto y la Propóntide, y a lo largo de la costa meridional de Asia Menor hasta el golfo de Antalia, en total unos trescientos estados, algunos de ellos, Quíos, Lesbos y Egina por ejemplo, no mucho más pequeños que la propia Atenas cuando fue establecida la alianza. Este imperio es considerado a menudo una tiranía salvaje y egoísta. Una tiranía lo fue sin duda, si por tiranía entendemos tan sólo la dominación de un estado por otro. Pero aunque el entusiasmo pudo a veces llevar a Atenas a imponer la democracia, o al menos, a fomentarla cuando no era del todo necesaria, y aunque a veces quizá buscara ventajas económicas a expensas de los aliados, sus intervenciones en los asuntos internos de éstos, políticos, militares, jurídicos y económicos no fueron en general más allá de lo que era necesario para una eficaz administración del Imperio: nominalmente, y en una proporción considerable también de hecho, los aliados conservaron su autonomía.

Salvajismo y egoísmo son acusaciones menos justificables aún. Hubo casos de brutalidad, de opresión y de extorsión, pero fueron pocos; y aunque el provecho propio fue sin duda uno de los motivos principales que movieron a Atenas a mantener su dominio, no fue el único, ni tampoco excesiva la ganancia. El tributo que le ayudó a erigir



Fragmento de la parte oriental del friso del Partenón, que representa el momento culminante de la procesión panatenaica: la ofrenda del manto sagrado *(peplos)* en la puerta principal del templo. La figura sedente de la derecha es Hermes, que forma parte de un grupo de divinidades supuestamente invisibles que asisten a la escena; las cuatro figuras restantes son ciudadanos o quizá magistrados (la del extremo izquierdo se cree que sea la de Pericles).

sus templos y a mantener su flota no era un precio excesivo por la seguridad que Atenas garantizaba contra piratas y persas; en el momento culminante de la guerra, cuando se elevaba al triple aproximadamente de lo que era en el 431, su importe era probablemente algo



inferior al que podía recaudarse con el impuesto del 5% sobre las mercancías que entraban o salían de los puertos, por el que fue sustituido; cantidad, bien pequeña si tenemos en cuenta que con pagarla, los aliados se libraban de la responsabilidad de mantener una flota a sus expensas.

Si la dominación ateniense fue tan dura e impopular como le parecía a un historiador tan deliberadamente "objetivo" como Tucídides, es sorprendente cuán pocos "súbditos" estaban deseosos de cambiarla por la "libertad" espartana: la mayor parte de los contingentes aliados de Sicilia, prefirieron afrontar una muerte casi segura al lado

de los atenienses que aceptar una oferta de paz de los siracusanos. Sorprendente también que las revueltas fueron casi siempre obra de oligarcas disidentes mientras que el pueblo estuvo a menudo dispuesto a apoyar activamente el regreso de los atenienses; y más sorprendente aún que tantos antiguos miembros del imperio se mostraran dispuestos a incorporarse a una nueva confederación ateniense en el siglo IV, tras haber disfrutado la libertad espartana durante menos de treinta años.

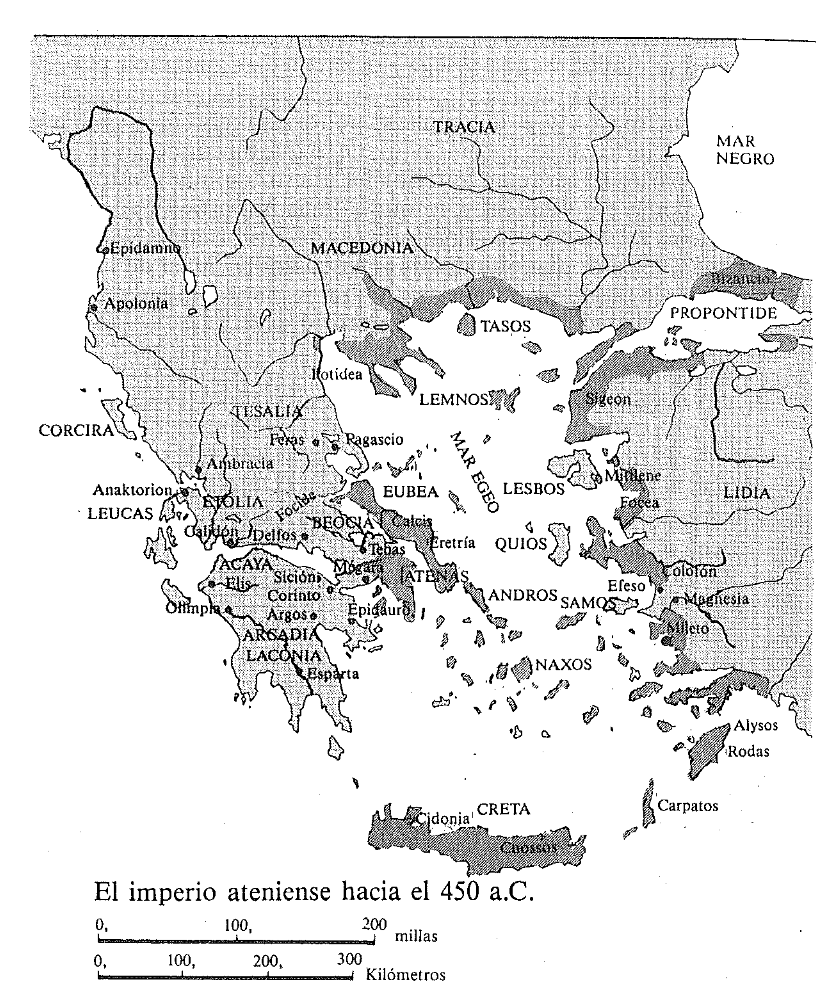
El hecho de que se tolerase de este modo, por no decir se aceptase con agrado, una dominación exterior demuestra que era en conjunto benigna, provechosa y eficiente. Nada podría ilustrar mejor la clase de servicios que Atenas proporcionaba, la atención que estaba dispuesta a poner, ni recordarnos con mayor fuerza que todo ello no era la obra de ninguna alta burocracia alejada por completo de la vida cotidiana de los atenienses, que una serie de decretos, presentados en los primeros años de la guerra en relación con la pequeña ciudad de Metone, en la costa del golfo Termaico. Metone había pasado por algunos apuros y no había podido pagar su tributo; asimismo, estaba siendo acosada por su poderoso vecino Macedonia gobernada entonces por el astuto rey Perdicas. Los atenienses acordaron (resumo):

> Que la Asamblea decida si fijar de nuevo el tributo de Metone o quedarse satisfecha con un pago reducido como señal.
>
> Que si Metone permanece leal, ha de recibir un trato especial en cuanto a los atrasos del tributo.
>
> Que se envíe una embajada a Perdicas para pedirle que no obstaculice el comercio de Metone o atraviese su territorio sin autorización.
>
> Que, si la embajada no consigue llegar a un acuerdo, ambas partes deben enviar sus representantes a Atenas para ulteriores conversaciones.
>
> Que se permita a Metone importar directamente del mar Negro cierta cantidad de trigo y que los magistrados atenienses del Helesponto velen por la seguridad de su transporte.
>
> Que Metone quede exceptuada de cualquier decreto general de Atenas relativo al imperio, a menos que se la mencione concretamente en él.

Una nota al pie añade que en el primer punto el *demos* decidió aceptar un pago reducido como señal.

Un pequeño ejemplo del tipo de problema, trivial, o vital, que ocupaba la atención de los atenienses cuarenta veces por año; las soluciones constituían un archivo que era válido tanto en la patria como en el extranjero y cuyo autor era el ciudadano medio. Cualesquiera que hayan sido sus fallos o sus deficiencias, demostró, por primera vez en la historia que el ciudadano medio era capaz de gobernar, que la democracia no era, como afirmaban algunos críticos contemporáneos, una "insensatez reconocida".

El tema de este libro es el desarrollo gradual por toda Grecia, entre el 750 y el 450 a.C. de la idea de la autonomía individual del hom-



El imperio ateniense hacia el 450 a.C.

0, 100, 200 millas

0, 100, 200, 300 Kilómetros

La mayor parte de las ciudades de Asia Menor, Tracia y el Egeo se unieron a la Liga de Delos (pág. 180) en el 478 a.C. Unas pocas consiguieron mantenerse en todo al margen, Tera y Creta, por ejemplo; otras fueron incorporadas por la fuerza, Egina en el 458, por ejemplo; otras intentaron (sin lograrlo) separarse, Tasos, Naxos, Samos, Mitilene; Chipre tuvo que ser abandonado en el 449 (pág. 11). Y las ciudades froterizas de todas partes se unían o se separaban, según creciera o decreciera la capacidad ateniense para dominarlas.

bre; de la idea de que todos los miembros de una sociedad política son libres e iguales, y de que todos tienen el mismo derecho a ser escuchados a la hora de definir la estructura y las actividades de su sociedad. La democracia ateniense fue el resultado de una minuciosa puesta en práctica de esta idea, la más minuciosa que conocemos en la

historia de Grecia, y gracias a las peculiares condiciones de vida existentes en una ciudad-estado griega, los atenienses pudieron ponerla en práctica de forma tal que el grado de responsabilidad otorgado al individuo fue mayor, y el de igualdad política mucho más visible (y por tanto en ciertos aspectos más real), de lo que ha conocido en cualquier otra parte. El resumen anterior ha puesto de manifiesto cómo la idea se ponía en práctica; y, lo que es más importante aunque de menor interés tal vez para los fines propios del historiador, ha mostrado también, espero, que el individuo, en cualquier nivel de la sociedad, puede ser capaz de enfrentarse con tal responsabilidad y de ejercerla con sobriedad, sensatez y con notorio éxito.

2. LA SOCIEDAD ARISTOCRATICA

RASGOS GENERALES

Hacia el 1200 a.C. la civilización micénica de Grecia quedó prácticamente destruida por un gran levantamiento de pueblos que afectó a toda la cuenca oriental del Mediterráneo. Los griegos posteriores conocieron este levantamiento, en lo que a Grecia afectó, como la invasión doria y aunque la historia simplista de un asalto más o menos unitario al poderío micénico en el Peloponeso es falsa, no hay duda de que hacia el final de los dos siglos que siguieron a la destrucción de las ciudades micénicas, una nueva tribu griega, los dorios, había hecho su aparición en Grecia ni de que esta aparición tuvo lugar tras el derrumbamiento del orden existente (incluso en aquellos centros que no sufrieron daños materiales) e introdujo otro período de caos que, como el precedente, nos es casi por completo desconocido. Lo único que sabemos con certeza es que hacia el 800 a. C. se había establecido un modelo completamente distinto, tanto desde el punto de vista étnico como económico, social y político. Unas cuantas cosas sobrevivieron, como por ejemplo, la lengua griega, pero en los aspectos más importantes aquella fecha significó un nuevo comienzo.

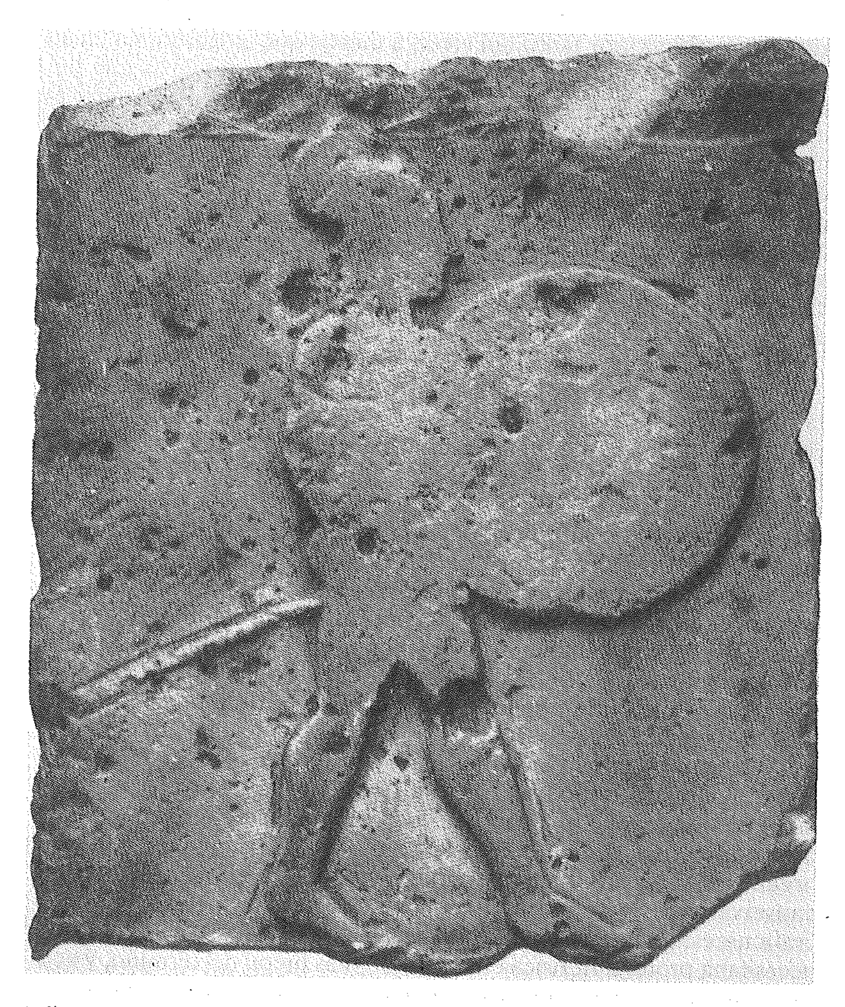
Los dorios y otros invasores se asentaron en la mayor parte del Peloponeso, en Laconia, Mesenia, Elide, Argólide y Corintia; en tanto que los refugiados procedentes del Peloponeso, del Atica, de Grecia central y ciertos dorios emprendedores cruzaron el Egeo para fundar nuevas ciudades en las islas o en la costa de Asia Menor, a menudo yuxtaponiéndose o sustituyendo a anteriores fundaciones micénicas. No fue éste un movimiento único ni organizado, y dado que se prolongó durante más de un siglo constituye por sí mismo una prueba suficiente de la continuidad del tráfico marítimo; de la misma forma, las influencias culturales que podemos descubrir en la cerámica de este período, se extendieron con la suficiente amplitud y rapidez como para confirmarnos la existencia de ciertos contactos por todo el Egeo, pero la economía compleja e interdependiente del mundo micénico, había desaparecido por completo y la mayoría de las ciudades, si es que todavía merecen tal nombre, eran ciudades autosuficientes, cuyos contactos con el exterior, hostiles por lo general, no iban más allá de sus inmediatos vecinos.

En cada una de estas comunidades políticas, el poder estaba con-

centrado en las manos de un rey, rodeado por una aristocracia a menudo inquieta, o sólo en las de los aristócratas. Este poder se basaba, desde luego, en la riqueza que habían heredado, riqueza que en este período consistía únicamente en tierras. Así, en cada localidad habría un pequeño grupo de grandes propietarios, grandes, se entiende, según los módulos griegos (sus propiedades tendrían entre cincuenta y cien hectáreas). Por debajo de ellos, tenemos: muchos pequeños campesinos que, con algunos trabajadores desprovistos de tierra y unos pocos artesanos, constituían la población "ciudadana" libre; algunos esclavos, en su mayor parte mujeres, criados en casa o capturados en la guerra. Entre el libre y el esclavo, en muchos lugares, un número importante de trabajadores agrícolas que podríamos sentirnos tentados de llamar "siervos", cuyo *status* variaba de un sitio a otro considerablemente y que, incluso prescindiendo de las variantes, sería difícil de definir. Pero es un completo error utilizar el término "siervo" que pertenece a un mundo de relaciones muy diferentes y constituye mera cobardía el decir "lo que podríamos sentirnos tentados de llamar siervos" cuando estamos analizando una sociedad en la que no nos sería fácil establecer diferencias entre el "libre" y el "no libre".

En primer lugar, es un error emplear cualquier término que sugiera una formulación en exceso precisa y explícita de la organización social y política. Es un error ser excesivamente preciso, porque carecemos de la información necesaria; y demasiado explícito, porque aquella sociedad, aunque aceptó e incluso creó complejas distinciones sociopolíticas, las aceptó y las creó en la práctica, pero no se molestó en definirlas. En cierto sentido había una constitución, en el sentido de que ciertos individuos y sólo ellos tomaban decisiones y éstas las aceptaban todos los demás. Pero los que tomaban decisiones las tomaban porque sí, la mayor parte de las veces porque su padres también las habían tomado; y los que obedecían, obedecían porque jamás se les había ocurrido obrar de otra manera. Había un código legal en el sentido de que aquellos que cometieran ciertos delitos sufrirían castigos similares y los de una posición social parecida adoptarían métodos parecidos para intentar librarse; pero quienes administraban justicia no hubieran podido transcribirlo en un papel (para empezar, no había escritura), ni tampoco recitarlo de memoria; lo llevaban en su propia sangre. Había diferencias sociales de un tipo preciso y sutil y la mayor parte de la gente sabía cual era su puesto, aunque sólo lo demostrara en la forma de actuar.

Por poner un ejemplo. A nosotros, hoy día, nos parece normal plantear (y muchas de las discusiones sobre la temprana historia de Grecia se han visto innecesariamente complicadas por ello) la pregunta: ¿quién era el propietario de la tierra? En los más altos niveles de la sociedad, esta pregunta pudo ser relevante e incluso tener una respuesta, pero ¿podrían haberla contestado los pobres? Muchos de aquellos "siervos" tendrían un pedazo de tierra que había pertenecido a su familia durante generaciones y que habría de permanecer en ella



Relieve inconcluso en piedra arenisca, con un guerrero, armado de lanza y escudo, que lleva un casco corintio con cimera. Probablemente, de finales del siglo VII. Hallado en las cercanías del templo de Afrodita en el santuario dedicado a los dioses griegos en Naucratis, un temprano asentamiento griego en Egipto.

durante unas cuantas más. Pero ¿cuál es el criterio para discenir la propiedad? ¿Podían disponer de la tierra a su arbitrio? Probablemente sí, pero ninguno lo intentó nunca. ¿Podían ser desposeídos de ella por su señor y amo? Probablemente sí, pero también esto sucedía rara vez. La cuestión del título legal no se suscitó. Su título era como el utilizado por la aristocracia para el gobierno del estado: consistía en una posesión indiscutida no en un indiscutible derecho a ella.

Emplear términos legales, constitucionales, sociales u otros pare-

cidos, constituye, por tanto, un error, a menos que tengamos en cuenta que dichos términos probablemente tienen para nosotros una importancia que no tenían en los siglos IX u VIII a. C. En concreto, es un error emplear cualquier término que como los citados más arriba, nos sugiera que debemos ante todo imaginarnos esta primitiva sociedad en términos de divisiones horizontales, de clases. Pues, aunque podemos sin duda aplicar algún tipo de distinciones significativas de clase para este mundo más bien informe, con ello no hacemos sino apartar nuestra atención de las divisiones verticales existentes en la sociedad mucho más importantes y que constituyen la verdadera base de la vida política y social en cualquier estado aristocrático primitivo.

Estas divisiones verticales pueden compararse a pirámides. En la cúspide de cada una había un aristócrata; inmediatamente debajo, su familia próxima; por debajo de ella, en un círculo más amplio, los parientes más lejanos; más abajo aún, los miembros de la casa en el sentido más amplio de la palabra, dependientes libres, algunos pobres otros no tanto, y esclavos. Y los lazos personales entre los superiores y los inferiores tenían importancia. Tales lazos existen todavía hoy entre el niño y sus padres, entre el gerente y el consejo de administración, entre el capataz y el gerente, entre el obrero y el capataz, pero son de una importancia trivial. En la Grecia primitiva, en cambio, fueron vitales y era precisamente el tipo de vínculo que había entre el hombre que estaba arriba y el que estaba abajo, el grado de lealtad, obediencia, servicio o servidumbre que debía observarse, lo que determinaba el *status* social.

En un principio la pertenencia a un grupo dependería de dos factores, el parentesco y el lugar de residencia. En el centro nos encontramos con una familia aristocrática y sus propiedades. Pero en un mundo caótico, en donde prácticamente no existía ningún tipo de organización estatal, ninguna familia podía permanecer aislada. Para conservar o mejorar su posición, para establecerla incluso, el aristócrata necesitaba seguidores; en el otro extremo de la escala, el pobre necesitaba protección física en el sentido más literal del término, y acudía a su poderoso vecino para obtenerla. De esta forma, en beneficio de todos, fueron creándose las distintas pirámides.

A medida que se asentaba la sociedad, desapareció gradualmente la necesidad de defenderse contra los merodeadores o de tener cuadrillas privadas de seguidores, pero la reemplazaron necesidades nuevas; por una parte, el aristócrata necesitaba apoyo, mano de obra, servicios y también objetos de explotación; por otra, el plebeyo necesitaba empleo, asistencia y un tipo de protección más compleja, jurídica o política, no meramente física. Pero las relaciones entre las partes no cambiaron e incluso quizás se volvieron, como suele ocurrir en este tipo de situaciones, más formales y más rígidas. El ejército privado en un determinado momento se transformó en una unidad dentro del ejército estatal, pero siguió siendo una unidad separada más leal, sin duda, a su caudillo personal que a ningún comandante en jefe de la

nación (podemos compararlo con el ejército de clanes de Culloden).

Hablando en general, este tipo de estructura aparece en toda sociedad primitiva aristocrática, pero cada una de ellas difiere de las demás en los detalles de su funcionamiento, en la cantidad y en el tipo de reconocimiento formal que otorga a las relaciones entre señor y criado, entre el paladín y su defendido, en una palabra, cada una difiere en la clase de cemento que mantiene la cohesión de la pirámide. En Roma, por ejemplo, un factor importante sobrevivió a lo largo de toda la República y pasó al Imperio, el vínculo estrictamente definido entre cliente y patrón; en la Europa medieval podemos observar con cierto detalle el funcionamiento de un sistema completo y que abarcaba todo, el feudalismo; las peculiares condiciones fronterizas de la primitiva sociedad americana dejaron también su huella, especialmente en los estados del Sur; recientemente, unas circunstancias más especiales aún, han dado lugar a un nuevo ejemplo en la *Cosa Nostra* del hampa americana. Pero los griegos se habían librado ya de tales tonterías mucho antes de que comenzásemos a conocerles en detalle y no debemos rellenar el hueco trasladando a su vida privada detalles concretos procedentes de otras culturas. Para conocer la naturaleza esencial del sistema en su conjunto, no podemos dirigir la mirada a ninguna otra parte.

EL MODELO GRIEGO

Sirva ello como prólogo y advertencia para nuestro siguiente problema: suponiendo que podamos generalizar en lo que a Grecia se refiere, lo cual es indudablemente falso, ¿qué tipo de cemento ligaba al griego medio del 800 a. C. con su amo aristócratico?

La unidad básica del sistema era la familia, en griego, una *oikia*, por lo general, un hombre, sus hijos y sus nietos; esto en todos los niveles de la sociedad, excepto entre los esclavos. Por encima de la *oikia* había una unidad más amplia, el *genos* o clan, constituido por cierto número de *oikiai*, cuyos miembros se consideraban descendientes de un antepasado común. El antepasado común que aceptaban tal vez era mítico y si el *genos* era lo suficientemente importante podía ser incluso un dios; pero esto no significa que no hubiera un antepasado real de menos categoría. Todos los miembros del *genos* estaban, hasta cierto grado, emparentados. Hasta aquí no hay dificultades; ambas unidades son, en cierto sentido, naturales, y su composición y estructura fácilmente comprensibles. Pero uno de ellos, el *genos* era reconocido oficialmente como parte de la jerarquía de unidades que constituía el estado griego primitivo, y no es en modo alguno fácil saber si este reconocimiento afectaba a su carácter natural y, si así era, hasta qué punto.

Pero antes que nada, terminemos la descripción de esa jerarquía. Por encima del *genos* estaba la fratría, en teoría basada también en

el parentesco (la palabra significa una asociación de *phratores*, "hermanos"), consistente en una agrupación de *gene* que invocaban una relación cuya existencia real ya es más difícil de creer. Finalmente, varias fratrías se unían para formar una tribu; tres tribus en las comunidades dorias, cuatro entre las jonias, salvo cuando algún accidente histórico había obligado a admitir en la comunidad a algún grupo o grupos adicionales.

A primera vista la tribu, como el *genos* parece una unidad natural, natural al menos en el sentido de que existía varios siglos antes del 800 a. C. Los mismos nombres tribales aparecen allí donde encontramos jonios o dorios, lo que demuestra con bastante claridad que la distinción se había desarrollado antes de la llegada de los dorios a Grecia, y antes de que ningún jonio la hubiese abandonado. Pero aunque, en los días de la emigración posterior ya organizada, el estado prescribiera con frecuencia que los colonizadores debían reclutarse entre todas las tribus de la metrópoli, el caótico deambular de las primeras emigraciones difícilmente pudo haber reproducido tan neta y ampliamente la estructura social de la primitiva sociedad tribal, y hemos de sospechar, para poder explicarla, que existió algún reajuste artificial.

Esta sospecha quizá simplemente refleje nuestra ignorancia del mundo de la emigración, pero hay otra razón más poderosa para pensar que los reajustes sociales del siglo IX fueron algo más que una consolidación natural de las distinciones gentilicias establecidas desde mucho tiempo antes. Esta razón surge cuando analizamos el puente entre tribu y *genos*, es decir, la fratría, y más en concreto, sus orígenes.

El término en sí mismo, como los nombres de las tribus, se remonta al período anterior a las emigraciones, pero la forma en que Homero lo utiliza a mediados del siglo VIII (infra pp. 62-63) sugiere que no había desempeñado papel alguno en el desarrollo de la historia que narraba; las frases que emplea, en cambio, parecen bastante auténticas y no hay motivo para dudar que fuera el propio Homero quien pusiera en boca de uno de sus personajes las palabras:

> "Agrupa a tus hombres por tribus y por fratrías, Agamenón, para que la fratría ayude a la fratría y la tribu a la tribu" (*Ilíada,* II, 362-363).

Pero aunque Agamenón está encantado con el consejo —"¡ojalá tuviera diez consejeros como tú!"—, la fratría sintomáticamente, no aparece en las batallas que siguen; es claro que existía cuando Homero compuso sus poemas, pero no había existido durante el tiempo necesario como para haber sido absorbida por la tradición épica que Homero utilizó. En un determinado momento, entre el 1000 y digamos el 800 a. C., más próximo a esta última fecha que a la anterior, imagino que un antiguo vocablo fue reutilizado para describir un fenómeno nuevo. Pero si la fratría, tal como la conocemos posteriormente, es una creación de este período, es natural suponer que correspondie-

ra a alguna entidad social, real y contemporánea, y al punto pensamos en las pirámides antes descritas: una familia dominante con sus seguidores, parientes pobres, vecinos inferiores y dependientes. Que la fratría representó hasta cierto punto un reconocimiento formal de tales agrupaciones por parte del estado naciente es, cuando menos, una suposición razonable.

Así, todos los miembros de una fratría permanecerían en un principio en una pirámide (en un principio, porque debemos admitir posteriores oscilaciones de lealtad). No se deduce de ello que todos los miembros de una pirámide fueran miembros de una fratría. Los esclavos ciertamente no lo eran. Después, el pertenecer a una fratría fue a la vez condición necesaria y suficiente para la ciudadanía; y aunque en esta época la palabra ciudadanía de por sí es totalmente inaplicable, la pertenencia a la fratría debió comportar ya entonces un sentimiento de pertenencia a la comunidad del que carecía con toda seguridad el esclavo y quizá otros también. "Quizá otros también": he aquí el meollo del problema que nos devuelve a los siervos mencionados antes. En la Grecia primitiva ¿había en muchos lugares, si no en todos, una clase que no fuera ni esclava ni por completo libre? Y si así era ¿de qué privilegios carecía? ¿Era uno de ellos la pertenencia a la fratría?

Hay dos maneras de abordar la cuestión: a través de las clases y a través de las fratrías. Hubo clases deprimidas, incluso en la Grecia clásica, aunque desgraciadamente aquéllas que conocemos mejor, los ilotas de Esparta y los *apetairoi* de Creta, nos sirven de poco. En ambos casos los dorios recién llegados se establecieron sobre los pobladores preexistentes y les redujeron a "servidumbre". Para ellos no se planteaba la cuestión de "pertenecer" a la fratría (en Creta *apetairos* significaba de hecho "no perteneciente a una fratría"). Otras clases semejantes, con sólo una excepción, son meros nombres, los *penestai* ("los pobres") de Tesalia, los *konipodes* ("los de pies polvorientos") de Sición, los *gymnetes* ("los desnudos") de Argos; los dos últimos eran también estados dorios. La excepción es Atenas. Aquí, en el s. VII, una amplia clase de pequeños campesinos, vinculada a los ricos por algo más que la simple lealtad, cultivaba unas tierras que *de facto* pertenecían a los ricos, a quienes pagaban una proporción fija anual de la cosecha, y que podían venderles como esclavos si no pagaban. Más adelante, consideraremos con detalle a estos *hektemoroi* ("partícipes de una sexta parte"). De momento, basta con advertir que estos hombres eran atenienses, pero no "ciudadanos" en ningún sentido significativo de la palabra.

En las fratrías atenienses había al menos dos tipos de miembros: los conocidos como *gennetai*, es decir, los miembros de un *genos*, y los *orgeones*, palabra de significado desconocido. Hay dos explicaciones distintas para esta diferencia. O bien, cuando se estableció la fratría, el clan o los clanes que la componían recibieron reconocimiento oficial como *gene*, de tal manera que los admitidos posteriormente tu-

vieron que buscar un nombre diferente; o bien (y esta es, creo, una explicación mejor) desde un primer momento hubo ciertos hombres, los más nobles, claro, para quienes la alcurnia era importante, y otros con problemas cotidianos más acuciantes que el de un árbol genealógico. Cuando se constituyen las fratrías ciertos individuos ya eran conscientes de su pertenencia a un *genos*; otros, vivían también en un contexto familiar (todos los hombres lo hacían), pero de una forma menos estrecha y menos consciente; para ellos se buscó otro nombre, otro tipo diferente de asociación.

Con todo, no nos encontramos más cerca de una solución. Había en Atenas (y sin duda en otras partes) hombres que podían hallarse fuera de la fratría o ser miembros inferiores de ésta; había en las fratrías distinciones de algún tipo (los *orgeones* representan la única que conocemos, pero pudo haber otras) que quizá abarcaban a toda la población no esclava, o quizá señalaban tan sólo pequeñas diferencias, quedando los inferiores fuera de la fratría. No lo sabemos. Mi opinión personal, es que cada fratría, desde el primer momento, se constituyó en torno a un *genos* aristocrático, que cada una de ellas incluiría a otro u otros *gene* de menor importancia y, por debajo de ellos, a una masa *más o menos* indiferenciada (subrayo la restricción); quedarse fuera significaba ser esclavo o, como los ilotas espartanos, estar muy cerca de serlo; por lo demás, creo que el proceso por el que el hombre medio lentamente fue conquistando su libertad y aquellos derechos que más tarde habrían de constituir la noción de ciudadanía tuvo lugar *dentro* del marco de las fratrías que conformaban el estado. Pero una opinión personal no es historia y debemos recordar que incluso si todo esto es verdad; digamos, para Atenas no necesariamente lo es para Corinto y que de la misma manera, si es verdad para un fratría de Atenas no necesariamente lo es para todas ellas, al menos en detalle. Sea como fuere, la estructura general está bastante clara. La fratría se limitaba a reflejar en cierta medida —y aún me atrevería a decir que con toda fidelidad— el orden social existente alternativamente sancionándolo y, cuando surgieron problemas, contribuyendo a su supervivencia. En la guerra, el derecho, la religión y la política, el hombre medio estaba ligado a un amo aristocrático.

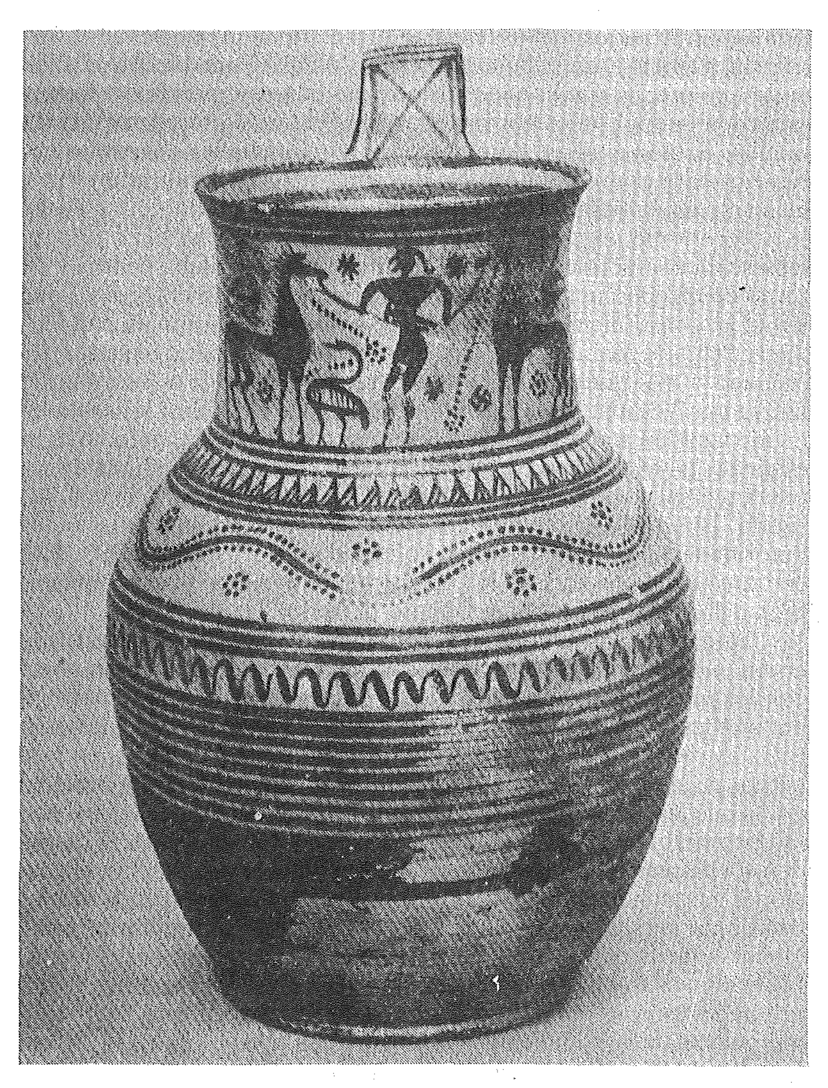
En la batalla tan sólo contaban los ricos, pues eran los únicos que podían costearse el equipo y el entrenamiento necesario; los demás venían detrás para lanzar gritos, piedras o incluso combatir con las armas que pudieran agenciarse, pero no eran más que un apoyo para los selectos paladines, cada fratría agrupada tras sus jefes. El sistema jurídico, en la medida en que había uno, estaba por entero en manos de la misma clase. Los miembros de esta clase actuaban como jueces y sólo ellos "conocían" las normas que habían heredado de sus padres. Sería ingenuo creer que no las inventasen, de vez en cuando, si les fallaba la memoria o les movía el interés. Para buscar consejo y ayuda, todos, salvo los pocos privilegiados, habían de dirigirse al jefe de su fratría; en los litigios de escasa importancia, entre miembros de

la misma fratría, los juicios tendrían lugar, sin duda, a nivel de la fratría sin recurrir a un tribunal superior. Incluso para acercarse a los dioses era preciso acudir a los mismos conductos. Los cultos estatales estaban monopolizados por sacerdotes hereditarios procedentes de las familias nobles; el *genos* dominante proporcionaba los sacerdotes necesarios para el culto obligatorio de cada fratría, centralizado probablemente en su casa y controlado sin duda, por él.

Por último, el *genos* dominante proporcionaba el único tipo de representación política. El juego político se desarrollaba dentro y en torno de un consejo aristocrático que juntamente con el rey, si es que lo había, constituía el único órgano de gobierno. Ocasionalmente podían celebrarse asambleas multitudinarias para aprobar o rechazar decisiones vitales que podían conducir a una catástrofe si carecían de apoyo masivo (una declaración de guerra, por ejemplo), y probablemente también para sancionar a los magistrados electos, pero no para elegirlos. La reacción popular podría tal vez afectar a una línea de actuación previamente acordada, pero en ningún modo, decidirla ni dirigirla. El pueblo se reunía para elevar la moral, la suya y la de las autoridades, para manifestar su solidaridad, no para gobernar. Eso era tarea del Consejo y de los magistrados (que eran a su vez miembros del Consejo o estaban a punto de serlo).

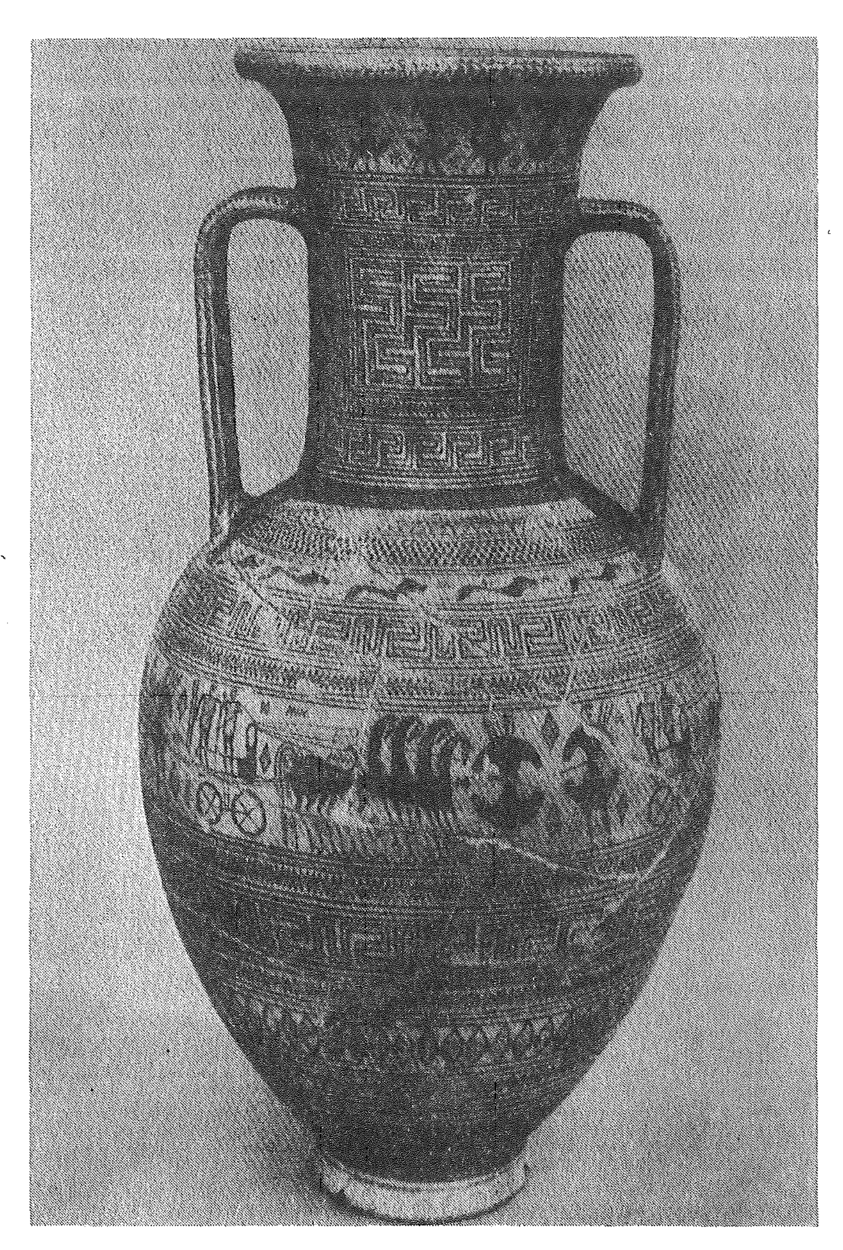
Para los pocos hombres que contaban, el juego político consistía en un maniobrar con las pirámides, o mejor dicho, en un maniobrar con los que estaban en la cúspide de éstas y las arrastraban consigo automáticamente. Un interés local común unía en ocasiones a los aristócratas vecinos (y a sus seguidores) o les convertía, en otras, en perpetuos rivales; un acuerdo provisional en cualquier asunto concreto podía quedar sellado con una boda que a su vez daría lugar a una amistad perdurable. Una economía agraria más o menos estable y un orden social más o menos rígido, fomentan la aparición de las asociaciones permanentes; por otra parte, cuando todo depende de las decisiones personales de un puñado de hombres, el equilibrio puede alterarse fácilmente por simples minucias: la firmeza o la debilidad, la envidia, la ambición, incluso la dispepsia de un solo hombre. Siempre había espacio para la maniobra y el juego no carecía de interés, aunque solamente pudieran participar unos pocos.

En el 800 a. C., la vida en Grecia ofrecía, por tanto, pocas perspectivas para el hombre medio. Casi con toda seguridad se trataba de un campesino, con pocas esperanzas o ninguna de que él o sus hijos pudiesen algún día abandonar la finca; no lejos de ella, en una parte más fértil del valle, habría una gran propiedad y una casa rica en donde vivía un hombre que controlaba la vida del campesino de modo tan absoluto casi como si fuera su esclavo. Este hombre era a la vez alcalde, jefe de policía, magistrado, legislador, recaudador de contribuciones, jefe militar, sacerdote y un puñado de cosas más, reunidas en una sola persona. Quienes no contaban con su favor no prosperaban mucho tiempo. Y si ese mismo campesino entraba alguna vez en



Jarra geométrica beocia de comienzos del siglo VIII. El estilo perduró desde aproximadamente el 900 a.C. hasta el 700 y su nombre proviene de las bandas de motivos geométricos que los pintores utilizan cada vez más para cubrir la superficie de los vasos. El de la fotografía es un ejemplo moderado puesto que concede bastante importancia a las figuras humanas y de animales que se hicieron frecuentes durante el siglo VIII.

contacto con el "Estado", era su vecino rico quien, con otros como él, aparecía como juez, general, sacerdote, magistrado o senador. Es imposible exagerar el completo abismo que separaba a ambas clases. Los *aristoi*, los "mejores", eran los pocos, aquéllos cuyo gobierno se



Anfora geométrica de cuello de la segunda mitad del siglo VIII procedente de Atenas. Los meandros, triángulos, etc., son típicos de este estilo, lo mismo que las zonas con figuras. En el cuello del ánfora, guerreros con los denominados escudos Dipylon; en los hombros, perros dando caza a una liebre; en la franja inferior, aparecen otra vez guerreros, algunos montados en carros de cuatro caballos. Los personajes son *aristoi*: los pintores de vasos no estaban interesados en el *demos*.

basaba, por supuesto, en la pura riqueza, pero santificado y fortalecido como estaba por siglos de dominio y tan profundamente entretejido en todos los aspectos de la vida de la comunidad que ya parecía más bien otorgado por los dioses. Y en el otro lado, los muchos, de cualquier condición, aleccionados por siglos de obediencia y por la dura realidad cotidiana para que aceptaran sin reservas cualquier gobierno que los *aristoi* les impusieran. Eran el *demos*, el pueblo.

HESIODO Y HOMERO

Por fortuna, cada parte ha dejado un testigo de sus respectivas actitudes, ambos posteriores al 800 a.C., pero, diferentes razones, tan anticuados ya en su propia época que podemos considerarlos testigos fiables.

Nunca en toda la historia griega el *demos*, en cualquiera de los sentidos que esta palabra fue adoptado con el paso del tiempo, consiguió hacer llegar a su voz hasta nosotros, con esta única excepción. Es sorprendente, aunque oportuno, que la excepción pertenezca a un período para el que carecemos de cualquier otra evidencia sobre sus puntos de vista.

La voz es la de Hesíodo, un campesino de esa zona agrícola, extensa y rica, de Grecia central, que posteriormente llegó a ser el estado de Beocia, una zona cuya economía siguió siendo casi por entero agraria mucho después de que regiones menos fértiles, como Corinto, Egina y el Atica, recurrieran a otros medios de vida, donde actitudes del siglo IX probablemente persistieron hasta bien entrada la segunda mitad del VIII, cuando Hesíodo escribía.

La fecha exacta de su nacimiento nos es desconocida, (sería probablemente más próxima al 700 que al 750). También lo son muchos detalles de su vida. Su padre era un emigrante de Asia Menor que había estado cultivando una pedregosa colina al sudoeste de la llanura de Beocia. A su muerte, Hesíodo y su hermano Perses se dividieron la herencia, pero Perses no quedó satisfecho; quería una parte mayor y estaba dispuesto a acudir a los tribunales para obtenerla. En *Los Trabajos y los días*, uno de los dos poemas que de él han sobrevivido, Hesíodo trata de detenerle y convertirle de litigante ocioso en diligente campesino. El resultado es una viva descripción del año agrícola, un calendario del duro trabajo del campo ("trabaja y que el trabajo siga al trabajo", "desnúdate para sembrar, desnúdate para arar, desnúdate para segar") y todo esto no para hacerse rico, sino para no morir de hambre ("la riqueza sigue al trabajo", dice, pero riqueza es un término relativo, y mucho más cercano a su pensamiento es el consejo: "trabaja... para que tú, tu mujer y tus hijos no tengáis que mendigar el pan del vecino", vv. 212-13 y 382-400 *passim*). Es también un



Rapsoda (en un ánfora de figuras rojas ateniense de comienzos del siglo V, por el pintor Cleófrades). Los rapsodad eran recitadores profesionales de los poemas homéricos y de otros poemas épicos. Un grupo de ellos, en Quíos, pretendía descender directamente de Homero.

sermón sobre la justicia, justicia equitativa para Perses y en un sentido técnico, para quienes la administran, los *basileis*, los nobles.

Nadie podría decir que Hesíodo estuviera satisfecho con estos nobles. Para él son *dorophagoi* ("devoradores de regalos") y los compara con el gavilán que se jacta ante el ruiseñor cautivo:

"¡Infeliz! ¿A qué tanto piar?
Ahora te tiene uno más fuerte que tú,
irás a donde yo te lleve
por muy cantor que seas".

(*Los Trabajos y los días* vv. 207-208)

No es éste el lenguaje de un hombre que ama a sus dueños, y se ha dicho con frecuencia que en Hesíodo encontramos las primeras señales de protesta contra el gobierno aristócratico como tal. Es muy posible; los comienzos de un descontento general pueden hacerse remontar al siglo VIII, puesto que por entonces ya estaban operando, como vamos a ver, los factores que lo provocaron, los cuales pudieron afectar incluso a la apartada Beocia. Pero no veo cómo, partiendo del poema, podemos distinguir entre el resentimiento privado de un hombre contra un grupo particular de nobles y el descontento generalizado contra el sistema. De este último no veo señales claras, al menos, debe recalcarse que Hesíodo no ve escapatoria: el ruiseñor no replica. Los nobles pueden pasar de la corrupción a la justicia, pero si no lo hacen da lo mismo. "Harán lo que quieran" (véanse vv. 213-85). Hesíodo no tiene otra amenaza para amedrentarles que el descontento de los dioses.

Pero, no obstante, existe el descontento de los dioses, especialmente el de Zeus, a quien es fácil "hacer a los poderosos y triturarlos", y cuyos emisarios andan por todas partes "tomando nota de todos esos jueces corruptos que doblegan a los hombres olvidándose de que Dios los ve", todo esto en la creencia de que hay algo como la justicia, que está por encima de las decisiones individuales de los jueces, y de que hay cierto poder que la protege. Hesíodo tal vez nos esté transmitiendo una idea más próxima, al espíritu del siglo VII que al del IX. Recordemos tan sólo que cuando los hombres están dispuestos a abandonar tales principios a la protección divina, es que están lejos de pensar en actuar por sí mismos.

Hesíodo no era pobre, si le medimos por los patrones contemporáneos: habla de bueyes y mulas, trabajadores, sirvientes y esclavos. Pero cualquiera que haya sido su situación exacta en la escala de la riqueza, piensa y escribe como un miembro del *demos*; los *basileis* viven en otro mundo, en el mundo de Homero. Como Hesíodo, Homero no era noble; al igual que Hesíodo, vivió en el siglo VIII, probablemente, algunas generaciones antes, pero al otro lado del Egeo y en una Jonia ya muy por delante de Beocia a la hora de asimilar las influencias que terminaron por derribar a las aristocracias. Pero su temática

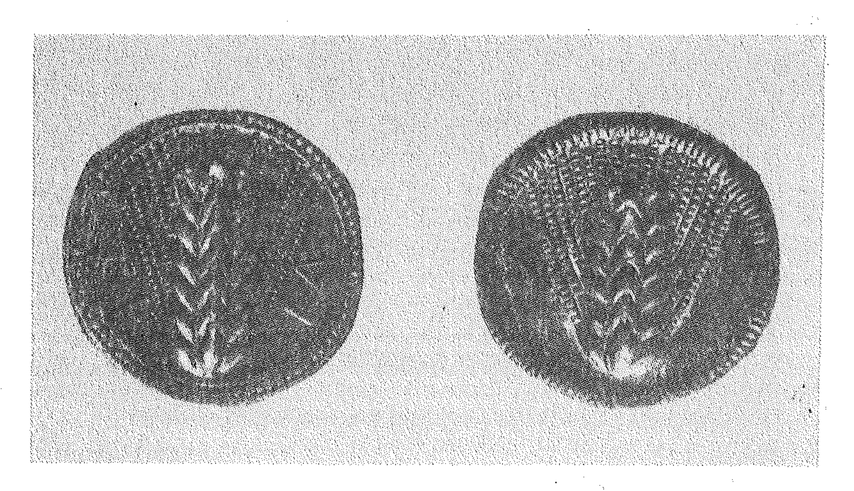
no estaba, como la de Hesíodo, enraizada en la situación contemporánea; era la guerra de Troya, cinco siglos anterior a la época en que Homero escribía. Sus poemas son creación personal suya, pero, también el producto de una tradición épica oral más antigua incluso que



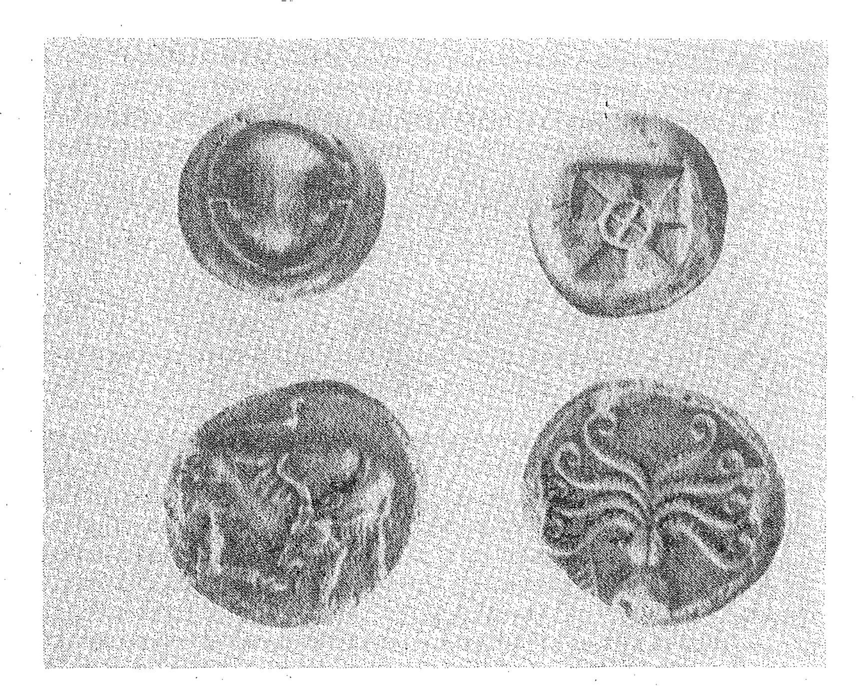
Cantor de tipo homérico acompañándose con una lira: detalle de una jarra geométrica ateniense de finales del siglo VIII. La escena corresponde probablemente a un funeral. Y el recital, tal vez era en honor del difunto.

la propia guerra; una tradición que constantemente conservaba pero también constantemente renovaba la lengua, la forma y la temática, hasta el punto de que lo que hay en los poemas homéricos del siglo VIII, con excepción del genio de Homero, es muy escaso, y muy escaso también, salvo el esqueleto argumental, lo que corresponde al siglo XIII. Las condiciones sociales, las actitudes, las instituciones y muchas otras cosas más son un conglomerado de los siglos intermedios, un conglomerado que escapa al análisis.

Evidentemente, no podemos suponer que los poemas homéricos reflejen de forma sustancial el pleno desarrollo del estado aristocrático en Jonia, y menos aún en Grecia. Como hemos visto, la fratría aparece en Homero como un intruso; los vínculos sociales descritos en los poemas son más imprecisos y más primitivos, el hombre tiene sus parientes, por supuesto, más o menos cercanos, y *hetairoi*, "camaradas", aquéllos que le siguen o están a su lado en la guerra y que, en tiempo de paz son sus asociados o sus dependientes, en conjunto, un cuerpo menos formal que el de los *phratores*. También la casa aristocrática de los poemas parece ser una unidad mucho más autónoma que la que podemos imaginarnos para la Jonia del siglo VIII; asimismo, la asamblea del ejército griego ante Troya se comporta quizá de un modo más sumiso aún que aquellas asambleas que el propio Homero conocería. Pero, a pesar de todo ello, parentesco y *hetairoi* constituían una asociación semejante a la fratría; el desarrollo de una organización estatal tal vez alteró la estructura de la familia pero no pudo hacerla desaparecer por completo. Una asamblea continuaría haciendo lo que se le mandaba.



Moneda de Plata de Metaponto (sur de Italia) de 550-470 a.C., que muestra la curiosa costumbre de los griegos occidentales de repetir el mismo motivo en el anverso y en el reverso. El dibujo de por sí, unas espigas de cebada, indica la importancia de los intereses agrarios en esta colonia (véase pág. 58).



Moneda de plata de la Liga beocia, acuñada en Tebas, capital de la Liga en el siglo VI. El motivo del esdudo tal vez fue elegido por su semejanza con la "tortuga" egineta, la más antigua y una de las más populares monedas del Egeo.

Abajo: Moneda de plata de Eretria (Eubea) de comienzos del siglo V. En el anverso, una vaca; en el reverso, un pulpo.

De un modo similar, dado que la producción épica no se basaba sólo en las gestas de los héroes, sino que se creó y se mantuvo especialmente para entretenimiento de futuros héroes, sus concepciones y sus valores eran los aristocráticos, más primitivos, sin duda, que los de los *basileis* de Hesíodo, pero no fundamentalmente diferentes. La máxima aspiración de los hombres era el honor, el honor entre los propios compañeros y en la posteridad; el honor que se ganaba con la valentía, con la destreza en la guerra, en las competiciones atléticas y en la caza; con el orgullo que hacía a un hombre consciente de su puesto en la sociedad y le obligaba a cumplir por encima de todo sus obligaciones para con los demás, superiores e inferiores, y a exigir a cambio que los demás, cumplieran las suyas para con él; que se ganaba también con la cortesía, la generosidad e incluso, en cierto grado, con la sabiduría. El perfecto *basileus* era un tipo espléndido, leal seguidor de sus superiores, amigo jovial y digno de confianza con sus iguales, benévolo, justo y tolerante con sus inferiores. Aceptaría un regalo, pero nunca lo solicitaría y con regalo o sin él, hubiera dividido en partes iguales la herencia entre Hesíodo y Perses, si hubiera estimado que sus

derechos a ella eran iguales. Pero, a cambio de todo ello, incluso el *basileus* más perfecto no esperaba otra cosa sino la más completa sumisión.

Una vez, un Hesíodo intentó mostrar cierta independencia cuando el ejército griego acampaba frente a Troya; un tal Tersites, "el hombre más feo que llegó a Ilión", se puso de pie en la asamblea y criticó al rey Agamenón. Inmediatamente Ulises tomó la palabra: "Tersites, tal vez eso sea elocuencia, pero ya hemos tenido bastante. Tú, estúpido, ¿cómo te atreves a medirte con los reyes? No eres quien para llenarte la boca con los nombres de los reyes, tú, el peor de cuantos acompañaron a los Atridas a Ilión..." Y al terminar su discurso, Ulises le golpeó la espalda y los hombros con su cetro. Tersites retrocedió y rompió a llorar mientras la asamblea estallaba en carcajadas... "¡Buen trabajo!", gritó un hombre y diciendo lo que todos pensaban: "...no creo que su orgullo (el de Tersites) le empuje de nuevo a la asamblea ni a insultar otra vez con palabras injuriosas a los reyes". (*Ilíada* II, 216-277). Tersites, quizá, no era una persona encantadora, pero no fue golpeado por eso. Fue golpeado por no saber mantenerse en su puesto. Ulises, cuando trataba de reunir a la asamblea, había dado muestras de mucha más inteligencia y sensibilidad. Cuando llegaba junto a alguien de sangre real o de alto rango... intentaba cortésmente retenerle: "¡Ilustre! No considero conveniente amedrentarte como lo haría con un hombre del pueblo". Pero cuando se encontraba con un hombre del *demos* chillando, le golpeaba con el cetro y le recriminaba severamente. "¡Eh, tú! Estate quieto y escucha las órdenes de quienes son mejores que tú. No eres valiente ni esforzado y no cuentas para nada ni en el combate ni en el consejo". (*Ilíada* II, 188-202). No cabe formulación más clara de los valores aristocráticos.

Estos fueron los valores que los griegos intentaron destruir en el transcurso de los trescientos cincuenta años siguientes, o más bien, no tanto destruir como quitarles importancia. Es decir, el problema no consistía en tender un puente entre los aristócratas y el *demos* o, para expresarlo con mayor precisión, en obtener los privilegios que tenían ya otros miembros de la comunidad, en introducirse, por ejemplo, en la organización de la fratría. Si estoy en lo cierto, la mayoría, si no todos, salvo los esclavos o las poblaciones sometidas, eran ya miembros de la fratría y, al menos teóricamente, no había nada en sus estatutos que le impidiera transformarse en pieza de un estado democrático. El problema, más bien, consistía en crear, prácticamente *ab initio*, la idea de un estado compuesto por ciudadanos que, por el mero hecho de serlo, tuvieran ya ciertos derechos, indiscutibles, y en conseguir esto sin permitir que ni los prejuicios ni las instituciones existentes obstaculizaran en modo alguno el ejercicio de esos derechos, sin crear o consentir que nuevos prejuicios y nuevas instituciones pudieran torcer o deformar su desarrollo. En una palabra, en inventar la noción de un ser humano autónomo y aplicarla sistemáticamente a todos los niveles de la sociedad.

3. LA EXPANSION ECONOMICA

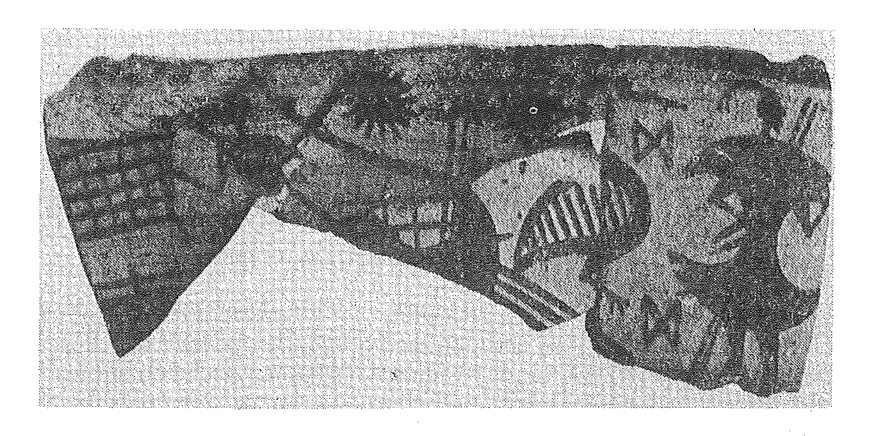
COMERCIO Y COLONIZACION

Para los griegos, los aristócratas gobernaban porque los dioses lo habían querido así, porque los dioses les habían hecho "mejores" que a sus semejantes. En realidad, claro está, gobernaban porque tenían más tierras y porque sus antepasados las habían tenido. Y fue un cambio en la estructura de la vida económica griega lo que dio origen a la historia de su declive.

Durante la época oscura había existido un cierto comercio: el desarrollo homogéneo de la cerámica protogeométrica y geométrica primitiva por toda la zona del Egeo en los siglos X y IX, la difusión de algunos tejidos fuera de su lugar de origen, los hallazgos ocasionales de mercancías importadas, bastan para probarlo. Pero era arriesgado hacerse a la mar en el s. IX (como siempre lo fue en la Antigüedad) y los beneficios no eran lo suficientemente grandes ni seguros como para tentar en exceso al hombre del campo. Sin embargo, una mayor estabilidad de las condiciones de vida hizo aumentar (siquiera levemente) la seguridad en la navegación, la estabilidad de los mercados y la calidad de los productos y, sobre todo, provocó un incremento de población que Grecia, una tierra siempre difícil para los agricultores, no podía soportar. La balanza comenzó a inclinarse y cada vez eran más los que se arriesgaban a salir al exterior.

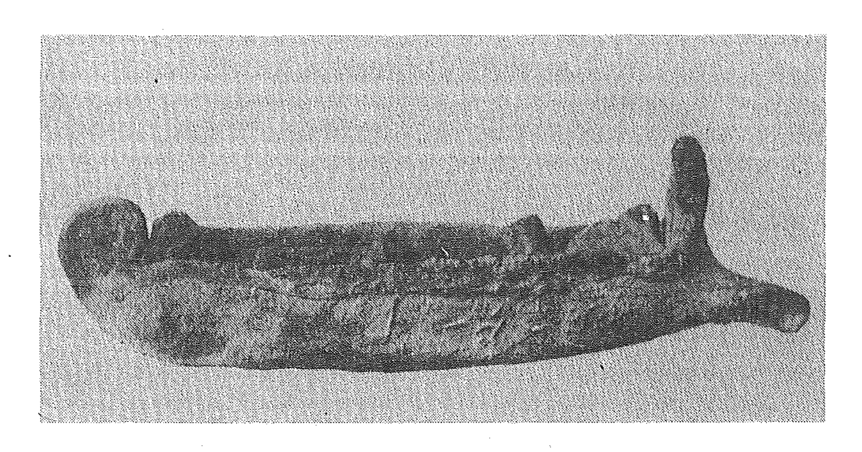
En el siglo VIII los dibujos de barcos se vuelven frecuentes en los vasos geométricos atenienses. Incluso Hesíodo, aunque lo desaprueba, llega a considerar la posibilidad de embarcarse, como su padre lo había hecho sin éxito. Ulises, en sus viajes, fue confundido (y despreciado por ello) con "algún capitán de una tripulación de mercaderes que constantemente va y viene y se preocupa de sus mercancías" (*Od.*, VIII, 161-64). Tales hombres existían y no mucho después del 800, algunos de ellos partiendo de las ciudades eubeas de Calcis y Eretría, fundaron un pequeño enclave comercial, Al-Mina, en la costa Siria, junto a la desembocadura del Orontes, en donde llegaba al mar la principal ruta de caravanas de Mesopotamia. Hacia el 750 otros colonizadores, partiendo de las mismas ciudades, se establecieron en Ischia y en Cime en la bahía de Nápoles, otros, a su vez, quizá empezasen a explorar la costa meridional del mar Negro.

Todo ello fue consecuencia de iniciativas individuales aunque, a no dudarlo, los gobernantes de las ciudades se interesarían por un mo-



Parte de un buque de guerra, con el timonel a bordo, en un fragmento de un *krater* ático geométrico de mediados del siglo VIII. La galera tiene una cubierta con aberturas en su parte inferior semejantes a un enrejado, para los remos.

vimiento que les llevaba metales de Etruria y Asia y objetos de lujo manufacturados de Levante, e incluso es posible que lo alentaran. Pero su interés creció cuando se dieron cuenta de que podían hallar nuevos hogares para el excedente de población provocado por la mayor estabilidad de las condiciones de vida durante los siglos precedentes. Aproximadamente una generación después de las primeras exploraciones, las ciudades más escasas de tierra, Corinto, Mégara, Calcis, Eretría y otras, comenzaron a enviar a algunos de sus ciudadanos sobrantes para que fundaran nuevas ciudades, casi siempre en zonas puramente agrícolas y a veces en lugares de importancia estratégica e incluso comercial. Pero aunque el motivo subyacente al movimiento colonizador fue primordialmente el deseo de aliviar la presión demográfica, sus efectos para el desarrollo del comercio tuvieron, sin embargo, gran importancia. El excedente de grano de las colonias encontraba un ávido mercado en las metrópolis, las cuales, a su vez, tenían materias primas como vino o aceite e incluso productos manufacturados como vasijas cerámicas para entregar a cambio. La prosperidad creciente provocó una creciente demanda de objetos de lujo y una mayor calidad en las mercancías de uso diario y de esta forma, aumentó la especialización y se intensificó el comercio: recipientes y perfumes corintios, vestidos de Mégara y objetos de metal de Eubea. Hacia el 700 a.C. tal vez había ya una docena de estados en Grecia que habían pasado a ser comunidades agrícolas prácticamente aisladas y autosuficientes a convertirse en organizaciones relativamente complejas, en las cuales, frente al sólido trasfondo agrario aún existente, tanto el gobierno como los particulares se habían dado cuenta de que la prosperidad e incluso la supervivencia dependían de las conexiones con ultramar y del intercambio de mercancías fuera de los límites del propio estado.

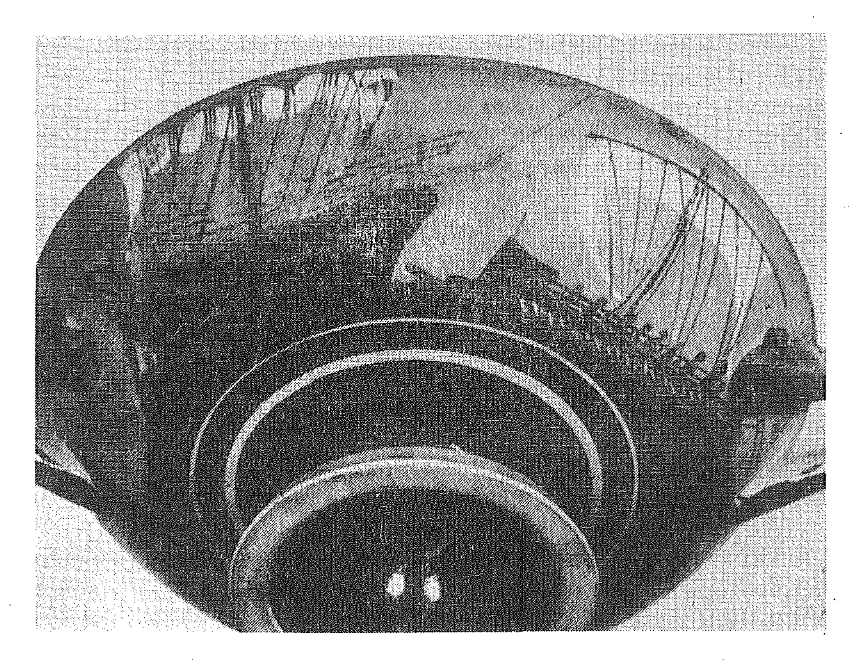


Tosco modelo de juguete de un barco de guerra tripulado (s.VII). Adviértase la típica popa curva y su alta proa con escalón. Un ejemplo más cuidado puede verse en la pág 60.

Es fácil ir demasiado lejos, e imaginarse gobiernos conscientemente preocupados por asuntos tales como la balanza de exportaciones e importaciones, el desarrollo de mercados, la creación de ligas comerciales y cosas semejantes, o imaginarnos a individuos que se convierten en príncipes del comercio, hablar de esa "nueva clase de ricos mercaderes" o artesanos a la que tanta importancia se ha dado en algunos libros de historia de la Grecia arcaica. Pero todo ello sería un grave error.

Ante todo, no existía ningún tipo de teoría económica, ni siquiera en su forma más rudimentaria —éste es un terreno en el que los griegos nunca llegaron demasiado lejos— y sin teoría, los enunciados teóricos son difíciles de formular. Por supuesto, los gobiernos griegos se enfrentaron con problemas económicos, pero los afrontaron siempre como problemas inmediatos, aislados y prácticos, nunca como ejemplos concretos de principios más generales. Más aun, aunque hubiera existido algún tipo de teoría económica, el estado griego nunca tuvo la suficiente complejidad ni la burocracia necesaria como para interesarse por los asuntos comerciales de la misma forma en que nosotros lo hacemos. Así, cuando Corinto necesitaba más trigo de Sicilia, nadie decía: "debemos fabricar más vasijas", ni tampoco el gobierno emprendía un plan quinquenal para el desarrollo de la industria; simplemente, más alfareros fabricaban más vasijas porque los mercaderes que llevaban trigo estaban dispuestos a aceptarlas a cambio; y si había un desfase entre la demanda y la oferta, mala suerte: algunos corintios pasarían hambre.

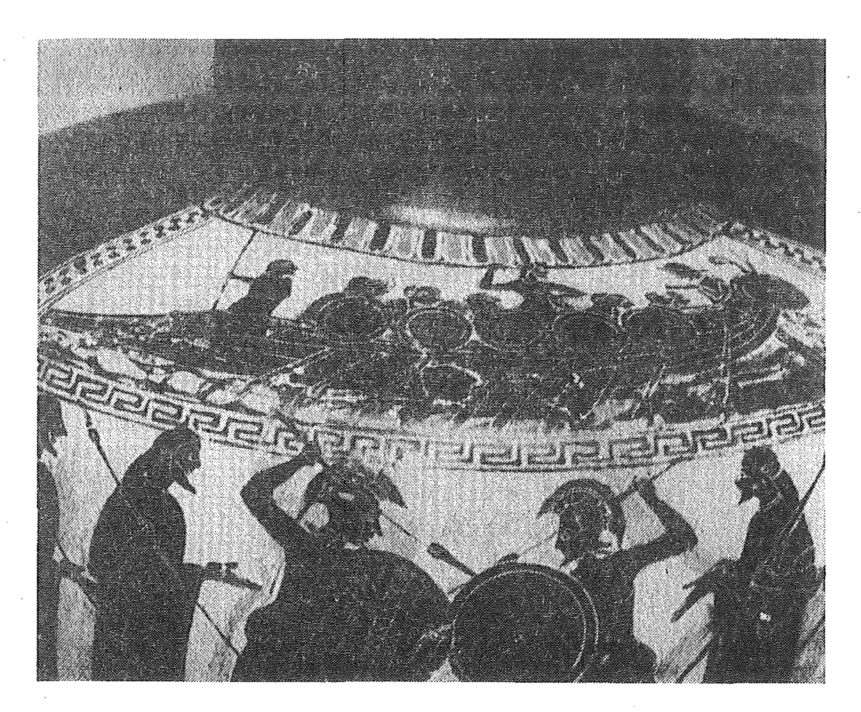
Igualmente, el mercader o artesano enriquecido es en gran parte un mito; Coleo de Samos, el primero que comerció con el sur de España (hacia el 640 a.C.), se convirtió en algo parecido a un millonario gracias a los beneficios de un solo viaje, y Sóstrato de Egina ganó aún



Buque de guerra de mediados del siglo VI en contraste con un navío mercante en una copa ática de figuras negras. El barco pirata, una adaptación de la galera de cincuenta remos de la época (*pentekontoros*) da alcance al grande y elegante buque de carga que navega inocentemente a media vela.

más —nadie, dice Heródoto (IV, 152), "podía rivalizar con él"—, pero ambos son excepciones. El mercader corriente cruzaba y volvía a cruzar los mares, comprando y vendiendo lo que podía; a veces los negocios le iban bien, a veces mal, pero eran más las veces que perdía todo que las que hacía fortuna. Algo análogo ocurría en la "industria". En el s. V, había artesanos importantes, hombres ricos para su época que llegaban a emplear hasta cincuenta esclavos. Pero incluso entonces constituían la excepción; el ceramista medio, el carpintero, el tejedor o el herrero tenían un pequeño negocio familiar con un esclavo, o a lo sumo dos, para ayudarles.

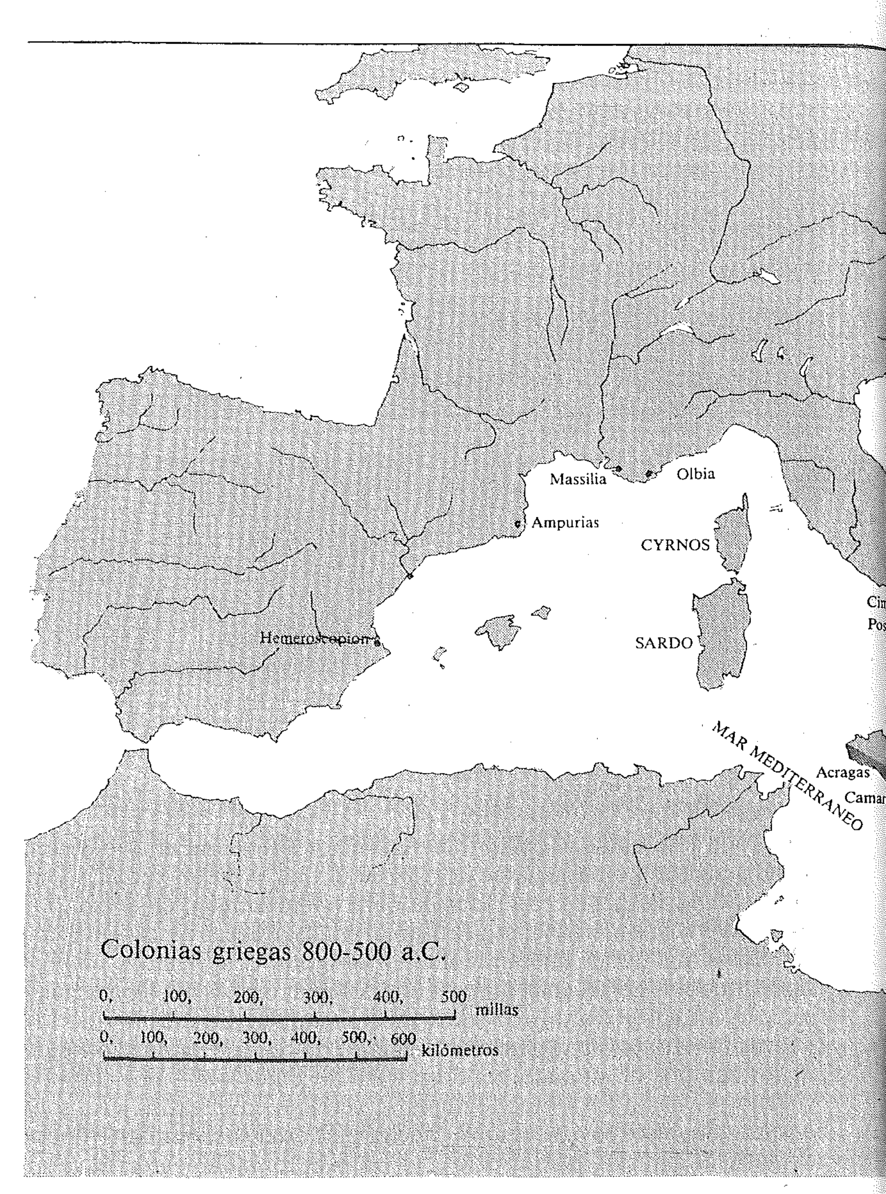
Ambas salvedades son importantes, pero sólo afectan a la estructura del comercio y de la industria griegas y a la forma en que éstos podía alterar la sociedad existente. No modifican, en cambio, el hecho de que desde el 800 en adelante se intercambiaban mercancías por todo el mundo griego en cantidades siempre crecientes ni el de que alguien obtenía provecho de este intercambio. Las repercusiones de este proceso sobre la sociedad son complejas y actualmente difíciles de desentrañar. Pero por necesidad hubo repercusiones: un elemento completamente nuevo se había introducido en la economía griega, y sucesos como éste no ocurren sin producir alteraciones.



Otro ejemplo de una galera de mediados del siglo VI sobre una jarra ática de figuras negras (*hydria*), obra de pintor anónimo; se distingue muy bien a los tripulantes que no reman: el oficial de proa, el encargado de los remeros y el timonel.

Todo el mundo se encontraba en mejor situación: el trabajador sin tierras que podía ganarse la vida en el mar o en la ciudad, o, al menos, tendría menos competencia para hallar empleo en el campo; el alfarero cuyas mercancías alcanzaban en los muelles precios más altos de los que nunca habían tenido en el ágora; el agricultor, un Hesíodo, que con Perses en el mar, en una colonia, o sirviendo como mercenario a un rey extranjero (otro medio popular de escape que los nuevos horizontes en expansión ofrecían), no tendría ya que compartir los campos de su padre y podría cultivar en esos mismos campos vides y olivos cuyos frutos también se vendían en el extranjero; y el *basileus*, incluso, cuyos campos, mucho más extensos, podían proporcionarle una buena fortuna si los cultivaba apropiadamente y cuya situación económica, en cualquier caso, le permitía aprovecharse de las nuevas oportunidades que se presentaran.

Pero en una economía en rápida expansión no todos los que comienzan al mismo nivel crecen simultáneamente ni en el mismo grado. Algunos trabajadores, agricultores, alfareros, algunos *basileis* aventajarían a sus iguales o incluso a sus superiores, pero otros lamentablemente, se quedarían muy rezagados. Y es aquí, es en esta sacudida



La principal oleada colonizadora en Italia y Sicilia comenzó con Naxos (c. 735 a.C.); en la península Calcídica, un poco antes; en el norte de Africa hacia el 630; tras un largo período de actividad en torno a la Propóntide (Bizancio, c. 680), quedó plenamente abierto el acceso al mar Negro hacia el 610 (Istro y Olbia); en el extremo occidental se fundó Massilia c. 600. Las principales ciudades colonizadas fueron, en la Calcídica, Eubea (pág. 80); en Sicilia e Italia, Corinto, Eubea y las ciudades de Acaya; en el mar Negro, Mileto y Mégara; en Libia, Tera; en Egipto, Mileto y Quíos; en el extremo occidental, Focea.



de la sociedad en esta nueva movilidad, y no en un mero conflicto de intereses económicos, donde hemos de buscar el verdadero punto de partida de la revolución política. Un *basileus* de poca importancia que haya logrado triunfar, retirará pronto su obediencia a su antiguo superior, si éste ya no puede respaldar su autoridad con un séquito mayor; un Hesíodo, o para el caso, un Coleo o un Sóstrato, que sea lo



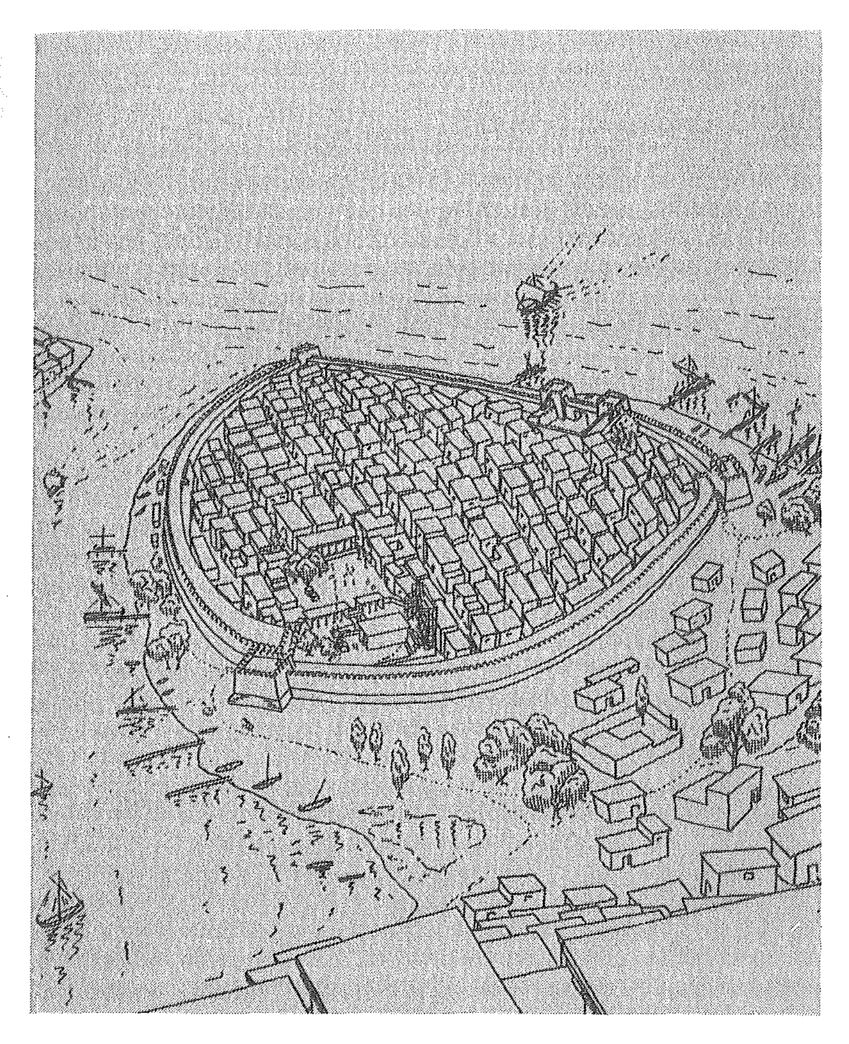
Remeros en una trirreme, el tipo clásico de buque de guerra griego que se desarrolló durante el siglo VI. Los remeros se distribuían en tres hileras de bancos superpuestas (aquí sólo aparece la inferior), con lo que se conseguía mayor potencia sin pérdida de espacio. La tripulación (excluyendo a los soldados) venía a ser ahora de unos ciento setenta hombres.

suficientemente rico para permitirse ciertas comodidades, para comprar a su hijo el equipo militar, entrenarle y hacer de él un jefe guerrero o un atleta, comenzará más pronto o más tarde a preguntarse por qué no es él un *basileus.* La ciega aceptación de las órdenes se convierte en una obediencia con reservas y, finalmente, en desobediencia abierta.

Pero todo este proceso exige tiempo y en el caso de Grecia hubiera exigido aún más, de no haber sido por otras dos consecuencias directas de la expansión del siglo VIII.

LA INDEPENDENCIA PSICOLOGICA

La primera de ellas es psicología; la propia dispersión geográfica del pueblo griego requería de por sí una mayor independencia individual. El hombre que bota al agua su barco y navega ya no está vinculado al hombre que antes dirigía su vida encerrada entre los mojones de sus campos. No puede estarlo, le guste o no. Tiene que decidir por sí mismo si navegar hacia Oriente o hacia Occidente, qué comprar y cuánto ha de pagar por ello. Si tiene éxito, llegará a ser alguien en su



Reconstrucción de la Esmirna del siglo VIII. Esmirna se fundó c. 1000 a.C. por refugiados eolios procedentes de Grecia (pág. 39). Pero los colonizadores de los siglos VIII y VII seguían buscando emplazamientos de tipo similar. Un puerto, a ser posible cerrado, era esencial; igualmente lo era, una península de fácil defensa, bien surtida de agua y, a ser posible, de cierta elevación. Una mayor estabilidad en las condiciones de vida permitió a los esmirnotas instalarse fuera de las murallas.

sociedad y sabrá que lo ha conseguido por sí mismo. El alfarero que vende sus vasijas en los muelles debe fabricar lo que desea el extranjero y no lo que el *Basileus* solía pedirle. El hombre que se marcha a una colonia puede intentar reproducir el tipo de sociedad que conoció en su patria y tal vez lo consiga; pero tiene que hacer un esfuerzo cons-

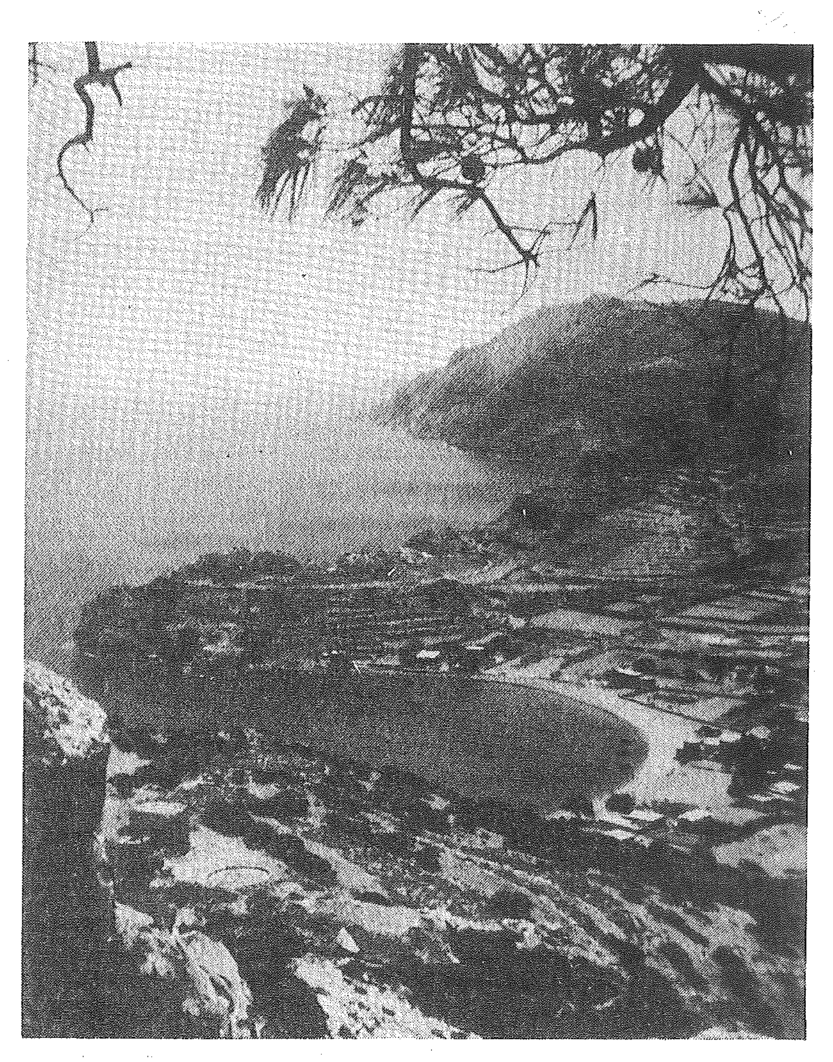
ciente para preguntarse cómo era esa sociedad, y carece de veneración innata alguna hacia su nuevo amo. El mercenario ha de aprender a recibir órdenes de cualquier general que esté por encima de él, y no sólo del comandante de su fratría.

De estas distintas maneras, algunos griegos se sacudieron quisieran o no, sus antiguos hábitos. Más aún, muchos entraron en contacto con mundos nuevos deslumbrantes que necesariamente tenían que fascinarles, entusiasmarles y suscitar en ellos comparaciones con la pobreza y el atraso que habían dejado en su patria: el reino inmensamente rico de Frigia, que en el siglo VIII y a comienzos del VII dominaba la meseta de Anatolia (gobernado por Midas, "el del toque de oro"); Lidia, la sucesora de Frigia como dueña de la Anatolia interior; las ciudades fenicias de la costa siria y, tras ellas, el aterrador imperio militar de Asiria. Las excavaciones de Gordion y Sardes, las capitales de Frigia y de Lidia, son todavía demasiado recientes para permitir una apropiada valoración de las relaciones entre los griegos y la cultura de Anatolia, pero está claro que eran estrechas; es más, todo el arte griego sufrió una revolución a raíz de las influencias orientales, recibidas en torno al 700 a.C. bien directamente desde el Levante, bien a través de Asia Menor. Y sería raro que sólo los artistas se impresionaran por lo que veían y aunque ni de Oriente ni de ninguna otra parte podían extraerse lecciones de democracia, es posible que el impulso inicial hacia el cambio político se debiera, en parte, a la influencia de modelos orientales, tal como ocurrió en las matemáticas, la astronomía y en un montón de cosas más. Gracias a estos contactos, por lo menos, muchos debieron darse cuenta por primera vez, no sólo de que la suya era una sociedad más entre las muchas posibles (algo que podían haber descubierto exactamente igual entre las tribus de Escitia o de Sicilia) sino de que también otras sociedades podían prosperar y mucho.

Escojamos un ejemplo muy simple y representativo. Un poco antes de mediados del siglo VII el poeta Arquíloco escribía: "No me importan las riquezas de Giges, no deseo el poder de los dioses ni anhelo una gran tiranía" (frag. 25). Modestos e irreprochables sentimientos, pero con implicaciones interesantes. Por remota que sea la posibilidad, Arquíloco puede al menos concebir la idea de una nueva forma de gobierno lo que él llama "tiranía". No se encomienda, como Homero y Hesíodo hacían, cada uno a su manera, al gobierno de los reyes o nobles establecido por los dioses. Y algo más importante aún, la tiranía en que piensa es, con toda seguridad, de cuño extranjero.

Hacia el 680 a.C., Giges, un vasallo, presumiblemente, un noble vasallo de Candaules, rey de Lidia, mató al monarca y ganó a la vez a la reina y al reino. Casi todo lo que sabemos de Giges y de sus descendientes (que gobernaron Lidia hasta su anexión por los persas hacia el 545) procede de fuentes griegas; para nosotros el relato de su subida al poder, según lo cuenta Herodoto (I, 8-3), es una simple intriga palaciega que no difiere en lo esencial de la historia del asesinato

de Agamenón en Micenas ni tampoco de la usurpación de Egisto, bastante más sórdida y dramáticamente menos afortunada. Frente a ellas, un griego que conociera su propia épica no se hubiera impresionado por la acción de Giges. Pero hay algo que nos indica que Arquíloco estaba impresionado: la palabra "tiranía" (*tyrannis*). Es probable que



Otro típico emplazamiento en una península, Emporio, pequeño puerto de Quíos. la acrópolis de la bahía que se ve aquí fue fortificada en época prehistórica y de nuevo, en época romana tardía. Los griegos del siglo VII prefirieron la colina desde la que se ha tomado la fotografía y hasta el siglo VI no se sintieron suficientemente seguros como para trasladarse al llano.



Relieve asirio del siglo VII, procedente del palacio septentrional en Kuyunjik (Nínive). El león asirio fue uno de los muchos motivos que los griegos tomaron prestado de Oriente (cf. las láms. de las págs. 72, 99 y 100).

sea una palabra de origen oriental, tal vez incluso lidio; es seguro que Arquíloco fue el primero que la utilizó en griego, pero no lo es tanto,

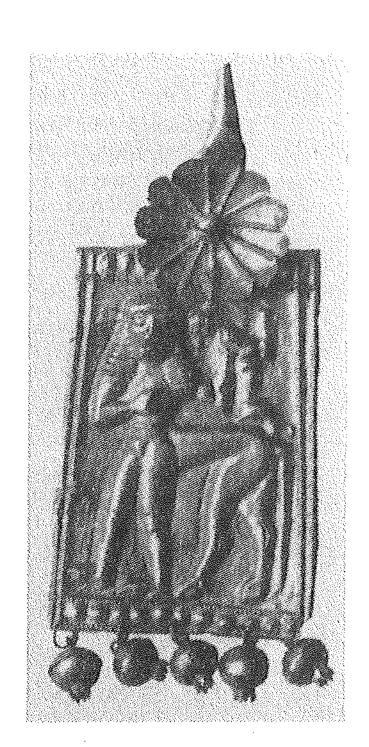


qué quería decir con ella. La historia del término en el griego posterior es complicada. Los poetas del siglo V podían emplearlo, aparentemente, como sinónimo de *basileus*, rey, sin ninguna señal de desaprobación, pero en el lenguaje político del siglo V no cabía término más insultante y podemos encontrar los mismos tonos condenatorios



Estatuilla de un hombre sobre un camello hallada en Kameiros, Rodas (s. VII). Rodas era la entrada natural de las influencias orientales en el Egeo. Incluso parece probable que ya en el 700 a.C. hubiera allí establecidos trabajadores egipcios o fenicios.

en poetas más antiguos como Solón y Teognis. Se ha argumentado que es más verosímil pensar que una palabra originariamente neutral, un mero sinónimo de *basileus*, perdió prestigio en la prosa y en la poesía política (como la de Solón), aún conservando su sentido original en el lenguaje poético más elevado, y no que un término peyorativo adquiriera respetabilidad; que Arquíloco, por consiguiente, lo tomó en préstamo por mero deseo de variedad. No me parece una explicación muy persuasiva; atiendo demasiado a las connotaciones morales y muy poco a las posibles diferencias reales de significado. Ya para Solón la "tiranía" es algo malo —había habido tiranos suficientes para justificar esta opinión— pero no podemos estar seguros de que un griego de mediados del siglo VII hubiera adoptado el punto de vista moral de Solón. No había motivos por los cuales pudiera aprobar o desaprobar la ocupación violenta del poder; y sí los había, en cambio, para



Pendiente con la figura de un centauro, también de Kameiros y también del siglo VII. El arte griego orientalizante abunda en figuras monstruosas de este tipo (cf. la lám. de la pág. 72).

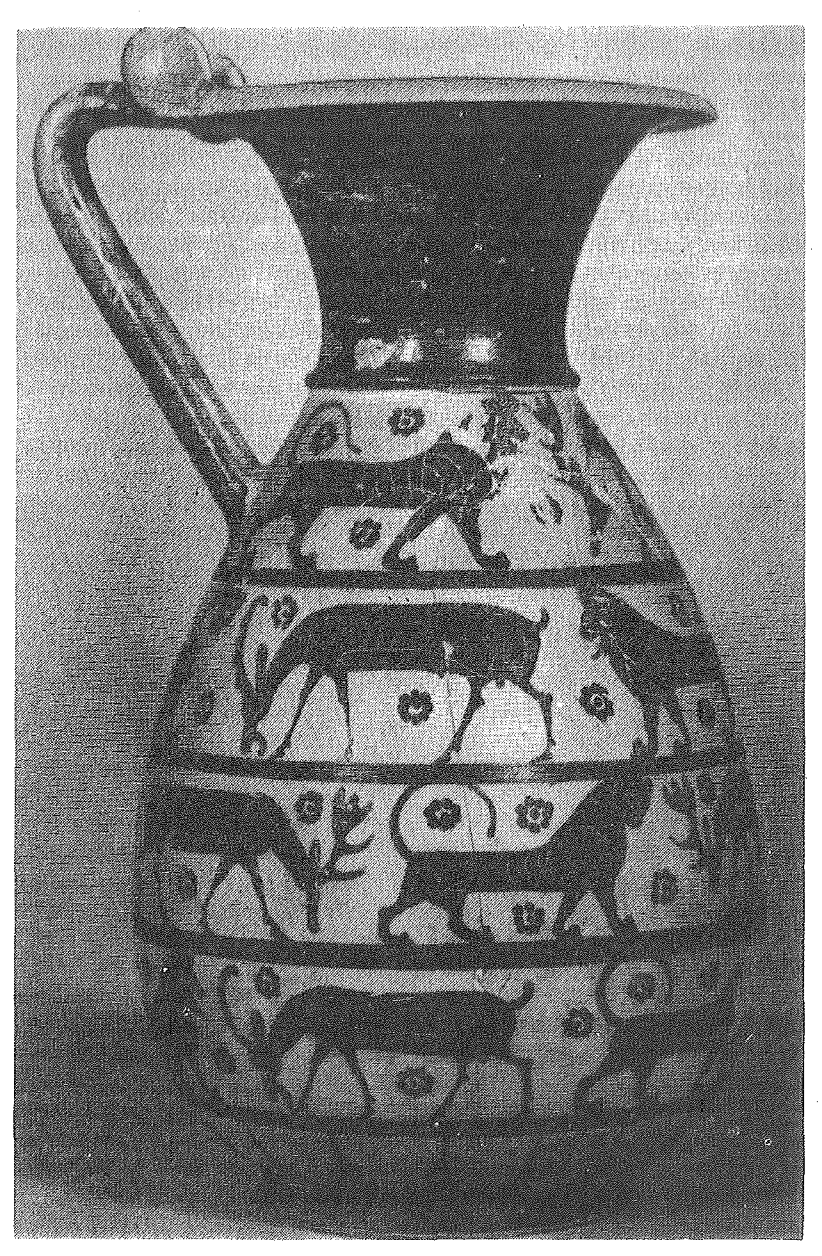
que necesitase un neologismo con que expresar el poder adquirido de ese modo. Arquíloco emplea el vocablo en un contexto en el que, casi con toda seguridad, está pensando en Giges, cuyo gobierno había comenzado con una revolución; la palabra se aplicó inmediatamente a los griegos que hicieron lo mismo; lo que Solón tenía en mente al condenar la "tiranía" era ante todo la idea de que él mismo podía conseguirla si lo deseaba: una vez más la idea de *arrebatar* el poder. En el *Prometeo* de Esquilo, Zeus recibe el nombre de *tyrannos* (versos 941-42) pero es que había derrocado a su padre por la fuerza. Por último, cuando Pericles denomina *tyrannis* al imperio ateniense añade, acto seguido, la explicación "que tal vez haya sido injusto *adquirir*" (Tuc., II, 63). A los griegos posteriores sin duda les sería fácil pasar de la noción de la adquisición del poder a la del ejercicio de éste; y más fácil aún a las nuevas ideas morales, el añadir matices y complicaciones, pero el término tal vez conservó largo tiempo algo de lo que sospecho que fue su primitiva fuerza descriptiva, la misma que indujo a Arquíloco a tomarlo en préstamo (sea el que fuere su significado primitivo en Oriente), y no por mero deseo de variedad, sino por la necesidad de describir un nuevo fenómeno, un fenómeno del tipo Giges, sin matiz alguno de aprobación o de condena. Si esto es así, entonces es que consideraba a Giges un nuevo fenómeno; y, lo que es más, sus pala-

bras implican que lo veía como un fenómeno que podía reproducirse en cualquier otra parte.



Cabeza de grifo en bronce, procedente de Samos, c. 600 a. C. El grifo fue otro monstruo importado de Oriente y, con esta forma, se convirtió en un motivo ornamental muy popular de los objetos de bronce de estilo orientalizante. Varias cabezas como ésta se pondrían alrededor del borde de un escudo o de un caldero.

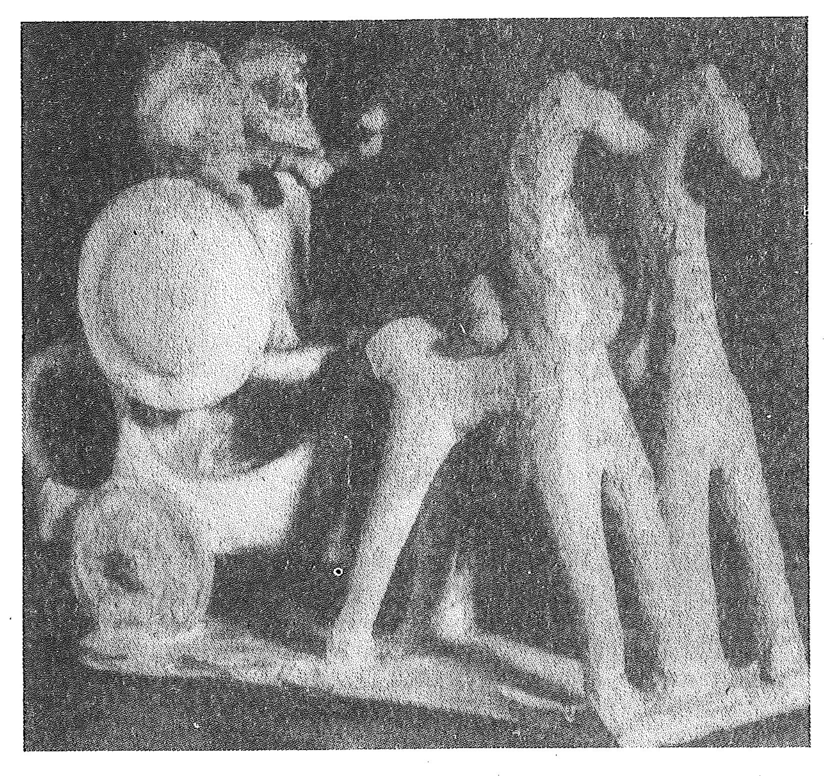
Si Giges fue en realidad diferente de Candaules, es algo que no sabemos. En un momento de su historia, Herodoto introduce un elemento que no había desempeñado papel alguno en la intriga individual narrada previamente: "los partidarios de Giges". Según esto, Giges no habría sido un aventurero solitario; representaba algo o a alguien. Pero ignoramos qué era lo que representaba, y no sugiero que la Lidia de principios del s. VII pudiera compararse en modo alguno, ni servir como modelo político para la Grecia de mediados del s. VII. Al mismo tiempo, por muy firmemente que un hombre creyera en un escándalo ocurrido en el s. XIII a.C. en Micenas, sin duda la impresionaría mucho más una crisis contemporánea en Asia Menor, y yo sostendría que la experiencia de ésta y de otras crisis orientales, o simplemente de otros sistemas políticos establecidos, contribuiría a preparar la mentalidad griega para aceptar cambios, aunque no influyera en modo alguno en la naturaleza de esos cambios cuando se produjeron.



Jarra corintia (*oinochoe*) del período de transición (630-620 a.C.) entre el estilo protocorintio (fig. de la pág. 91) y el propiamente corintio (pág. 99). Este ejemplo muestra cómo los ceramistas corintios adoptaron las tradicionales franjas de animales del estilo geométrico, las diversificaron e introdujeron en ellas elementos orientales, p.e. el león (cf. págs. 99-100).

Hasta aquí destacan dos ideas: que la separación de muchos griegos de sus amos aristocráticos y las perturbaciones económicas producidas por ello debilitarían los lazos entre el gobernante y el gobernado e incluso causarían tensiones entre los gobernantes; que el conocimiento del mundo exterior introduciría alguna flexibilidad en la forma en que los griegos concebían estos lazos y les permitiría verlos con cierta perspectiva y juzgarlos como no habrían podido hacerlo anteriormente.

Arquíloco ilustra de hecho ambos aspectos de esta nueva independencia psicológica. Nacido en Paros, una isla del Egeo, hacia el 700 a.C., era probablemente hijo ilegítimo de Telesicles, un aristócrata que había establecido una colonia de Paros en la isla de Tasos en el norte del Egeo. Su vida transcurrió en Paros, en Tasos y sin duda en otras partes del litoral del Egeo, y sus cantos nos hablan sobre el combate y la bebida ("Con mi lanza consigo pan de cebada, con mi



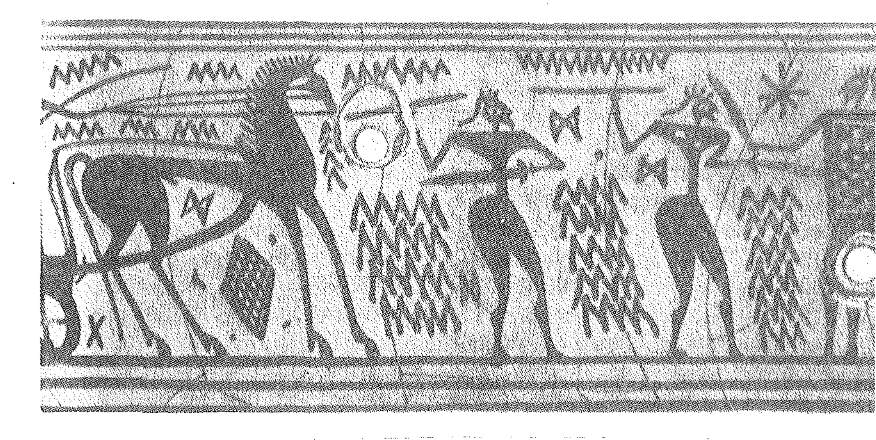
Estatuilla de finales del período geométrico, procedente de Beocia; un carro, de dos caballos, con auriga y un guerrero. Parece muy improbable que el carro desempeñara papel alguno en el combate; sus representaciones tal vez son una mera herencia de la tradición heredada de la Edad de Bronce. Pero es probable que los ricos todavía lo empleasen como medio de transporte: el coche deportivo del joven y brillante oficial.

lanza, vino de Ismaro y bebo apoyado en mi lanza''), el odio (''Me basta con una sola cosa: responder al hombre que me agravia con grosera ofensa''), el amor (''El deseo me roba hasta el aliento; soy esclavo del dolor que los dioses me envían''), la burla (''A siete perseguimos hasta matarlos; somos un millar de homicidas'') (frags. 2, 65, 84, 59). Es la suya la primera poesía personal que nos ha llegado y la primera también que no emplea la forma épica; y es fácil, por tanto, exagerar la novedad de Arquíloco: los hombres, sin duda, ya escribían cantos sobre sí mismos antes del 650. Pero creo que nadie escribiría cantos como estos. Arquíloco nació aristócrata y en muchos aspectos siguió siéndolo (''ignora los chismorreos del vulgo si quieres gozar''), pero también sabía burlarse del código aristocrático del honor (el poeta había arrojado su escudo en el combate ''pero salí con vida. ¿Quién se preocupa por el escudo? ¡Al infierno con él! Conseguiré otro no peor'') (frag. 6). Escribe como un Bluntschli, no como el comandante Saranoff. Pero más importante que esto y más importante aún que sus ideas sobre Giges es el hecho de que Arquíloco no se limita a expresar su personalidad en su poesía (Hesíodo, después de todo, ya lo había hecho), sino que hace alarde de ella: afirma su individualidad de una forma que considero completamente nueva. Hesíodo tal vez hubiera podido afirmar, si hubiera querido, que un general fanfarrón había causado males a su gente; a Arquíloco le basta con decir ''*Yo* no apruebo...''

Como bastardo y emigrado, Arquíloco sería, desde luego, un inadaptado en el mundo aristocrático; pero por diferentes razones y de múltiples modos en el siglo VIII y a principios del VII un gran número de griegos se habían convertido en inadaptados. Estaban descontentos, pero ya no dispuestos a aliviar su descontento con sólo una queja y una plegaria a Zeus, sino decididos a hacer algo. Y lo que es más, tenían la fuerza para hacerlo.

PROGRESO MILITAR

Esta fuerza se la dio la segunda consecuencia de la expansión económica del siglo VIII: la transformación de la táctica de combate griega. Hasta el momento, como hemos visto, un ejército griego era una chusma bastante lamentable. En vanguardia, una *élite* aristocrática que probablemente empleaba el caballo para acercarse al campo de batalla, para lanzarse a la persecución, y, más importante aún, para la retirada, pero que combatía a pie con lanza arrojadiza y con espada protegidos sobre todo con un escudo colgado del cuello que se asía con una mano por el centro: equipo éste bien inadecuado para combatir en grupo. Pero no había ninguna necesidad de ello; los demás miembros del grupo no podían costearse ni el entrenamiento ni el armamento necesarios y se equipaban lo mejor que podían; armados con



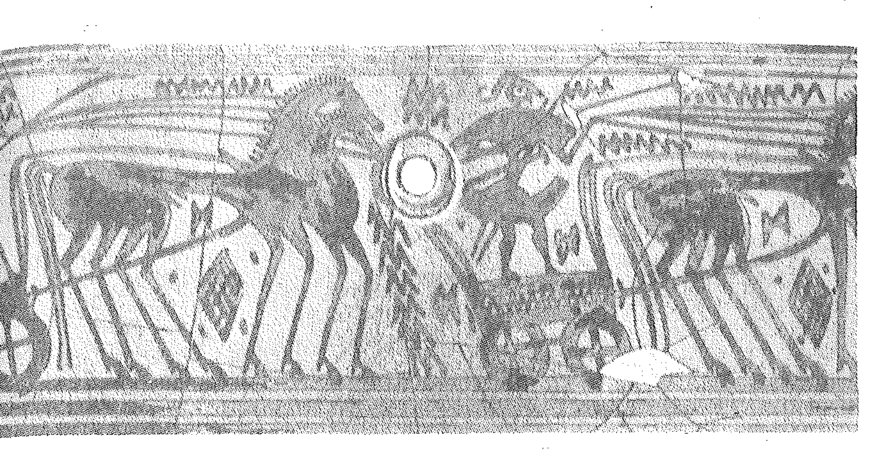
Desarrollo (hecho por Piet de Jong) del dibujo de un *oinochoe* ático de estilo geométrico hacia el 700 a.C. De nuevo aparecen guerreros a pie o en carro (págs. 48 y 74), protegidos por escudos no hoplitas (Dipylon u otro), con dos lanzas arrojadizas (fig. de la derecha) y/o espadas punzantes de doble filo. Se cree que las figuras centrales representan a los gemelos Moliones Actóridos de *Il.* XI, 706 ss.

cualquier cosa que tuvieran a mano, avanzaban detrás de los expertos para lanzar gritos y piedras.

Pero también las piedras pueden herir, y un hombre grita con mayor entusiasmo si siente que tiene alguna protección contra un experto distraído del campo contrario. Y creo que es así como debemos imaginarnos el primer paso hacia un cambio, en algún momento del siglo VIII, como un gradual refuerzo del equipo defensivo y ofensivo del hombre común, conforme adquiría poco a poco la capacidad de costeárselo debido a tres razones: a su mejor situación económica, a que el comercio abastecía el mercado con mayor cantidad de metal y más barato (veáse págs. 67-68), y por último, a que el contacto con el mundo exterior había enseñado nuevas técnicas a los trabajadores del metal. Pero el paso siguiente y decisivo en la creación del típico ejército griego del período clásico no pudo haberse producido así, tan fortuitamente.

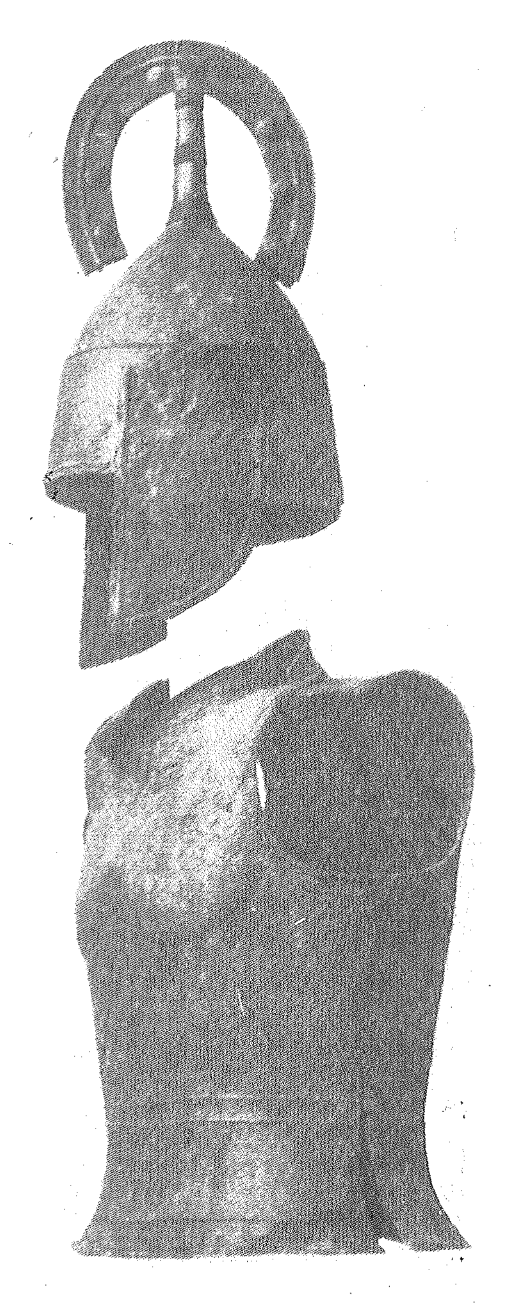
En algún momento, en alguna parte, alguién debió decidir utilizar a estos guerrilleros mejor pertrechados como grupo coordinado, como falange de infantería pesada, compuesta por esos infantes que los griegos posteriores llamaron hoplitas (literalmente "hombres armados"), que, debidamente equipados y entrenados, podían por su mero peso abrirse camino a través de cualquier número de expertos que se les opusiera, e incluso, si eran lo bastante valerosos y diestros, resistir una carga de caballería.

No es fácil imaginar los pasos que condujeron a esta transformación. En vez de lanza arrojadiza, el hoplita llevaba una lanza de acometida que perdía gran parte de su valor si no estaba flanqueada a ambos lados por otras semejantes; llevaba un escudo circular, que no



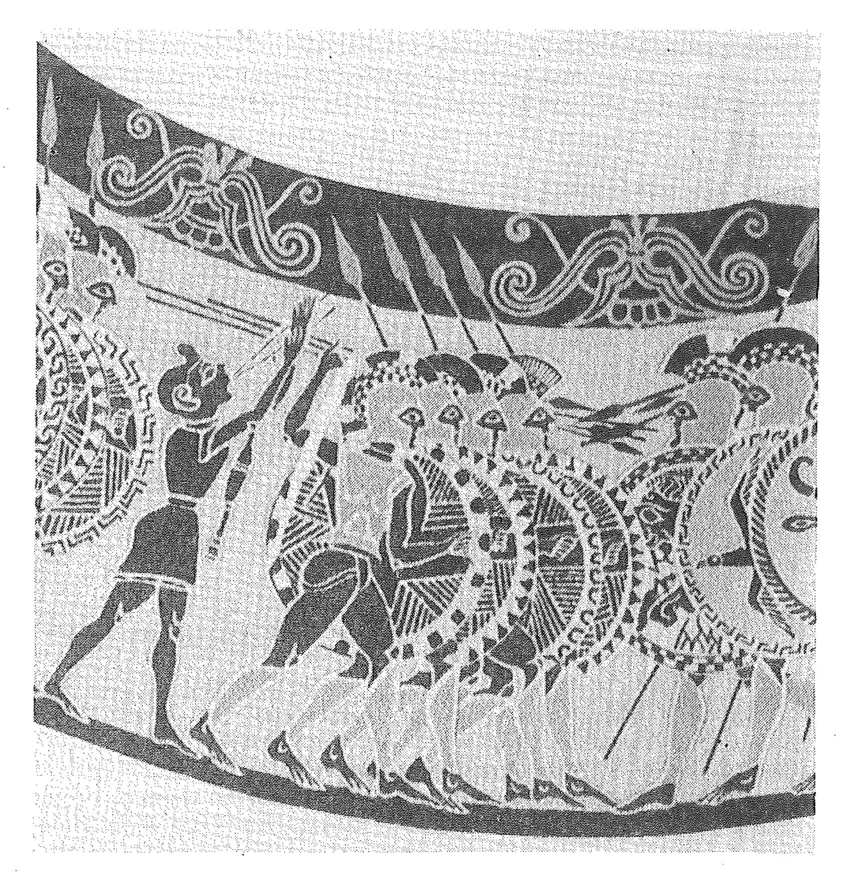
sujetaba sólo con una mano, sino con todo el antebrazo izquierdo, y que sólo protegía plenamente en una línea de hoplitas en donde el escudo de cada hombre cubre el lado derecho de su vecino. A primera vista, pues, parece necesario postular una revolución súbita y general —hoy el héroe aislado, mañana el hoplita en su falange— y muchos historiadores se han expresado como si éste hubiera sido en realidad el caso. Ahora bien, ¿cómo surgen tales innovaciones? ¿Se inventó el innovador partiendo de la nada, una falange de hoplitas o por el contrario, se limitó a reconocer la utilidad potencial de algo que había ido tomando lentamente cuerpo por sí solo? Hay que contar por fuerza con cierto elemento de decisión; pero ignoramos en qué momento se tomó y cuán revolucionario fue. Tal vez el cambio se produjo tardíamente y había ya un buen número de pre-hoplitas antes de que hubiese una falange; pero quizá se efectuó en fecha temprana y las primeras unidades de hoplitas constituían sólo una parte muy pequeña de las fuerzas armadas del estado. Pero por fortuna esta cuestión carece hasta cierto punto de importancia. Cualquier unidad de hoplitas debió incluir siempre más gente que un puñado de campeones aristócratas; y en una modalidad de combate en la que el número era de la máxima importancia. La nueva táctica tuvo que difundirse con rapidez tanto dentro de un estado como entre sus víctimas potenciales al otro lado de la frontera, sin otro límite que los recursos económicos de los ciudadanos, quienes siempre en toda la historia griega tuvieron que costearse sus propios equipos. Aún más importante: la revolución en las tácticas tuvo en sí misma menor alcance que la revolución económica que la hizo posible, o que la revolución en el equipo que ésta última provocó y de la que aquélla fue consecuencia.

Los indicios sobre la fecha son escasos, fragmentarios y poco concluyentes. Pocos años atrás se pensaba que podríamos hablar de un repentino cambio a principios del siglo VII, pero ciertos descubrimientos recientes —una panoplia hoplita hallada en una tumba de Argos y un vaso de Eubea en el que se representa una mezcla de combatien-



Panoplia hoplita hallada en una tumba de Argos (finales del siglo VIII). El más antiguo ejemplo conservado de armadura de infantería pesada. Se ignora si su propietario era uno más entre muchos o uno entre unos pocos. De nuevo, podemos advertir cierta influencia oriental en el estilo del casco.

tes hoplitas y pre-hoplitas— inducen a creer que ya el último cuarto del siglo VIII habían visto probablemente los primeros pasos, sin duda



La primera representación importante de la falange hoplita entrando en combate, mientras un flautista (fig. de la izquierda) toca para marcar el paso. Sobre un espléndido *oinochoe* protocorintio de mediados del siglo VII: el "vaso Chigi".

desorganizados y sin coordinación, hacia lo que había de convertirse en la típica formación de batalla de los griegos. El contexto histórico era bastante favorable. El comercio con Siria, Italia y tal vez con el Ponto proporcionaba por entonces metales en cantidad suficiente; en Siria los griegos pudieron haber visto nuevos tipos de armadura que copiarían o incluso nuevas tácticas de combate que les podrían inspirar nuevas ideas: pero, sobre todo, durante estos años la mayor parte de Grecia se vio involucrada en una guerra a gran escala que bien pudo proporcionar el impulso y el campo de experimentación para nuevos equipos e incluso nuevas tácticas.

Esta guerra, por confusas que sean nuestras noticias de ella, constituye una parte muy importante del desarrollo general de Grecia que venimos considerando. Al parecer, comenzó como una disputa local

entre dos ciudades de Eubea, Calcis y Eretría, que juntas habían abierto tanto el comercio occidental como el oriental. Antes del final del conflicto la mayor parte de los estados principales a ambos lados del Egeo estaban envueltos en él como aliados de una o de otra; y aunque apenas tenemos información sobre su fecha (muy aproximadamente, 735-710), sobre sus inicios, sobre cómo y dónde se luchó, incluso sobre quién resultó vencedor, su misma amplitud basta para indicarnos hasta qué punto se había transformado el mundo griego en el curso del medio siglo precedente y demuestra que el comercio internacional se había convertido ya en un factor importante de la política griega. Dos disputas puramente privadas entre Calcis y Eretría y, por ejemplo, Samos y Mileto al otro lado del Egeo, no hubieran podido conducir a una única guerra en el siglo IX, ni tampoco a finales del VIII, de no haber existido ciertos lazos entre ellas; y la colonización, si la consideramos como una operación puramente agrícola, como un intento de librarse del exceso de agricultores, no engendra tales lazos. Los gobiernos de las metrópolis no se hubieran preocupado de adónde iban sus emigrantes, con tal de perderlos de vista, y no había aún escasez de emplazamientos agrícolas alrededor del Mediterráneo. Los intereses mercantiles son la única alternativa.

Frigia dominaba la ruta del mar Negro y por entonces, mantenía estrechas relaciones con algunos estados griegos, no sólo de la costa asiática, sino también del continente europeo (el rey Midas envió un exvoto al oráculo de Apolo en Delfos, de creciente fama); en el Levante, Asiria, bajo Sargón II (722-705), avanzaba hacia la costa del Mediterráneo y también ella entró en contacto con los griegos ("Sargón apartaba a los jonios del mar igual que si fueran peces" y "siete reyes de Ia" —tal vez Jonia— se sometieron a él). Al mismo tiempo, Frigia y Asiría estaban en guerra en el sudeste de Anatolia. Es fácil imaginar cómo este conflicto oriental pudo alterar el comercio griego y conducir a nuevas tensiones en el Egeo o más directamente, enfrentar a los amigos de una y otra potencia.

Esto no es más que una suposición; pero, de un modo u otro, me parece indiscutible que lo que estuvo en la raíz del conflicto fue la nueva economía de Grecia. Al menos es seguro que esta nueva economía, para volver a nuestro tema, proporcionó las condiciones necesarias para la aparición del ejército hoplita (en sentido muy amplio), pudiéramos decir, para las primeras aventuras militares de una nueva clase media, y es muy probable que algunos elementos de este ejército comenzaran a cobrar forma en el transcurso de esta gran guerra.

Los efectos de la transformación fueron importantes, ya que no inmediatos. El aristócrata estaba perdiendo su absoluto y sofocante control económico sobre la comunidad, o bien lo conservaba explotando las mismas nuevas oportunidades que se ofrecían a sus súbditos, penetrando en un mundo en el que solamente su riqueza y no su linaje podía darle una ventaja inicial; en un mundo en el que la habilidad, el valor, la inteligencia y la suerte tenían mayor importancia que



Escena de batalla en un *krater* corintio de principios del siglo VI. Los guerreros de la izquierda ofrecen un buen ejemplo del escudo habitual de los hoplitas. Esta figura, con la de la pág. 11, ejemplifica la mayor abundancia de representaciones humanas en el corintio evolucionado (vid. la lám. de la pág. 99) que en otros estilos anteriores.

el contar con un dios en el árbol genealógico. Ahora perdió de golpe su superioridad militar: en su estado definitivo, la unidad de hoplitas tenía sin duda oficiales, pero no protagonistas. La seguridad de la ciudad dependía de la tenacidad y eficiencia combinadas de un tercio o más de sus miembros, dependía de millares de sus ciudadanos, no de unos pocos cientos de ellos. Además, cuando estos millares de hombres salían al campo de batalla todos tenían parecido aspecto. Tal vez se sintieran diferentes o superiores a los miles de hombres que no podían procurarse el armamento hoplita; tal vez se sentían diferentes del aristócrata que era su capitán o de otros que formaban parte de las escasas fuerzas de caballería que algunos estados conservaban, pero en modo alguno de quienes como ellos se incorporaban a las filas de los hoplitas, salvo quizá en la mayor o menor brillantez de los escudos. El labrador, el artesano, el mercader y el aristócrata formaban codo con codo; y los que no estaban allí, ya no contaban. Incluso en un primer momento, cuando su número era menor, mucho menor, y su cohesión escasa o nula, los efectos, aunque menos decisivos e inmediatos, serían los mismos.

Estos efectos presentarían un doble aspecto: borrar hasta cierto



El hoplita del siglo V, con el equipo plenamente desarrollado. Obsérvese la lanza de acometida y el escudo redondo, sujeto con el antebrazo izquierdo. Vaso ático de figuras rojas obra del pintor de Aquiles; tercer cuarto del s. V.

punto las distinciones sociales y, más importante, crear una nueva sensación de unidad y de comunes intereses y un nuevo sentimiento de orgullo entre quienes pertenecían a la masa, entre quienes eran ciudadanos corrientes. El miembro de la fratría había dirigido su mirada hacia delante, hacia sus campeones; ahora, aunque todavía luchaba en fratría, miraba a ambos lados, no sólo hacia sus *phratores,* sino más allá, hacia otros, vestidos como él, entrenados como él y (la idea nacería sólo lentamente) con los mismos intereses que él: otra mirada más y se daría cuenta que tenían en sus manos la fuerza necesaria para defenderlos.

4. REVOLUCION EN CORINTO

LA INVENCION DE LA TEORIA POLITICA

Al aislar en la sociedad de finales del siglo VIII y comienzos de VII estos tres elementos —el económico, el psicológico y el militar— es posible no exagerar la rapidez de su impacto, no sugerir que también los griegos coetáneos tuvieron que darse cuenta en seguida de su existencia y de sus implicaciones. Pero las nuevas riquezas iban a parar a los bolsillos de quienes ya eran ricos; la independencia psicológica y la conciencia de clase necesitan tiempo para desarrollarse y más tiempo aún en una sociedad que carece del necesario bagaje intelectual para autoanalizarse. Antes, pues, de analizar los efectos de estos nuevos elementos en el desarrollo político de Grecia, sería conveniente hacer una breve exposición de cómo los griegos se hicieron al fin con dicho bagaje intelectual, aunque no sea más que para poner de relieve el hecho de que hasta entonces aún no existía.

El movimiento que condujo a la invención de las matemáticas, la astronomía, la geografía y, por último, la historia, la lógica, la teoría política y otras muchas cosas comenzó, por lo que sabemos, en la ciudad jonia de Mileto, a comienzos del siglo VI a.C. La nueva prosperidad había proporcionado las necesarias condiciones de ocio; había creado también problemas, en la navegación, la arquitectura y la ingeniería que, exigían una solución práctica, pero invitaban igualmente a la especulación teórica; al mismo tiempo, había aportado muchos datos que podían servir de base a tal especulación: historias de marineros, edificios que se mantenían en pie o se derrumbaban. La propia Mileto estaba muy bien situada para adquirir de y a través de Lidia todo lo que de pensamiento sistemático pudiera haber en el oriente más lejano; había desempeñado también un papel principal en la apertura de Egipto al comercio y a la curiosidad de los griegos. Pero había otras ciudades tan bien situadas como ella y, por lo que sabemos, fue puro azar el que hubiera a comienzos del siglo VI un pequeño grupo de milesios con la energía, la independencia, la imaginación y, por encima de todo, la valentía intelectual suficientes para acometer esta gran aventura.

Los detalles de los logros de este movimiento intelectual no nos conciernen, pero es vital comprender en alguna medida sus métodos y delimitar las áreas que abarcó si no queremos equivocarnos gravemente al analizar la historia de la teoría política griega. El genio grie-



Cabeza de joven, procedente de Jonia (mediados del siglo VI). Atentos a la Grecia peninsular, es fácil olvidarnos de que en todo el mundo griego se realizaron importantes contribuciones en todas las áreas del pensamiento y de la cultura. Mileto tuvo tanto artistas como filósofos.

go en la esfera de la razón pura no ha pasado desapercibido. Todos sabemos que los griegos tomaron de los egipcios sus soluciones rudimentarias de problemas prácticos de geometría y las transformaron en brillantes ejercicios deductivos de matemáticas; que Tales, el pri-

mer científico milesio conocido, pensó y pensó hasta convencerse de que todas las cosas estaban hechas de agua; que Anaximandro introdujo la noción de "lo infinito". Todo esto es cierto. Pero a veces olvidamos que Pitágoras, el más grande y el más abstracto de los primeros matemáticos, dedicó buena parte de sus energías a explicar las muy concretas armonías de la lira; que Arquímedes, bastante después, aprendió una importante lección en el baño; que la preocupación de Tales por el agua le llevó a desviar el cauce de un río; que Anaximandro se olvidó de lo infinito el tiempo suficiente para trazar un mapa del mundo finito. Si existe una diferencia entre los antiguos pensadores griegos y el científico moderno, no reside en la falta de interés por los problemas prácticos o en que no creyesen en la importancia de la observación, aunque sin duda, carecieron de los recursos y del instrumental necesario para el tipo de observación sistemática al que hoy día estamos acostumbrados. La diferencia reside más bien en su falta de interés por comprobar sus hipótesis con experimentos y por analizar sus implicaciones para el futuro. Toda hipótesis científica implica la posibilidad de predicción y el griego era plenamente consciente de ello; Tales, sin duda, se sentiría aliviado y animado cuando efectivamente se produjo en mayo del 585 el eclipse que había predicho; y más satisfecho aún cuando la abundante cosecha de aceitunas que había previsto puso en aprietos a las prensas milesias de aceite y proporcionó una ganancia sustancial; la medicina griega no hubiera podido avanzar como lo hizo sin interesarse por la prognosis. En otras palabras, la distinción que trato de establecer no debe ser llevada demasiado lejos y sigue siendo cierto e importante que, en sus primeros años por lo menos, el científico griego estaba mucho más interesado en la observación y explicación del pasado y del presente que en controlar el futuro.

Fue así como Anaximandro (*floruit circa* 550), el más grande de los milesios, recogió todos los datos geográficos que pudo y trazó su mapa; Hecateo (c. 500) con nuevos viajes, escribió un texto detallado, con notas históricas y etnográficas, para el mapa de Anaximadro, y posteriormente reunió y cotejó diversos mitos y leyendas para elaborar una mitología que, una vez añadido un cierto número de generaciones intermedias entre la época de los dioses y los héroes y la actual, se convirtió también, ya en manos de Hecateo, ya en las de otros, en la base para la primera cronología sistemática. Herodoto de Halicarnaso, también en Asia Menor (*circa* 485-425), fue inducido por el ejemplo de los milesios a registrar y a explicar otro conjunto de fenómenos, las Guerras Médicas, y de esta forma inventó la historia. Estas actividades son menos atrayentes tal vez que la especulación cosmológica de un Tales o la visión del universo pasado y presente que creó Anaximandro en torno a su mapa finito, pero nos permiten no perder de vista que el pensador jonio, pese a toda su audacia, comenzaba siempre por lo que tenía alrededor y a menudo, no se apartaba demasiado de ello.

Pero estas actividades son también importantes por cuanto representan el intento más serio realizado por los jonios de abordar el estudio sistemático del hombre en sociedad. Anaximandro explicó la creación del hombre mediante una rudimentaria teoría de la evolución; médicos como Alcmeón de Crotón (*circa* 500) conocían ya bastante bien sus males y dolencias; pero ambos estudiaban al hombre como parte integrante del universo físico, que, en sus diversos aspectos, fue desde un principio la preocupación fundamental de los jonios. Pero la geografía lleva a la etnografía, la etnografía permite comparar sociedades, las comparaciones, a su vez, incitan a realizar un estudio más cauteloso de la sociedad griega y de sus contrastes.

Alrededor del 440 a.C. Heródoto pudo escribir un balance de los respectivos méritos de la monarquía, la oligarquía y la democracia, del que damos aquí una muestra:

> "En cuanto a la recomendación de Otanes de entregar el poder al pueblo, creo que no es el consejo mejor. Pues nada hay más carente de entendimiento, nada más imprudente que la muchedumbre inepta. Sería insufrible que quienes rechazan la insolencia de un tirano, cayeran en la insolencia de un pueblo desenfrenado. El tirano, al menos, sabe lo que se hace; el populacho lo ignora todo. ¿Cómo iba a saberlo si nadie se lo ha enseñado y por naturaleza es incapaz de discernir lo justo y se abalanza inconscientemente sobre los asuntos como un río en su crecida? Dejemos la democracia para quienes desean algún mal a los persas y elijamos nosotros a un grupo de hombres principales y entreguémosles a ellos el gobierno". (III, 81)

Esta es una manera de teorizar aunque bastante simple. Sin embargo, unos quince años después, un hombre mucho menos inteligente que Heródoto, cuyo nombre ignoramos, pero al que se conoce generalmente como el "Viejo Oligarca", pudo dedicar todo un ensayo al análisis teórico de la democracia ateniense, un análisis que a menudo resulta ingenuo y necio, pero que sin duda refleja la existencia de una filosofía política contemporánea altamente sutil y sofisticada. En relación con el tema suscitado por Heródoto y tras sostener que el derecho del *demos* al poder, está en proporción con sus servicios al estado, el "Viejo Oligarca" escribe:

> "Tal vez se diga que al ciudadano medio no ha de permitírsele hablar ni dar consejo y que ese derecho debe reservarse para hombres inteligentes y de prestigio. Pero el *demos* no yerra en realidad, al permitir que hablen los inferiores. Porque si sólo los superiores hablaran, los resultados serían buenos para ellos, pero no para la gente del pueblo. Ahora, en cambio, tal como están las cosas, cuando algún inferior se levanta, propone medidas que son buenas para él y para otros como él. Y de nuevo podría alegarse que semejante persona es incapaz de imaginar nada provechoso. Quizá, pero el *demos* sabe que incluso la estupidez y la vulgaridad de ese hombre, unidas a su buena disposición hacia ellos, les son más ventajosas que toda la nobleza y la sabiduría de

los aristócratas, mezcladas como están de antipatía. Tales prácticas puede que no conduzcan a una ciudad ideal, pero mantienen viva a la democracia y el *demos* prefiere la libertad y el poder antes que la esclavitud bajo un gobierno eficiente y puede tolerar bien la ineficacia. Pues lo que para los oligarcas es mal gobierno, es lo que da fuerza y libertad al *demos*'' (Pseudo-Jenofonte: *Constitución de Atenas,* I, 6-8).

Herodoto y el ''Viejo Oligarca'' parecen casi pertenecer a mundos diferentes y es difícil creer que estuvieran tan próximos uno del otro cronológicamente. Pero la explicación seguramente radica en que uno está próximo al comienzo y otro próximo al final del cuarto de siglo en el que se inventó la teoría política.

Dos son las consecuencias de esto. Como en tantos otros temas de la especulación griega, la teoría política se adaptó a una finalidad práctica o en cualquier caso, se integró en una operación práctica: la educación del futuro político, un hombre cuyo interés principal se centraba en el presente y no en el pasado. Y de nuevo como tantas otras cosas, se basaba también ella en la observación; pero el estudio de la historia no había avanzado aún los suficiente para que la observación sistemática del pasado mereciera la pena. Así pues, fue una herramienta del siglo V diseñada para usarse en el s.V. Aplicado, como fue, por los historiadores griegos de este siglo y los siguientes a contextos del siglo VI o VII, resultaba tan inadecuado para describir el tipo de sociedad que ahora nos ocupa, como lo es la teoría democrática contemporánea para enfrentarse con las estructuras políticas híbridas del Africa moderna, o lo fueron las categorías helenísticas para describir la constitución romana del siglo II, de una concepción aristocrática todavía muy rudimentaria (el desesperado intento de Polibio que quiere utilizar estas categorías en el libro VI de su *Historia* es un buen ejemplo de ello). El cauteloso historiador moderno, en consecuencia, intenta modificar los términos o las categorías que encuentra. Pero no basta siempre con modificar; la mitad de las veces, debemos desecharlas simplemente: la palabra *demokratia*, democracia, no es que tuviera antes de las Guerras Médicas un significado distinto, sencillamente no existía.

En segundo lugar, si nos resulta bastante difícil imaginar una sociedad en la cual los políticos actuaban según una teoría muy diferente de la nuestra, o era difícil para los teóricos del siglo V imaginar una sociedad diferente de la suya, lo es más aún enfrentarnos con una sociedad que existía sin teoría de ninguna clase; y pese a todo, esto es lo que ahora intentamos hacer. Por supuesto, ya antes del 450 los hombres eran capaces de basar la acción política sobre unos principios, de la misma manera que eran capaces de pensar con claridad antes de la invención de la lógica formal o de medir un campo sin los teoremas de Pitágoras; pero careciendo de la información suficiente para realizar comparaciones, a no ser de un modo muy rudimentario, sin ninguna teoría general de la política, sin tener siquiera la consiguiente

terminología técnica, debió ser totalmente imposible, tanto el realizar un análisis detallado de la sociedad existente como el imaginarse un ideal hacia el que dirigirla.

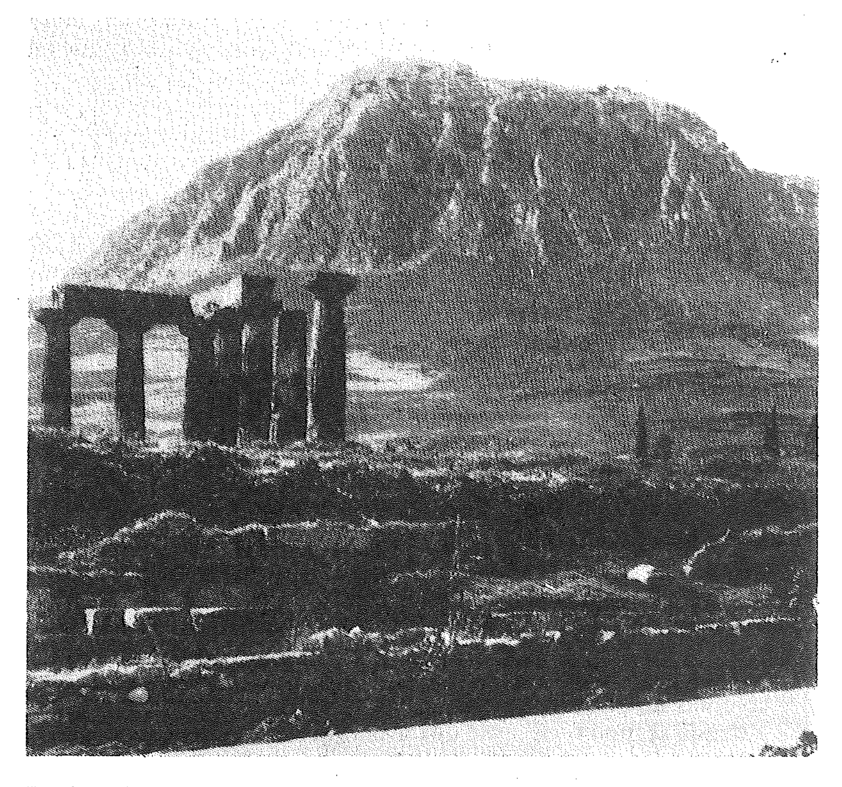
LAS CAUSAS DE LA TIRANIA

Si lo anterior es cierto, un enunciado en apariencia inocente e incluso obvio como el de "el descontento con el gobierno aristocrático trajo la tiranía en Grecia", es falso; y realmente lo es, si con ello entendemos que la gente se decía en el ágora "odio el gobierno aristocrático", de la misma manera que hoy podría decir "odio el capitalismo". Lo que se oía decir era más bien "odio a éste o a aquél de las familias A, B o C que nos gobiernan", y el motivo no sería "porque son aristócratas", sino "porque han hecho *x* o porque no han hecho *y*". En cada estado los hombres a quienes se odiaba eran diferentes, y también diferentes las razones del odio. Y también fueron diferentes los políticos que se aprovecharon del odio, y los métodos que emplearon para explotarlo.

Así, en la ciudad doria de Argos, la realeza mantuvo sus poderes originales, al menos en parte, hasta aproximadamente el 675 a.C., cuando, según la teoría más verosímil propuesta hasta el momento, el rey Fidón organizó un ejército de hoplitas y se convirtió en su héroe, con el resultado de que así pudo robustecer su control sobre la aristocracia y merecer el enigmático juicio de Aristóteles (*Política,* 1310 ó 26) de que fue un rey que se convirtió en tirano. En Sición el tirano Ortágoras procedía del estrato predórico de la población, y en época de uno de sus sucesores, Clístenes (*circa* 600-570 a.C.), había fuertes tensiones raciales en la ciudad entre dorios y no dorios. Es bastante probable que estas tensiones influyesen en alguna forma en la elevación de Ortágoras al poder. En la isla de Lesbos, bastante después, no hubo una única tiranía sino varias, como consecuencia tanto de las discordias entre facciones de aristócratas, como de los sentimientos populares, o, al menos, esto es lo que parece a juzgar por el testimonio contemporáneo de uno de los participantes, el poeta Alceo.

Siendo esto así, toda generalización es peligrosa; pero, no obstante, hemos de creer que es posible encontrar una explicación general para fenómeno tan general como la tiranía. Ha habido muchos intentos en este sentido. Por ejemplo, es tentador, y creo que en última instancia correcto, relacionar a los tiranos con la expansión económica que les precedió y se ha llegado a sostener que esa relación podría ser muy estrecha, que los tiranos no sólo representaban a una nueva clase industrial sino que formaban parte de ella, un punto de vista improbable que carece de apoyo alguno en las fuentes. Por otro lado, partiendo del ejemplo de Sición, sería posible encontrar, o al menos intuir, vestigios de disputas raciales en otros estados del Peloponeso y

generalizar a partir de ellas. Pero una vez más, carecemos de información, y en todo caso la tiranía no se circunscribió al Peloponeso. Más recientemente se ha puesto de moda, y con razón, destacar la importancia de los nuevos ejércitos de hoplitas y ver en la clase que proporcionaba los reclutas a lo que provocó las revoluciones. Que los hoplitas constituyeron una fuerza siempre presente en la mayor parte de las revoluciones, si no en todas, es algo que difícilmente puede ponerse en duda; pero que fueran ellos, quienes las provocaron, que la lucha fuera una lucha directa entre la aristocracia y la clase hoplita, no está ya tan claro. No sólo había diferencias importantes entre estado y estado (los hoplitas de Esparta, por ejemplo, pertenecían a un ambiente totalmente distinto del de los de Corinto; éstos eran agricultores, artesanos o mercaderes, aquéllos, agricultores y sólo agricultores; Esparta y Argos ya tenían rey o reyes. Corinto, en cambio, no), sino



Emplazamiento del antiguo Corinto. El centro de la ciudad queda a la izquierda, fuera de la fotografía. Pueden verse las columnas que restan del templo de Apolo (mediados del siglo VI), y al fondo la ciudadela, el ''Acrocorinto'', prácticamente inexpugnable y perfectamente situada para controlar la ruta sur hacia Argos y la occidental hacia Sición (véase el mapa de la pág. 96). Los restos de muros y de edificaciones en la cumbre son en su mayor parte medievales.

también la clase de los hoplitas en general no era un mero producto de la revolución económica precedente, ni tampoco se concentraron los efectos de esta revolución únicamente en un sector de la sociedad, en el sector potencialmente hoplita.

Pero la única manera de hallar una respuesta (en términos muy generales ya he aludido a la mía: el sentimiento creciente de independencia en el hombre medio, la conciencia de su fuerza entre los hoplitas, la oscilación del poder entre los aristócratas), está en el estudio detallado de las distintas crisis. La falta de espacio y de información hace imposible considerarlas todas, pero en las dos mejor documentadas, la de Esparta, donde se evitó la tiranía, y la de Corinto, que condujo a la dominación de Cipselo (657-625 a.C.) y de su hijo y sucesor, Periandro (625-585 a.C.), es posible encontrar algunas pistas para intentar resolver dos problemas básicos: en primer lugar, hasta qué punto fueron los disturbios accidentales y peculiares a cada estado, y hasta qué punto formaron parte de un proceso más amplio; y en segundo lugar, cuál fue la naturaleza de este proceso más amplio, si es que en realidad lo hubo.

LA ARISTOCRACIA EN CORINTO

Durante casi un siglo antes de la revolución de Cipselo en el 657 a.C., Corinto había sido gobernada por una aristocracia más restringida aún de lo habitual en Grecia, por un clan aristocrático, los Baquíadas, que, según se nos dice, monopolizaban los principales cargos políticos y eran tan exclusivistas que ni siquiera contraían matrimonio fuera del clan. Habían puesto fin a la monarquía en un momento en que Corinto, con un territorio especialmente pequeño, había comenzado a explotar su envidiable situación en la encrucijada de las rutas oriental y occidental, a través de los golfos Sarónico y Corintio, y la ruta terrestre norte-sur desde Grecia central al Peloponeso (en Itaca, al oeste, se había establecido una colonia corintia hacia el 800; en Oriente se ha encontrado, en Al-Mina, cerámica corintia fechada en torno al 750), y es tentador suponer que tal vez parte de la autoridad de los Baquíadas sobre los demás aristócratas se debiera a una temprana valoración de las nuevas oportunidades. En todo caso, una vez en el poder, no se mantuvieron alejados de ellas. Las dos grandes colonias de Corinto en Occidente, Siracusa y Corcira (ambas del 734 a.C.), la segunda, en parte una aventura comercial, fueron dirigidas por miembros del clan; otro miembro, el poeta Eumelo, mostró interés por la zona del mar Negro; se vieron envueltos en la guerra Lelantina, una guerra internacional y, según mi opinión, también comercial, y su gobierno lo resumió Estrabón con estas palabras: "obtuvieron ilimitados beneficios de los intercambios mercantiles" (p. 378).

Estrabón no *necesariamente* aludía con ello a algo más que al he-



Un ejemplo tosco pero muy representativo, de la cerámica protocorintia (c. 680-650 a.C.), con el friso de animales tan del gusto de este estilo alrededor tanto del cuerpo como de la tapadera. Se usaba este tipo de caja (conocido como *pyxis*) para joyas pequeñas o cosméticos (cf. las figs. de las págs. 73 y 79).

cho de que se enriquecieron gracias a los derechos de puerto; las colonias *tal vez* no les parecieron nada más que una válvula de escape para los problemas internos originados por el exceso de población (aunque no creo que fuera así); *tal vez* fueron arrastrados a la guerra por el odio de sus vecinos, los megarenses, y por nada más; la brillante adaptación de motivos orientales y la creación por tanto, de lo que llamamos cerámica protocorintia, una fina cerámica que monopolizó casi el mercado mediterráneo desde aproximadamente el 700 a.C. en adelante, fue la hazaña de innumerables alfareros corintios, no una política deliberada del gobierno corintio; la difusión de esta cerámica y de otros productos corintios por Etruria, Siria e incluso las zonas inexploradas de Macedonia se debió al espíritu emprendedor de capitanes, corintios o no, de pequeños barcos mercantes. Aun así, me parece imposible creer que el extraordinario florecimiento de Corinto entre

el 750 y 650 se produjera a pesar de los Baquíadas. Debió contar con su activo apoyo.

En este aspecto, pues, el ejemplo de Corinto sirve para ponernos en guardia contra cualquier enfoque simplista que considere que la revolución, cuando se produjo, se debió al conflicto directo de intereses económicos, alfareros contra propietarios de tierras, por ejemplo. Los Baquíadas participaron ansiosamente en la carrera comercial, si es que no la dirigieron. Tampoco hay prueba concluyente alguna de que participaran en ella o la dirigieran con menor competencia hacia el final de su dominación, ni de que el final de ésta fuera producido por un nuevo conflicto económico, que enfrentase a mercaderes enérgicos contra otros menos activos. Una lápida sepulcral megarense nos indica que al final de la guerra Lelantina, alrededor del 700, Corinto fue expulsado de parte del territorio fronterizo que había arrebatado anteriormente a Mégara; pero, aún cuando esto fuera un desastre en aquel momento, ocurrió nada menos que treinta años antes de la expulsión de los Baquíadas. Mucho más próxima está la batalla naval, dice Tucídides, entre Corinto y su colonia Corcira que, se libró doscientos sesenta años antes del fin de la guerra del Peloponeso, es decir en el 664. Pero hay motivos para creer que Tucídides no calculó esta fecha por años, sino por generaciones de cuarenta años (eterno obstáculo en la cronología griega arcaica) y que doscientos sesenta representan por tanto seis generaciones y media, de hecho unos doscientos diez o doscientos veinte años. Además, incluso si su fecha es exacta, no sabemos quién ganó la batalla. Una colonia era siempre independiente de su metrópoli; pudo ocurrir que Corcira intentase (sin éxito) oponerse a una mayor expansión de Corinto por el Adriático. Por último, se afirma que el creciente poderío de Argos bajo el rey Fidón (pág. 88), pudo perturbar a su vecina Corinto. Y así tuvo que ocurrir en realidad, pero en uno de los dos relatos conservados que relacionan a Fidón con los asuntos corintios, un denunciante hace fracasar un complot argivo, y según el otro, Fidón fue muerto cuando trataba de intervenir en ellos.

En pocas palabras, mi opinión personal es que Fidón contribuyó a destruir el gobierno de los Baquíadas, aunque muriera al intentarlo, pero no tenemos razones de peso para afirmar que en el 658 se hubiera debilitado la mano con que dirigían los asuntos corintios, internos o externos, que ya no fueran los mismos líderes competentes, expansionistas y aventureros que nos gusta suponer para el siglo precedente. La arqueología sólo atestigua un crecimiento económico sostenido y sin fisuras y en este caso, tal vez, la arqueología no nos engañe.

No significa esto que los Baquíadas fueran competentes, y menos aún que los corintios los juzgaran competentes; tan sólo es afirmar que su incompetencia no está documentada ni probada, y que si se llegó a plantear una acusación en este sentido, algo que sin duda ocurrió, ésta tiene tantas probabilidades de ser el verdadero motivo

de su expulsión como de ser el resultado de otro descontento, más profundo.

Las fuentes nos han conservado de hecho, otras acusaciones. La historia de la elevación de Cipselo al poder la relatan con detalle dos autores antiguos, Heródoto (V, 92) e, indirectamente, Eforo, un historiador del siglo IV, de gran laboriosidad, erudición y popularidad, pero de escasa capacidad crítica. Fuera de ellos sólo tenemos detalles fragmentarios, por lo general imposibles de verificar. Una buena parte del relato de Heródoto es un cuento de hadas, y mucho de lo restante está deformado por el contexto (el relato se incluye como parte de un argumento general contra la tiranía, de la que se presenta, con escasa fortuna, a Cipselo como un negro ejemplo); en Eforo el elemento fabuloso se ha eliminado y no se observa en él intento visible de deformar el relato por un interés particular cualquiera, pero uno no puede sustraerse a la sospecha de que al menos, ciertos detalles circunstanciales hubieran sido inventados por el racionalista Eforo para llenar los huecos y elaborar así un relato ''objetivo''. No obstante, las líneas generales son comunes a ambos y tanto éstas como algunos detalles probablemente son ciertos.

Cipselo, en esto están de acuerdo, era hijo de Aetión, un personaje que no pertenecía al clan de los Baquíadas y ni siquiera era dorio, y de Labda, una Baquíada, cuya cojera había inducido al clan a romper su norma habitual de endogamia. Cuando el niño nació, se arrepintieron de su decisión y trataron de matarlo; pero Cipselo escapó y después de un período de exilio (esto sólo en Eforo aparece de modo explícito, pero es bastante razonable) regresó a Corinto donde con el apoyo del oráculo de Apolo de Delfos se apoderó del poder, expulsando al algunos Baquíadas y dando muerte a otros. Eforo añade, y Heródoto no puede ocultarlo del todo, que Cipselo fue un gobernador bondadoso, popular y eficiente: ''no tenía guardia personal''.

En ninguna de nuestras dos fragmentarias fuentes hay alusión alguna a la incompetencia de los Baquíadas, salvo en su lamentable fracaso a la hora de eliminar al futuro tirano. Más bien se dice que eran crueles, suspicaces, arbitrarios y exclusivistas. Pero el caso es que la crueldad y las suspicacias son efectos bastantes corrientes en cualquier gobernante o clase gobernante que ve amenazada su posición, y es probable que quienes aspiran a ellas puedan percibirlos tanto si existen como si no. En todo caso, estos defectos son o pueden ser estrictamente personales, es decir, fallos puramente accidentales de un régimen; en cambio, con la arbitrariedad y el exclusivismo nos aproximamos a algo que concierne a un régimen como tal (el exclusivismo, al menos, corresponde a la aristocracia por definición), y si es verdad que los corintios en el 657 fueron capaces de percibirlos, esto podría indicarnos el inicio de un descontento con la aristocracia *qua* aristocracia.

Afortunadamente existen ciertos motivos para creer que fueron

capaces de percibir ambos. Ni a Heródoto ni a Eforo se les puede prestar crédito en un punto como éste; ni tampoco hay forma de detectar el anacronismo. Ahora bien, Heródoto ha conservado, como motivo ornamental de su relato, un número de oráculos de Delfos, dos de los cuales son sin duda contemporáneos o muy próximos en el tiempo a la revolución. Uno de ellos, del que se dice que incitó a Cipselo a llevar a cabo su intentona, predice la duración de la tiranía (presumiblemente es esto una adición posterior) y califica a Cipselo como "rey de la famosa Corinto". Si dicho oráculo le fue realmente entregado cuando todavía reinaban los Baquíadas, como dice Herodoto y me inclino a creer, Delfos en ese caso estaba dándole ánimos y credenciales para presentarse ante el pueblo de Corinto. El otro, anterior en teoría al nacimiento de Cipselo, se dirige a su padre Aetión y predice, con demasiada precisión quizá las hazañas posteriores del niño:

> Aetión, nadie te honra aunque eres muy digno de honor. Labda está encinta y parirá un peñasco rodante que irá a caer sobre los monarcas y hará reinar la justicia en Corinto (V, 92)

Nadie puede creer que Aetión fuera el destinatario de estas palabras. Pero tengo la seguridad de que se inventaron en el momento en que Cipselo hizo su consulta personal o, a lo más tardar, inmediatamente después de su éxito. Delfos no hubiera llamado la atención sobre la exclusividad del gobierno de los Baquíadas cuando Cipselo estaba plenamente asentado en el poder en una posición todavía más exclusivista. Son por tanto un documento de la actitud délfica hacia los Baquíadas en aquella época y también de la actitud corintia, si es que estaban destinados a servir de propaganda para Cipselo.

Los Baquíadas eran, pues, considerados como "hombres que gobernaban solos" (*mounarchoi*) y bajo ellos Corinto necesitaba de alguien que "hiciera reinar la justicia": Cipselo *dikaiosei Korinthon.* No es fácil hacerse con el sentido exacto. El adjetivo *dikaios*, sobre el que se ha formado el verbo, significó en griego posterior algo muy similar a "justo"; pero anteriormente, en Homero, por ejemplo, no tenía un sentido moral tan marcado, no significaba "el que vive de acuerdo con las leyes de los dioses o los hombres" (tácitamente admitidas como justas), sino más bien "el que vive de acuerdo con alguna norma" su opuesto no era "injusto" o "impío", sino "salvaje", "incivilizado". No podemos estar seguros, pero es este más primitivo significado el que percibo aquí.

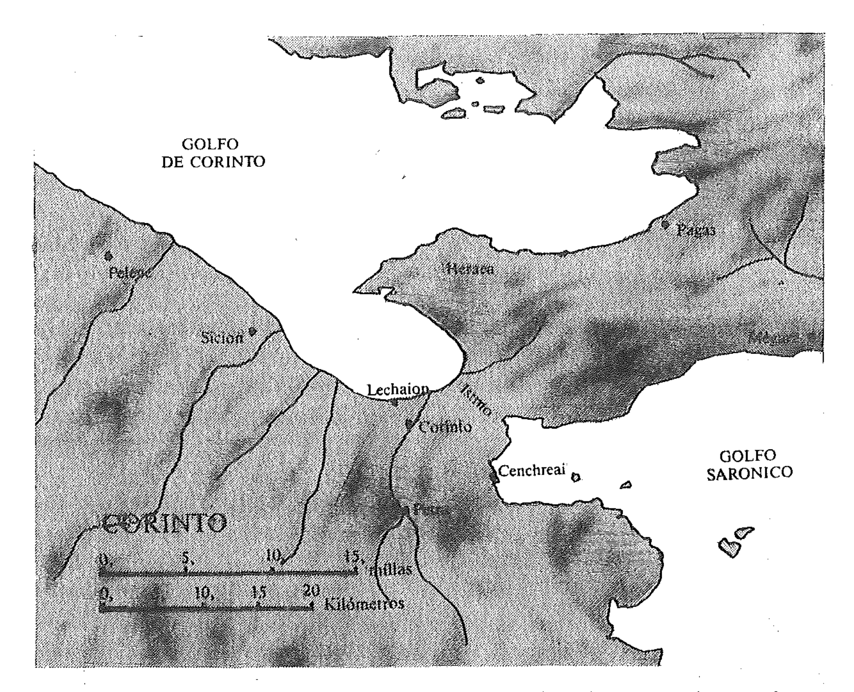
Según la información contemporánea, por tanto, algunos corintios sostenían que el poder debía compartirse más; y otros, que Corinto necesitaba lo que había anhelado Hesíodo sin grandes esperanzas en la Beocia del siglo VIII, más justicia, o, con mayor precisión, un conjunto de normas que sustituyera la arbitrariedad de los Baquíadas.

Al formular la cuestión esencial, quiénes deseaban qué cosas, hemos de reconocer desde un primer momento que estamos en gran parte haciendo meras conjeturas. No existe un Hesíodo en el siglo VII. De haber existido, hubiera sido un hoplita acomodado; pero ¿hasta qué punto este hoplita acomodado hubiera ido más allá de la aversión que Hesíodo sentía por sus perversos *basileis*, de sus quejas puramente negativas? Sencillamente, no lo sabemos. Que pudo haber dado un gran paso hacia adelante, está bastante claro; su descontento ya no sería de carácter negativo. Habría llegado a la conclusión, o le habrían hecho llegar a ella, de que si un gobierno no gustaba, podía cambiarse, y tendría la suficiente confianza en sí mismo como para contribuir a cambiarlo. Y podemos afirmarlo así, porque no cabe duda alguna de que los hoplitas de Corinto apoyaron a Cipselo.

Según Eforo, Cipselo desempeñó una magistratura militar tras regresar del exilio y antes del golpe de estado; pero aunque esto es de por sí bastante probable y le daría una buena oportunidad para granjearse el favor del ejército, lo mismo puede ser producto de la imaginación de Eforo que de una tradición genuina. Menos probable que sea falsa es la afirmación de que nunca tuvo una guardia personal: otro claro indicio del apoyo del ejército. Pero, en realidad, apenas necesitamos más indicios: Cipselo ganó; no hubiera podido derrotar a los Baquíadas con la oposición del ejército y difícilmente hubiera podido hacerlo sin su cooperación entusiasta.

El haberse dado cuenta de que era posible un cambio, de que Zeus no había establecido a los *basileis* para siempre en el poder de que el hombre medio podía participar para elegir el gobierno que deseaba tener, todo ello es un progreso importante. Pero ¿por qué deseaban un cambio los hoplitas? ¿Querían algo más que los beneficios materiales que, suponían, les había de reportar un gobierno eficaz y favorable a ellos, una concesión de tierras procedente de las fincas confiscadas a los aristócratas, tributos más bajos, o algo por el estilo? Tal vez no.

Al menos, es seguro que no deseaban participar en el poder político, aunque a menudo se afirme, un tanto a la ligera, lo contrario. Bien es verdad que derrocar un gobierno y establecer otro nuevo es, en cierto sentido, ejercer el poder político, pero no en ningún sentido normal de la palabra; y es tal vez un síntoma de que el sentimiento de independencia de los hoplitas corintios estaba todavía a medio desarrollar el hecho de que el hombre a quien estaban dispuestos a seguir contra los Baquíadas era a su vez casi un Baquíada. A pesar de su odio a los Baquíadas, parece como si todavía se sintieran más cómodos detrás de un Baquíada. Pero la prueba concluyente de que no deseaban tener voz en el gobierno es que su héroe, Cipselo, no se lo concedió y a pesar de ello, por lo que sabemos, continuó siendo su



El territorio de Corinto limitaba al sudeste con Argos, al nordeste con Mégara y al oeste con Sición, pero Corinto no tuvo nunca ambiciones expansionistas y se conformó, por lo general, con explotar su control de la encrucijada de rutas marítimas y terrestres, un control que casi nadie desafió hasta que Atenas se hizo cargo del golfo Sarónico desde Egina e incluso estableció una guarnición en Naupacto, en el golfo de Corinto.

héroe. Aproximadamente un siglo después de su subida al poder, la tiranía cayó, y ni siquiera entonces recibió el hoplita papel significativo alguno que desempeñar en la política; Corinto se convirtió en una oligarquía restringida y siguió siéndolo durante casi doscientos años. Difícilmente se hubiera podido contener durante tanto tiempo a un *demos* ambicioso y políticamente consciente.

Más difícil es saber si este *demos* estaba interesado por la justicia. Hesíoso había notado su ausencia; proporcionarla fue, como veremos, una de las preocupaciones fundamentales de todos los reformadores del siglo VII. El deseo de justicia puede descubrirse en el óraculo; a diferencia del poder político, la justicia es una de esas cosas por las que el hombre común está dispuesto a combatir. Lo único que nos falta son pruebas de que de hecho combatió por ella o de que Cipselo deseara ofrecérsela.

Sí tenemos algunos indicios, aunque dudosos. Eforo, recuérdese, atribuyó a Cipselo una magistratura militar bajo los Baquíadas. Durante esa magistratura, prosigue, Cipselo ganó popularidad por su indulgencia al aplicar las leyes sobre los deudores. Nada de extraño hay

en esta mezcla de funciones civiles y militares; el magistrado aristocrático, aunque era casi un aficionado en todos los campos, fue siempre considerado omnipotente, y en fecha tan tardía como el 490, un hombre, sin más méritos que su alcurnia y riqueza, fue llamado del tribunal que normalmente presidía para tomar el mando del ejército ateniense en Maratón. Ciertamente esto casi es un argumento en favor del relato: el propio Eforo vivió en una época de mayor profesionalismo. Pero aún así, hay dudas sobre su veracidad y aunque no las hubiera, el mostrarse honesto con respecto a las deudas no es exactamente lo mismo que crear un nuevo código legal. Hemos de hablar luego más extensamente de la justicia; por el momento volvamos a la cuestión del poder.

EL PARTIDO DE CIPSELO

Alguien quería en Corinto el poder. Cipselo evidentemente. Pero Cipselo, a pesar de ser autoritario, no gobernó solo. En tanto en cuanto estemos dispuestos a albergar vagas ideas sobre las aspiraciones de los hoplitas, ellos podrían servirnos para completar el cuadro, pero si los hoplitas políticamente conscientes son un espejismo, como en verdad lo son, entonces, hemos de buscar en otro lado. Y no necesitamos mirar muy lejos. Sin la ayuda de buena parte del talento administrativo disponible, es decir, del que ya está entrenado, una revolución fracasa por completo, o bien tiene éxito sólo tras un período de confusión (y esto es válido incluso para un estado poco completo como el Corinto del siglo VII). Y nada nos indica que Cipselo no obtuviera un éxito inmediato y sin complicaciones. De ello se deduce que pudo contar con hombres que sabían cómo gobernar, mandar un ejército, actuar en un tribunal o administrar un mercado; y un hoplita corriente no tenía conocimiento de ninguna de estas cosas.

Como miembro marginal del clan gobernante, Cipselo lo tenía. Pero tuvo que haber más miembros marginales: la endogamia no impide la aparición de hombres como Arquíloco de vez en cuando; y, lo que es más importante, tenía que haber miembros de otros clanes que, después de la sacudida económica del siglo precedente, se sintieran iguales a los Baquíadas en todos los aspectos, salvo en el reconocimiento de sus derechos políticos. Habían gobernado desde siempre sus respectivas fratrías, en guerra, en paz, en la política, en la religión y en los tribunales; ahora, según todas las reglas del gobierno aristocrático, deberían tener también la oportunidad de compartir el gobieno del estado, pero el monopolio de los Baquíadas se lo impedía. Y así llegó el momento en que estuvieron dispuestos a combatir y para combatir hicieron dos cosas, una fatal para su fama, la otra fatal para su futuro; como jamás es fácil hacer una revolución en comité, no combatieron por ellos sino por Cipselo como su campeón; y puesto que

ya no era posible hacer la revolución sin contar con el ejército, se granjearon el apoyo de los hoplitas, de los hombres que, con el tiempo, incluso en una ciudad tan ortodoxa como Corinto, procurarían por todos los medios que los privilegios de la aristocracia cayeran en el olvido.

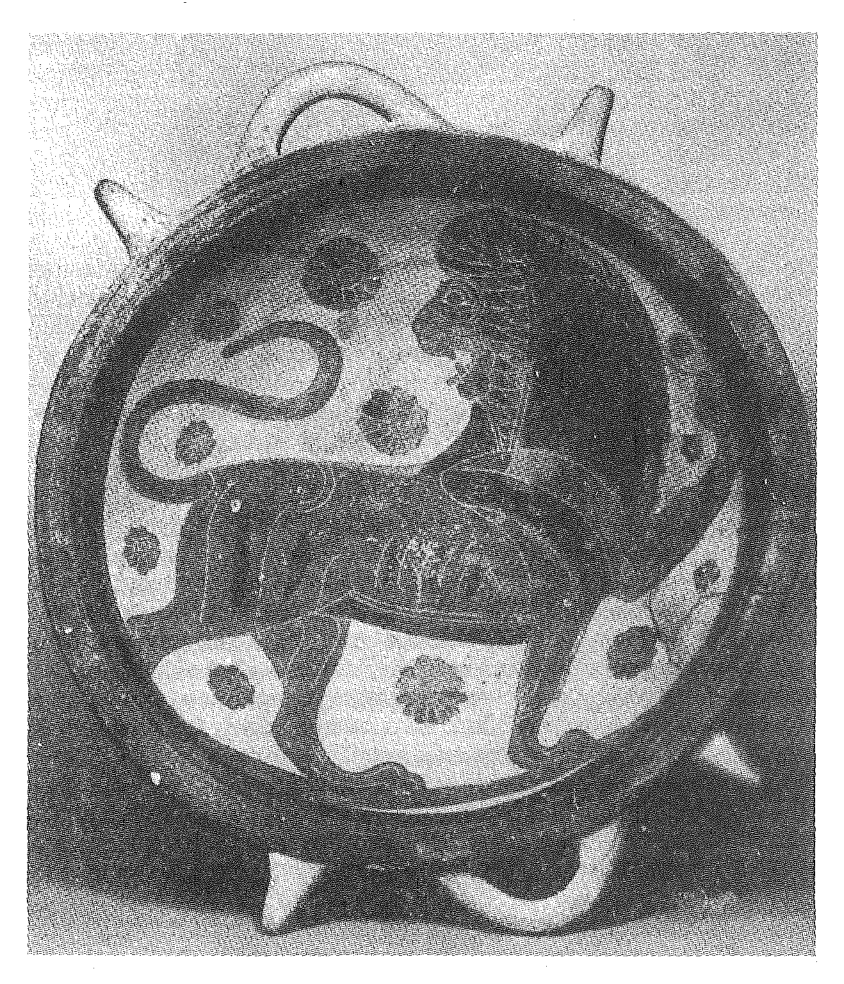
No quiere esto decir que se arrepintieran acto seguido de su equivocación. La obediencia al *Princeps* fue un precio pequeño que tuvieron que pagar las grandes familias revolucionarias de Italia a cambio del enorme poderío que adquirieron en la Roma augústea y de la misma forma, me imagino que los anónimos y poderosos partidarios de Cipselo quedarían satisfechos con su nueva autoridad y prestarían con gusto la necesaria obediencia, por lo demás probablemente no excesiva, dado que Cipselo difícilmente pudo haber sido tan presuntuoso como Augusto. Pero el paralelo con Roma también vale para Periandro, el hijo y sucesor de Cipselo, y con su reinado nos llega una prueba más, por si fuera necesaria, de la existencia de estos hombres importantes.

El sucesor de Augusto, Tiberio, tiene mala fama, en parte debido a su propio carácter, pero en parte también a la envidia de aquéllos que, a la muerte de Augusto, se consideraban tan capaces como él de ocupar su lugar. Un déspota de segunda generación no tiene ningún derecho al puesto de su padre. Debe abdicar, como Richard Cromwell, o mantenerse por la fuerza, como Tiberio o Periandro. En uno y otro caso sus oponentes son siempre un tipo determinado de hombres, los que habían estado cerca del poder en época de su padre. Periandro, según cuenta la historia, recibió un buen consejo sobre cómo conservar su tiranía: "corta las espigas más altas". Obsérvese que son las más altas, es decir, los hombres que habían estado inmediatamente detrás del trono de Cipselo. Y cuando al fin cayó la tiranía en Corinto, tomó el poder un consejo de ochenta miembros. No me sorprendería nada que más de la mitad de esos ochenta tuviesen abuelos que habían contado con la amistad de Cipselo. La tiranía siempre trae consigo la desaparición de una clase dirigente, pero sería un gran error suponer que no crea otra o que esta otra no es tan tenaz como su predecesora.

El cuadro se hace más claro. Un pequeño número de hombres deseaba el poder y se apoderó de él; un número mucho mayor, a cambio de ciertas concesiones que no podemos captar por completo, estaba dispuesto a permitírselo. Pero ¿por qué querían el poder? Por un lado, existe lo que llaman el poder por el poder; por otro, también hay quien piensa que el poder debe encontrarse en un número limitado de manos, pero debe distribuirse según una norma (un baremo de méritos o riquezas) y no dejarse al azar del nacimiento. Pero la faceta más importante de lo primero es que el poder debe ser públicamente reconocido (y esto es difícil bajo una tiranía); y es esencial en el segundo que haya alguna forma de constitución (inexistente bajo una tiranía). Por ello nos vemos casi forzados a concluir que el poder no era deseado

per se o por principio, sino para hacer algo, algo que los Baquíadas se negaban a hacer.

Qué era eso, no lo sabemos, pero una conjetura puede ilustrar el tipo de desacuerdo político que pudo haber forzado la situación. Y aquí reaparece Fidón de Argos. Fue muerto, se dice, en una lucha de facciones en Corinto, "mientras ayudaba a sus amigos"; y no cabe duda de que los Baquíadas no eran amigos suyos. Bajo su dominación, Corinto había estado aliada con Calcis, Samos y Esparta durante la guerra Lelantina y nadie podía mantener buenas relaciones a la vez con Esparta y con su encarnizado enemigo, Argos. Que las cone-



Cuenco de comienzos del s. VI, de estilo corintio evolucionado. Por entonces los alfareros y pintores áticos estaban convirtiéndose en serios rivales (véase pág. 151).

Leona de bronce de factura corintia, hallada en Cercira, segundo cuarto del siglo VI. La fiera en lo fundamental es de tipo asirio (págs. 68 y 69), pero la fantasía griega ha dejado en ella su impronta.

xiones con Esparta se mantuvieron es algo que se deduce del hecho de que ciertos Baquíadas, tras ser expulsados, huyeron a Esparta; y que fueran enemigos de Fidón, lo sugiere la historia, ya mencionada, de un complot argivo contra Corinto al que un delator hizo fracasar. Pero como la muerte de Fidón y la subida al poder de Cipselo ocurrieron por la misma época, es probable que muriera precisamente en los disturbios que llevaron al poder a Cipselo, y en este caso sus "amigos", ya que no los Baquíadas, tuvieron que ser los amigos de Cipselo. Una vez más tenemos que recurrir al relato, carente de apoyo, de Eforo en busca de detalles. Cipselo, dice, pasó su exilio en Olimpia, ciudad que fue objeto de la atención de Fidón en el 668 cuando se apoderó del santuario; más significativo aún, desde Olimpia Cipselo se trasladó a Cleonas, una ciudad de la Argólida, entonces bajo control de Fidón, y desde allí regresó a Corinto. En conjunto una ruta muy apropiada para un hombre que aspirase a ocupar el poder como marioneta de Fidón, pero sólo si pudiéramos estar seguros de que realmente fue esa la ruta que siguió. Pero en ausencia de detalles dignos de crédito, puede servir de algo un argumento general. Después de que Fidón derrotara a Esparta en la batalla de Hisias en el 669, el oráculo délfico prestó su apoyo a Argos y, por consiguiente, tuvo que haber roto sus antiguos vínculos con Esparta, y podría uno imaginarse que también con el Corinto de los Baquíadas. Poco años después, como hemos visto, el oráculo dio su bendición a Cipselo. Y no creo que se hubiera atrevido a hacerlo sin la aprobación de Fidón. Por último, tanto Fidón como Cipselo fueron, estoy seguro, pro-hoplitas; y aunque la revolución hoplita no produjo un credo hoplita y mucho menos una Internacional hoplita, este hecho puede querernos decir que hasta cierto

punto compartían similares puntos de vista. No es imposible creer que fue esta coincidencia la que les convirtió en aliados. Y si alguien piensa que Cipselo fue un hombre demasiado grande para actuar como agente de otro y que Corinto bajo su mando tuvo demasiados éxitos como para depender de Argos, bastará con recordarle que Fidón murió y que sus sucesores lamentablemente, se revelaron incapaces de defender su imperio.

Si fuera cierto que Cipselo fue el hombre de paja de Fidón, cabría esperar que la política exterior de Corinto cambiara con los tiranos; y aunque en el caso de Cipselo la historia nada dice, su hijo Periandro aparece en una extraña compañía para un corintio. Tiene lazos con Egipto, lazos que entre los estados de la Grecia continental sólo compartió Egina, que en la época de Fidón y quizá aún todavía, era dependiente de Argos. Mucha mayor importancia tiene el que fuera amigo íntimo y aliado del tirano Trasíbulo de Mileto (fue él quien le aconsejó cortar las espigas), ya que Mileto había sido enemigo de Corinto en la época de los Baquíadas. No se deduce de ello, desde luego, que Cipselo hubiera proporcionado el ejemplo y menos aún que hubiera llegado al poder, entre otras cosas como campeón de una nueva política exterior, pero sí es una conjetura razonable.

CONCLUSION

Si vale la pena pasar por tanto para aprender tan poco, es, como Mr. Weller dijo del matrimonio, cuestión de opiniones. Pero el objeto de esta discusión no era tanto averiguar los factores concretos implicados en la crisis política corintia, como insistir una vez más en el hecho de que estos factores, incluso entre los políticos activos, debieron de ser mucho más prácticos, mucho más accidentales y mucho más inmediatos de lo que estamos inclinados a creer quienes hacemos generalizaciones sobre la historia de Grecia. El hombre humilde siguió a Cipselo probablemente por el mero hecho de que un Baquíada le había hecho apartarse de la acera, o había saltado, cuando estaba borracho, sobre un montón de sus preciosas vasijas, o le había impuesto la multa de una oveja por una falta que le había valido al vecino tan sólo una amonestación. Los hombres importantes siguieron a Cipselo probablemente porque sus partidarios eran siempre multados con una oveja mientras los partidarios de los Baquíadas se libraban con una amonestación; porque quería aplastar a Corcira, cuando los Baquíadas no se lo consentían, o hacerse amigos en Egipto o en Mileto. La diferencia entre el corintio medio del 657 y el corintio medio del 700 no consistía en que hubiera asimilado una nueva doctrina política que propugnara una distribución más amplia del poder o un sistema imparcial de justicia, sino en que ahora le molestaba la ausencia de justicia, como nunca antes, en que ya no le parecía tan claro que a un

Baquíada borracho le estuviera permitido romperle una vasija; y lo más importante de todo, la diferencia radicaba en que ahora disponía de una alternativa para el gobierno de los Baquíadas: hombres casi tan nobles como los propios Baquíadas y tan ricos como ellos, claramente favorecidos por los dioses y que podían convercerles sin dificultad de que a ellos les habían sido concedidos los dones supremos, de que Zeus había por fin decidido castigar a "esos jueces que doblegan a los hombres" y había designado agentes humanos para esta ta-



Figurilla en terracota de hombre con una copa, de estilo corintio evolucionado (finales del siglo VII).

rea (agentes que con Zeus y cinco mil lanzas hoplitas tras ellos podían enfrentarse fácilmente a trescientos Baquíadas que no disponían de mejores dioses ni de mejores armas). No había testimonio directo de las opiniones de Zeus, pero Apolo al menos, se había expresado desde Delfos en apoyo de Cipselo de la misma forma que lo había hecho unos veinte años antes en favor de Giges de Lidia; y si alguien no tenía plena fe en las palabras de Apolo, podía consolarse pensando que Giges había matado a un rey sin que se derrumbaran los cielos y en que a Lidia no le iban tan mal las cosas después de todo.

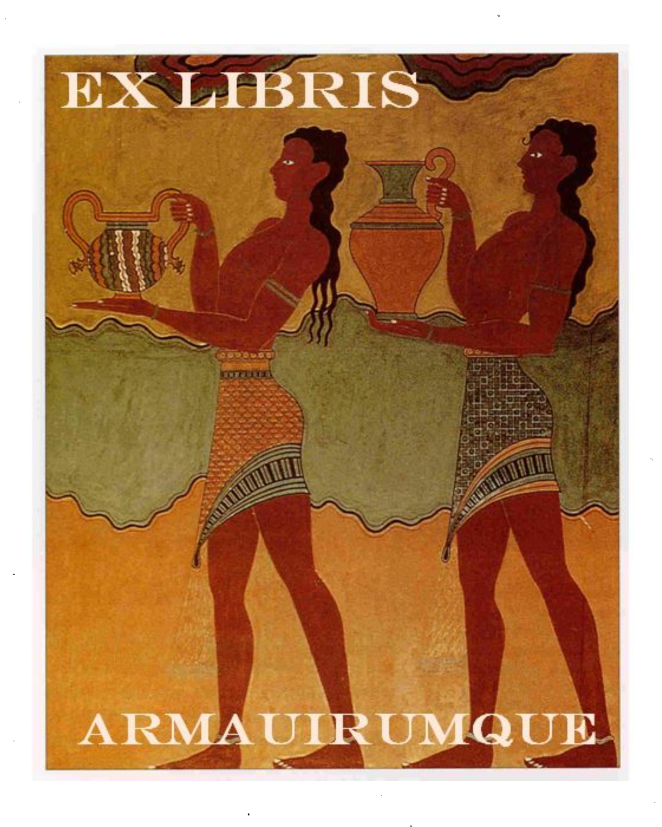
Esta discusión de la tiranía en Corinto no ha dado origen a ninguna definición clara de los factores que influyeron en la política griega del siglo VII. Hubiera sido perjudicial además, que lo hubiera hecho. Pero, al menos, nos ayuda a definir las cuestiones que debemos plantear a las fuentes.

Ante todo, siempre debemos preguntarnos hasta qué punto había penetrado en la sociedad el deseo de poder político. Para esa época la respuesta probablemente sea que no había penetrado mucho. Es más, en términos de clase parece probable que no lo hubiera hecho en absoluto: los hombres activos en la política en el 650 pertenecían al mismo tipo de hombres que los *basileis* del 750; tal vez eran más numerosos que los *basileis*, tal vez propugnaban para su estado unos objetivos inmediatos diferentes, tal vez tenían amigos diferentes, tal vez también, intereses diferentes, pero ni los objetivos, ni los amigos, ni los intereses diferían necesariamente (y en el caso de Corinto ni siquiera probablemente) en lo fundamental.

En segundo lugar, puesto que la fuerza subyacente a la revolución la proporcionó un cuerpo mucho más amplio, los hoplitas, los problemas de su descontento y de sus reinvindicaciones deben mantenerse en un plano diferente al del poder político.

En tercer lugar, puesto que la política siempre se ocupa más de lo inmediato, lo práctico y lo concreto, que de los principios abstractos, y dado que en una sociedad en donde la teoría apenas existe, la política no sólo se ocupa de hecho de estas cuestiones sino que además todos pueden ver que es así, no debemos esperar que aparezca a nivel superficial o a nivel alguno, un modelo general del que los propios griegos de la época fueran conscientes, ni tampoco debemos decepcionarnos si las fuentes hablan tan sólo de la maldad concreta de tal o cual aristócrata o de la ambición personal de tal o cual revolucionario. Al contrario, sería sorprendente que las revoluciones de Corinto, Esparta, Argos, Mitilene, Atenas, Sición y todas las restantes tuvieran rasgos claros en común y aún más sorprendente sería que estos rasgos ya fueran conocidos por entonces. Pero, aunque el historiador no tiene misión más delicada que el decidir hasta dónde debe ir más allá de lo que es obvio, nadie le puede negar el derecho a mirar un poco más lejos de la nariz de Cleopatra. Y si hay algo en las fuentes que apunte en esa dirección, debe explotarlo al máximo. Dos palabras de un oráculo délfico pueden parecer poca cosa para hacer depender

de ellas tanta especulación; pero si mi interpretación de las mismas es correcta, lo que resulta sorprendente es incluso que haya dos. Como poco, justifican el que preguntemos si los agravios concretos o las disputas concretas son síntoma de un sentimiento general, se reconozca éste o no de un modo consciente como general. Y si insistimos, tal vez puedan sugerir que lo fueron.



5. REVOLUCION EN ESPARTA

LA FECHA

En cierto modo, el ejemplo de Corinto sirve para aportar un dato seguro sobre la revolución. Nos ofrece un punto fijo entre los primeros signos del despertar económico de comienzos del siglo VIII y la historia, relativamente bien documentada, de la evolución política que comienza con Atenas a finales del VII. Hacia 657 a.C., en un estado que figuraba entre los pioneros de la revolución económica, la convulsión resultante había producido la suficiente confusión, entre los aristócratas, como para elevar al poder a un nuevo sector de esta misma clase; les había dado, así como también a un número bastante amplio de hombres más humildes, la independencia suficiente para concebir y acoger con agrado la posibilidad del cambio; y asimismo, las armas a estos últimos para llevarlo a cabo.

Fidón, o los tiranos de Sición, Mégara y Mileto, aunque datables aproximada o incluso exactamente, son figuras en exceso borrosas para ofrecernos un punto fijo semejante, excepto en la hipótesis, que sin duda debo aceptar, de que su contexto era muy parecido; pero esto es sólo una hipótesis y los casos citados no arrojan luz nueva en absoluto sobre la naturaleza de la evolución; por otra parte, Esparta, el único estado en el que algo se nos dice sobre los deseos del hombre medio, presenta, al mismo tiempo, uno de los problemas cronológicos más intrincados de la historia de Grecia.

En una fecha temprana, Esparta obtuvo una constitución, obra según se dice, de un gran legislador, Licurgo. Pero a primera vista las fuentes que tenemos sobre este antiguo genio no parecen estar muy de acuerdo; tanto es así que muchos historiadores modernos, con desesperación aún mayor que la de un historiador griego quien terminó por postular dos *Lykourgoi*, han rechazado simplemente a ese individuo como una ficción y se han confiado en la intuición para fijar la fecha de "su" obra. Para nosotros la identidad del legislador no es importante —alguien ideó una constitución para Esparta y muy bien le podemos seguir llamando Licurgo—; pero la fecha importa y afortunadamente el problema, aunque tal vez insoluble, no es tan complicado como se viene suponiendo. La mayoría de las distintas fechas sugeridas por los autores antiguos son el resultado del uso de sistemas cronológicos diferentes (la cronología fue otro invento del siglo V) o de la batalla propagandística que se entabló más tarde en torno a la

estabilidad de la oligarquía espartana (*supra* págs. 9-10); y está claro que la mayor parte de las fuentes antiguas fechan, o al menos encajan con una fecha para Licurgo en el reinado del rey Carilo, que pudo haber abarcado aproximadamente el período del 775 al 750. Y las que disienten, con una única y dudosa excepción lo sitúan incluso antes.

El problema, por tanto, es el siguiente: ¿podemos aceptar la existencia de una legislación en Esparta a comienzos del siglo VIII? Algunos estudiosos modernos creen que sí, pero la mayoría lo considera imposible antes del siglo VII, aunque tampoco hay acuerdo entre ellos sobre el contexto preciso. A algunos les parece preferible la segunda mitad del siglo VII; otros, yo incluido, los años alrededor del 675. No puedo discutir aquí los detalles; basta con exponer las consideraciones generales que hacen imposible la temprana fecha tradicional y considerar, muy brevemente, cómo las diferentes dataciones posteriores pueden afectar a la interpretación general de los cambios.

Nuestro principal testimonio sobre la naturaleza de la reforma es un documento conservado por Plutarco en su vida de Licurgo, un documento que él denomina *rhetra* o "ley", pero que describe en términos un tanto confusos como un oráculo dado por Delfos a los espartanos (el lenguaje ciertamente, contiene algún elemento oracular). El texto comprende algunas de las disposiciones principales de la nueva constitución:

> "(I) Cuando hayas consagrado un santuario a Zeus Silanio y a Atenea Silania, agrupado el pueblo en tribus y en *obai* y establecida una *Gerousia* o Senado de 30 miembros incluidos los reyes. (II) La asamblea celebrará reuniones de vez en cuando en el día de la fiesta de Apolo, entre Babica y Cnacio; (III) aquí se plantearán los asuntos y la *Gerousia* se mantendrá apartada; (IV) la asamblea del pueblo tendrá la decisión final".

Aquí sigue lo que Plutarco considera una enmienda posterior:

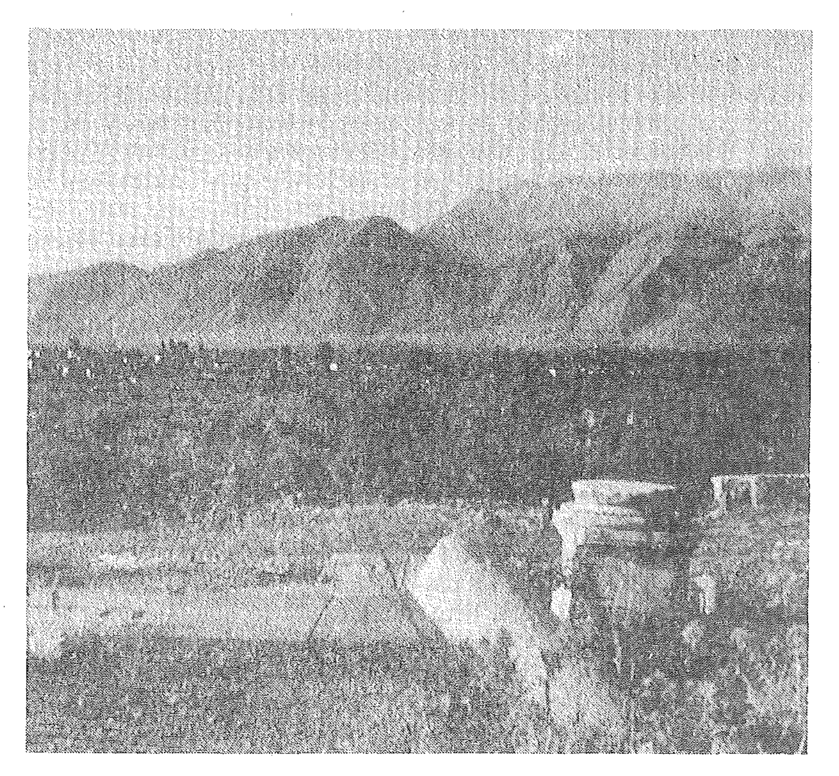
> "(V) Pero si el pueblo habla con palabras torcidas, los ancianos (esto es, la *Gerousia*) y los jefes (es decir, los reyes) podrán aplazarla".

En un punto, en la cláusula IV, el texto está corrupto. Donde no hay problemas de este tipo, su significado es a menudo oscuro (la palabra que he traducido como "mantenerse aparte" ha recibido diversas interpretaciones: "rechazar", "negarse a introducir propuestas", "llegar a una decisión final"); incluso cuando el significado de las palabras es claro, su alcance a veces se nos escapa (¿qué son exactamente unas "palabras torcidas"?) pero el sentido general es bastante coherente y lo confirmaban unos versos del poeta espartano Tirteo, de mediados del siglo VII, quien parece haber resumido la nueva constitución en un poema, perdido por desgracia en su mayor parte:

> "Escucharon a Apolo y desde Delfos trajeron a Esparta el Oráculo del dios, sus infalibles palabras. Los reyes, honrados por los dioses mandarán en el Consejo; ellos se cuidan de la amable Esparta, y los Ancianos venerables. Tras ellos, los hombres del pueblo, siempre que tomen decisiones acertadas" (fragmento 4).

Ahora bien, aunque es posible que una constitución tan definida como ésta existiera ya en un mundo iletrado, y sólo fuera escrita cuando los griegos recuperaron el arte de escribir hacia el 750 a.C., es mucho más probable que el documento sea contemporáneo de la institución del sistema que describe, y el 750, por tanto, se convierte en un *terminus post quem* de la revolución. Tirteo, por otra parte, no puede haber escrito muy lejos de los años 680-620 a.C. De ahí los límites: 750-620.

Tirteo atribuye el oráculo a Delfos; y aunque no podemos estar seguros de que Tirteo se refiera a todo el documento ni de que esté diciendo la verdad, (en los siglos posteriores se atribuyeron a Delfos muchas actividades a las que en realidad no tenía derecho), el texto tiene probablemente origen oracular y la fuente obvia es Delfos, que



El llano de Esparta visto desde el emplazamiento de la ciudad antigua. Al fondo el monte Taigeto, que separa a Laconia de Mesenia (véase el mapa de la pág. 110).

había sido amigo de Esparta desde sus primeros días. Pero sabemos hoy día que Delfos no existió como centro oracular antes de mediados del siglo VIII. Con esto se confirma el límite superior.

Y como argumento último y decisivo, la nueva constitución establecía formalmente un cuerpo de ciudadanos de unos nueve mil "iguales", (esto procede de otras fuentes), que componían la asamblea. Este cuerpo sólo puede ser el ejército hoplita espartano. Pero no había nueve mil hoplitas espartanos antes, como mucho, del 725 y no pudieron convertirse en una fuerza política coherente, de nuevo como mucho, antes del 700. Con ello los límites se estrechan. Cualquiera que haya sido el origen de la tradición que asocia a Licurgo con el rey Carilo, por muy firmemente que en ella creyeran los griegos, debe abandonarse.

Si Esparta hubiera sido en todos los aspectos un estado griego normal no hubiéramos tenido dificultad en fijar una fecha más precisa entre el 660 y el 620. Sería casi inconcebible que una ciudad inferior a Corinto la hubiera sobrepasado ampliamente en el terreno del desarrollo político. De hecho, cuanto más nos acerquemos al 620 y cuanto más tardío hagamos a Tirteo, tanto más felices podemos sentirnos. Pero Esparta era una ciudad anormal en dos puntos importantes.

Como Corinto, Esparta era una ciudad dórica, pero a diferencia de Corinto (por lo que sabemos), había conservado algunas de las primitivas costumbres tribales dorias (mesas comunes para sus ciudadanos; un elaborado sistema educativo tribal más que familiar). Y la explicación de esto tal vez resida en el hecho de que, a diferencia de Corinto, estaba rodeada por un conjunto de comunidades residuales no dóricas que, poco a poco, bien asimiló, bien redujo a un estado próximo al servil, consiguiendo de esta forma un población sometida, valiosa, pero peligrosa en potencia: los llamados ilotas, a quienes podía explotar, pero de quienes tenía que protegerse. Desde muy tempranas fechas, los espartanos estuvieron rodeados por una gran masa de hombres de los que se sentían diferentes y un sentimiento como éste conduce fácilmente a un sentimiento de comunidad y, consiguientemente, induce a borrar las distinciones en el interior del grupo privilegiado. Así se comprende con facilidad que los espartanos pudieran desarrollar un sentido mayor de "pertenencia" más pronto que los corintios y que pudieran, por tanto, exigir un reconocimiento de esta pertenencia antes que otros contemporáneos, dorios o no.

En segundo lugar, Esparta pasó, como Corinto, por una revolución económica en el siglo VIII. Pero aunque, por lo que podemos afirmar, estuvo expuesta a las mismas influencias y presiones que provocaron el cambio en otras partes, no reaccionó del mismo modo frente a ellas. En lugar de resolver sus problemas mediante la colonización, el comercio y el artesanado, se permitió el lujo de una guerra de conquista contra el territorio vecino de Mesenia, al sudoeste del Peloponeso; y hacia el 715, cuando ya tenía conquistado gran parte del sudeste, es decir, la Laconia posterior, duplicó su territorio agrícola con

la anexión de esta nueva zona. A partir de entonces, Esparta pudo prosperar sin la ayuda del comercio; se había condenado un futuro casi exclusivamente agrícola. Los resultados fueron de dos clases. Por un lado, aunque es improbable que un conflicto de intereses económicos desempeñaran un papel directo o significativo en la crisis corintia, la mera existencia de dos tipos de intereses, agrícolas y comerciales, por interrelacionados que estuvieran, necesariamente, tuvo que exacerbar cualquier otro tipo de tensiones que pudiera haber y, es sin duda cierto, que los disturbios políticos de Corinto fueron en última instancia el resultado de la aparición del nuevo elemento comercial. Este no llegó a afectar a Esparta y, por consiguiente, no pudo producir ni exacerbar tensiones allí. Todos los espartanos eran agricultores y siguieron siéndolo. En este sentido, tuvieron menos motivo de disputas que los corintios, y hemos de suponer que sus disputas fueron más pacíficas, si es que llegaron a producirse.

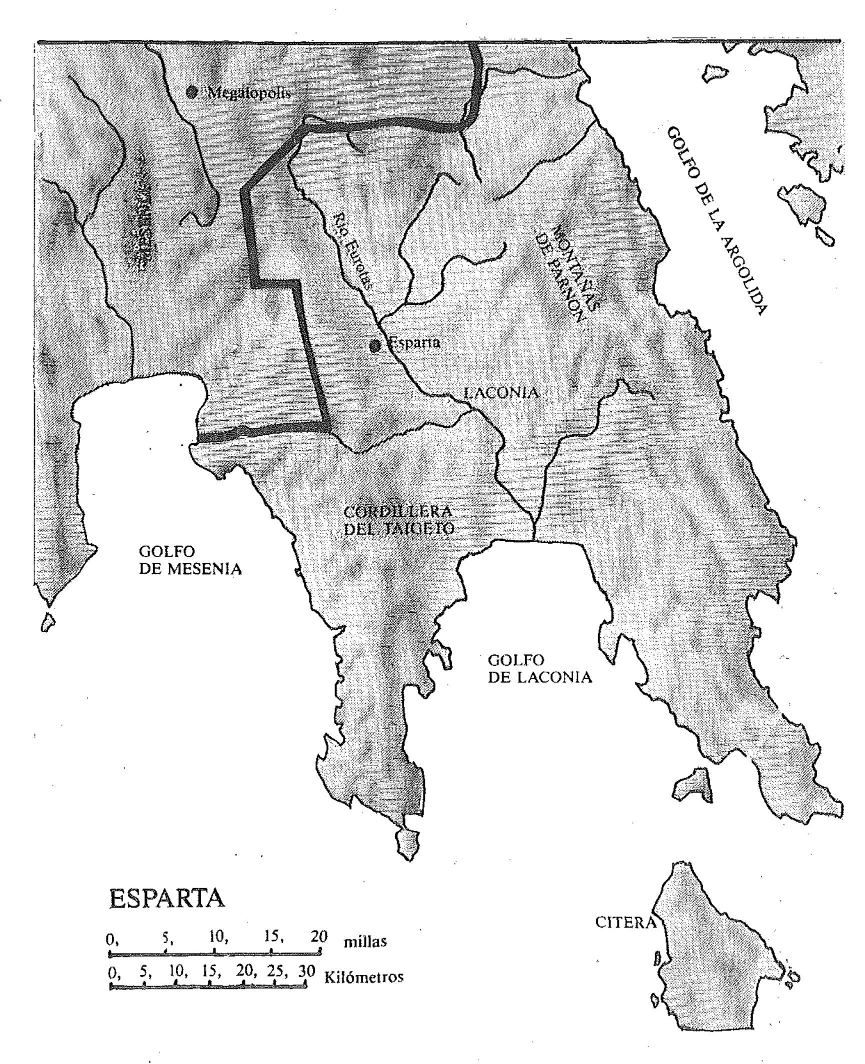
Igualmente, la prosperidad de Corinto se hizo poco a poco. Empezó con tímidos ensayos hacia el Occidente después del 800, creció a ritmo constante durante los días de la colonización y con mayor rapidez después, gracias al subsiguiente incremento del comercio y de la artesanía. La riqueza de Esparta se había conseguido ya el día mismo en que terminó la conquista de la fértil llanura de Mesenia y se difundió (sin duda, de manera desigual) por toda la población espartana tan pronto como se procedió a dividir la llanura.

La rapidez de la expansión espartana y la peculiaridad de la sociedad espartana podrían, pues, explicar por qué se produjo allí la revolución tan pronto, tan pronto como, digamos, el 675; la homogeneidad de la misma sociedad y de su economía podría explicar por qué se llevó a cabo la revolución sin excesivo derramamiento de sangre, sin la destrucción de la aristocracia y sin el establecimiento de una tiranía. El lector debe juzgar por sí mismo, a partir de las obras mencionadas en la bibliografía, si las fuentes de que disponemos apoyan esta justificación *a priori* de una fecha temprana en el siglo VII. La discusión que sigue se basa en la creencia de que es así; si no lo es, habrá que modificar algún que otro detalle y los espartanos perderían algo del mérito, aunque no todo, que estoy a punto de concederles: habrían aprendido de los errores de otros, en lugar de sentar un ejemplo que los demás no lograron seguir. Pero en ambos casos, la naturaleza básica de la revolución pertenece a un mismo contexto: el crecimiento de la confianza en sí mismo del hoplita del siglo VII.

LOS CAMBIOS

La Esparta que conquistó Mesenia estaba gobernada por dos reyes que pertenecían a familias diferentes, los Agíadas y los Euripóntidas, una extraña institución que los espartanos hacían remontar a los

hijos gemelos de un antiguo jefe, pero que ha de explicarse más bien por un compromiso más antiguo aún entre grupos dorios rivales. Debajo de ellos había un consejo aristocrático, la *gerousia*; después, los agricultores espartanos libres, y finalmente, una mano de obra abundante y no doria, los ilotas. En la historia posterior esta serie se com-



Esparta fue fundada c. 950 a.C. Hacia el 750 dominaba el valle del Eurotas: hacia el 715 la parte oriental de Mesenia a la que poco después se añadió el resto. Y no fue hasta mediados del s. VI que obtuvo un firme dominio de la zona costera oriental de Laconia hasta el golfo de Argos y de la isla de Citera, todo a expensas de Argos. Muchas ciudades de la costa conservaron una autonomía nominal aunque ficticia; casi toda la tierra fértil del interior pasó a ser espartana.

plicó aún más con la existencia de un grupo de *periokoi* ("habitantes de alrededor"), habitantes de otras ciudades de Laconia que, aunque técnicamente autónomas, de hecho estaban sometidas por completo a Esparta. Pero en esta época no es probable que Esparta fuera lo suficientemente fuerte ni bien organizada como para haber absorbido a estos hombres dentro de su propio sistema; sin duda, estas ciudades reconocían ya la supremacía espartana, pero su situación estaba con toda probabilidad más cerca de la de un país satélite que de la de un país sometido; rara vez dejarían su huella en los asuntos de Esparta y, por tanto, podemos ignorarlos. Como "animales políticos" podemos también prescindir de los ilotas, siempre que tengamos muy en cuenta que su existencia constituía una constante amenaza para la seguridad espartana, un llamamiento constante a la unidad interna y una constante fuente de riquezas para Esparta.

El cuerpo ciudadano, para emplear una palabra que todavía es anacrónica, estaba organizado, según los esquemas aristocráticos habituales, en tribus (las tres tribus dorias) compuestas por fratrías, cuyos jefes, sin duda, integraban la *gerousia.* Cada fratría mantenía mediante las contribuciones de sus miembros un *syssition* o mesa común (algunos historiadores creen que más de una) para sus varones adultos, que de hecho era el cuartel de su unidad militar; cada fratría se encargaba de la educación de sus niños, divididos en grupos según su edad, hasta el momento en que obtenían el derecho de pertenecer a la mesa común. Hasta qué extremos habían caído en desuso estas costumbres primitivas, digamos, en torno al 700 a.C., es algo que no sabemos ni tampoco sabemos si habían surgido diferencias importantes dentro del cuerpo de los espartanos, es decir, si algunas fratrías habían perdido importancia en beneficio de otras o si dentro de cada fratría algunos miembros se habían empobrecido y ya no podían mantener su posición, a los que se tolerase como parásitos, o se les expulsase sin más, también ignoramos si se había producido alguna afluencia reciente de individuos a los que no se les hubiera concedido la ciudadanía plena. Pero lo que sí sabemos es que uno de los elementos principales del cambio fue la reafirmación, si no la restricción, del sistema en su conjunto y la declaración de que todos los espartanos debían comenzar de nuevo como miembros iguales de grupos iguales, con recursos suficientes (un lote de tierra proporcionado por el estado, más ilotas que lo trabajasen) para mantenerse en esa posición. Si no lo conseguían la culpa era suya —eran expulsados y dejaban de ser lo que desde ahora podríamos llamar, casi con toda razón, ciudadanos plenos—; pero al menos habían comenzado en igualdad de oportunidades. El hecho se divulgó: los espartanos desde entonces fueron conocidos como *homoioi* "iguales". Medidas como ésta, sin duda, presuponen la existencia anterior de un desorden considerable y de una considerable desigualdad.

Pero, aunque se mantuvo el viejo sistema, incluso rejuvenecido, ya no se basaba en la misma estructura tribal. El espartano seguía sien-

do miembro de su tribu, pero ahora pasaba a ser también miembro de una nueva unidad llamada *oba*; una unidad que no se basaba en la común ascendencia (mítica), sino en el lugar de residencia, pues las *obai* eran los barrios de la ciudad de Esparta y aquellas zonas del área rural circundante en donde vivían espartanos. De un modo u otro, se organizó a partir de las unidades básicas, las mesas comunes, un sistema que combinaba *obai* (residencia) y tribus (parentesco). Se ignora por completo cómo se consiguió. El número de las *obai,* su relación con las tribus, cómo las mesas comunes se integraron en unas y en otras, si las mesas comunes permanecieron inalteradas en principio o en la práctica; todo ello es muy oscuro para nosotros. Y en consecuencia no hay medio de saber cómo afectó el nuevo sistema a la composición de la clase gobernante espartana, ni qué cambios sufrió el conjunto de los ciudadanos bajo el nuevo régimen. Pero que de hecho afectó a aquélla y a éste, es algo de lo que difícilmente puede dudarse.

LA NUEVA CLASE GOBERNANTE

Tirteo parece decir (faltan algunas palabras esenciales) que el oráculo que proclamó las líneas maestras de la nueva constitución fue traído de Delfos por los reyes Teopompo (c. 720-quizás c. 670) y Polidoro (c.700-c.665). Ambos reyes tuvieron después fama de reformadores: Teopompo como partidario bastante reticente del cambio y Polidoro como héroe popular radical (se decía, incluso, que había sido asesinado por un aristócrata descontento). Son éstos algunos de los detalles que hemos de olvidar si aceptamos la datación tardía, pero que si fueran ciertos, indicarían claramente que estos reyes, como Fidón en Argos, se sirvieron del descontento popular para confirmar su poder regio sobre los aristócratas. Una opinión que se vuelve más probable aún si tenemos en cuenta que en un momento dado, tal vez en el reinado de estos mismos reyes, se creó una nueva magistratura, el eforado, que debió nacer como una forma de control aristocrático al poder regio y que de hecho mantuvo siempre algo de su sabor original. Además, el propio oráculo concede importancia a la reglamentación de la *gerousia* bajo el nuevo sistema, en tanto que los autores posteriores (entre ellos, Aristóteles) insisten una y otra vez en el interés de ''Licurgo'' por su composición y su poderes. De ahora en adelante, el número de sus miembros quedó fijado en treinta (incluyendo los dos reyes) que eran vitalicios; la designación se realizaba mediante elecciones, pero sólo entre candidatos de más de sesenta años que perteneciesen a unas familias aristocráticas determinadas. Sería extraño que la mera imposición de estas normas no introdujera algunas caras nuevas en la *gerousia* del 674, y aún más extraño que no fuera éste el resultado que se pretendía.

En otras palabras, en Esparta, lo mismo que en Corinto, la lucha por el poder se libró en los niveles más altos de la sociedad; el cuadro es complicado debido a la existencia de los reyes y, tal vez, la de un *demos* más coherente y con más voz; y es oscura debido a la casi total ausencia de información detallada y fidedigna (¿eligió personalmente Licurgo a los miembros de la primera *gerousia* según afirma Plutarco?; ¿responde esto a una tradición genuina o es una conjetura de historiador?). Pero su protagonista es muy claro: una clase gobernante que ante presiones y problemas nuevos había perdido su estabilidad interna hasta tal punto que un sector de ella estaba dispuesto a dirigir la mirada al exterior en busca de ayuda para conservar, o imponer, su dominio sobre el otro.

EL NUEVO "DEMOS"

Resulta bastante fácil definir la clase gobernante de antes y después de las reformas: más o menos, la componían las casas reales y aquellas otras familias que proporcionaban los miembros de la *gerousia* o aspiraban a ello. El *demos*, por su parte, fue un producto (en el sentido más real de la palabra) de la reforma, aunque resulte casi imposible describir los elementos que se utilizaron para inventarlo o las diferencias que se eliminaron para poder crear a los "iguales"; imposible no sólo por falta de documentación, sino también porque ni siquiera sabemos qué tipo de términos hemos de emplear para describir todo esto. ¿La deseada igualdad consistía simplemente en obtener el *status* de hoplita, es decir, creó Licurgo nuevos hoplitas mediante una nueva redistribución de la tierra? ¿O se trataba más bien de la igualdad entre hoplitas existentes? Y en este último caso, ¿la desigualdad era simplemente de riqueza, entre hoplitas pobres y hoplitas ricos, o de *status?* Y si era de *status*, ¿se daba entre pertenecientes a la fratría y no pertenecientes a ella, entre distintas fratrías o incluso en el interior de ellas? El único hecho cierto es que ser un espartano de pleno derecho después del 675 significa algo más que el simple no ser ilota, que se trazó una línea alrededor de unos nueve mil hombres, los cuales, de ahora en adelante, iban a tener parecidos derechos y parecidos deberes. Es bastante probable que quedasen aún fuera de ese grupo algunos no ilotas; es seguro que por parte de los nueve mil se tomaron medidas para poder degradar a aquéllos de entre los 9.000 que fracasaran sin que fuera necesario quitarles la libertad, y tal vez, para poder promocionar a hombres prometedores de fuera del grupo. Pero las excepciones carecen de importancia. Lo que importa es el hecho de que la pregunta, "¿qué es un ciudadano?", había cobrado ahora significado. Y la respuesta fue: un hombre que comparte tales y tales derechos y obligaciones y que pertenece a la sociedad, no sólo porque

siente que pertenece a ella sino porque puede exhibir la lista de sus privilegios y de sus obligaciones.

Estas últimas eran sencillas ya que no fáciles de cumplir. De niño, el espartano tenía que soportar los múltiples y desagradables ejercicios prescritos en el programa de entrenamiento; una vez que los había superado, era admitido en el *syssition.* A partir de este momento tenía que aportar del producto de su lote de tierra la contribución en especie necesaria para mantener su calidad de miembro de aquél, y como tal miembro, se consagraba por entero a nuevos ejercicios, cuando no mostraba de hecho en el campo de batalla las cualidades militares para cuyo desarrollo habían sido diseñados los ejercicios. Su vida era la de un soldado en un cuartel; pero , en compensación, tenía su tierra y un grupo de ilotas que la trabajaban y le servían. Y lo que es más importante para nosotros, ya que no para él, era miembro de una comunidad que hacía algo más que garantizar su supervivencia física.

Nada se sabe de sus derechos legales (ni tampoco del sistema legal espartano en su conjunto); a Esparta no le agradaba divulgar en el extranjero los detalles de su administración, gran parte de la cual, se regía por precedentes y no de acuerdo con un código escrito. Pero los espartanos estaban convencidos de que Licurgo fue quien sentó esos precedentes; y aunque se le alababa como instaurador de muchas cosas de la Esparta posterior que, sin duda, le hubieran sorprendido grandemente, su reputación como creador del código legal espartano no puede carecer por completo de base. Los detalles apenas importan; al menos, es un hecho cierto que estableció algunas leyes, que después del 675 el espartano sabía lo que se esperaba de él y, algo más importante aún, lo que le ocurriría si no lo hacía. Sabía también que lo mismo se esperaba de todos los demás, y que siempre se impondrían las mismas penas. Incluso sin pruebas, podemos suponer, sin temor a equivocarnos, que antes ignoraba todas estas cosas.

Como el corintio, el espartano había "hecho reinar la justicia" en su ciudad y resulta una curiosa y confortadora coincidencia el que las mismas palabras que emplean nuestras fuentes, buenas y malas, para describir la perversidad de los Baquíadas y la virtud de Cipselo reaparezcan en las fuentes, buenas y malas también, en el caso de Esparta. Los Baquíadas eran hombres "que empleaban la violencia", "que abusaban de su poder". Y Cipselo encontró apoyo en contra de ellos por su generosidad al aplicar las leyes; Polidoro, el rey reformador, según Pausanias "no empleó la violencia, ni abusó de su poder de palabra o de hecho, sino mantuvo una estricta justicia atemperada por su clemencia al juzgar cosas en los tribunales". Pausanias, el autor de una guía turística del siglo II d.C., nunca es mejor que sus fuentes y en este caso se desconoce la calidad de la que utilizó. Pero un poeta que visitó Esparta en el 675, Terpandro de Lesbos, ha dejado dos versos que describen la Esparta de su época, es decir, en mi opinión, la nueva Esparta que Licurgo había creado:

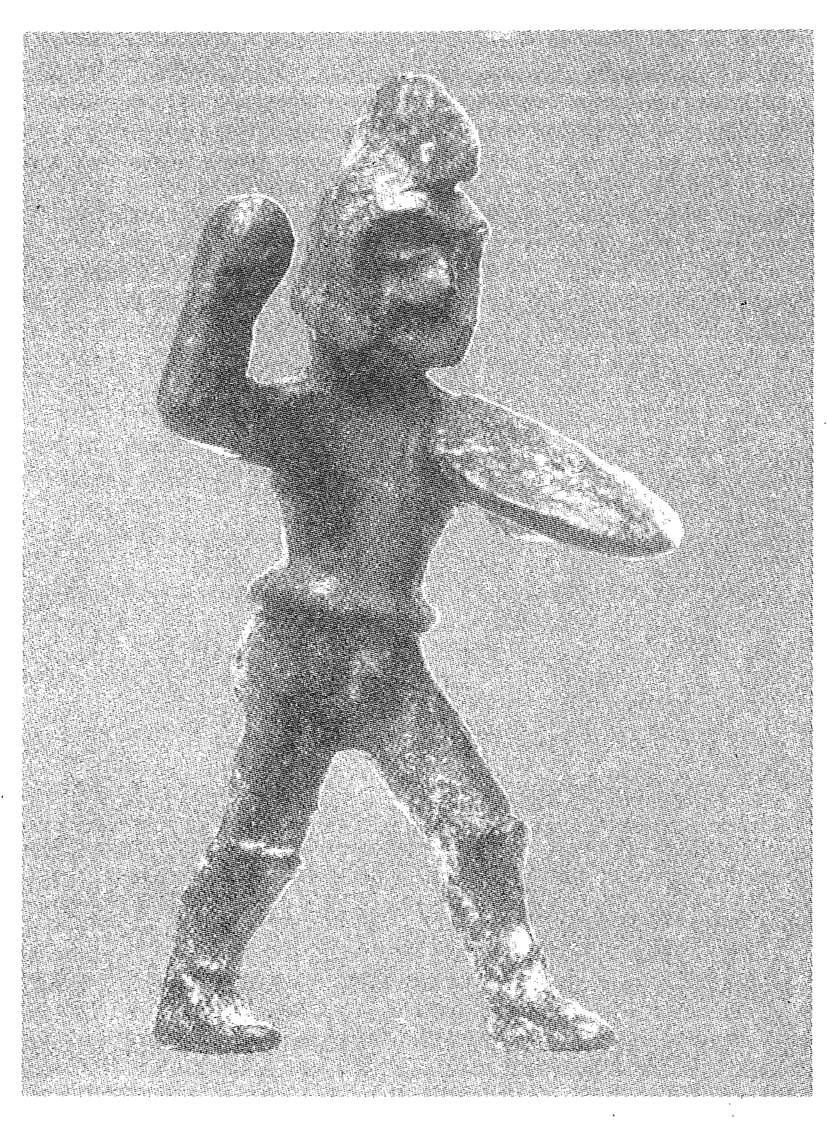
"Florecen allí las lanzas de los jóvenes,
se alzan cristalinas las canciones de la Musa,
la Justicia vive al aire libre,
amparo de las buenas obras".

La "justicia" de nuevo tiene aquí matices que el griego *dike* (el nombre sobre el que se ha formado *dikaios;* pág. 94) probablemente no tenía en el siglo VII; el énfasis, de nuevo recae más bien en la existencia de leyes que en la calidad de éstas, y la misma idea reaparece en otra palabra que emplearon los espartanos de la época (Tirteo por ej.) para describir su nueva condición: *eunomia*, "buen orden". Es decir, ley donde no había ley, orden en lugar desorden, y en este caso podemos estar seguros de que el espartano medio deseaba en realidad lo uno y lo otro.

El empleo del término *eunomia* en la propaganda sugiere con fuerza que en verdad lo deseaban. Tirteo escribía no sólo para los aristócratas; la presentación ostentosa de la "igualdad" casi lo prueba, pues esta igualdad difícilmente pudo ser sólo una simple igualdad económica: todos los espartanos recibieron un lote de tierras, tal vez un lote igual, pero se hace difícil creer que los ricos perdieran todo lo que antes poseían por encima del nuevo mínimo. Sólo puede referirse, por tanto, a la igualdad de *status*, no a la igualdad en todos los aspectos, porque de la misma manera que en la Esparta posterior había ricos y pobres, también hubo aristócratas y plebeyos, pero al menos en aquellos que tenían importancia para el hombre medio. Y entre ellos, la igualdad ante la ley es un ejemplo obvio y casi imprescindible.

Con todo, sigue siendo imposible conocer cómo formularía sus exigencias de justicia el espartano del siglo VII; del todo imposible saber si exigió también reconocimiento político, aunque este reconocimiento lo recibió también. El texto de la *Rhetra* impone la reorganización del cuerpo ciudadano en tribus y *obai* y también la nueva constitución de la *gerousia*; pero a partir de aquí procede a describir y a regular el procedimiento para las reuniones fijas de una asamblea de ciudadanos y aunque el texto en este punto está corrupto, da la impresión de afirmar que esta asamblea ha de ser soberana; la cláusula final, probablemente una enmienda posterior como quiere Plutarco, parece luego poner ciertas restricciones a esta soberanía.

Básicamente, la forma de constitución que se establece aquí es la típica de las constituciones evolucionadas de casi todos los estados griegos posteriores, oligárquicos o democráticos, en los cuales un consejo, relativamente reducido, asumía la administración rutinaria, preparaba los asuntos para las deliberaciones de una asamblea soberana y las presidía. Hubo grandes diferencias entre los diversos estados en cuanto al número de miembros y las competencias respectivas del consejo y la asamblea, pero el modelo fue constante y hace su primera aparición en Esparta. De manera natural, algunos historiadores han llegado a confundir la forma con el contenido e incluso a escribir como



Hoplita espartano de mediados del siglo VI. La figura es tan ruda y tan militarista que puede confirmar de alguna manera la imagen tradicional de la Esparta hosca, austera y con aspecto de cuartel cuya creación se atribuye a Licurgo. No obstante, tiene cierto mérito y, juntamente con los ejemplos mucho más joviales de arte espartano de las tres ilustraciones siguientes, induce a creer que Esparta no había caído todavía en una devoción áspera y deprimente por el militarismo huero y el conservadurismo en política.

si Esparta hubiera alcanzado junto con el nuevo sistema alguna forma embrionaria de democracia y, consecuentemente, han afirmado que

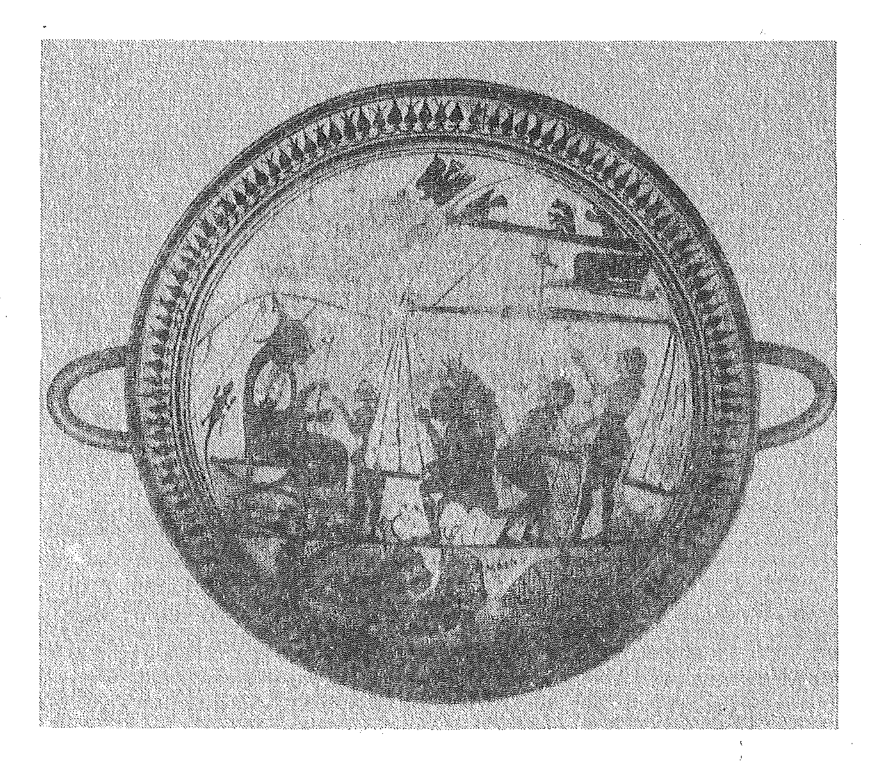
si los espartanos lo alcanzaron quiere decirse que lo exigían. Hasta cierto punto ambos razonamientos están justificados, pero no creo que puedan llevarnos a ninguna conclusión importante.

Para presentar los argumentos en contra llevados hasta el extremo: ni la democracia ni una oligarquía constitucional existen sin un espíritu democrático u oligárquico constitucional; y tan cierto es que la forma contribuye al desarrollo de este espíritu, como que el espíritu crea la forma. En Esparta, incluso dentro del círculo de los "iguales", hay escasos indicios de que la asamblea llegara a ser alguna vez consciente de su teórico poder ni de que alguna vez mostrara excesivo espíritu. Si la cláusula final de la *Rhetra* es una restricción posterior de los poderes de la asamblea, no hay duda de que la asamblea estaba preparada para aceptarla. Pero cuando se consultaba a la asamblea, ¿qué forma adoptaba la consulta? "Los asuntos deben ser presentados y (según la traducción que ofrezco con reservas) la *gerousia* se mantendrá apartada. La asamblea... tendrá la decisión final". ¿Qué procedimiento implica esto? En dos ocasiones posteriores poseemos un informe relativamente amplio del procedimiento seguido en sendas asambleas, una correspondiente al siglo V (Diodoro, XI, 50), y otra al III (Plutarco, *Agis*, 9-11), ninguno de ellos carente de ambigüedades ni por completo fiables. Da la impresión de que la *gerousia* somete un asunto a discusión, pero no para que sea decidido y que, después, celebra una sesión por separado (¿"se mantendrá apartada"?), en la cual formula una propuesta bajo la influencia del "sentir" de la reacción de la asamblea; bajo la influencia pero no necesariamente de acuerdo con la voluntad de la asamblea. De hecho, en ambos casos, por razones especiales, la decisión del consejo parece oponerse a la voluntad de la asamblea, y en ambos, también, la decisión de aquél da la impresión de imponerse al fin en la medida adoptada. Todo ello se asemeja bastante más al proceder de una asamblea homérica que a lo que sabemos, o nos imaginamos, que fue la práctica democrática griega de época posterior. Es más, a lo largo de la historia de Esparta no hay ocasión alguna en la que se diga que la asamblea desempeñó un papel positivo en la dirección de la política espartana (que es distinto de que influyera en esa política con su actitud).

Se puede concebir que un primitivo sentimiento de independencia fuera gradualmente aniquilado por un poder ejecutivo que constantemente se excedía en sus competencias, pero es mucho más probable que dicha independencia jamás existiera; que a los espartanos, a diferencia de los atenienses, sus órganos constitucionales no les educaron para que fueran conscientes de lo que podía conseguirse con ellos. Es probable que en el 675 estuvieran encantados por reunirse y por mostrar a gritos su aprobación ante tal o cual propuesta concreta que se les presentase, como lo hicieron después durante siglos, sin darse cuenta nunca de que sus gritos podían o debían ser decisivos, más próximos como estaban, al espíritu de la asamblea jonia de Homero que a nada que podamos encontrar en otras partes en la Grecia

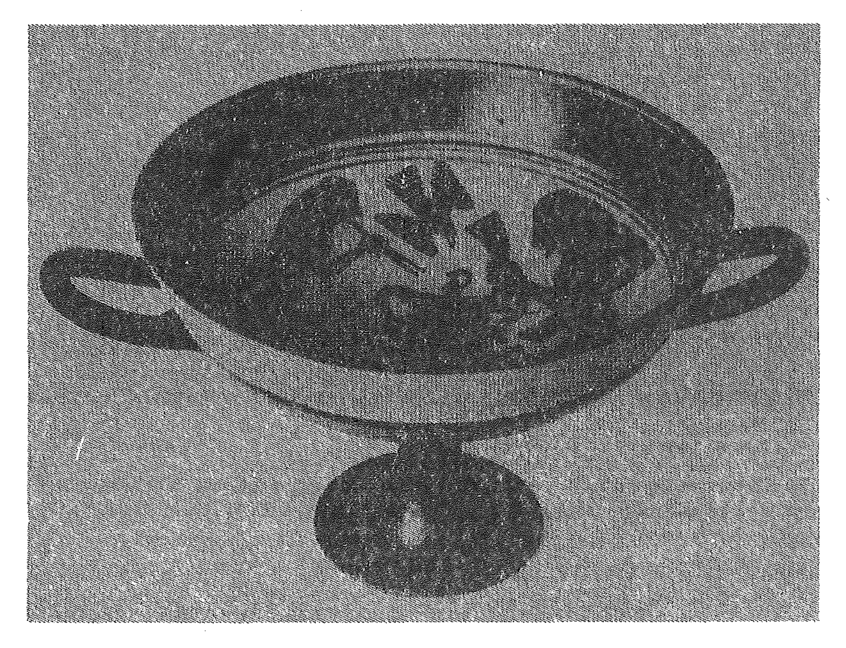
del siglo V. Si esto es cierto, se impone otro razonamiento. Sin duda, mucho antes de la época de Licurgo se habían celebrado en Esparta asambleas de tipo homérico; la única diferencia era que ahora se reunían por mandato de la ley, no por el arbitrio de los reyes o de la *gerousia*, un progreso constitucional que a duras penas puede considerarse extraordinario.

Pero esto, como dije, es plantear la cuestión en su forma extrema. Ordenar que haya asambleas es hacer más, mucho más que convocarlas informalmente; el afirmar la soberanía del *demos*, como hace la *Rhetra*, tiene algún significado aunque tal soberanía nunca fuera verdaderamente respetada y es probable que tanto la orden como la soberanía fueran bien acogidas, o incluso exigidas, por el espartano medio. Pero, según veo el problema, la respuesta adecuada consiste en separarse lo menos posible de esta solución extrema, antes que en acercarse lo más posible a la idea de la plena responsabilidad democrática o de intensos debates democráticos.

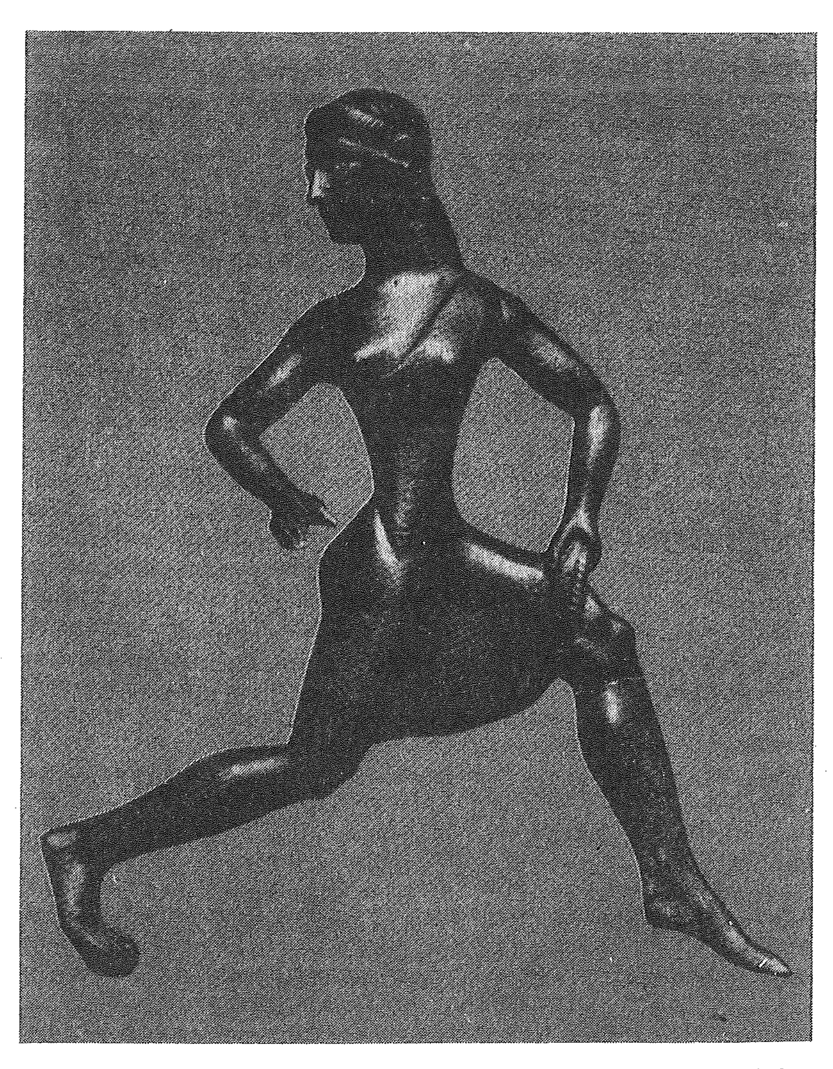


Copa espartana de mediados del siglo VI. Arcesilao, rey de Cirene (norte de Africa), zona con la que Esparta tenía estrechas relaciones, supervisando el peso de unas mercancías. La escena en conjunto, aunque bastante recargada, está llena de vida y tiene un especial interés tanto por ser contemporánea como por no ser típicamente espartana.

En el caso de Corinto sugerí una hipótesis para ilustrar el tipo de crisis política que pudo haber elevado al poder a Cipselo. Quizá me sea lícito hacer lo mismo con Esparta. Según me imagino, Licurgo y los reyes prentendían alterar la composición de la aristocracia. Para ello, se granjearon el apoyo del ejército hoplita espartano con promesas de tierra, justicia y de ese tipo de vida que los espartanos denominaban *eunomia.* Y cumplieron sus promesas. Lograron sus fines sin destruir la aristocracia existente con el resultado inicial tal vez de producir la división interna de la nueva clase gobernante; hubiera sido demasiado pedir que lo viejo dejara paso a lo nuevo sin resistencia. En situación semejante, asegurarse el continuo apoyo de los hoplitas podría parecer vital y por ello se arbitró un mecanismo regular que sirviera para demostrar apoyo frente a cualquier oposición: la asamblea, (siempre es fácil alentar el sentimiento popular cuando éste es favorable). Pero una vez se resolvió la cuestión inicial del *status* dentro de la aristocracia, los intereses agrarios comunes, el común miedo a los ilotas y probablemente también los comienzos de un común re-



Copa espartana del tercer cuarto del siglo VI, el último período importante de la cerámica laconia. Los artistas espartanos eran especialmente aficionados a las figuras humanas en general y a las de juerguistas (comastas) en particular. Este es un muy moderado ejemplo.



Estatuilla de bronce de muchacha corriendo, hallada en Albania, probablemente de factura espartana. En torno al 500 a.C. Como lo demuestra también la gran ánfora de bronce descubierta recientemente en Vix, los broncistas espartanos conservaron la inspiración, al menos hasta finales del siglo VI, es decir, después de que sus ceramistas hubieran cedido ante la competencia ateniense. (véase pág. 156).

celo frente a los hoplitas pudieron conducir a una rápida fusión de lo viejo y lo nuevo; muy pronto la *gerousia* pudo haber visto que era prudente presentar un frente sólido, y solventar sus desacuerdos sin apelar a la opinión pública. Entretanto, una afortunada casualidad quizá contribuyó a aplastar la independencia de que pudieran gozar

por entonces los hoplitas. En el 669 a.C. Polidoro condujo al nuevo ejército contra Argos y el nuevo ejército sufrió una derrota decisiva frente a los argivos bajo el mando de Fidón en la batalla de Hisias. De la misma manera que el desastre ateniense de Sicilia en el 413 hizo caer temporalmente en desgracia a la democracia que había votado la expedición, es fácil concebir que la derrota quebrantase la confianza en sí mismo del hoplita espartano, sobre todo, cuando a la derrota siguió inmediatamente una larga y desesperada lucha contra una revolución mesenia, una lucha que no pudo menos de unir a todos los espartanos.

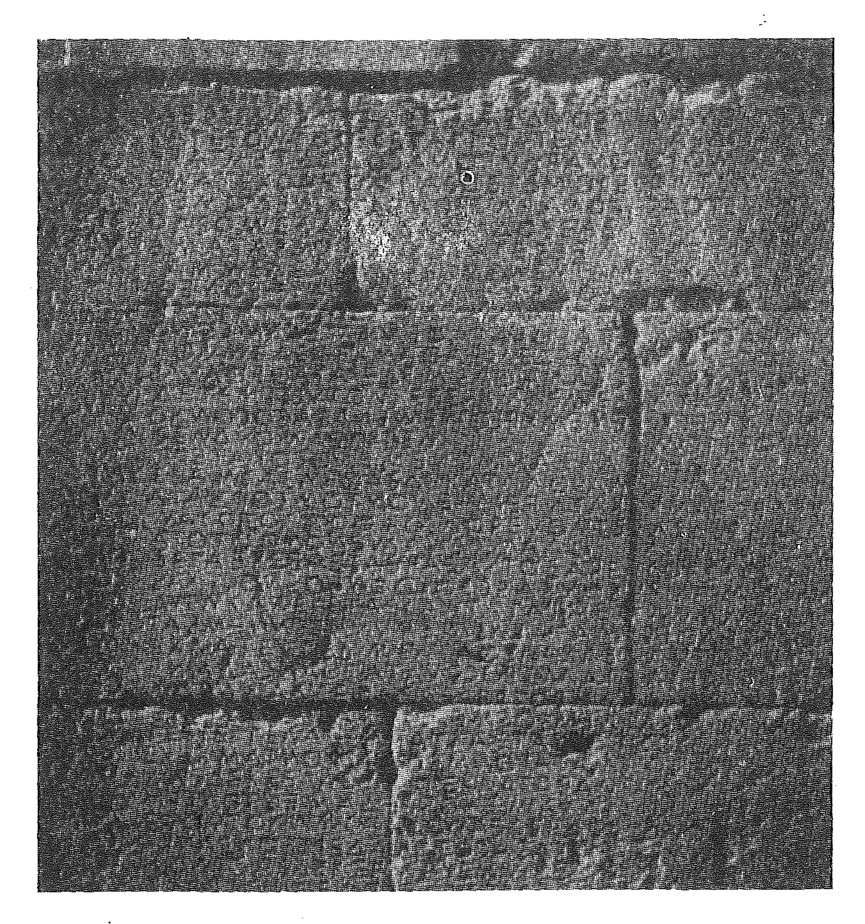
Y así se explica quizá que la aristocracia espartana pudiera superar la crisis que derribó a tantas aristocracias de Grecia; las exigencias económicas y sociales de los hoplitas habían quedado satisfechas, las exigencias políticas no; pero, dada la peculiar posición de Esparta, estas últimas nunca llegarían a ser tan acuciantes como para poder provocar por sí solas otra revolución. Las concesiones hechas en el 675 no alteraron materialmente la distribución del poder en el interior del estado: tal vez fueron absorbidas, quizá en parte ignoradas, quizá incluso abolidas (por la cláusula final de la *Rhetra*) sin problemas. Cuando el rey Polidoro fue asesinado por un aristócrata, su asesino fue honrado con una tumba en Esparta y Pausanias, que lo narra, se muestra sorprendido: ''O bien el asesino había sido antes un buen hombre o quizá, sus parientes le enterraron secretamente''. (III,3). Más bien, opino, los espartanos habían olvidado cuánto debían a su rey y no se dieron cuenta de cuánto más hubieran podido deberle.

6. REVOLUCION EN ATENAS: SOLON

EL IMPACTO DE ESPARTA

La importancia de la revolución espartana no residió tanto en las consecuencias que tuvo para Esparta y sus *demos*, cuanto en el precedente que sentó para el resto de Grecia; y fue un precedente no tanto porque las líneas generales de la constitución de Esparta se adoptasen en otras partes, cuanto por el mero hecho de que se hubiera definido una constitución. Es posible que algún otro estado le hubiera proporcionado la idea: una firme tradición sostiene que Licurgo modeló sus leyes sobre las de Creta, y al menos una ciudad cretense tenía una asamblea en funcionamiento antes de que acabara el siglo VII. Pero en realidad no sabemos nada ni sobre la fecha ni sobre cómo nació esta constitución. Es probable que los sacerdotes de Delfos tuvieran cierta intervención en el esquema que Licurgo impuso finalmente: también aquí la tradición es consistente y la *Rhetra*, si no fue inspirada por Delfos, al menos contó con su bendición. Algo después, (¿cuándo Esparta estaba ya dando la espalda a Polidoro y a Licurgo?), Delfos apoyó a los campesinos hoplitas Fidón y Cipselo. También es posible que el impulso procediese a la vez de Delfos y de Creta: ambas ciudades tenían estrechos lazos de amistad por aquel entonces y se decía que los sacerdotes de Apolo eran de origen cretense. Quizá la idea vino desde más lejos aún: en las ciudades fenicias ya existía algo parecido a una asamblea y mucho después la colonia fenicia de Cartago muestra una constitución no muy distinta de la espartana (o de la cretense). Pero sean cuales fueran sus orígenes últimos, Esparta sigue siendo el primer estado de Grecia, que, sabemos, creó conscientemente un nuevo sistema social y político cuya autoridad fuera superior a la de cualquier individuo o grupo del estado. Para nosotros es ella la inventora de la idea del gobierno constitucional y, prácticamente, de la idea de ciudadanía. Ambas eran contagiosas.

El resto del siglo abunda en legisladores: Zaleuco de Locros (en Italia), Carondas de Catana (en Sicilia), Androdamante de Regio y otros no son para nosotros más que meros nombres. Sabemos, sin embargo, que todos ellos se ocuparon de dos problemas, de la definición de la ciudadanía (como lo demuestra su interés por la propiedad de la tierra) y de la formulación de un código de leyes. Incluso un tirano se vio afectado por este proceso. En Lesbos, una de las facciones aristocráticas terminó por dirigirse al pueblo en busca de apoyo y expulsó



Fragmento de uno de los códigos más famosos (por ser el más completo) de la Antigüedad, el Código de Gortina. Fue escrito en doce columnas sobre el muro curvo interior de un edificio, probablemente, un tribunal de justicia, en Gortina (Creta) en torno al 450 a.C. El texto es *boustrophedon*; es decir, sus renglones se leen alternativamente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, un estilo primitivo que sobrevivió hasta tan tarde sólo en áreas marginales. Pero el código, en sí, no es ni mucho menos primitivo.

a la facción rival. Pero el resultado no fue una tiranía como las que conocemos sino la promulgación de las leyes y una tiranía de diez años a la que sorprendentemente el propio tirano renunció de forma pacífica. Si supiéramos más acerca de estos códigos nos horrorizaríamos sin duda ante su crudeza y su brutalidad, pero no es ésta la cuestión. Lo que importa es que hay algo, sea lo que sea, que queda registrado, que queda definido. Cabe apelar a algo que está por encima del magistrado individual y existe la oportunidad de estudiar cómo es ese algo y de concebir la posibilidad de cambiarlo.

CILON Y DRACON

En Atenas podemos seguir todo el proceso con cierto detalle. Atenas había logrado sobrevivir a la invasión doria sin ser conquistada; y aunque su civilización micénica se derrumbó en la crisis económica subsiguiente tan de raíz casi como la de otros centros micénicos menos afortunados, tal vez mantuvo a lo largo de este período cierto control sobre la región circundante, la península que llamamos el Atica, que le ayudaría a recuperarse con mayor rapidez de la que fue posible en otras partes. Al menos logró colocarse a la cabeza en el desarrollo de lo que se conoce como cerámica protogeométrica (aproximadamente entre el 1000 y el 900 a.C.), y para el 750 a.C., su cerámica geométrica era más elegante que cualquier otra que el mundo griego pudiera fabricar. Pero esta misma relativa sofisticación y, más aún, su relativa abundancia de tierra cultivada le privó de los incentivos necesarios para su expansión territorial que impulsaron a Corinto o de un modo diferente, a Esparta. Atenas no envió colonias al exterior ni se anexionó la tierra de sus vecinos. A consecuencia de ello cayó en cierta decadencia durante el siglo VII; el que su cerámica fuera eclipsada por la de Corinto en el siglo VII es sólo un síntoma de un deterioro general.

En el 630 a.C. el Atica seguía gobernada por un grupo restringido de familias aristocráticas: se llamaban a sí mismos los *Eupatridai*, los "bien nacidos", y hacían remontar su preponderancia a la época en que un rey micénico de Atenas, Teseo, reunió a los jefes locales más importantes del Atica para formar su consejo. Este consejo, llamado el Areópago, hacía mucho tiempo que se había librado de los reyes e igualmente exageraba sin duda su propia antiguedad y estabilidad. Pese a todo, su autoridad, por entonces, era absoluta.

Pero hasta la más estricta economía agraria no puede evitar algún contacto con el comercio en un mundo comercial; como podemos observar, por ejemplo, en el Africa de hoy día, incluso la sociedad más atrasada se verá influida por ideas que son corrientes en las regiones circundantes. Hacia el 630 hubo una intentona para instaurar la tiranía en Atenas. Un joven noble, Cilón, apoyado por su suegro, el tirano de la vecina Mégara, y por el oráculo de Delfos, se apoderó de la Acrópolis con ayuda de tropas megarenses. Sin duda alguna, el apoyo extranjero le restó parte de las simpatías locales; pero para Cipselo, si no me equivoco, esto no había sido un obstáculo demasiado serio. El fracaso del golpe de Cilón ha de buscarse más bien en la falta de un descontento amplio y/o profundo. Los magistrados convocaron una asamblea y ésta, de buena gana, dejó en sus manos la tarea de eliminar a su supuesto campeón (ocasiones como ésta son las típicas en las que puede ser útil una asamblea). Los partidarios de Cilón fueron ejecutados, aunque se les había prometido respetar sus vidas.

A pesar de todo, había cierto descontento; ciertas tensiones bastante graves en la sociedad ateniense. Por una coincidencia, el magis-

trado principal, aquel año, Megacles, pertenecía a una familia que habría de desempeñar un papel fundamental en todas las crisis políticas de Atenas en los dos siglos siguientes: los Alcmeónidas. Aristócratas de la sangre más azul (*Eupatridai*, por supuesto), se les describe con frecuencia como aristócratas misántropos, como una familia situada al margen de la orientación general de la nobleza, con peligrosas tendencias radicales. Pero esto es una exageración. Algunos importantes "misántropos"radicales del siglo V, Pericles entre ellos, estaban emparentados con la familia, pero ninguno era miembro de ella; Clístenes, el reformador radical del 508 perteneció a ella, pero estoy seguro, fue radical sólo porque no tuvo otro remedio (véanse págs. 191-203); en el 594, los Alcmeónidas apoyaron el programa progresista de Solón, pero incluso en este caso, tal vez más por necesidad que por convicción, una necesidad surgida de esta crisis anterior. En efecto, Megacles fue atacado por su traicionero asesinato de Cilón y la mayor parte de la aristocracia se sumó de buena gana a la condena de lo que sin duda alguna había aprobado en su momento, acatando la maldición que Delfos echó sobre la familia y expulsándola del Atica.

Por la misma época, unos diez años después de la muerte de Cilón, Dracón redactó y promulgó el primer código ateniense. Ignoramos cuáles fueron las intrigas que hicieron caer en desgracia a los Alcmeónidas, y qué presiones llevaron a Dracón a intervenir; pero sería curioso que fueran totalmente distintas a las que hemos estudiado ya en otras partes o que no tuvieran relación alguna con la crisis de Cilón.

Las leyes de Dracón han adquirido cierta reputación de severidad y sin duda fueron severas para la mentalidad posterior de la misma forma que probablemente serían imperfectas y toscas. ("Nada digno de mención contenían, salvo la dureza de las penas", dice Aristóteles, mirándolas por encima del hombro, *Política*, 1274 b-16). Pero no pudieron ser ni más toscas ni más severas que las habituales decisiones arbitrarias de un juez eupátrida. Más importante aún, cualquiera que haya sido su contenido, ofrecieron, al igual que los esfuerzos de los legisladores precedentes, una formulación de la ley que, por el mero hecho de su existencia, introducía la posibilidad de expresar críticas y hacer cambios. Cuanto mayor fuera su severidad, más pronto y con mayor violencia surgirían las críticas. Afortunadamente, para el caso de Dracón tenemos por fin algún indicio sobre cómo se produjeron las críticas y la reforma.

DEUDAS Y HEKTEMOROI

Hacia el 600 a.C. había en el Atica un amplio número de pequeños campesinos que, de un modo u otro, estaban vinculados a un amo más rico. Estos hombres eran llamados *Hektemoroi*, "sextarios", lo que casi con toda seguridad quiere decir que tenían que pagar a su

superior un sexto de su cosecha anual (la otra posibilidad, es decir, que entregaran los cinco sextos, se opone a nuestra mejor fuente, Aristóteles, y es una cifra excesivamente alta). Si incumplían esta obligación, ellos y sus familias podían ser vendidos como esclavos. En tal caso la tierra que cultivaban, (cuya condición ya se había señalado mediante un *horos* o "indicador"colocado sobre ella), pasaba, presumiblemente, a manos de su amo.

Es evidente que al mismo tiempo había un agudo problema de deudas y, según la ley en vigor todas las deudas quedaban garantizadas con la libertad personal del deudor. Así, lo mismo que el *hektomoros*, el deudor insolvente podía convertirse en esclavo.

Ambos problemas se resolvieron en el 594 a.C., cuando Solón fue elegido arconte (magistrado principal), mediador y legislador e hizo aprobar su *seisachtheia*, "la sacudida de cargas", por la cual la figura del *hektemoros* quedaba abolida, las deudas existentes, canceladas y se prohibía utilizar en adelante a una persona como garantía.

Al tratar de explicar la crisis y su solución, las fuentes antiguas, Aristóteles de nuevo y Plutarco en su *Vida de Solón*, parecen relacionar al *Hektemoros* con las deudas y esta relación ha sido aceptada, incluso desarrollada por la mayoría de los autores modernos los cuales hacen comenzar el camino hacia la esclavitud *via* hectemorazgo del pequeño campesino libre con un préstamo que acepta de su rico vecino (ni Plutarco ni Aristóteles describen explícitamente el origen del *status*). Pero el resultado es una contradicción evidente. Si todas las deudas se contraían desde el principio sobre una garantía personal, lógicamente no hay cabida para el *hektemoros*. La esclavitud seguiría inmediatamente al impago del préstamo original. Además, no es en modo alguno fácil imaginarse en detalle el proceso de degeneración del deudor en *hektemoros*: ¿cuánto endeudamiento hacía falta para qué tuviera lugar la transformación? ¿Los atenienses del siglo V no contraían deudas más que con un solo rico? Y si las contraían con varios ¿de quién se convertían en *hektemoroi*?

Muchas historias pueden inventarse y muchas han sido ideadas para esquivar las dificultades, pero con mucho, la respuesta más extendida para el problema central, lógico o jurídico, ha sido la suposición de que, antes de Solón, la tierra en el Atica era propiedad inalienable de la familia, y no del individuo. Si así fuera, el acreedor podría considerar más lucrativo aceptar a un hombre como *hektemoros*, y obtener así un beneficio constante de su parcela y cierto control sobre ella, antes que venderle como esclavo y ver que la tierra revertía a los otros miembros de la familia. Pero no hay testimonio alguno de que en el Atica la tierra haya sido alguna vez inalienable. Los lotes originales que hizo Licurgo para los espartanos sí lo fueron, pero Licurgo tenía buenas razones para legislar en pro de la estabilidad: el deseo de conservar a sus nueve mil ciudadanos propietarios de tierra. Hay, asimismo, otros ejemplos en los que la primera distribución de lotes de tierra en una colonia se vigiló de manera similar; pero no conoce-

mos un solo caso de inalienabilidad en donde no se hubiera producido en algún momento una distribución artificial de fincas y no sabemos de ninguna distribución en el Atica (ni tampoco en Beocia, donde ya en el siglo VIII Hesíodo podía discutir la posibilidad de comprar o vender una tierra). Sin duda alguna, al igual que en cualquier comunidad primitiva, la tierra se consideraba en el Atica a la vez propiedad familiar e individual; sin duda, el ateniense pobre estaba de hecho vinculado a su tierra por siglos de tradición, por sentimentalismo y por el hecho cruel de que no tenía otro lugar adonde ir; pero hace falta algo más que tradición o sentimentalismo para no ser expropiados por el rico todopoderoso; hace falta una ley, pero no tenemos ni rastro de alguna.

Por suerte, al rechazar este enfoque ya no tenemos hoy día necesidad de buscar una alternativa más verosímil dentro de la misma dirección. En efecto, se ha señalado recientemente que todo el problema es quizá artificial. La abolición soloniana de las deudas se habría conservado en la memoria de los griegos posteriores, para quienes las deudas seguían siendo una preocupación familiar, en tanto que el hectemorado, una vez abolido, fue pronto olvidado, de tal forma que al historiador del siglo IV (y toda nuestra documentación procede directa o indirectamente del siglo IV o de después) le resultaría difícil extraer detalles genuinos sobre el hectemorazgo a partir de una tradición heredada sobre el general endeudamiento presoloniano. Y sin duda había un endeudamiento general en cierto sentido (''deuda'' no es una palabra demasiado precisa); el *hektemoros* ''debía'' un sexto de su producto anual, de la misma manera que el prestatario ''debía'' el capital y los intereses del préstamo y ambos, en caso de incumplimiento, sufrían por la ley la misma pena: la esclavitud. Pero de la identidad de la pena, o de superficiales semejanzas entre ambas no se deduce necesariamente que el ''contrato'', por llamarlo de algún modo, en virtud del cual un hombre aceptaba convertirse en *hektemoros* se estableciera porque él ya estaba endeudado *previamente.*

Hay un paralelo para tales ''contratos'' en el *Génesis*, cap. 47, dónde, según se refiere, los egipcios, tras haber entregado a José su ganado y su dinero a cambio de alimentos durante los primeros cinco años de hambre:

''Y llegaron ante él y le dijeron...: no se le oculta a nuestro señor que nada nos queda salvo nuestros cuerpos y nuestras tierras... Y José compró toda la tierra de Egipto para el faraón... y dijo al pueblo: Hoy os he comprado a vosotros y a vuestras tierras para el faraón; ahí tenéis semillas, sembrad la tierra. Y en el tiempo de la recolección, daréis la quinta parte al faraón y las cuatro partes restantes serán vuestras''.

Prescindiendo de la veracidad de este relato, los israelitas que lo compusieron después podían al menos concebir una transacción semejante, una transacción que daba origen a una especie de hectemorado, sin que hubiera deuda preexistente de ningún género. El motivo,

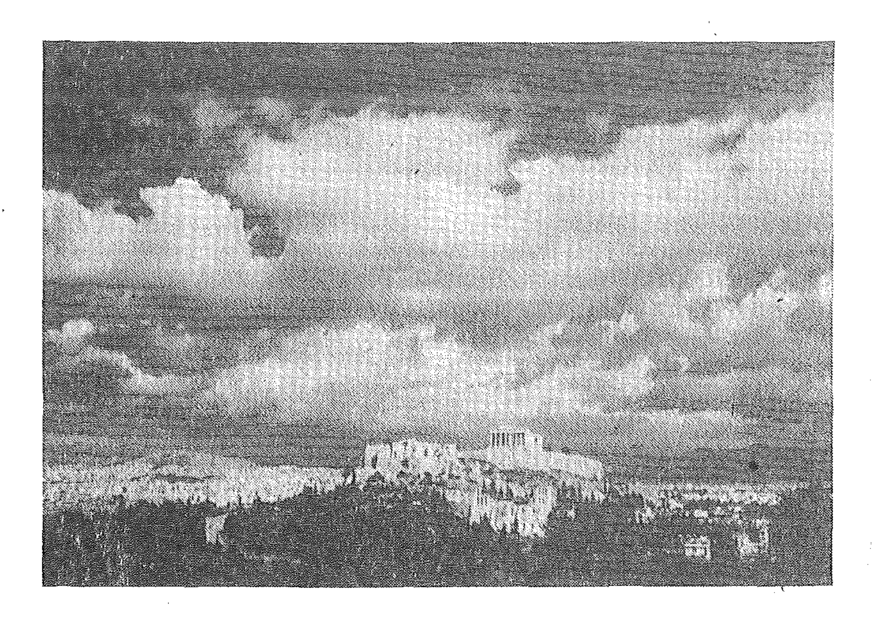
además, era la presión ecónomica y en el Atica pudo haber sido el mismo aunque no necesariamente. El simple miedo, la necesidad de protección física en las inciertas condiciones de edad oscura, pudieron inducir a los humildes a someterse de buen grado a un vecino poderoso, ofreciéndole a cambio no sólo su lealtad y su servicios, (*supra,* p. 42) sino también un pago regular en especie. Con el tiempo la necesidad de protección desaparecería, pero no el afán de "proteger", ni la prepotencia necesaria para insistir en la protección y en el pago por ella. Un acuerdo más o menos informal en beneficio mutuo pudo convertirse en una relación fija y hereditaria y en un determinado momento esta relación recibiría sanción legal. La contribución fija implícita en la palabra *hektemoros* difícilmente pudo surgir por mera casualidad.

El que fuera o no Dracón quien por primera vez la estipulara y quien inventase por tanto, la palabra *hektemoros*, es una cuestión relativamente sin importancia; si se encargó de realizar una recopilación general del derecho ateniense, no pudo dejar de incluir este tipo de vínculo y tuvo que ser el primero en ponerse a redactar sus normas, al igual que tuvo que ser el primero en hacer lo mismo con las leyes sobre las deudas. En tal caso, es difícil creer que la agitación presoloniana no se debiera en gran parte al hecho de que Dracón había hecho enfrentarse, por primera vez, tanto a *hektemoroi* como a deudores, cara a cara con todas las implicaciones de su posición.

CAUSAS DE DESCONTENTO: LOS POBRES

Que éste haya podido ser el caso viene reconociéndose desde hace mucho tiempo, pero la concepción tradicional del *hektemoros* como deudor insolvente y el hecho de no haberse admitido de un modo suficientemente explícito que este *status*, sean cuales fueren sus orígenes, pudo ser y probablemente fue un *status* perdurable, heredado quizá a lo largo de generaciones o incluso siglos, han llevado a los historiadores al convencimiento de que debían buscar una razón más inmediata para la agitación política de finales del siglo VII y de que tal razón debería ser económica en sí misma o en sus efectos; dicho de un modo más simple, que debió haber una importante crisis causada por la pobreza, las deudas y la consiguiente esclavización en torno al 600 a.C.

Muchas han sido las sugerencias propuestas: un empobrecimiento gradual del suelo del Atica, debido al cultivo intensivo, que alcanzaría un punto peligroso en este momento; una serie fortuita de malas cosechas o los efectos destructivos de una invasión extranjera (Atenas estaba por entonces en guerra con Mégara); la introdución de la moneda acuñada, que facilitaría el pedir prestado y haría más atractivo el prestar (la acuñación de moneda apareció por primera vez en Grecia hacia el 600, pero no hubo ninguna acuñación ateniense antes de



Esta vista de la Acrópolis desde el oeste da cierta idea de la llanura Atica y de la relación de Atenas con ella. Dos o tres kilómetros al este se yergue el Himeto, a cinco o seis al nordeste (centro a la izquierda), el Pentélico; justo al norte (fuera de la fotografía) está el Parnes. Tres pequeñas colinas rocosas, la propia Acrópolis, el Licabeto (oculto detrás de la Acrópolis) y Tourkovouno (a la izquierda, en primer plano) son las únicas interrupciones de esta zona llana y fértil.

c. 570); y así sucesivamente. Cualquiera de estas razones debió de tener su importancia y, por supuesto, según todas ellas, tuvo que haber un considerable malestar económico: los deudores son gente en apuros y tuvo que haber un cierto número de ellos; el *hektemoros* no pudo haber sido un hombre rico en sus comienzos y el drenaje que suponían los pagos anuales no le dejaría muchas oportunidades para mejorar su suerte. Pero, si no me equivoco sobre el origen y la naturaleza del hectemorazgo, el malestar económico no tiene por qué ser sino un motivo parcial de la revolución, y aunque tal vez se agudizara justo antes del 600, no es necesario creer que así fuese. El campesino ruso no se adhirió a la revolución del 1917 por ningún brusco empeoramiento de su situación.

En realidad, es posible incluso que la clase de los *hektemoroi* en conjunto estuviera en el 600 en mejores condiciones que nunca, ya que Atenas había finalmente alcanzado el nivel de desarrollo económico que transformara a Corinto un siglo antes. El que no se incorporase a la fiebre del oro colonial de finales del siglo VIII sólo puede explicarse por su relativa prosperidad de entonces, por la cantidad de tierra que la temprana expansión del Atica le había proporcionado, suficiente a lo que parece, para absorber el crecimiento de su población.

Las zonas más ricas, la llanura central, alrededor y al norte de Atenas, la llanura más pequeña en Eleusis y la Mesogaia (sudeste del Himeto) producían grano en cantidad suficiente incluso para exportar algo en fecha tan tardía como el 600; en otras partes, el suelo, menos fértil, se prestaba admirablemente para el cultivo del olivo y de la vid. En estas últimas zonas, los habitantes no pudieron prosperar mucho contando tan sólo con el comercio interior, pero en el siglo VII se abrió mercado para el aceite en las zonas ribereñas del mar Negro, y aunque éste no fue el único factor del gran resurgimiento económico de Atenas, antes y después de Solón, sin ningún género de dudas fue un factor importante.

Durante más de dos siglos, con posterioridad al 600, Atenas se mostró dispuesta a luchar por encima de todo por el dominio de la ruta del mar Negro. El objetivo de la lucha no era conservar el mercado, sino asegurarse el abastecimiento de trigo que el sur de Rusia producía en abundancia y del que pronto dependió su subsistencia. Ahora bien, no se puede dudar de que siempre pagó el grano, directa o indirectamente, con aceite (posteriormente también con plata) que no se producía en Rusia, ni tampoco de que sus primeros pasos para asegurarse el control de la ruta fueron, al menos en parte, provocados tanto por el deseo de vender como por la necesidad de comprar; un gobierno aristocrático, compuesto por hombres cuyos campos producen grano en abundancia, no persigue su propia ruina luchando por abrir paso a la competencia.

Resulta imposible determinar con exactitud cuándo y hasta qué punto los atenienses llegaron a involucrarse en Rusia en el siglo VII. Quizá otros griegos, procedentes de Jonia, se asentasen en la costa sur del mar Negro a mediados del siglo VIII, pero no fue hasta la primera mitad del siglo VII que estos mismos jonios llegaron a comprometerse seriamente y no fue hasta finales de ese siglo que se establecieron las primeras colonias en la costa septentrional y en la occidental, en Apolonia Póntica, en Istro en la desembocadura del Danubio, en Berezan, en Olbia y en otras partes. Por la misma época los atenienses estaban envueltos en una guerra contra la ciudad de Mitilene de Lesbos, otro estado productor de aceite, por la posesión de una base en la Tróade, concretamente en Sigeon, lo que indica claramente un movimiento hacia el mar Negro, y más o menos por la misma época, comienzan a aparecer vasos atenienses en torno a los accesos al mar Negro.

La distribución de la cerámica de una ciudad no es una guía segura para conocer su comercio en general; los vasos que podemos identificar eran en su mayor parte productos de lujo que no tienen por qué dirigirse en la misma dirección ni al mismo tiempo que las exportaciones principales, es más, algunas grandes ciudades comerciales no fabricaron vasos en absoluto. Estos hallazgos, por consiguiente, no son testimonios ni en pro ni en contra del desarrollo de un comercio de aceite. En cambio, sí lo son de que ciertos productos atenienses esta-



La llanura de Maratón, mirando hacia tierra adentro desde el *Soros* (fig. de la pág. 178). La inmensa mayoría de los árboles, son olivos. Maratón pertenecía a la *Hyperakria* (pág. 154), pero es mucho más llano y rico que la mayor parte de ésta.

ban dirigiéndose hacia el mar Negro (y no es probable que viajaran solos) y constituyen uno de los primeros indicios de que los atenienses habían descubierto otro artículo más para vender en el extranjero. Desde mediados del siglo, los alfareros atenienses habían comenzado a fijarse en los modelos corintios y a aprender de ellos, de tal modo que hacia el 600, esta influencia extranjera junto con una excelente arcilla local y un genio local aún más admirable produjeron como resultado



una cerámica que podía competir con lo mejor de la producción corintia. En el siglo siguiente los vasos áticos se habían convertido en la cerámica de lujo por excelencia de toda la cuenca del Mediterráneo.

Los hombres que se beneficiaban del incremento en la venta de objetos cerámicos eran alfareros sin importancia; algunos de ellos quizá obtuvieran, beneficios suficientes para convertirse en alfareros de importancia, pero no pasarían nunca de un puñado, y ninguno llegó a ser un hombre verdaderamente influyente. En cambio, los beneficiarios de un incipiente comercio de aceite eran los agricultores; y aunque el grueso de la ganancia iría a parar a los pocos que podían ex-

traer un excedente importante de sus latifundios, es probable que hasta el más pobre minifundista tuviera un olivo o dos en algún rincón poco fértil de su finca y gracias a la posibilidad de cultivos mixtos es posible que cada vez plantaran más olivos (sólo poco a poco, porque el olivo tarda en dar fruto). Muchos quizá no lo intentaron; otros tal vez lo hicieron y fracasaron, endeudándose a consecuencia de ello; pero muchos más se enriquecerían bastante, algunos incluso mucho, sobre todo porque debió haber una constante tendencia a plantar mayor número de olivos en las tierras menos fértiles, es decir, las de los pobres.

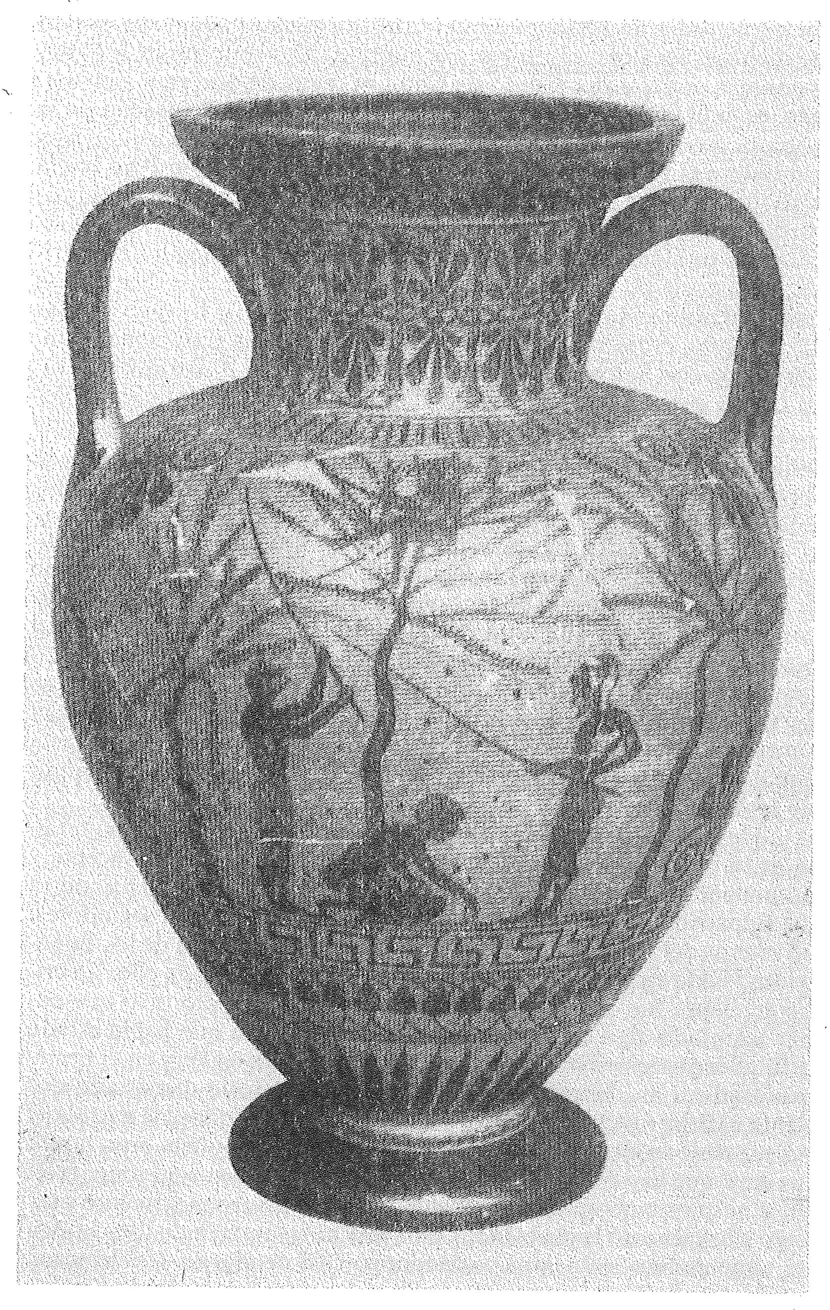
Por lo tanto, el cuadro de una depresión agrícola general es probablemente falso y, sin duda, excesivamente simplista. El insistir en la pobreza y en las deudas como motivos exclusivos de descontento es probablemente erróneo y, en consecuencia, es lícito pensar que muchos pequeños campesinos del Atica estarían irritados por algo más que el miedo a morir de hambre o a una esclavitud inminente: me refiero a la inferioridad de su *status* como *hektemoroi*, una inferioridad tanto más molesta cuanto que Dracón le había otorgado un reconocimiento formal y la había incluido en la ley. Fueron impulsados a la revuelta no sólo por miedo a la esclavitud, sino por el mero hecho de que, siendo atenienses, podían ser esclavizados. Los atenienses quizá, como los corintios, habían llegado a odiar a sus amos en parte porque eran sus amos, no porque cobraran arriendos y tal vez deseaban ser "iguales", como los espartanos. Se ha dado demasiada poca importancia al juicio de Aristóteles sobre la crisis:

> "Para la mayoría del pueblo, lo más amargo y lo más duro de sus vidas como ciudadanos era su *sometimiento* a los ricos. Esto no quiere decir que no tuvieran otros motivos de queja". (*Constitución de Atenas,* 2).

CAUSAS DE DESCONTENTO: LOS RICOS

Pero también los ricos tenían motivos de queja contra algunos de sus colegas. Algunos pequeños propietarios, como hemos dicho, tal vez habían comenzado a obtener beneficios vendiendo su excedente de aceite; cuánto mayor no sería la ganancia de los grandes latifundistas, especialmente aquéllos cuyas fincas no eran adecuadas para el cultivo de cereales, es decir, las situadas en las partes menos fértiles del Atica, al noroeste y en la zona costera del suroeste. En una o dos décadas, hombres que antes sólo eran ricos a escala local podían equipararse e incluso superar a la antigua aristocracia de la llanura central. Y fueron ellos precisamente quienes dirigieron el ataque contra el monopolio eupátrida del poder.

Algunos de ellos eran también Eupátridas; como ocurrió en otros lugares, la clase gobernante no pudo mantener su unidad frente a las nuevas presiones, y en el Atica, cuya aristocracia procedía originaria-



Hombres recogiendo la cosecha de aceituna, en un ánfora ática de figuras negras de finales del siglo VI, por el pintor Antímenes.

mente de todas las regiones de su territorio, es claro que la diversidad de intereses locales contribuyó a la ruptura. La expulsión de los Alcmeónidas después del asunto de Cilón, a pesar de que eran Eupátridas, es indicio de la existencia de disputas intestinas en el seno de la nobleza. Los Alcmeónidas, por su parte, se tomaron el desquite, asegurándose el regreso con el apoyo que prestaron a Solón. Pero había algo más que una simple disputa personal: es casi seguro que las propiedades de la familia estaban situadas en una región montañosa cercana al litoral del sudoeste. El propio Solón era también un Eupátrida; la historia de su familia es desconocida, pero se nos dice que se había empobrecido y que Solón había recuperado su fortuna gracias al comercio, es decir, apartándose de la aristocracia tradicional. Emparentada con Solón estaba la familia eupátrida de Pisístrato, el futuro tirano, procedente también de una región pobre, próxima esta vez a la costa oriental. Fuentes menos fiables incluyen en el partido de Solón los nombres de otras personas; basta decir de ellos que, por lo que sabemos, ninguno procedía de la llanura central y que algunos procedían seguro de fuera de ella.

Si hicieran falta más pruebas, tenemos otro indicio en las disputas políticas que siguieron a la legislación de Solón. Las facciones que se disputaron entonces el poder político eran tres. Pisístrato había roto con Solón y dirigía ahora un partido propio, el de "los hombres del otro lado de las montañas", es decir, del Atica septentrional y occidental (veanse págs. 178-81). El resto de los partidarios de Solón se agrupó tras los Alcmeónidas como *Paralioi*, los hombres de la costa suroeste, región alcmeónida. El tercero, que era el núcleo de la casta eupátrida, recibió muy significativamente el nombre de "los hombres de la llanura".

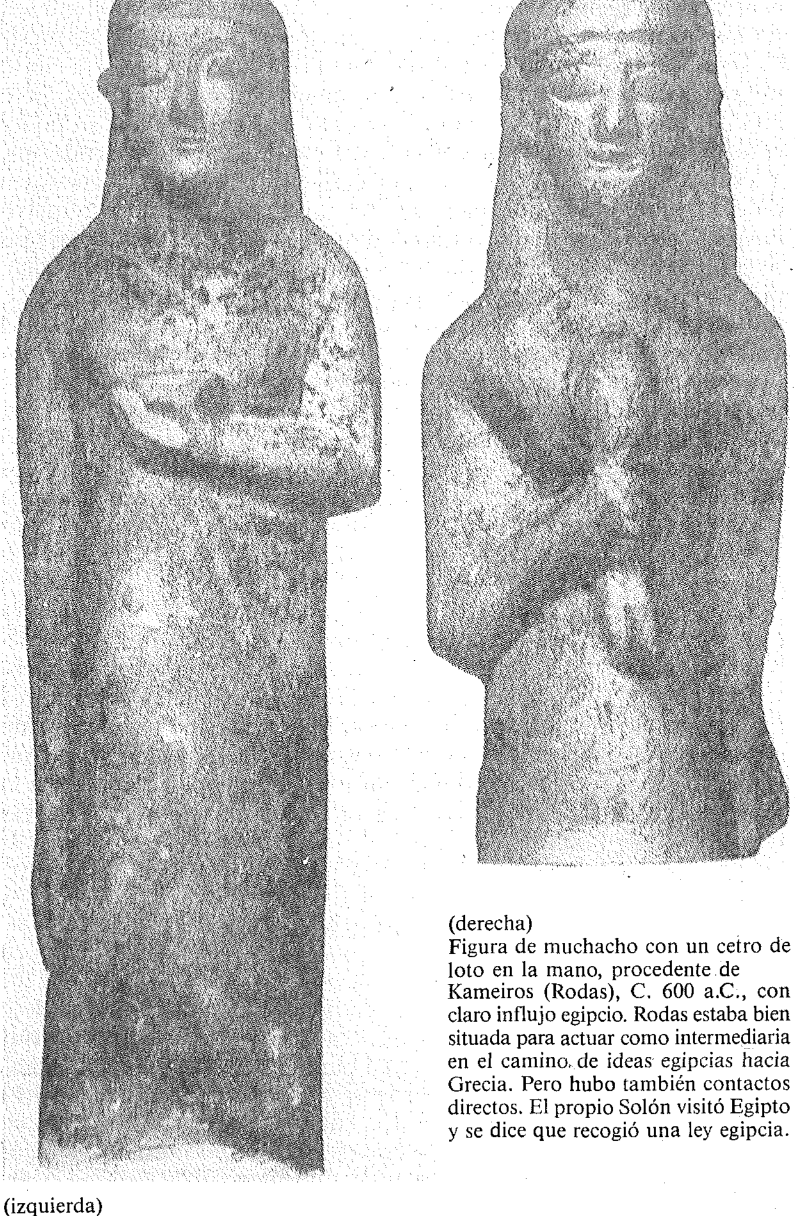
He insistido constantemente en que la política cotidiana no refleja de un modo directo la estructura económica o social subyacente y no pretendo ahora sugerir que los que participaron en la lucha contra los Eupátridas eran los nobles que cultivaban olivos y sus seguidores, olivareros del resto de Atica, ni que los adictos a la causa de los Eupátridas vivían en los campos de trigo de la llanura; lejos de ello. La crisis ateniense fue una crisis compleja. El hombre medio tuvo que haber adoptado algo de la contagiosa independencia que había estado difundiéndose por Grecia durante algo más de un siglo, y en el hectemorazgo verían, fueran o no *hektemoroi*, un desafío demasiado evidente a dicha independencia. Muchos de ellos, de todas las partes del Atica, estaban en mejor situación económica que nunca, eran hoplitas igual que los espartanos o los corintios y suficientemente conscientes de sí mismos como para pensar que merecían un reconocimento análogo en el seno de la sociedad. Otros muchos, también de toda el Atica, eran pobres sin remedio, deudores, casi deudores, *Hektemoroi*, y tenían también sus ambiciones: liberarse de la amenaza de hambre o de esclavitud que pesaba sobre ellos y quizá compartir los campos de un vecino rico.

Pero la iniciativa política aún estaba en manos del aristócrata, y el aristocráta seguía siendo jefe local a la vez que miembro del gobierno nacional; o mejor dicho, era un jefe local, tuviera o no la suerte de ser al propio tiempo miembro del gobierno nacional. Hasta cierto punto, sus intereses serían los mismos que los de sus seguidores; pero aún cuando no lo fueran, en ningún caso podría conservar su poder el aristócrata si olvida por completo el bienestar de sus partidarios. Y es aquí, imagino, en donde el crecimiento de una zona del Atica o de otra cobraría importancia; ciertos aristócratas, algunos Eupátridas, muchos no, se encontrarían con que sus propiedades daban más beneficios que antes y exigirían el pertinente reconocimiento político, otros se encontrarían con que sus partidarios tenían nuevos intereses, nuevas pretensiones y si se les alentaba convenientemente, también el poder, para intentar satisfacerlos. Pero incluso en este nivel hay complicaciones. Es evidente que los hombres más adecuados para hacer uso del descontento supralocal son aquéllos que, por razones locales, deseaban un cambio. Pero también un astuto Eupátrida, fiel a sus convicciones, podía explotar el descontento para desbaratar los intentos del revolucionario local, y algunos apolíticos podrían pensar que la ganancia política que se obtuviese de una campaña, digamos, para liberar a los *hektemoroi* sería poca compensación por la pérdida de sus *hektemoroi*.

De hecho, nuestros datos no inducen a pensar que hubiera muchas excepciones de esta clase. Los Eupátridas, en conjunto, no fueron lo suficientemente inteligentes para oponer a los descontentos entre sí y cuando llegaron los problemas tuvieron que rendirse en todos los frentes. No obstante, podría parecer que fueron lo suficientemente sagaces para rendirse a tiempo y lo bastante afortunados para encontrarse con una oposición dirigida por un hombre que desaprobaba la violencia y tuvo siempre la necesaria autoridad para contener a los extremistas. Este hombre era Solón.

SOLON Y LA CLASE GOBERNANTE

A menudo se presenta a Solón como un mediador entre noble y plebeyo, entre el rico y el pobre. Ese era ciertamente su título oficial cuando fue elegido arconte principal para el año 594 y recibió el encargo extraordinario de revisar las leyes y la constitución. Pero el título no debe hacernos creer que se situó entre las dos partes contendientes como un independiente, como una especie de *Ombudsman* arcaico, ni tampoco que su solución fuera un compromiso. Con cinismo nacido de la inocencia política, hay muchos que se niegan a creer que un político de partido puede ser prudente o bueno; si Solón fue prudente y bueno a la vez, como evidentemente lo fue, se deduce que no fue un político de partido. Pero por cada relato de nuestras fuentes que



(derecha)
Figura de muchacho con un cetro de loto en la mano, procedente de Kameiros (Rodas), C. 600 a.C., con claro influjo egipcio. Rodas estaba bien situada para actuar como intermediaria en el camino de ideas egipcias hacia Grecia. Pero hubo también contactos directos. El propio Solón visitó Egipto y se dice que recogió una ley egipcia.

(izquierda)
Figura de mujer sosteniendo una copa procedente de Naucratis (Egipto); comienzos del S. VI. Los contactos comerciales con Egipto empezaron más o menos al mismo tiempo que con el Mar Negro, y Naucratis, el único asentamiento, data aproximadamente del 630 a.C. La influencia del arte egipcio, bien visible aquí, fue enorme.

muestra al sabio virtuoso, hay otro que revela al especulador astuto, partidista y no siempre honesto. Y no tengo ningún inconveniente en creer que confluyeran en él ambos aspectos, ni en tenerle por más neutral ni por menos comprometido de lo que fue, digamos, Gandhi. Tampoco cabe dudar sobre cuál fue su partido. Sus poemas, en los que analiza la situación anterior a su arcontado y justifica las medidas que tomó después, fragmentarios y difíciles como son, indican claramente que se identificó por entero con los revolucionarios. Ataca la injusticia, la codicia y el orgullo de los príncipes; les amenaza, "ni os obedeceremos, ni estaremos todos a vuestra disposición", y Aristóteles, que tuvo ante sí los poemas completos, pudo decir: "en todo Solón, constantemente, echaba las culpas sobre el rico" (*Constitución de Atenas*, 5). Llega a jactarse de haber tenido la oportunidad de convertirse en tirano, y a la gente no se le ocurre jamás hacer un tirano de un hombre moderado y no comprometido. Fue sólo después de su reforma cuando Solón se jactó de haber estado por encima de los partidos e incluso entonces podemos observar que sólo hubo, entre sus partidarios, un grupo cuyas demandas ignorase, el de aquellos que pretendían, no cambios más extremos, sino violencias y confiscaciones. Por supuesto, dejar a los Eupátridas con vida y en posesión de sus propiedades significaba que los cambios políticos serían menos drásticos de lo que podrían haber sido, pero si ocurrió así fue porque Solón rechazaba el derramamiento de sangre, no porque desaprobase el realizar cambios.

No hay, por tanto, razón alguna para opinar que Solón no fuera según los criterios de la época, un extremista, ni para creer que concedió al ateniense medio mucho menos de lo que deseaba, excepto quizá, algunas gotas de sangre y un poco de tierra extra. Lo que concedió a los distintos grupos puede, por tanto, servirnos de guía para conocer las ambiciones respectivas de cada uno. En virtud de su reforma, la población fue dividida en las cuatro clases de *pentakosiomedimnoi, hippeis, zeugitai y thetes* (definidas anteriormente, pág. 21). En cierto sentido las tres últimas ya existían antes; desde hacía mucho tiempo había en Atenas caballeros, hoplitas y hombres que no eran ni lo uno ni lo otro, *grosso modo*, en primer lugar, los ricos, en segundo lugar, el espacio que va del acomodado al hombre medio y en tercer lugar, los pobres. La cuarta, la de los *pentakosiomedimnoi*, era nueva, pero de poca importancia. La innovación fundamental de Solón residió en el uso que hizo de su clasificación. Desde el 594 en adelante la elegibilidad para un cargo público no dependió de la pertenencia a una familia sino de la pertenencia a una clase censitaria.

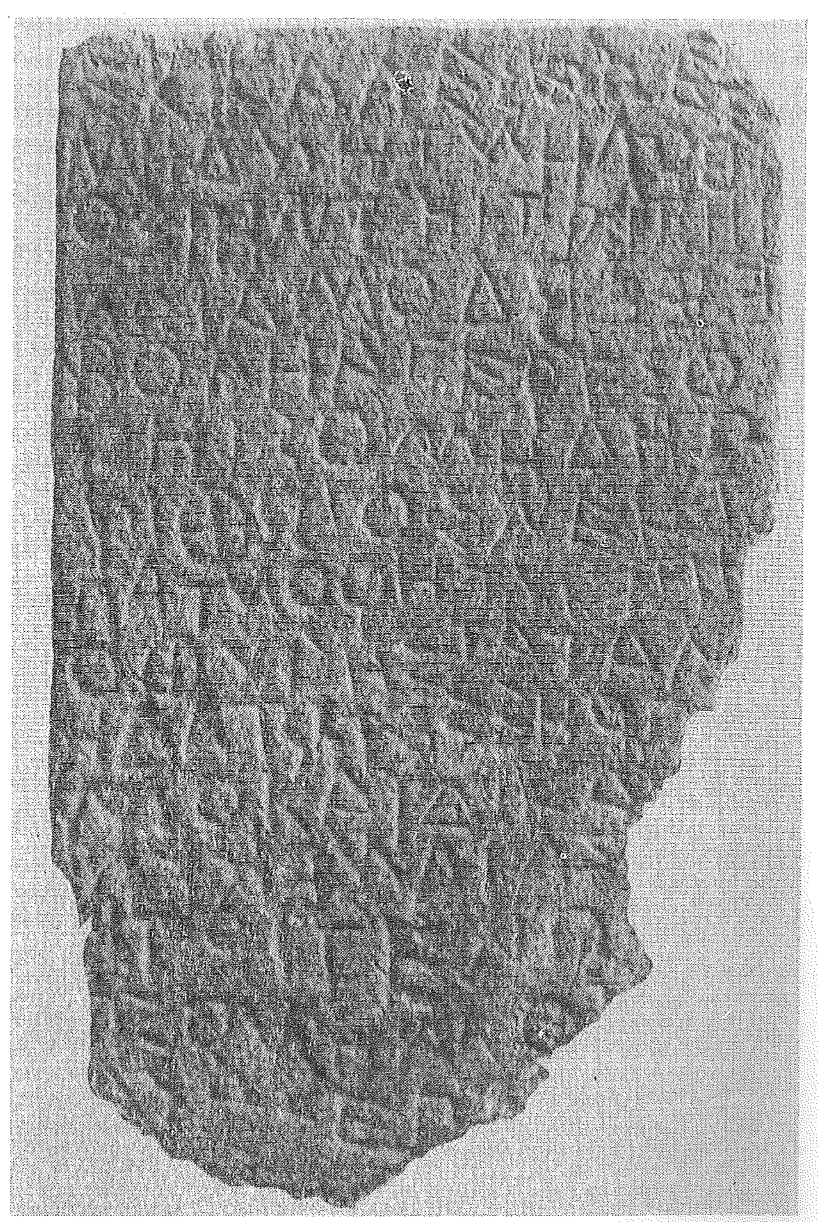
Ciertos cargos financieros importantes fueron reservados a los *pentakosiomedimnoi*, una precaución fácilmente comprensible: el temor a perder quinientas medidas al año por confiscación desanimaría a cualquiera excepto al más hábil de los tesoreros. Por lo demás, las dos clases superiores fueron tratadas probablemente como una sola y un alto cargo político como el arcontado sólo a ellas les era accesible. De

esta manera se quebrantó el monopolio eupátrida del poder político hasta el punto de que Solón confiaría en que ningún otro surgiría en el futuro; marcado contraste éste con el Corinto de los tiranos. En adelante cualquiera que alcanzase el *status* necesario se convertiría en un político en potencia. Los efectos inmediatos del cambio dependerían de dos factores: del número de hombres en las clases superiores que no fuesen Eupátridas y del éxito que tuvieran los hombres nuevos en explotar las oportunidades que Solón les había dado; por desgracia, no tenemos información sólida de estos extremos.

Difícilmente podemos esperar que los Eupátridas acogieran sin lucha a los intrusos, aun cuando se hubieran visto obligados a aceptar nuevas normas que técnicamente se lo permitían. Para esta lucha disponían de tres armas poderosas. En primer lugar, el viejo consejo aristocrático, el Areópago, que al reclutarse entre quienes ya habían desempeñado una magistratura, se mantendría aún en el 594 eupátrida por completo. Algunos de sus miembros, sin duda, habrían apoyado a Solón; pero la mayoría, no y aunque se eligiera para cada arcontado a los no-eupátridas, haría falta mucho tiempo para que la composición del consejo llegara a reflejar adecuadamente la de la nueva clase gobernante de Solón. Estamos muy lejos de conocer los poderes de que gozaba el Areópago e ignoramos por completo si alguno de ellos podía emplearse para influir en las elecciones; pero aunque los derechos constitucionales de un organismo semejante fueran mínimos, su prestigio era enorme (basta con pensar en el Senado romano), y no es arriesgado suponer que la mayor parte de este prestigio estaría a la disposición de cualquiera que tratase de deshacer o denigrar la obra de Solón.

En segundo lugar, estaba el sistema de fratrías que Solón dejó sin tocar; mientras siguiese proporcionando la organización, social y militar, básica del estado, tenía por fuerza que conservar gran parte de esa obediencia automática del miembro de la fratría hacia su jefe, que convertía a la política en un juego de pirámides y no de clases. El hombre medio no tenía la posibilidad de obrar con absoluta libertad, y el hombre que tenía el control de la fatría tenía hasta cierto punto el de sus votos. Bien es verdad que algunos de los hombres nuevos de Solón serían jefes de alguna fratría y que ninguno carecería por completo de influencia en el seno del sistema. Pero el sistema en sí se había desarrollado con la dominación eupátrida, estaba totalmente adaptado a ella y por tanto, seguiría funcionando aún en beneficio de los Eupátridas.

Siendo esto así, la distribución regional de los partidarios de Solón actuaría también en favor de los Eupátridas. Hacia el 594 serían probablemente muchos los nobles que habían adquirido tierras y casas en las proximidades de la ciudad, y junto con ellas, apoyo local; en todo caso, sus propiedades no quedaban muy lejos, en la llanura central. Habría muchos votantes de la ciudad o cercanos a ella, dispuestos a actuar contra los Eupátridas; pero serían muchos más los



Una cara de una *stele* de Quíos con normas de procedimiento legal (c. 570 a.C.). Se menciona un consejo, de carácter no-aristocrático como el de Solón, y la posibilidad de apelación (pág. 148). La escritura también es *boustrophedon* (cf. pág. 124). Una paráfrasis del texto podría ser: "...habrá apelación al Consejo del pueblo, que se reuniría el día diez de cada mes, elegidos cincuenta de cada tribu, y discutirá los asuntos del *demos* y los casos de apelación..."

solonianos leales de Maratón o de Sunion que no podían desplazarse a Atenas para apoyar a sus jefes locales.

Por otra parte, los partidarios de Solón tenían también sus armas. En su estudio de la Constitución ateniense (cap. 8), Aristóteles afirma que Solón implantó un curioso y complicado procedimiento electoral para el arcontado, una selección de los nueve hombres necesarios hecha por sorteo sobre una lista de cuarenta candidatos, elegidos a razón de diez por cada una de las cuatro tribus. Por desgracia, el mismo Aristóteles en la *Política* (1274 a 1) parece contradecir esto; y aunque la *Política* es probablemente una obra anterior y los eruditos pueden cambiar de opinión, no siempre el cambio supone una mejora. No tenemos más datos en este sentido y discutir sobre la naturaleza del testimonio de Aristóteles, sobre la verosimilitud del empleo del sorteo en este temprano contexto y sobre temas semejantes, no conduce a ninguna conclusión firme. Sopesándolo todo, me inclino a creer, aunque sin demasiada confianza, que Solón implantó el sistema de sorteo. Si así lo hizo, no cabe duda de que contribuiría a sus propósitos. Para los Eupátridas, sería mucho más difícil monopolizar cuarenta plazas que nueve y una vez en la lista reducida, sólo la suerte se interponía entre el hombre nuevo y el cargo público.

Pero esto es hipótetico. Hay argumentos más convincentes en favor de que Solón instituyera un nuevo consejo (de cuatrocientos miembros, cien por cada tribu), precursor del consejo de quinientos del siglo V, para que sirviese como control del Areópago. Aristóteles y Plutarco están de acuerdo en que lo instituyó, y los historiadores modernos que rechazan su testimonio se basan sólo en argumentos *a priori*: que la idea era excesivamente avanzada para Solón, a quien no se le pudo haber ocurrido algo tan ''democrático'' en principio como un consejo del tipo de los del siglo V; que dicho organismo no tendría nada de que tratar en una sociedad tan primitiva, donde la asamblea, cuyos asuntos, se supone, administraría, no pudo haber desempeñado un papel tan importante como para necesitarlo. Pero como nada sabemos de la composición de este consejo, fuera del hecho de que los *thetes* quedaban excluidos de él, ni nada sobre cómo eran elegidos o nombrados sus miembros, ni sobre las condiciones de su oficio, difícilmente podemos afirmar que tenga algo que ver con la democracia del siglo V. Y si se aduce que su mera existencia sería prueba de un modo de pensar excesivamente avanzado para el moderado Solón, la respuesta es, como hemos visto, que Solón era avanzado. Y su utilidad potencial queda demostrada por el simple hecho, que pasan por alto los que dudan de su existencia, de que las reformas de Solón hubieran tenido escasa oportunidad de éxito, e incluso de supervivencia, mientras el único órgano permanente del estado siguiera siendo un Areópago mayoritariamente Eupátrida.

Pero cuando incluso su misma existencia es dudosa, sería una locura especular sobre los deberes constitucionales del Consejo. En cualquier caso, es difícil creer que fueran muy pesados. Si un edificio de

comienzos del siglo VI recientemente descubierto en el ángulo sudoeste del Agora era en realidad el cuartel general de dicho consejo, como razonablemente proponen los arqueólogos que lo excavaron, hemos de imaginarnos reuniones ocasionales al aire libre (el edificio es demasiado pequeño para cuarenta asientos, tanto más para cuatrocientos), quizá una al mes (como las de un organismo semejante, algo posterior, de la jónica Quíos) para decidir (basándonos de nuevo en el paralelo que ofrece Quíos) qué asuntos debían presentarse ante la asamblea, quizá también para emitir sugerencias sobre ellos y muy probablemente, para señalar vista en los casos de apelación contra la sentencia de algún magistrado o incluso, para juzgar estos casos ella misma. Pero nada más. Suficiente en cualquier caso, para ofrecer un foco de resistencia ante cualquier intento eupátrida de hacer caso omiso o sabotear el sistema de Solón.

La historia de los años siguientes indica que tales intentos tuvieron lugar y que se centraron, cómo es lógico, en torno a las elecciones. Por dos veces en una década se inscribió la palabra *anarchia* en la lista oficial de los magistrados principales, para indicar que no se había elegido arconte, síntoma seguro de que había problemas y en el 582 un tal Damasias, que había sido elegido arconte, permaneció en el cargo más del año para el que había sido nombrado, de hecho dos años y dos meses, antes de ser depuesto a la fuerza. Damasias pertenecía a una familia eupátrida, pero lo mismo puede decirse de algunos partidarios de Solón; ignoramos, por tanto, si su intento de tiranía fue la respuesta de los Eupátridas al éxito de las medidas de Solón o, por el contrario, una maniobra de los hombres de Solón para conseguir por sí mismos más de lo que estas medidas les concedían. En uno y otro caso, es un claro indicio, si hiciera falta alguno, de que la legislación por sí sola no resuelve una crisis.

La solución dada al problema de Damasias nos proporciona también el único indicio válido que tenemos para resolver el segundo problema, el de cuántos hombres nuevos adquirieron bajo el sistema de Solón la capacidad de ser elegidos para la más alta magistratura. Cuando al fin se depuso a Damasias, Aristóteles dice, "decidieron a causa de sus disensiones elegir diez arcontes, cinco eupátridas, tres "campesinos" y dos "artesanos" y estos gobernaron durante el año siguiente a Damasias" (*Constitución de Atenas, 13*). Cualquiera que sea el significado exacto (que desconocemos) de esta elección, o el sentido preciso de estas castas, los "campesinos" y los "artesanos" (igualmente desconocido aunque sin duda, aquellos que fueran elegibles tenían que ser *hippeis*) y fuera o no la derrota de Damasias una victoria para los Eupátridas, para los partidarios de Solón, o un leal compromiso entre unos y otros, en cualquier caso es probable que las proporciones correspondieran hasta cierto punto al número de candidatos disponible; en otras palabras, que el número de no-eupátridas fuera al menos equiparable al de los Eupátridas, no más del doble, pongamos, ni menos de la mitad.

Esta proporción, por aproximada que sea, nos pemite de alguna forma valorar la importancia de los cambios que Solón trataba de introducir en el gobierno de Atenas, de la misma forma que las violencias de los años siguientes a sus reformas reflejan con mayor claridad aún, no sólo el resentimiento de los Eupátridas, ante la pérdida de su posición hereditaria, sino también la tenaz ambición del grupo de los hombres nuevos, del amplio grupo de hombres nuevos, que no se daban por satisfechos con nada que no fuera el ejercicio real del poder. En el caso de Corinto y de Esparta sólo podíamos sospechar su presencia detrás de las revoluciones; en Atenas, aunque no podemos citarles por su nombre o explicar con toda claridad sus orígenes, al menos sabemos que allí estaban. Además sabemos que en lo que se refiere a la realidad política inmediata, fueron ellos los que ganaron con la revolución de Solón. *Hektemoroi*, hoplitas y otros grupos insatisfechos fueron meros instrumentos.

SOLON Y EL "DEMOS"

Pero incluso el instrumento más humilde tiene su precio. ¿Cuál fue el que se pagó a los atenienses más numerosos, a los *zeugitai* (llamémosles hoplitas) y a los *thetes*, a cambio de su apoyo?

A los atenienses que servían como esclavos en el Atica, se les puso en libertad, y se hizo regresar a cuantos se pudieron encontrar de los que habían sido vendidos en el extranjero. Los deudores vieron perdonadas sus deudas. El *hektemoros* se libró también de su "deuda" anual y con ello dejó de estar en situación de inferioridad. Para todos estos y muchos otros la posibilidad de una esclavización futura desapareció gracias a la prohibición de tomar a la persona como garantía de una deuda. La gran mayoría de quienes se beneficiaron con estas medidas entraría probablemente en el número de los *thetes*, aunque tal vez hubiera más hoplitas necesitados de ayuda de lo que sospechamos, pero es imposible calcular qué proporción suponían estos nuevos "iguales" atenienses en la clase de los *thetes*, o en qué proporción estaba integrado por *thetes* el nuevo *demos.*

Pero podemos hacernos una idea de la apariencia de este nuevo *demos*, cualquiera haya sido su situación anterior. Como Aristóteles pretende que los ricos eran los propietarios de la tierra que trabajaban los *hektemoroi* y además que Solón no redistribuyó la tierra (y esto apoyádonse en palabras textuales de Solón), se ha sostenido que el *hektemoroi* al ser liberado perdió, automáticamente los campos a los que había estado vinculado, y que con ello Solón creó una numerosa clase de hombres sin tierra, que continuarían viviendo en el campo como asalariados o buscarían empleo en la industria urbana, por entonces, en expansión. Pero esto difícilmente puede ser cierto. El Atica posterior era una región de pequeños propietarios, no de latifundistas y tra-

bajadores asalariados. ¿De dónde, pues, surgieron estos pequeños propietarios? ¿Qué se hizo de los asalariados? Y tampoco la "industria" en expansión sirve de mucho. ¿Cuántos alfareros había en Atenas el 594? ¿Llegarían a cien? Difícilmente pudo haber más. La afirmación de Aristóteles de que los ricos eran los propietarios de la tierra ha de ser una equivocación o una interpretación errónea del control *de facto* que nadie negaría que tuvieron. Es más, el preguntarse por quién tenía derecho a los campos del *hektemoros*, es muy probable que carezca de sentido (*supra* p. 41) pero lo que sí es cierto es que él y su familia habían estado ligados a una tierra el tiempo suficiente para hacerla sentimentalmente "suya" y es probable que pasara a ser legalmente "suya" cuando Solón quitó los *horoi*, los mojones indicadores de que tanto él como su tierra "pertenecían a otro". Las propias palabras de Solón dan a entenderlo así:

> "... la gran madre de los dioses del Olimpo, la Tierra negra a la que yo un día quité los *horoi* por todas partes hincados, la Tierra que antes era esclava y hoy libre" (fragmento 36).

El *hektemoros*, pues, se convirtió en un pequeño propietario independiente, como miles de otros pequeños y no tan pequeños propietarios de toda el Atica. Todos ellos constituían la mayor parte del *demos*. Había, además, algunos pescadores, comerciantes y artesanos; pero no los suficientes para modificar el aspecto básicamente agrícola del conjunto, sobre todo porque la mayoría se dedicaban a alimentar a los pequeños propietarios, a servirles o a vender sus productos; y muchos además, tendrían alguna tierra propia atendida por su mujer o por sus hijos mientras ellos buscaban una ganancia adicional en otra parte. El *demos*, por tanto, era bastante homogéneo en sus intereses y como clase. Unos cuantos acres más convertirían a los *thetes* en hoplitas, pero no hacían de ellos un tipo diferente de hombre. En el capítulo 1 mantuve que en el siglo V no había una diferencia política sustancial entre ambas clases: en cierto modo, lo mismo, sospecho, ocurriría a comienzos del s. VI. Es posible ahora, como no lo fue entonces, percibir cierta diferencia formal entre ellas: ciertos cargos políticos eran accesibles a los hoplitas *qua* hoplitas y uno de ellos, probablemente el más importante, sería el de pertenecer al Consejo; y dado que es probable que proporcionasen la mayoría de los miembros de éste, no debemos minimizar su influencia en la dirección de los asuntos de Atenas. Pero decir que gran parte de los miembros (o incluso, todos) de los organismos administrativos inferiores eran hoplitas no quiere decir que gran parte de estos (y menos aún, todos) deseara o fuera capaz de desempeñar un cargo administrativo. La conciencia política y la ambición política sólo lentamente descienden a todos los niveles de la sociedad. Hacia finales del siglo V la línea de conciencia estaba claramente situada muy por debajo de la barrera que separaba a los hoplitas de los *thetes*. En algún momento anterior, sin duda, se ajus-

taría a dicha barrera pero no tenemos razón alguna para suponer que ese momento anterior, fue la época de Solón. Es más, la imagen que él se forma de la sociedad ateniense indica claramente que no fue así:

> "Al pueblo concedí tanto honor como le basta..., pero a los que tenían poder..." (fragmento 5).

El "pueblo" debe incluir aquí a la clase hoplita, o al menos a la gran mayoría de ella, y no pertenece al cuerpo selecto de "los que tienen poder".

Sugiero por tanto, que no más de un puñado de hoplitas tenían el interés o siquiera los recursos necesarios para tomar parte activa en la vida pública y que ese puñado recibió la oportunidad que deseaba. Al aprovecharla, se alinearon, aunque fuera modestamente, con "los que tenían poder", más que con la masa de sus camaradas hoplitas. Estos y los *thetes* quedaban al otro lado, eran el "pueblo", el *demos*.

Los derechos que recibió el *demos* con la constitución de Solón son claros y simples; el derecho de asistir y de votar en la asamblea y el de actuar como miembro del nuevo tribunal de apelación, la Heliea. Para los *thetes*, de *iure*, para la mayoría de los hoplitas, *de facto*, eso fue todo.

Lo primero, por supuesto, no era ninguna novedad; antes de Solón había también una asamblea y tendrían acceso a ella, sin duda, todos los atenienses libres adultos. Es concebible que se considerase a los *hektemoroi* sin la suficiente libertad para admitirlos en ella; concebible, aunque en mi opinión, poco probable. Pero incluso, si se les admitía, podemos estar seguros de que muy pocos asistirían: el *hektemoros* tenía reivindicaciones más urgentes que ésa por aquel entonces. Tampoco es probable que entre los pobres y los que vivían lejos fueran muchos los que se decidieran a hacer uso de sus derechos, incluso después de Solón. Jenófanes, el filósofo jonio, pintó una cuadro de su Colofón natal poco después de la época de Solón:

> "Caminaban hacia la asamblea arrastrando sus mantos de púrpura no menos de mil en total, apuestos, orgullosos de sus cuidadas melenas, envueltos en el aroma de sutiles perfumes" (fragmento 3).

La parte políticamente activa del *demos* soloniano podría pasarse sin algunos de los lujos de Colofón (los jonios eran célebres dandis), pero no por eso incluía al populacho: dedicarse a la política aún exigía tiempo libre.

Pero aunque Solón no creó la asamblea ni alteró demasiado su composición, los cambios que introdujo en lo relativo a sus competencias fueron enormes. En primer lugar, hizo que se reuniera según una norma y no al capricho de un magistrado o del Areópago; y así, de un plumazo, le confirió una existencia y un carácter propios. Además, por dócil que hubiera sido en sus inicios, las sesiones regulares

la obligarían a dirigir su atención sobre un número de asuntos públicos mucho mayor del que antes podría imaginarse siquiera. La familiaridad engendra confianza. En segundo lugar, bien fuera por efecto de la legislación de Solón, bien de manera fortuita, como resultado de esa confianza creciente, llegó a darse por supuesto que las decisiones últimas sobre un número de asuntos cada vez mayor debían tomarse en la asamblea; y, probablemente por obra de la legislación de Solón, las decisiones se tomaban entonces de un modo que hacía converger la atención de cada uno de los miembros de la asamblea en su propia responsabilidad personal: la votación a mano alzada. Es mucho más fácil perderse en un grito de "si" o de "no", como el que satisfacía a los espartanos, que levantando la mano voluntariamente o emitiendo un voto. La responsabilidad engendra confianza. En tercer lugar, y también de un modo fortuito o por deseo de Solón, la asamblea desempeñaba por entonces un papel real en la elección de los magistrados. Antes daría, como mucho, un reconocimiento formal a una elección ya hecha en el Areópago; sean cuales fueran las rivalidades entre los nobles, hemos de suponer que cada año "surgiría" una candidatura, de la misma forma que solía "surgir" un líder en el partido conservador británico y que, como él, se convertiría instantáneamente en candidato unánime. Pero ahora la división en la clase gobernante era demasiado seria y demasiado fundamental para permitir que se tomasen decisiones mediante negociaciones educadas o maniobras pacíficas. Fuera o no Solón quien implantase el nuevo procedimiento, el pueblo tenía ahora ante sí unas elecciones reales, unas elecciones cuya importancia varía según aceptemos o no la existencia del sorteo, pero elecciones, pese a todo. Una responsabilidad más y, con el tiempo, un nuevo motivo de confianza.

Pero, sin duda, no podemos atribuir estos resultados de capital importancia a las intenciones personales de Solón; incluso si llegó a legislar sobre todos estos puntos (lo que considero muy dudoso) no pudo pretender crear una asamblea como la que en última instancia, creó. "El profesional del cambio social", como dijo una vez Aneurin Bevan, "sabe lo que quiere hacer... pero no sabe nunca qué es lo que está haciendo hasta después de haberlo hecho". Y a menudo, hasta mucho después. Solón no pudo forjarse la idea de una masa de hombres comunes con confianza en sí misma. La pregunta que hemos de hacernos es la de si quería hacer algo en favor de esta masa que pudiera sorprender o molestar al aristócrata medio de su época. Poco hay en los datos que hemos discutido hasta ahora que nos permita pensar que quería hacerlo.

Pero el segundo derecho que otorgó al *demos* es más revelador. Antes, en la medida en que existía en el estado un sistema legal, su aplicación corría a cargo del Areópago o, cuando menos, estaba en última instancia sometida a su control. Y aquí Solón introdujo dos cambios cuyas consecuencias, tampoco esta vez pudo haber previsto, pero que no hubieran podido realizarse sin algún elemento de preme-

ditación. Extendió a todos los atenienses la capacidad de entablar una acusación y creó un tribunal nuevo, no aeropagita, para las apelaciones contra las sentencias de los magistrados.

Los detractores de la democracia ateniense se apresuran a destacar que el primero de estos cambios fue el causante, en última instancia, de la proliferación de una de las profesiones menos atractivas de la Atenas del siglo V, el delator profesional, el sicofanta, quien, gracias a la ley de Solón, podía amenazar con promover una acusación y obtener con este chantaje, un dinero fácil. Pero los detractores no suelen reparar en que el cambio tuvo que influir también en el desarrollo de virtud tan "conservadora" como esa reverencia, casi exagerada, hacia la "Ley" como tal que es una de las características más sorprendentes de los "radicales" posteriores (véase pág. 191). Es más, la principal preocupación de Solón en este punto habría sido, como casi siempre, alentar el desarrollo de este sentimiento; éste constituye, una parte muy importante en la despersonalización de la constitución, que es la nota más destacada de su legislación. Pero, al alentar a cualquiera que lo deseara a compartir esta responsabilidad, Solón tal vez se dio cuenta de que eso era como encender una chispa en el ciudadano medio: pleitear es visiblemente más atractivo que legislar.

De esto "tal vez" se dio cuenta; pero lo que no se le pudo escapar fueron ciertas implicaciones de su nuevo tribunal. Se discute cuál era su esfera de competencias y se desconoce la mecánica de su funcionamiento, pero sabemos, al menos, que en ciertos casos un ateniense podía apelar en contra de cierto tipo de penas impuestas por un magistrado y apelar ante un jurado integrado por cualquiera de entre aquéllos que se sentaban en la asamblea (en sus comienzos la propia asamblea actuaría como jurado, después, sólo una parte de ella). Me resisto a creer que muchos atenienses utilizaran en los primeros años esta oportunidad que se les ofrecía o que el jurado tuviera el valor suficiente para fallar en favor del apelante, si es que apeló alguno, pero el principio subyacente no pierde por esto valor y Solón tuvo que ser consciente de ello. Una vez más se colocaba a las leyes por encima de los magistrados que las administraban y esta vez la capacidad de juzgar según tales leyes se reservaba a un cuerpo que era representación aleatoria de cuantos atenienses estuvieran interesados.

Dado el papel tan considerable que asignó al *demos* en materias judiciales, es razonable suponer que Solón pretendía asignarle otro no menos positivo en la política, en la asamblea. Pero antes de que nos entusiasmemos con estas fantasías sobre un Solón "democrático", sería conveniente escuchar su propia valoración de lo que había hecho. "Al *demos* concedí privilegios suficientes sin restarle honor ni ensalzarle tampoco...", "el *demos* seguirá mejor a sus jefes si no se le conduce a la fuerza ni se le da rienda suelta...", "si algún reproche claro ha de hacerse al *demos* es el de que nunca antes podían soñar con tener lo que ahora tienen". Todas estas observaciones proceden de poemas escritos después del arcontado de Solón, sin que sepamos cuánto

tiempo después (fragmentos 5-6 y 37). La última no es especialmente reveladora, aunque muestra claramente, que el *demos* se había adaptado con rapidez a su nueva posición y comenzaba a mirar más allá; nos presenta, además, la figura familiar, pero siempre patética, del viejo revolucionario que se resiste a creer que su revolución no fuera la definitiva. Pero los dos primeros pasajes muestran con toda claridad deseable lo que Solón creía que era la revolución. La palabra que he traducido como "privilegio" (*geras*) puede desde luego, tener un significado puramente formal, pero aquí estoy seguro de que se refiere mucho más a la estimación de la que tales formalidades no son sino un reconocimiento. De la misma manera, "honor" (*timê*) puede tener un significado concreto, pero aquí alude más bien a la "condición social" de la que nacen los distintos honores. En otras palabras, Solón creía que el *demos* no debía ser pisoteado, que merecía un cierto reconocimiento e incluso, algunos privilegios tangibles basados en ese reconocimiento; pero como cualquier recluta sabe, ni siquiera un privilegio formal es tanto como un derecho. Además, los privilegios dados al *demos* fueron "los suficientes", pero los suficientes ¿para qué? Presumiblemente, para alçanzar la sociedad perfecta esbozada en el segundo pasaje de los citados, una sociedad en la que el *demos* obedece a sus jefes. De nuevo, volvemos a pensar en el ejército: por un lado, los oficiales "los que tienen poder" y por otro, "otros grados". Como al buen aristócrata o al buen general, a Solón le complace pensar que sus tropas son felices. Y va aún más lejos: cree que deben ser felices, incluso que tienen derecho a serlo, pero no reconoce que tal vez tengan opinión propia sobre qué sea la felicidad y menos aún que puedan pretender conducirse hacia ella por sí mismas.

7. TIRANIA EN ATENAS

EL "FRACASO" DE SOLON

Solón trató de modernizar a Atenas sin revolución. Mediante cambios legislativos suprimió lo que consideraba equivocado y creó una constitución en la que cada sector de la sociedad ocupaba el que para él era entonces su justo lugar; una constitución que, confiaba, sería lo suficientemente flexible para adaptarse a cambios futuros sin necesidad de violencia. Ante todo, hizo cuanto pudo para conseguir que los atenienses llegasen a considerar esta constitución como sagrada, que la modificarían quizá, pero siempre desde dentro. Estoy convencido de que para Solón éste fue el aspecto más esencial y más progresista de su labor. Tenía opiniones progresistas muy firmes también en otras cuestiones, entre ellas, el papel que el *demos* debía desempeñar en el estado, pero sin duda, le asombraría ver el tiempo que empleamos tratando de encontrar en sus poemas y en sus reformas el más leve indicio sobre la intensidad de sus intenciones "democráticas" sin detenernos, en cambio, apenas nada en lo fundamental: su confianza en la importancia de la ley como tal, de cualquier clase de ley.

Solón no era ni un demócrata moderado ni un oligarca, al menos, no en primer lugar, sino un constitucionalista, y en toda su reforma puede percibirse la intención de convertir a los atenienses a su modo de pensar. El magistrado debía estar al servicio de la ley y no al contrario —todos ellos debían jurar que dedicarían a los dioses una estatua de oro si incumplían las leyes—, y el pueblo estaba allí para comprobar que era un servidor obediente: de ahí el tribunal de apelación. Y tampoco se hizo de la responsabilidad general algo colectivo y por tanto, difuso. Todo ciudadano tenía derecho a asumir una acción legal en nombre de otro y también el deber de participar en cualquier discordia civil que pudiera surgir. Norma curiosa ésta última, indicio seguramente de la confianza de Solón en que la mayoría se inclinaría siempre en favor de la ley y el orden, pero (sutil precaución) tal vez necesitase de un acicate para ello. Una vez terminadas sus reformas, que habrían de permanecer sin alteraciones durante un siglo, abandonó Atenas por diez años tras obligar al pueblo a que jurara no introducir cambios en su ausencia. E incluso ésta forma parte del mismo modelo. Aristóteles la explica así: *(Constitución de Atenas,* 11): "No deseaba tener que interpretar las leyes personalmente, sino que cada uno obrara de acuerdo con lo que estaba escrito"; es decir, no quería

que sus leyes fueran "el Código de Solón" y que su autoridad, o tal vez su supervivencia, dependieran de él; quería que fueran simplemente, "el Código".

Pero sólo treinta y cuatro años después de que le hubiera dado forma, en el 561 a.C.; Pisístrato se colocó a sí mismo fuera de la constitución y se convirtió en tirano. Pisístrato, cuya madre era sobrina de la madre de Solón, había crecido dentro del círculo soloniano. Habría sido demasiado joven para tomar parte en las luchas que condujeron al 594, pero en los años siguientes consiguió ganarse ante el pueblo una reputación de general victorioso (había conquistado para Atenas el puerto megarense de Nisea) y, también, sin duda, la creciente desaprobación de Solón por su política excesivamente radical. En un momento determinado fue demasiado lejos. El "partido" soloniano se escindió y Pisístrato surgió como líder de una nueva "ala izquierda". Como tal un día apareció herido en el ágora, víctima, según pretendía, de un complot de la oposición; el pueblo le creyó, a pesar de las advertencias de un Solón ya envejecido, y aprobó por votación concederle una guardia personal. Pero Solón estaba en lo cierto; Pisístrato empleó su guardia para apoderarse de la Acrópolis. Es fácil decir que Solón fracasó no en el 561, sino ya en el 594 y en cierto sentido, es verdad. Pero es mucho menos fácil adivinar en qué se equivocó y casi imposible pensar que pudo haber tenido éxito.

Una conclusión sencilla que se deduce del "radicalismo" de Pisístrato sería que Solón fracasó por no haber ido suficientemente lejos; y como es posible mantener, aunque, en mi opinión, equivocadamente, que los labradores pobres constituían el núcleo de los partidarios de Pisístrato, muchos han pensado que la razón de su fracaso hay que buscarla sobre todo en lo económico, que los *hektemoroi*, aunque técnicamente libres, no habían recibido la ayuda necesaria para vivir decentemente, y se pasaron al bando de Pisístrato en búsqueda de remedios más drásticos. Otros han preferido buscar en las luchas continuas por el arcontado de los años siguientes a Solón y sostener que los Eupátridas habían conservado demasiadas ventajas en el sistema político; que era precisa la violencia para romper su dominio. Hay mucho de verdad en esto último y puede haber algo, aunque poco, en la hipótesis económica; pero en mi opinión, ni una ni otra conceden suficiente importancia a un factor vital, el desarrollo de Atenas entre el 594 y el 561; ambas ignoran la posibilidad de que Pisístrato llegara al poder, no porque Solón hubiera hecho demasiado poco en algunos aspectos, sino porque en otros había tenido demasiado éxito.

Antes del 600 a.C., como hemos visto, algunos objetos cerámicos atenienses habían conseguido llegar a los accesos del mar Negro; algunos se han encontrado también en Italia e incluso en el sur de Francia. Pero siempre en cantidades pequeñas. En el medio siglo siguiente, en cambio, apenas hay lugar en todo el Mediterráneo o en el mar Negro que no haya aportado pruebas del comienzo y la rápida intensificación del comercio de productos atenienses. Solón no fue el inicia-

dor del proceso, pero no cabe duda de que lo comprendió y lo estimuló deliberadamente; se dispensó buena acogida en Atenas a los artesanos extranjeros, se alentaba a los propios atenienses para que aprendiesen un oficio, los que deseaban vender en el extranjero se vieron obligados a producir aceite por la prohibición de exportar ningún otro producto del campo, el acceso al mar quedó asegurado con la captura de la isla de Salamina, situada frente al puerto ateniense del Falero, un cambio en el sistema de pesos y medidas facilitó el intercambio de productos en zonas más extensas o más interesantes desde el punto de vista económico, todo ello se logró mediante leyes o por la acción directa. Asimismo, la gran reforma política del 594 necesariamente tuvo que elevar la moral ateniense y contribuir a liberar las energías que para el 560 habían convertido a Atenas en una ciudad comercial importante, modesta todavía en comparación con Corinto o Egina, pero muy alejada ya de su depresión económica del siglo VII.

Esta extraordinaria expansión no fue obra exclusiva de Solón, pero su contribución a ella dista de ser insignificante. A la inversa, no hay ningún dato que nos permita relacionar esta expansión con la subida al poder de Pisístrato, pero el sentido común sugiere que debió haber algún tipo de vínculo. Si lo hubo, fue el éxito de Solón y no su fracaso el factor decisivo ya que, en primer lugar, no es fácil creer que un grupo numerosos de ex-*hektemoroi* siguieran muriéndose de hambre a lo largo de treinta años de expansión y aunque así fuera, tampoco es fácil creer que al final tuvieran fuerzas suficientes para aclamar a Pisístrato. Había, entonces y siempre, campesinos pobres en el Atica y la mayoría quizá habitaba en esas zonas del Atica oriental de donde Pisístrato reclutó a gran parte de sus seguidores; y sin duda siguieron apoyándole todo el tiempo puesto que recibieron su recompensa cuando subió al poder. Pero, en segundo lugar, en una economía en rápido crecimiento como la ateniense, los que prosperan han de tener más fuerza que los que no lo consiguen y es en aquéllos en quienes debemos fijarnos para encontrar un descontento eficaz: en el alfarero que ahora podía comprar un esclavo, en el *hektemoros* convertido en alfarero, en el campesino, ex *hektemoros* o no, cuyos olivos recíen plantados comenzaban a ser rentables; en todos aquellos, en general que ahora tenían tiempo libre para pensar en la política.

Y el hecho de que no sólo tuvieran tiempo, sino también afición a la política, pudo haber sido también obra de Solón. Treinta años no convierten a un siervo en un demócrata, pero bastan para que la gente comience a comprender lo que había recibido, bastan para que se sienta más cercana la posibilidad de rechazar la sentencia de un magistrado-juez, de votar en la asamblea en contra de la autoridad establecida. Vale la pena recordar que en el 561 sólo los hombres mayores de cincuenta años podían conservar un recuerdo de la vida política anterior a Solón; el resto había crecido en una época en que se daba por descontado la existencia de la asamblea y de los tribunales. Y fue un voto de la asamblea el que concedió a Pisístrato la guardia

personal con que se apoderó de la Acrópolis y dio comienzo a su tiranía. En otras palabras, gracias a Solón, Atenas se había transformado económica y políticamente; y al menos tan posible es hallar la explicación de la tiranía de Pisístrato en las nuevas tensiones producidas por la nueva situación, como encontrarla en una supuesta debilidad del sistema que Solón hubiera pasado por alto.

Una clave para comprender la naturaleza de esas tensiones podría encontrarse en la escisión de los solonianos que dio origen, por un lado, a la facción de la costa del Sudoeste —los *Paralioi*—, acaudillados por los Alcmeónidas; y por otro a la de los *Hyperakroi*, los hombres del otro lado de las montañas, partidarios de Pisístrato. Pero nada tenemos que nos explique esta escisión. Desde un punto de vista económico no hay gran diferencia entre las dos zonas. Aunque las famosas minas de Laurion, fuente de riqueza vital para la Atenas posterior, se encontraban en su mayor parte en el territorio de Pisístrato, no hay buenas razones para pensar que ya entonces su explotación alcanzara niveles suficientes como para alterar el equilibrio regional. Cierto es que Pisístrato desarrolló intereses personales en la rica zona minera del sur de Tracia durante uno de sus períodos de exilio; es cierto, también, que la acuñación de moneda se introdujo por primera vez en Atenas muy poco antes de su subida al poder y que las soberbias "lechuzas" atenienses, que habrían de convertirse en la moneda más popular del Mediterráneo oriental, se acuñaron por vez primera durante su tiranía. En otras palabras, no es impensable que hubiera una conexión pero sería precipitado afirmarlo con los datos que tenemos.

En el terreno político es igualmente difícil percibir diferencias claras entre las dos zonas. En los quince años siguientes al 560, Pisístrato fue exiliado dos veces y por dos veces retornó al poder. Poco después del *coup* del 561 los líderes de la Costa y de la Llanura, Megacles el Alcmeónida y un tal Licurgo, olvidaron sus diferencias el tiempo suficiente para expulsar de Atenas a Pisístrato. Pero, acto seguido, comenzaron a pelear de nuevo entre ellos y el propio Megacles ayudó a planear el regreso de Pisístrato. Una guapa campesina, disfrazada para parecerse a la diosa Atenea, acompañó a Pisístrato en su carro y se extendió el rumor de que la diosa en persona traía de vuelta a su favorito. Licurgo no podía competir.

Para ratificar la nueva alianza, Pisístrato se casó con la hija de Megacles; pero, como tenía hijos de otros matrimonios, no deseaba vincularse demasiado con los Alcmeónidas, sobre quienes oficialmente todavía pesaba la maldición de Delfos por su participación en el asunto de Cilón, y la pobre niña no encontró en el matrimonio todo lo que había esperado. Se lo contó a su madre quien se lo dijo al padre, y Pisístrato consideró preferible retirarse de nuevo a un lugar seguro en el extranjero, donde pasó diez años de exilio hasta desembarcar en el Atica, esta vez de forma bastante más seria, con un ejército, y abrirse paso a la fuerza (en la batalla de Pallene en el 546) hacia un poder ya indiscutido. En las maniobras políticas y en las alianzas de aque-

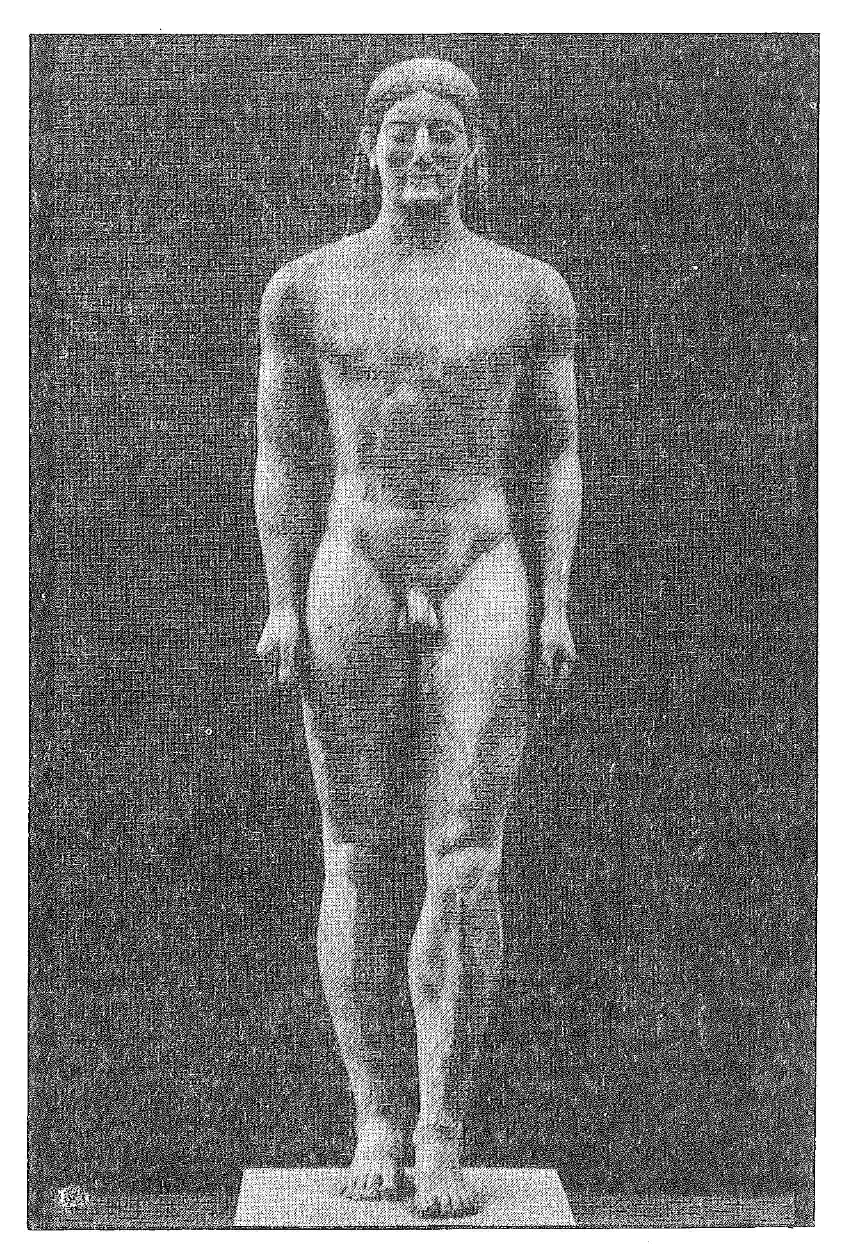


Figura masculina en mármol de tamaño natural (un *kouros*) hallada en Anavyssos, al sudeste del Atica. Procede probablemente de un cementerio familiar aristocrático, y representa quizá un Alcmeónida muerto en Palene. Una inscripción dice abajo: "Detente y llora en la tumba de Creso, muerto... en primera línea de combate". Creso recibiría su nombre por el del rey de Lidia con quien los Alcmeónidas mantuvieron relaciones.

llos años, parece que la Costa se mantuvo de alguna forma entre los dos extremos de la Llanura y las Montañas lo que implica que en el enfrentamiento había algo más que disputas personales o rivalidades locales. Posiblemente, a los *Hyperakrioi* les fue más difícil que a los de la Costa explotar la oportunidad que les había dado Solón, debido a la distancia o a cualquier otro motivo, con lo que estos últimos, aceptados a medias por los viejos Eupátridas de la Llanura, perdieron interés en proseguir la lucha en beneficio de otros. Pero, una vez más, nos faltan datos.

En otras palabras, ignoramos, excepto en sus líneas más generales, los motivos que tuvo Atenas para rechazar la solución de Solón, tal vez subestimó Solón la tenacidad de los Eupátridas y sobrevaloró la generosidad de aquellos a quienes había más directamente beneficiado; tal vez fue ese todo su error, pero aún así resulta difícil ver qué hubiera podido hacer para remediarlo, excepto recurrir a esa violencia que a toda costa quería evitar. Más allá de esto, sólo podemos decir que la extraordinaria expansión económica de estos años alteró hasta tal punto la estructura con la que trabajó Solón y que la maquinaria de gobierno constitucional por él diseñada contribuyó tanto a desarrollar la conciencia política de los atenienses que un número suficiente de ellos ya fuera para impulsar esta expansión más lejos aún en la misma dirección o en otras nuevas, ya para expresar esta conciencia política por vías que aquella maquinaria no aportaba, estaban dispuestos a abandonar por un tiempo el principio básico que Solón había intentado seguir al crear esa conciencia y alentar aquella expansión.

LA TIRANIA Y LA PROSPERIDAD

Resulta, sin embargo, bastante curioso el que al abandonar este principio y al aceptar el gobierno anticonstitucional de Pisístrato y, luego, a raíz de su muerte en el 528, el de su hijo Hipias, los atenienses no hicieran nada para mostrar ese desarrollo de su conciencia política. A ello contribuyeron tres factores: mayor prosperidad, mayor "democracia" y mayor centralización. Todos ellos eran continuación natural de procesos que se habían iniciado anteriormente, pero todos recibieron un nuevo impulso con los tiranos.

La subida de Pisístrato al poder parece que trajo consigo un cambio importante en la política exterior de Atenas; se consiguieron nuevas amistades y tal vez se perdieron algunas viejas. El resultado, a grandes rasgos, fueron unas relaciones más estrechas con las islas del Egeo y con Argos. Pero por lo que podemos observar, este cambio no tuvo consecuencias en la orientación general del desarrollo económico ni tampoco en su intensidad. La cerámica de figuras negras alcanzó su mejor momento después de la mitad de siglo y hacia el 530, los alfareros comenzaron a experimentar un estilo de figuras rojas nuevo y más

elegante aún en potencia; se estableció un impuesto del 10 por 100 sobre los productos de la tierra, pero una parte al menos, de lo recaudado se empleaba en ayuda a los labradores más pobres; y los vasos de los ceramistas y el aceite de los agricultores se exportaban en cantidades crecientes a todo mercado disponible. No nos interesan ahora los detalles de la evolución general (como la moneda, el intensivo programa de construcciones o la colonia del Helesponto fundada para asegurar la ruta del trigo del mar Negro). Basta con señalar que los atenienses posteriores consideraron el gobierno de Pisístrato como una edad de oro, que durante ese gobierno la vida cada vez más se convirtió en algo distinto a la lucha desesperada por sobrevivir.

LA TIRANIA Y LA "DEMOCRACIA"

El ciudadano medio no tuvo que esperar hasta después de la expulsión del hijo de Pisístrato para poder utilizar su tiempo libre en seguir aprendiendo las lecciones de democracia que la maquinaria constitucional de Solón le ofrecía. Pisístrato introdujo pocos cambios, tal vez ninguno, en el sistema y aunque al más alto nivel la mera existencia de un tirano privaba a la política de todo sentido, es probable que sólo la nobleza, antigua y nueva, lamentara la pérdida. Los "tiranos", dice Tucídides, "observaban las leyes existentes; únicamente procuraban que las magistraturas más altas fueran siempre desempeñadas por sus amigos". En otras palabras, aquellas partes de la maquinaria que los hombres del pueblo podían utilizar e incluso dirigir, seguían funcionando como antes: los tribunales, la asamblea y el Consejo. Es más, hay incluso indicios de que Pisístrato los fomentó. El tribunal popular de Solón, la Heliea, no recibió, por lo que sabemos, dotación material alguna; pero en el siglo V, y también después, los jurados democráticos emanados de la Heliea se reunían en el pórtico y, posteriormente, en los dos o tres pórticos, que cubren la parte sur del ágora. Adosada al más antiguo de estos pórticos se halla una estructura rectangular de piedra que, según la verosímil sugerencia de los arqueólogos que la excavaron, fue la primera residencia permanente de la Heliea. Probablemente data de los primeros años de la tiranía. A su vez, se le proporcionaron dos edificios al Consejo del siglo V: uno para reuniones y archivo y otro como residencia del comité permanente; el primero fue construido hacia el 500 para reemplazar al pequeño edificio que había servido al consejo de Solón como cuartel general; el otro, hacia el 470, también sobre las ruinas de una estructura anterior de cuya construcción, al parecer, fue responsable Pisístrato y no Solón.

Uno de los objetivos que se perseguían con estos dos edificios públicos fue sin duda el mismo que el del resto de los ambiciosos proyectos de obras públicas de los tiranos: la glorificación de Atenas; pero no pudieron dejar de realzar el prestigio de los organismos que los ocu-

paron a partir de entonces y no es probable que ese realce fuera por completo casual. Y merece la pena señalar que la existencia de una residencia para el consejo, aunque no implica la introducción de nada parecido al comité del s.V, parece sugerir que sus miembros actuaban o al menos, estaban disponibles por períodos de tiempo lo suficientemente largos, y tuvieran que descansar o alimentarse allí mismo. Tal vez esto ocurría ya antes del 560; pero igualmente pudo deberse en parte a la iniciativa de Pisístrato. Por lo demás, un consejo activo ha de implicar una asamblea activa y aunque hay algo de contradictorio en la unión entre una asamblea supuestamente libre y un régimen dictatorial, la contradicción no tiene por qué ser percibida por los participantes siempre que el régimen cuente con sus simpatías y ellos no hayan ejercido nunca el poder absoluto. El parlamentario francés quizá añore la cuarta república, pero el ruso medio se encuentra a gusto con su soviet y no ha demostrado excesiva nostalgia por los días del zar.

LA TIRANIA Y LA CENTRALIZACION

La creciente centralización del gobierno que Pisístrato trajo consigo tuvo que favorecer el crecimiento tanto de la importancia real como de la vanidad de estas instituciones de gobierno central, pero esto, con mucho, el logro más sorprendente de la tiranía, es más importante por sus efectos sobre la moral del ateniense medio que por el reforzamiento que supuso de la administración del estado. Al centrar nuestra atención, como es lógico, en esta última, es fácil perder de vista el hecho de que no pudo desempeñar un gran papel en la vida o en los pensamientos de la mayoría de la población ateniense, diseminada como seguía estando en las pequeñas aldeas y pueblos de la campiña ática. Para ella los asuntos de Maratón, Sunión o Acarnas tenían más importancia que los de Atenas, y estos asuntos permanecían aún, en su mayor parte, en manos de los mismos hombres de siempre, la familia aristocrática local, los jefes de los clanes y de las fratrías. Este control dado que dependía de la resignación ancestral de los gobernados tuvo que verse seriamente debilitado por los ataques contra la aristocracia que tuvieron lugar en el siglo precedente y, en concreto, por la desaparición del vínculo formal del hectemorazgo, pero sin duda conservaba aún parte de su antigua fuerza; al nuevo político post-soloniano no le interesaba destruir sus apoyos tradicionales. Además, el poder de los aristócratas no sólo era sentimental; toda la vida y la administración local, como hemos visto, se habían establecido en y alrededor del sistema de fratrías y Solón, que sepamos, no había hecho nada por alterarlo.

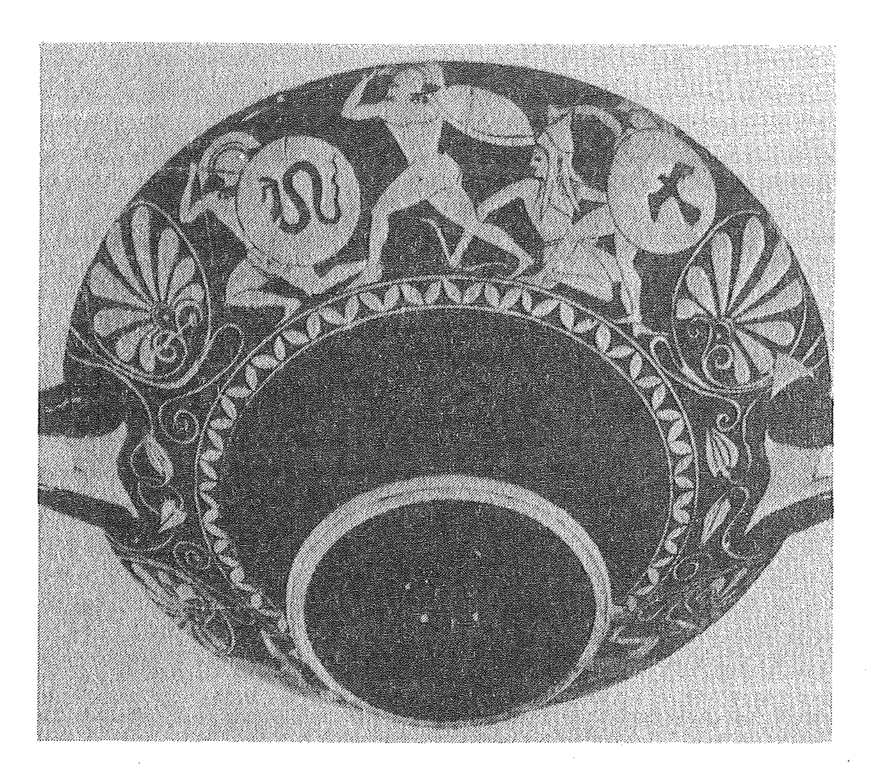
Tampoco fue muy considerable la aportación institucional de Pisístrato. Estableció un cuerpo de jueces itinerantes, y es razonable suponer que lo hizo con la intención de arrebatarle a la fratría al menos



Kyathos ático de figuras negras (copa con una única asa situada en la parte alta) de finales del siglo VI, cuando empezaba ya a predominar la técnica de figuras rojas. La escena representa a un difunto rodeado por personas que le lloran: hombres a la izquierda y mujeres a la derecha.

una parte de la autoridad legal que conservaba. Pero nada más. Sin embargo, desde una perspectiva menos institucional la historia es muy diferente.

No hay constancia de que algún enemigo de Pisístrato sufriera represalias en las intrigas de opereta del 560-556. Pero en las luchas del 546 algunos de sus oponentes de la Costa y de la Llanura fueron asesinados y muchos probablemente huyeron del país. La ausencia tal vez intensifique los afectos, pero también interrumpe el trato diario que los origina; y más de un ateniense después del 546, se daría cuenta, por primera vez, de que la vida podía seguir su curso perfectamente, aunque la casa solariega del lugar estuviera desierta y en los años que siguieron olvidaría poco a poco cómo se comportaba cuando había alguien viviendo en aquella casa. Incluso allí donde el aristócrata local hubiera logrado sobrevivir a la crisis, algo había cambiado. Antaño, cuando partía a "representar" a sus seguidores en el gobierno nacional, se veía envuelto en las confusas intrigas de facciones de la capital, y si tenía éxito, reaparecía como un hombre que se había enfrentado con sus iguales y les había derrotado. Ahora, en el mejor de los casos, regresaba como un hombre que había logrado convencer al



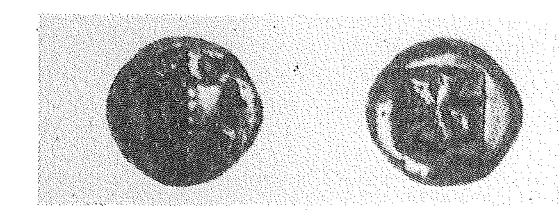
Copa ática de figuras rojas que representa una escena de batalla. Data aproximadamente del 510 a.C., su autor, Olto, es uno de los primeros artistas importantes que conocemos en la técnica de las figuras rojas. Su estilo es macizo, con cierto menoscabo de la delicadeza que hizo posible la nueva técnica, pero tiene buen dominio del dibujo y sabe adaptar admirablemente las escenas al espacio y al contorno del vaso.

amo indiscutible, a Pisístrato; como un intermediario y no como un campeón.

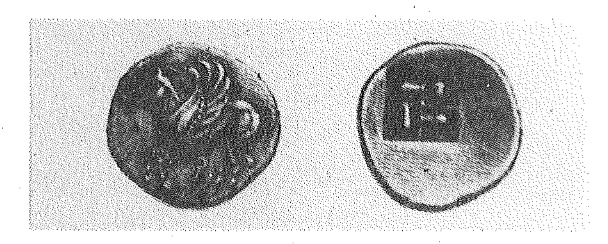
Los efectos descritos hasta ahora fueron puramente casuales. Pero los tiranos pusieron de su parte cuanto pudieron por subordinar el interés local al nacional, es decir, el interés de la aristocracia al suyo propio y no mediante un ataque al primero, sino mediante un reforzamiento del último. Su política monetaria es muy significativa. La cronología, al igual que muchos otros aspectos de las primeras monedas atenienses, es oscura, pero al menos sabemos que la primera emisión conscientemente nacional fue acuñada durante la tiranía y mostraba en una cara la cabeza de Atenea, la diosa particular de Atenas, y en la otra, el símbolo de Atenea, la lechuza. Asimismo, en el terreno religioso, se fomentaron los cultos y los festivales que tenían un carácter nacional, lo que seguramente apartó la atención y la devoción de las gentes del santuario local familiar o de la fratría. Atenea, de nuevo, fue una de las principales beneficiarias; se construyó una nueva residencia para



Tetradracma (pieza de cuatro dracmas) ático de plata en torno al 510 a.C. Las primeras "lechuzas", como se las llamaba, fueron acuñadas en tiempos de Hipias y, gracias a su pureza y fiabilidad, se convirtieron pronto en las monedas de mayor circulación en el Mediterráneo. A finales del siglo V esta moneda equivaldría aproximadamente a cuatro días de salario de un obrero especializado o a doce días de paga por la función de jurado (ocho después del 425).

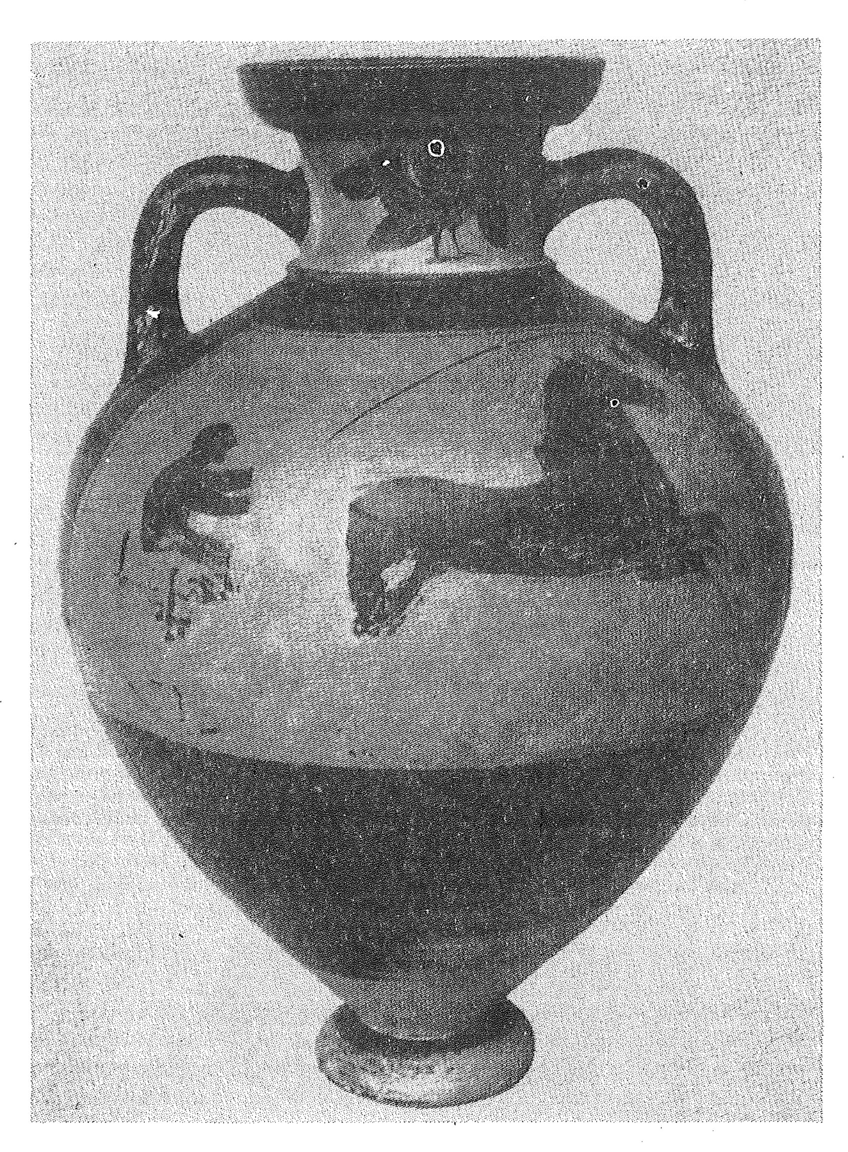


"Tortuga" egineta. Atenas tardó unos treinta años en utilizar un símbolo nacional. Egina, el primer estado de la Grecia continental que fundó una ceca adoptó desde el principio (c. 600 a.C. o poco antes) la tortuga. En un primer momento los refinamientos se relegaban al anverso; el reverso (como aquí) únicamente mostraba una marca incisa producida por el molde sobre el que se grabó la moneda.



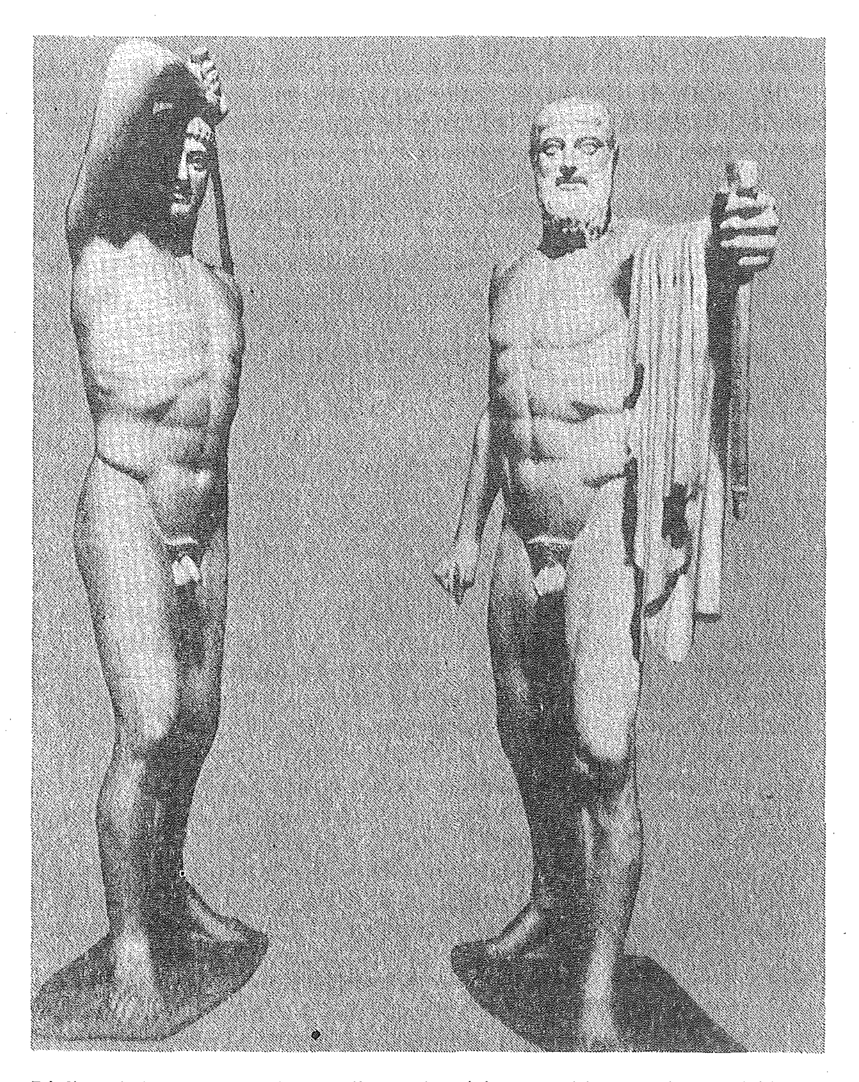
"Pegaso" de Corinto. Corinto, que comenzó a acuñar moneda por la época del derrocamiento de la tiranía (582 a.C.) empleó como símbolo al igual que sus colonias, a Pegaso, el caballo alado. Una letra distintiva (aquí la *Koppa* arcaica por Corinto) indicaba la ciudad de emisión. La incisión del reverso comienza a tener ya una intención propia.

ella en la Acrópolis, y el gran festival cuatrienial en su honor, las Panateneas, instituido poco antes de la tiranía, se convirtió en el acontecimiento central del calendario religioso de Atenas. En honor de Dioniso se creó una fiesta anual, las Dionisias, que proporcionaba varios



Anfora de figuras negras del 560 a.C., aproximadamente, una de las primeras "ánforas panatenaicas", es decir, vasijas que una vez llenas de aceite, se entregaban como premio en los juegos panatenaicos. En un lado llevaban un retrato de Atenea, y en el otro generalmente una escena atlética, aquí una carrera de carros. La ejecución, como en este caso, no siempre era perfecta.

días de competiciones musicales y de rudimentarias competiciones dramáticas a partir de las cuales habrían de surgir la tragedia y la comedia áticas. Se honró el culto más espiritual de Deméter con una nueva



Réplicas de las estatuas de Harmodio y Aristogitón por Critias y Nesiotes, erigidas en el ágora en el 477 a.C., para sustituir a una obra anterior robada por los persas en el 480. Anteriores reconstrucciones colocaban a los dos héroes espalda contra espalda. La presente fotografía trata de hacer ver artificialmente cómo aparecerían en la nueva postura sugerida por B.B. Shefton que, casi con toda seguridad, es la correcta.

sala de iniciación en Eleusis y un elegante santuario en el ángulo sudeste del ágora de Atenas. La lista podría ampliarse. Los sacerdocios de estos cultos nacionales continuaron en manos de aristócratas; los de Deméter, por ejemplo, eran y siguieron siéndolo siempre propiedad de dos grandes familias, los Eumolpidas y los Kerykes. Pero eran

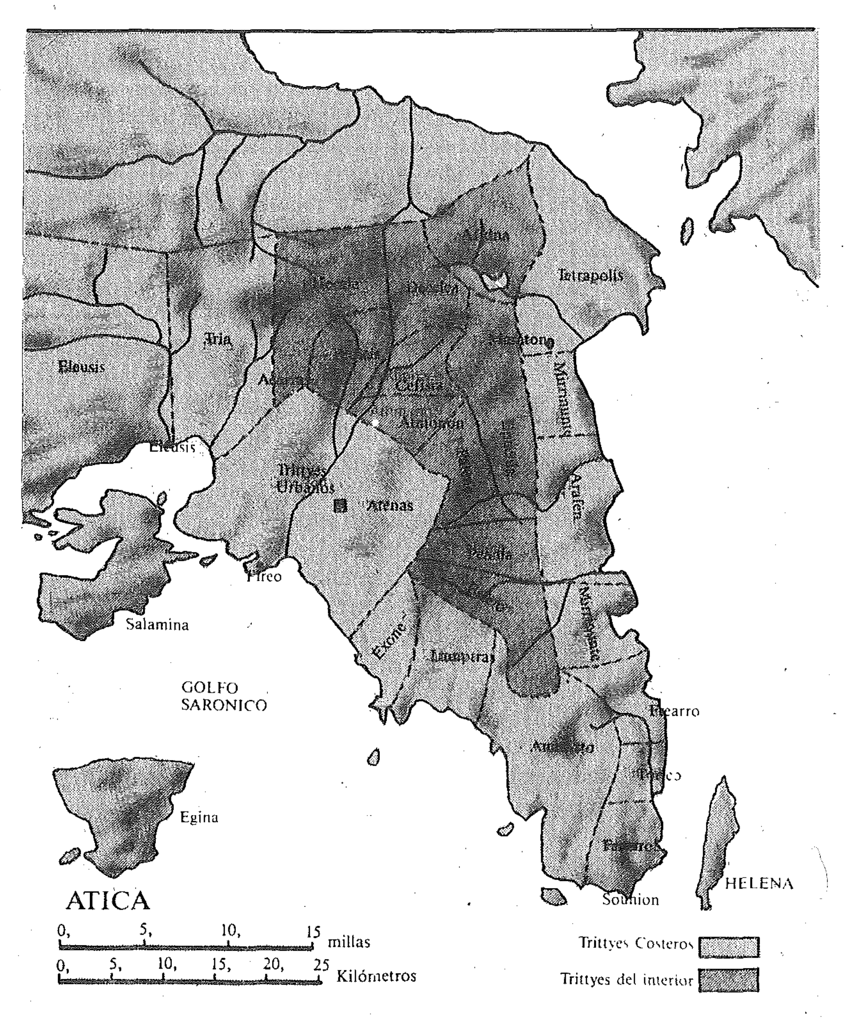
aristócratas que representaban a Atenas y no sólo a sus propios seguidores.

De ésta y de otras varias maneras, los atenienses adquirieron conciencia de su nacionalidad; la idea de ciudadanía, definida plenamente por Solón, pero hasta cierto punto de un modo exclusivamente teórico, adquiriría, en parte, ese otro elemento de realidad que le faltaba. El hombre de Maratón seguía siendo en lo fundamental un maratonio, pero iba adquiriendo poco a poco intereses no maratonianos y de esta forma se hizo cada vez más consciente de que pertenecía a un conjunto mucho más amplio, el *demos* ateniense, consciente también de que tenía más en común con sus semejantes de Sunion o de Acarnas que con cualquier aristocracia local.

8. LAS REFORMAS DE CLISTENES

LA EXPULSION DE HIPIAS

Al morir Pisístrato en el 528 la tiranía pasó a su hijo mayor Hipias, cuyo poder, aunque no tan invulnerable como el de su padre, permaneció seguro durante los catorce años siguientes. Después, una disputa con dos de sus partidarios, Harmodio y Aristogitón, condujo al asesinato del hermano de Hipias, Hiparco, y a tres años finales de recelo y brutalidad. Los Alcmeónidas, tanto antes como durante la tiranía, habían colaborado a veces con los tiranos y a veces se habían enfrentado a ellos, pero en el momento del asesinato de Hiparco se hallaban una vez más, en el exilio y decidieron aprovechar la intranquilidad reinante para asegurarse el regreso. Una intentona de invasión sin apoyo de ninguna clase fracasó, pero a continuación, gracias a la intervención del oráculo de Delfos, consiguieron la ayuda de Esparta y en el 510 a.C., con un ejército espartano tras ellos o quizá más bien delante de ellos, volvieron a entrar en el Atica y expulsaron a Hipias y a su familia. Muchos otros aristócratas habían tenido que exiliarse, algunos en un determinado momento se habían reconciliado con los tiranos y regresado a Atenas; otros, en cambio, habían permanecido en la ciudad todo este tiempo. Ahora, todos ellos pensaban que podrían reanudar el juego de facciones políticas interrumpido por última vez en el 546, y que podrían renovarlo con las viejas armas y las viejas reglas de juego. Hacia el 508, se habían congregado en torno a dos grupos principales, uno dirigido por Clístenes el Alcméonida y el otro por un tal Iságoras, dos grupos aristocráticos exactamente del mismo tiempo que aquellos con los que tuvo que enfrentarse Pisístrato en el 561. Estos dos hombres, afirma Heródoto (V,66), *edynasteyon*, eran "dianastas", término que es el más claro signo del tipo de política que ejercían: cada uno de ellos "estaba en la cúspide de una pirámide aristocrática". Pero Clístenes, prosigue Herodoto, se sintió derrotado, y para salvarse "añadió el *demos* a su facción", un *demos* "al que anteriormente había menospreciado". Quizá Herodoto no escogiera deliberadamente sus palabras, pero no pueden ser más adecuadas. "Facción" es un término aristocrático; pertenece a un mundo en el que el *demos* no existe como entidad política, en el que un *demos* no puede desempeñar papel alguno. Al igual que Herodoto, Clístenes, en mi opinión, mezcló ambos conceptos con resultados catastróficos, para él mismo y para los de su clase.



Este mapa se basa en el de C. W. J. Eliot, *The Coastal Demes of Attika* (pág. 139). Los nombres de las *trittyes* (literalmente "tercios" de las tribus locales) son a menudo dudosos. Tampoco están claros los límites exactos de las *trittyes* urbanas.
Ejemplos de *trittyes* costeras y del interior, contiguas y pertenecientes a la misma tribu son: Tetrápolis y Afidna; Arafén y Epacria; Tórico y Esfeto (?). Mirrinunte y Frearro en la costa oriental, son ejemplos de *trittyes* divididas (en la zona de la ciudad hay otro). El que probablemente fue cementerio familiar de los Alcmeónidas (del que procede la estatua de la pág. 155) ha sido descubierto en la *trittys* costera del sudoeste, Anaflisto; su *trittys* urbana correspondiente era la de Alopece, justo al este de Atenas, entre el Tourkovouno y el Himeto (véase pág. 130). Incluso es posible que los límites de la *trittys* del interior de esta misma tribu (Palene) deban ser ligeramente modificados para hacerlos coincidir por completo con los de Alopece. En tal caso, la nueva organización contemplaba otra zona "natural" esta vez en beneficio de los Alcmeónidas. Vale la pena repetir que estas tres zonas no se corresponden con las antiguas divisiones, los "partidos" de la Llanura, la Costa y del otro lado de las Montañas (págs. 136-7). Se discute sobre sus límites exactos, pero el Llano incluía, si no todas, al menos la mayoría de

las *trittyes* urbanas y entre las *trittyes* del interior, a Hecale, Pedieis, Atmonon, Cefisia y Palene; la Costa es seguro que se limitaba a Exone, Lamptras, Anaflisto y Frearro (sur); el otro lado de las Montañas sin duda incluía Tetrápolis, Afidna, Arafén, Mirrinunte, Tórico, y Frearro (norte). Las dudas se centran sobre todo, en la zona formada por Peania y Esfeto. La opinión moderna más extendida asigna esta zona a la *Hyperakria* basándose en que está "al otro lado" del Himeto. Por mi parte, considero que las tierras altas que se extienden formando un arco desde la vertiente meridional del Pentélico en dirección a Sunion constituyen una barrera igualmente efectiva y me inclinaría por incluir la zona en discusión dentro de la Llanura, aunque, lo reconozco, me baso sólo en el argumento *a priori* de que su riqueza pudo haber dado origen a una aristocracia tan próspera como la de la Llanura.
Cf. Las recientes matizaciones de J.S. Trail, *Hesperia* Supplement XIV (1975).

EL NUEVO SISTEMA TRIBAL

Pero para ver con mayor claridad qué era lo que Clístenes trataba de hacer y en qué se equivocó, debemos examinar con cierto detalle cuáles fueron las medidas que tomó cuando al fin, con el decidido apoyo del *demos*, fue capaz de derrotar a Iságoras y a un contingente espartano que éste había llamado en su ayuda y de poner en práctica sus propuestas, responsables, seguramente de aquel apoyo del *demos* (508 a.C.,). Sobre el papel, los resultados no fueron espectaculares. La unidad administrativa básica del Atica pasó a ser el *"demo"*, un pueblo, una localidad, un barrio de la ciudad; los *demos* tal vez unos ciento setenta en total, fueron distribuidos en treinta grupos llamados *trittyes*. Algunos incluían un único *demos* de gran tamaño, otros hasta diez más pequeños. Casi todos eran regiones contínuas geográficamente homogéneas, pero unos pocos incluían también a algún *demo* alejado del resto. A cada una de las diez nuevas tribus que sustituyeron a las cuatro tribus jonias se le asignaron tres *trittyes*, escogidas según la tradición, por sorteo; una entre un grupo de diez de los alrededores de la ciudad, otra de un segundo grupo de diez de la costa, y una tercera de un grupo de diez del interior. Hubo también cambios administrativos: el consejo contaba ahora con quinientos miembros, cincuenta por cada tribu, en lugar de los cuatrocientos que tenía el de Solón; los jefes de las tribus pasaron de cuatro a diez, y así sucesivamente, pero nada hay en todo esto que parezca especialmente relevante. Se ha sospechado, no sin razón, que hubo reformas más radicales en las competencias del consejo, de la asamblea y en otros terrenos pero no hay forma de eludir el hecho cierto de que los atenienses posteriores sólo recordaban de Clístenes su reforma tribal y la ley de ostracismo que discutiremos más adelante. A primera vista, no es fácil adivinar por qué el *demos* había de encontrar todo esto tan digno de ser recordado o a la vez, tan atrayente o cómo fue posible afirmar que con ello creó Clístenes la democracia ateniense.

Incluso Aristóteles se encontró perplejo y en consecuencia, pro-

puso una teoría a la que concedieron excesivo crédito los historiadores posteriores: que Pisístrato había otorgado la ciudadanía a una multitud de inmigrantes quienes, al ser privados de ella con el retorno de los aristócratas en el 510, formaron el núcleo del apoyo con que contaba Clístenes; los cambios en las tribus, según eso, se habrían introducido al objeto de mezclar a los ciudadanos y de ocultar la nueva concesión de la ciudadanía a sus partidarios. La privación y la nueva concesión de la ciudadanía sobre la que se apoya esta teoría pueden muy bien ser ciertas; pero creo que bastará con destacar que, por muchos que fueran los expulsados, difícilmente superarían en número a los atenienses nativos, ni siquiera en las zonas circundantes de la ciudad; y lo que es aún más importante, no podían ofrecer lo que Clístenes más necesitaba antes de su éxito definitivo, es decir, votos. Aristóteles llegó incluso a afirmar que la posterior nomenclatura oficial de los atenienses por nombre y *demo* en lugar de nombre y patronímico fue introducida por Clístenes, a fin de que el origen extranjero de sus nuevos amigos no se pusiera de manifiesto, como ocurriría si, de acuerdo con la costumbre normal en Grecia, añadían el nombre de su padre al suyo propio. Aristóteles no valora en su justa medida ni la fuerza de la natural curiosidad, ni los servicios de información que toda pequeña comunidad puede ofrecer sobre cualquiera de sus miembros ni tampoco explica por qué el nombre del padre ha de poner de manifiesto lo que el propio de un individuo puede ocultar.

LA IMPORTANCIA DEL DEMO

Con todo, la introducción de la nueva nomenclatura nos ofrece de hecho la clave para la comprensión de un elemento vital de la reforma. El único efecto que pudo tener no sería el de ocultar, sino el de poner de relieve dos cosas: la unidad del *demo* y la igualdad de todos sus miembros *qua* miembros. Y aquí precisamente, en la nueva importancia y en la organización interna del *demo* tenemos, estoy seguro, el caramelo que Clístenes puso ante los ojos del *demos* ateniense. La lealtad a la patria chica es un fenómeno universal. En el Atica hasta poco antes lo había significado todo y aún seguía significando mucho. El *demo* hacía girar a esta lealtad en torno a un nuevo centro: un *demo* constitucional sustituyó a la fratría consuetudinaria. Los funcionarios reemplazaron a la familia dirigente del distrito, y esta constitución, además, era democrática; sus funcionarios se elegían.

La fratría, como he dicho, fue un producto natural del período caótico que siguió a las invasiones, cuando apenas existía una organización estatal. Hacia el siglo VI ya había una organización semejante que sin duda debió descender desde los niveles superiores hasta los locales a través de toda clase de vías (impuestos, servicio militar, etc.),

pero, aunque ignoramos por completo los detalles, difícilmente puede dudarse de que la administración estaba vinculada en todos los departamentos, más o menos estrechamente, al sistema de la fratría. Por poner sólo un ejemplo: prescindiendo ahora de las complicaciones planteadas por la existencia de varios grupos subordinados, podemos afirmar que hacia el 510 la condición suficiente y necesaria de la ciudadanía para la inmensa mayoría de los atenienses, si no para todos, era el pertenecer a una fratría. Los detalles del sistema posterior son asimismo difíciles de conocer, pero es seguro que toda la maquinaria administrativa se canalizaba ahora a través del *demo*. Para seguir con el mismo ejemplo: un ciudadano era ahora el hombre que había sido aceptado por sus demotas como un verdadero miembro del *demo*.

Cada año la asamblea del *demo* elegía a su *demarchos*, su alcalde, un consejo y otros funcionarios, y el ciudadano dependía de esta organización no sólo para el gobierno local como tal, sino como el conducto a través del cual recibía las instrucciones del gobierno nacional de Atenas, y como ámbito en donde adquiría la experiencia política necesaria y a través del cual era admitido en el gobierno nacional. Como miembro de la asamblea ateniense, por supuesto, era un individuo desconectado de cualquier grupo; pero si llegaba a ser miembro del consejo ateniense, llegaba en calidad de miembro de su *demo*. Con otras palabras, para la mayoría de los atenienses el *demo* lo era todo; incluso para el hombre con ambiciones políticas, podía ser una útil escuela y en todo caso, un elemento con el que tenía que contar.

Esto no quiere decir que la democracia naciera en el *demo* de la noche a la mañana. Sin duda, en los primeros momentos el *demarchos* era la mitad de las veces, el jefe de la fratría aunque con distinto nombre, pero el noble produce menos impresión en el Consejo que en la casa solariega, aunque sólo sea porque ha llegado allí por votación y no por nacimiento; además, estos cambios, drásticos como lo fueron, no hacían sino continuar y sancionar precisamente aquel proceso espontáneo alentado por los tiranos, que buscaba la liberación de las cadenas impuestas por la aristocracia. No pudo pasar mucho tiempo antes de que el demota medio viera en el nombre del *demo* que compartía con su aristocrático vecino, y en la asamblea del *demo*, en donde tal vez seguía votando en favor de su aristocrático vecino, signos palpables de independencia e igualdad.

EL SENTIDO DE LAS TRIBUS

Pero Clístenes no se limitó a crear el *demo*; lo encuadró también en un contexto más amplio. Fácilmente hubiera podido obtener todos los efectos enumerados más arriba sin necesidad de esa curiosa superestructura de *trittyes* y tribus que levantó sobre la base del *demo*. ¿Por

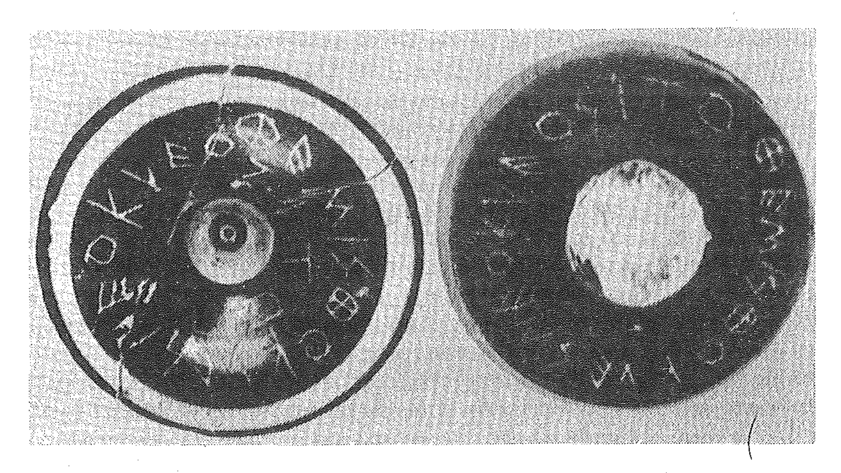
qué los creó, entonces? ¿Por qué no se limitó a dividir los *demos* por regiones entre tantas tribus como quisiera tener y dejar así las cosas? Evidentemente, su propósito era separar a ciertas personas o bien juntar a otras. Pero ¿por qué? Hablando en general, hay dos respuestas posibles. O su conversión al partido del *demos* era sincera y todas sus medidas tenían por objetivo salvaguardar el futuro de éste (o simplemente mejorar el mecanismo del gobierno ateniense); o por el contrario, al tiempo que daba al pueblo lo que quería, Clístenes pretendía proporcionar para él y su familia una posición segura en el nuevo régimen. En el primer caso, el sistema de las *trittyes* habría sido diseñado de forma tal que mediante combinaciones o separaciones eliminara ciertos peligros para la paz interna del Atica. En el segundo, se emplearía el mismo procedimiento para eliminar o debilitar la oposición a los Alcmeónidas. Si planteamos el problema de esta manera, es obvio que sólo un conocimiento muy detallado tanto de los límites precisos de las *trittyes* como del modelo de distribución económico, social, etc., de la población ateniense podría darnos una respuesta definitiva. Pero no contamos con nada semejante y lo que sigue es, por tanto, en su mayor parte, mera conjetura. El punto de partida obvio es la división general de las *trittyes* en sus tres grupos de urbanas, costeras y del interior pero no encuentro una clara explicación para ella. Sin duda, no tiene nada que ver con los antiguos partidos, anteriores a la tiranía, de la Llanura, la Costa y la Montaña, ya que la circunscripción urbana es totalmente nueva y las *trittyes* costeras abarcaban una zona mucho más amplia que la antigua *Paralia* e incluían gran parte de la *Hyperakria*. Tampoco es posible sostener sobre ninguna base firme que Clístenes trataba de hacer que cada tribu fuese representativa de la totalidad de la población del Atica, con tantos pescadores, tantos artesanos, tantos labradores o algo por el estilo. Pues en este sentido los nombres pueden inducirnos a error: un porcentaje muy amplio, la mayoría tal vez, de la población "urbana" estaba integrado por agricultores ya que las *trittyes* urbanas abarcaban una zona que se extendía unos ocho kilómetros en todos los sentidos a partir de la ciudad; la mayoría de la población "costera" sería análogamente agrícola. Es verdad que las tierras más fértiles se encontraban en el interior y es posible que hubiera otras diferencias importantes entre las distintas zonas, pero no es fácil saber cuáles eran ni creer que algo parecido constituyó un factor importante en la división. Además, en uno o dos casos, las *trittyes* costera y del interior de la misma tribu son contiguas o casi: y aunque nuestro desconocimiento de los detalles no nos permite hacer inferencias seguras a partir de este dato, uno no puede evitar el pensar reunir a la gente no es el mejor modo de mantenerla separada.

Este pensamiento debe afectar por fuerza al enfoque para nuestro próximo tema de reflexión, el de las *trittyes* consideradas como unidades más que como partes de los tres grupos, y tal vez nos obligue a preguntarnos si la división fue diseñada no para separar o unir en

general sino para separar y/o unir en ciertos casos específicos, si Clístenes cuando trazó sus líneas no lo hizo según un principio general sino por razones particulares en cada caso y, de hecho, un reciente estudio de algunos de estos casos confiere cierta verosimilitud a la idea. El argumento parte de los ejemplos, ya mencionados, de *trittyes* divididas. En dos casos, al menos, es seguro que el *demo* asignado a una *trittyes* relativamente distante y sin duda, geográficamente distinta era centro de un culto local importante, es decir, de un culto que antes habría estado dominado por la familia principal del distrito en cuestión y que atraería clientes en un área muy superior a la del propio *demo*. Bajo las nuevas normas, el culto, como tal culto, conservaría su fuerza, pero muchos de sus adeptos pertenecerían, políticamente hablando, a una unidad por completo diferente de la de aquellos que lo controlaban. En materias distintas de las religiosas, la familia principal se vería obligada a proyectar su influencia, no sobre sus antiguos seguidores de las zonas vecinas, sino sobre una muchedumbre desconocida del otro lado de las montañas.

Son muy pocos los ejemplos de tan cuidadosa manipulación de los límites, pero suficientes para hacernos sospechar que también en otros muchos casos Clístenes dividió sus *trittyes* con la deliberada intención de disolver en lo posible las influencias aristocráticas. Hay demasiados imponderables para describir los efectos de todo ello en detalle. Ante todo, no sabemos lo suficiente sobre el cometido de la *trittys* ni sobre el de la tribu en cuanto tribu. Por una parte, es cierto que ni la *trittys* ni la tribu tenía significación alguna en la asamblea nacional: allí, cada hombre estaba totalmente solo, expuesto a cualquier influencia que pudiera ejercerse sobre él, incluyendo cualquier rastro que le quedara de su antigua obediencia a las órdenes de su dueño. Para el ateniense en la asamblea, Clístenes nada significaba. Pero, por otra parte, es igualmente cierto que tanto en calidad de soldado como en la de miembro del consejo nacional no podía sustraerse al influjo de la tribu o de la *trittys*, y que el mero hecho de que su antiguo dueño estuviese al mando de un regimiento diferente, o de que fuera representado por un comité tribal diferente en el consejo, tuvo que transformar sus sentimientos hacia él. Entre ambos extremos pudo haber también otras muchas formas, legales o no, de sentirse libre de los vínculos tan a menudo indefinibles impuestos por el ambiente de la fratría.

Pero *¿cui bono*? O mejor dicho, ¿quien sufrió las consecuencias? ¿Los aristócratas en general o un grupo escogido de ellos? Más en concreto: ¿dio Clístenes a su familia el mismo trato que había dado a los demás? Aquí el terreno es más dudoso aún, pero dos curiosas coincidencias nos hacen sospechar que la intención era más beneficiar a los Alcméonidas que a la democracia. En el 508, los Alcméonidas ya no residían en un único lugar. Originariamente, es probable que vivieran en la costa suroeste, en la *Paralia* post-soloniana; pero ahora varias ramas de la familia se habían establecido en tres *demos* diferentes de la zona urbana, asignados por Clístenes a tres *trittyes* diferentes.



Dos *ostraka* de Temístocles (pág. 180), quien a juzgar por los ejemplos conservados, fue con mucho el candidato más popular al ostracismo de todos los tiempos. Temístocles fue de hecho condenado al ostracismo en el 470 (pág. 180), pero estos trozos de cerámica corresponden a finales de la década del 480: ha de tratarse de una reacción a su campaña por condenar al ostracismo a distintos políticos (p. 190). Y aparentemente, una reacción organizada ya que muchos de estos fragmentos de cerámica fueron garabateados por la misma mano y llevan idéntico mensaje (''Que se vaya Temístocles, hijo de Neocles'') probablemente para distribuirlos entre los votantes que lo desearan.

Otra familia, estrechamente vinculada con ellos por entonces, ocupaba un cuarto *demos*, parte de una cuarta *trittys.* Ahora bien, por extraño que parezca, estas cuatro *trittyes* urbanas fueron asignadas precisamente a aquellas cuatro costeras que juntas abarcaban todas la costa suroeste, la antigua *Paralia*, que los Alcmeónidas habían controlado una vez, y al mismo tiempo, la *trittys* urbana en donde estaba el cuartel general de la familia quedó unida a la *trittys* costera que antes (y probablemente todavía ahora) les servía como sede rural.

Si todo esto es pura casualidad, entonces Clístenes, mediante una cuidadosa planificación, buscaba destruir las lealtades existentes para dar a su nueva constitución la oportunidad de desarrollarse antes de que se lo impidiera, como a la de Solón, la enorme fuerza del dominio aristocrático tradicional. Si no es una coincidencia, entonces Clístenes concedió al *demos* lo que éste deseaba, pero puso buen cuidado en asegurarse de que sus rivales perdieran sus oportunidades de jugar el juego aristocrático mientras él y su familia no sólo conservaban las suyas sino que las incrementaban incluso, por mucho que los viejos aristócratas mantuvieron su poder anquilosado en el entramado de la fratría, al delimitar él zonas de influencia propias dentro del nuevo sistema. Habida cuenta del pasado de Clístenes, de los motivos que constan de sus acciones y de la historia posterior de su familia (que nunca se distinguió por su aprecio hacia el resultado del trabajo de su antecesor) estoy seguro de que esta última posibilidad es la correc-



Un *ostrakon* con el nombre de Arístides, "híjo de Lisímaco" (pág. 199). Arístides fue condenado al ostracismo en el 482 después de un desacuerdo con Temístocles sobre el uso de una nueva veta de plata descubierta en Laurión, al sudeste del Atica. Arístides era partidario de distribuir los beneficios y Temístocles de construir las naves que habrían de ganar la batalla de Salamina. Los atenienses votaron a favor de Temístocles demostrando una vez más que la democracia no tiene por qué ser egoísta ni irresponsable. Pero no siempre estuvieron, Arístides y Temístocles, en campos políticos diferentes.

ta. Pero nadie puede demostrar que Clístenes no fuera un hombre sinceramente convertido a un nuevo ideal como consecuencia de su momentánea derrota a manos de Iságoras. Como tal, sería un especimen raro, pero no único.

EL OSTRACISMO

Es más, la idea de que Clístenes era un reformador desinteresado encuentra a primera vista, cierto apoyo en que fue él quien creó el ostracismo. En virtud de este curioso procedimiento, una vez al año, el *demos* podía, si así lo deseaba, enviar a cualquier ciudadano a un exilio de diez años. Primero había una votación para decidir si un ostracismo era necesario o no; después en caso afirmativo, cada ateniense garabateaba en un fragmento de cerámica (*ostrakon*) el nombre del político del que consideraba preferible prescindir; el vencedor, por decirlo así, tenía que abandonar el país.

El primer ostracismo que conocemos tuvo lugar en el 487 a.C., y algunos historiadores, perplejos ante el hiato de veinte años, se han negado a prestar crédito a nuestra única fuente coherente sobre el tema, Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 22), que atribuye esta medida a Clístenes; con más razón, han rechazado también la explicación de Aristóteles quien ve en ella una salvaguardia contra cualquier tiranía futura, señalando que no supondría un obstáculo para ninguna de las vías

normalmente utilizadas por los tiranos para acceder al poder: por la fuerza o gracias a la popularidad personal. Más bien debemos ver en él, creo (aunque se han propuesto también otras muchas teorías) un mecanismo para conceder a los atenienses la oportunidad de tomar una decisión inapelable sobre un asunto político de la mayor importancia, cuando la indecisión podría ser peligrosa o los sentimientos desatarse hasta desembocar en un conflicto civil; en suma, la oportunidad de resolver con medios constitucionales, precisamente el tipo de oposición que había existido entre Clístenes e Iságoras. En tal caso, su atribución a Clístenes no tiene por qué ser puesta en duda.

Ahora bien, ¿podría un hombre atento tan sólo a asegurar su posición en el estado, mediante las mínimas concesiones al *demos* y a la vez mediante un sistema amañado para servir a sus intereses, *correr* el riesgo de poner en manos de una asamblea popular un arma como ésa, que tan fácilmente podía volverse contra él? ¿No debemos pensar más bien en un hombre que planea para su país un futuro pacífico, estable y democrático? Sin duda; pero esta impresión puede movernos a engaño. Todo depende de cómo viera Clístenes a ese *demos* que estaba "añadiendo a su facción". He intentado describir a ese *demos* como consciente a medias de su nueva identidad como fuerza política, es decir, consciente de que era agradable intervenir en los asuntos de los *demos* o del estado y de que era desagradable sufrir los abusos o ser dominado por los aristócratas, un *demos* a punto de darse cuenta (o al menos, de actuar como si lo hiciera) de que podía intervenir aún mucho más, pero lejos todavía de ser capaz de formular (o de comprender) nada parecido a una teoría democrática del gobierno. Las palabras utilizadas para describir el programa de Clístenes eran todavía *isonomia* e *isegoria*, igualdad ante la ley y, muy aproximadamente (es díficil captar el significado preciso) igualdad en la asamblea. Ambas tenían en el 508 mucho más contenido que en los días de Solón, pero no importaba cuánto más, estaban aún muy lejos de constituir una auténtica afirmación de *demokratia*.

Clístenes, sin duda, compartía la general miseria teórica: no disponía ni de vocabulario adecuado ni de modelos disponibles en otros estados de Grecia que le ayudasen a forjarse la imagen de un *demos* activo, con la adecuada conciencia de clase. Le era posible observar a los hombres que veía a su alrededor y nada más, observarlos a ellos y a la actitud provocada por su creciente deseo de independencia, deseo que, como aristócrata que era, no podía compartir. Con esto vería que las cosas habían cambiado (eso era evidente), pero bien es posible que no percibiera cuán fundamental había sido el cambio. Un hombre no se desprende de la noche a la mañana de siglos de prejuicios aristocráticos y no parece difícil imaginarse que Clístenes, aunque sintiera lo generalizado del descontento popular y se diera cuenta de que era preferible explotarlo apelando a todo el pueblo más que a un conjunto de facciones adeptas, pudo seguir pensando en términos de facciones, pudo soñar en un nuevo estilo de seguidores, en una pirámide de

nuevo cuño, con todo el *demos* en su interior y sólo Clístenes firmemente asentado en su cima. Como buen ateniense, Clístenes deseaba dotar a Atenas de una administración nueva y más eficaz (los detalles de este importante aspecto de su obra no nos atañen); como buen aristócrata, deseaba que sus seguidores estuvieran contentos y estaban dispuesto a concederles, dentro de ciertos límites, lo que querían; como político sagaz, sin embargo, hizo cuanto pudo para que la administración ideada por él y las concesiones que hizo perjudicaran a sus rivales y sólo a ellos; todo lo que pedía a cambio era que sus partidarios y los que antes habían sido partidarios de sus rivales, es decir, todo el *demos* ateniense, le profesaran el tipo de lealtad que él y todos los aristócratas daban por supuesto en sus seguidores privados. Con este único requisito, el ostracismo cumpliría su útil función, pero no se volvería en contra suya; el sistema de circunscripciones satisfaría la ambición del *demos*, pero jamás causaría problemas en una circunscripción alcmeónida. Su único fallo residía en que esperaba una lealtad que, por su propia naturaleza, un *demos* no puede prestar. Una fuente poco fiable nos cuenta que el propio Clístenes fue condenado al ostracismo. Es una historia falsa sin duda alguna y es una pena. Hubiera sido agradable poder pensar que fue derrotado con sus propios *ostraka* y muy interesante saber cuántos en su propio *demo* hubieran votado en contra suya. En otras palabras, Clístenes confiaba en que un modo aristocrático de pensar podría sobrevivir dentro de una constitución democrática y, por supuesto, hay sociedades en donde tales cosas han ocurrido (*mutatis mutandis*, Esparta es un ejemplo), pero Atenas estaba cambiando demasiado deprisa y los atenienses eran demasiado aventureros como para permitir ahora que la situación se estancase.

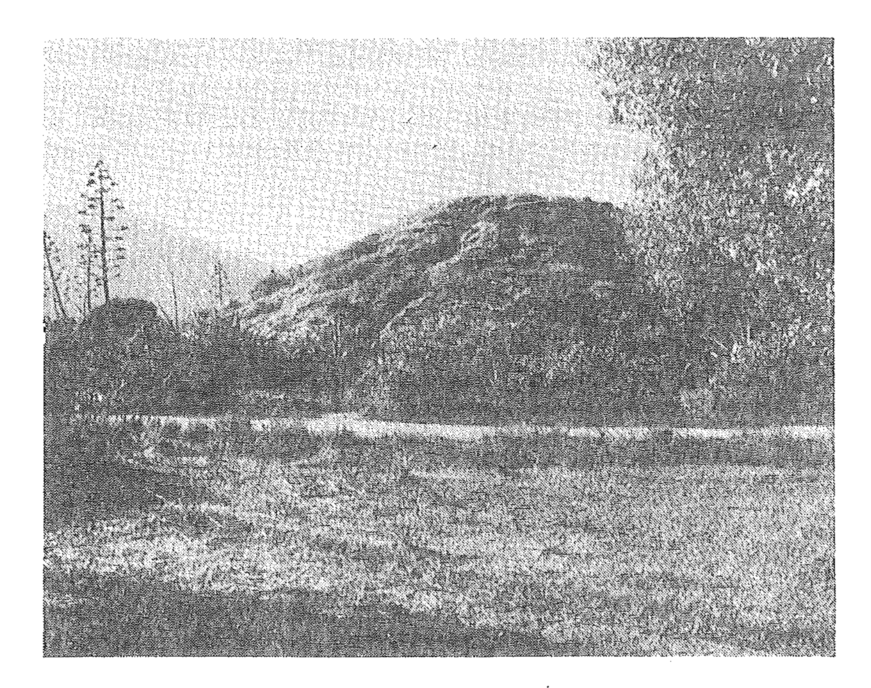
9. DE CLISTENES A EFIALTES, 508-462 a. C.

POLITICA EXTERIOR

Clístenes, pues, puso en libertad al *demos*: confiaba en que, libre de cadenas, el perro seguiría llevando un collar alcmeónida. Menos de diez años después, el perro prescindía de ese collar en total rechazo a la política sobre la que Clístenes y sus sucesores alcmeónidas habían basado sus planes para la supervivencia de Atenas. La consecuencia fue que tras veinte años de crisis, se demostró que los Alcmeónidas estaban equivocados; Atenas no sólo sobrevivió sino que llegó a triunfar y el *demos* ya no llevaría más collar que el suyo propio.

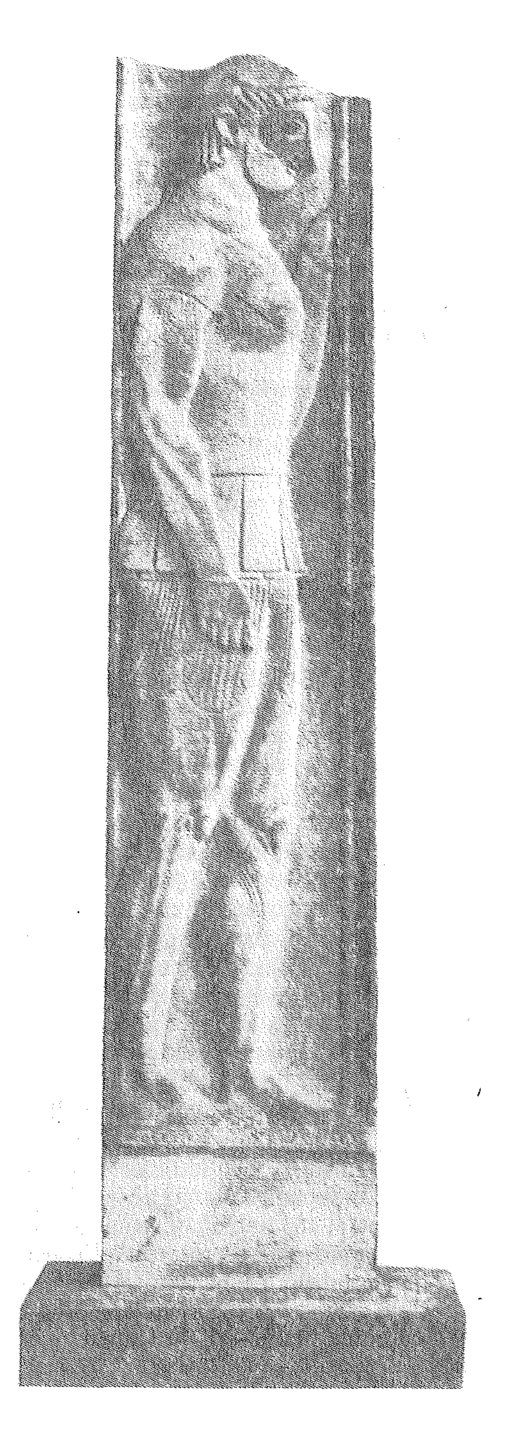
El problema era uno de política exterior. ¿Cuál debía ser la actitud de Atenas frente al Imperio Persa que, hacia el 540 a.C., había arrebatado Asia Menor a los lidios y ocupado las ciudades griegas de la costa oriental del Egeo? Ante el temor a una nueva intervención espartana para apoyar a los aristócratas, Clístenes había buscado la alianza con los persas. Las condiciones de Persia fueron rechazadas (lo cual puede ser ya un síntoma de que la "lealtad" ateniense era menor de lo que Clístenes pensaba), pero los Alcmeónidas continuaron siendo partidarios de la colaboración. Esta actitud, sin embargo, tuvo que ser abandonada a medida que el argumento más claro en su favor (la seguridad frente a Esparta) fue perdiendo fuerza y sobre todo, cuando Atenas decidió apoyar un levantamiento de los griegos de Asia contra los persas en el 499. Pero no hubo la firmeza suficiente para proseguir el audaz gesto inicial de enviar veinte naves al otro lado del Egeo y se hizo regresar a casa a las naves mucho antes de que la sublevación fuese aplastada en el 494. Pero con ello, Atenas invitaba a los persas para que invadieran Grecia y cuando la invasión tuvo lugar, primero del Atica en el 490, y luego de toda Grecia en el 480-79, no le quedó a Atenas otra alternativa que resistir o someterse por completo. Desde una perspectiva racional era absurdo pretender resistir, pero aún así, para asombro de todos, los hoplitas atenienses en Maratón, en el 490, obligaron al ejército persa a reembarcarse tras matar a más de seis mil y habiendo perdido sólo ciento noventa y dos hombres y en Salamina en el 480, una escuadra griega, aunque en su mayoría ateniense, bajo mando espartano, pero operando con una estrategia de inspiración ateniense, derrotó a la flota persa muy superior en número y puso en fuga a lo que quedó de ella.

El enorme ejército persa y su imponente flota (sin duda, no me-



El túmulo funerario *(Soros)* de los ciento noventa y dos atenienses que cayeron en Maratón. Está situado aproximadamente en el centro del campo de batalla y desde él se domina la llanura por donde avanzaron los hoplitas atenienses "a la carrera" desde su campamento de las colinas para enfrentarse a un ejército persa muy superior en número.

nos de seiscientos barcos y quizá, un cuarto de millón de hombres) había ocupado toda la Grecia al norte del istmo de Corinto e incluso cuando, después de Salamina, Jerjes decidió retirarse, dejó tras de sí tropas suficientes como para acabar con el ejército griego aliado. Fue precisa otra gran batalla por tierra, en Platea, en el 479, para liberar el continente, y otra más que tuvo lugar, según la tradición en el mismo día, en Micale, en Asia Menor, para destruir el resto de la flota enemiga y garantizar la seguridad de las islas y de los griegos de Asia. En estas dos batallas, Atenas desempeñó un papel más reducido; en conjunto, la campaña fue una victoria de todos los griegos, pero como dijo Heródoto (VII, 139), "quien diga que los atenienses fueron los salvadores de Grecia no andará lejos de la verdad". Sus casas y templos habían quedado destruidos, sus campos devastados (en el 480 y, de nuevo, en el 479, cuando los persas ocuparon toda el Atica, los atenienses habían huido *en masse* al Peloponeso y a la isla de Salamina); pero ganaron mucho más de lo que perdieron, en prestigio y, sobre todo, en confianza en sí mismo. No es ninguna sorpresa que, ante la negativa de Esparta de ponerse a la Cabeza de una ofensiva contra Persia, Atenas no vacilara un momento en formar una nueva alianza



Estela funeraria de Aristión, por el escultor Aristocles (c. 500 a.C.). En las *stelai* de este tipo los jóvenes aparecían por lo general como atletas, los adultos como soldados.

con los griegos de Asia y con los de las islas "para tomar venganza de cuanto habían padecido, devastando la tierra del Rey"; una asociación libre a la que todos contribuían con naves, hombres o dinero y en la que todos tenían voz en las decisiones que se tomaban en las reuniones de Delos, aunque desde un principio, sus generales y tesoreros fueron atenienses. Y dada la indolencia de los aliados y la energía ateniense, no tardó mucho tiempo en convertirse en un imperio de Atenas.

Es en este marco en donde debemos situar la evolución política del medio siglo posterior a Clístenes. A primera vista los datos que tenemos no parecen ser de mucha ayuda. En el 487, dicen, se introdujo (o se restableció, véase p. 142) el sorteo para el arcontado en lugar de la elección directa en uso desde el 510; un cambio de cierta importancia, porque implicó que en muy poco tiempo los generales de las tribus, los *strategoi*, elegidos cada año pero reelegibles repetidas veces, arrebataron a los arcontes el protagonismo político con lo que quedó abierto el camino para la supremacía de un Pericles. Pero nada se sabe ni sobre los hombres que promovieron el cambio, ni de sus motivaciones, ni de sus argumentos.

Fuera de esto, no sabemos que ningún asunto de política interior haya provocado disensiones entre los atenienses hasta llegar al momento de los cambios constitucionales del 462 que dieron su configuración definitiva a la democracia ateniense. Entre el 479 y el 462, lo mismo que antes del 479, los debates políticos en Atenas se centraron, al parecer, en la política exterior. En principio, el tema a debatir seguía siendo el mismo: combatir o no contra Persia; pero el contexto era muy diferente y el énfasis muy distinto. Por supuesto no es probable que nadie se opusiera a la formación de una liga antipersa en el Egeo, pero ya en el 478 y cada vez más a medida que el peligro persa se alejaba, era posible argumentar que había otro enemigo más cercano, molesto por la reciente preponderancia de Atenas y preparado para socavarla aún a riesgo de una guerra: Esparta; en consecuencia, era posible sugerir que no bastaba con una serie de expediciones de castigo en el este, por muy afortunadas, lucrativas o gloriosas que fueran; que mucha diplomacia y quizá un mínimo esfuerzo militar en el Peloponeso, aún a costa de disminuir algo la presión contra Persia, aportaría una recompensa mucho más importante: ver a la única rival de Atenas por la supremacía de Grecia tan enmarañada por la hostilidad de sus vecinos que se viera obligada a aceptar sin lucha la competencia e incluso la hegemonía de Atenas.

El hombre que exponía estos argumentos y en la medida de sus fuerzas intentó acomodar a ellos su conducta a lo largo de la década del 70 fue Temístocles, el mismo que en el 483 había convencido a los atenienses para que construyeran los barcos que derrotaron a los persas y había ideado la estrategia que condujo a una victoria decisiva en Salamina. Pero con una energía y una perspicacia características, aunque sin excesivo sentido de la realidad inmediata, había vuelto su atención de Persia hacia Esparta tan pronto como se logró la victoria

final y había dejado para otros la fácil popularidad que podía obtenerse en el Egeo recolectando los frutos de su clarividencia. Inmediatamente después de la retirada persa, logró burlar un intento de los espartanos, que querían evitar la reconstrucción de las murallas de Atenas, entreteniéndoles con negociaciones mientras todos los atenienses útiles ponían manos a la obra para levantar un recinto que fuera de algún modo defendible. Este cambio de orientación fue fatal para él. En el 470 fue condenado al ostracismo y no mucho después, justo cuando la liga acababa de obtener el éxito más brillante de su carrera en la batalla del Eurimedonte (469), calumniosas acusaciones de connivencia con los persas a las que, sin embargo, su actual política daba ciertos visos de verosimilitud, obtuvieron una condena por traición y su huida a la corte del rey persa.

Pero la política de Temístocles no sucumbió con su desgracia. En el 460 Atenas se hallaba en guerra con Esparta (la llamada primera guerra del Peloponeso de 460-45); y aunque apenas hay información directa que permita vincular con Temístocles a los hombres que promovieron esta guerra, es difícil dudar de que tales vínculos existieron. Eran estos hombres —el joven Pericles y su líder, el nebuloso, pero apasionante Efialtes,— los mismos que dos años antes habían propuesto y llevado a cabo las medidas que eliminaron de la constitución ateniense los últimos vestigios de los privilegios aristocráticos.

No hay duda, pues, de que en el debate interno del 462 los atenienses, hablando en general, estaban divididos en los dos mismos campos que se habían enfrentado en los años anteriores por cuestiones de política exterior. Ahora al menos, la disyuntiva Persia/Esparta no podía separarse de lo que casi podríamos llamar diferencias ideológicas, incluso aunque no derivara de ellas. Por una razón: es muy posible que Esparta ya atrajera por entonces algo de esa veneración como modelo de inmovilismo político que en los años siguientes se volvería más intensa y más perjudicial. Pero aunque las fuentes sólo ofrezcan en este sentido, unas cuantas alusiones esporádicas, estoy seguro de que podemos rastrear la conexión a lo largo de los años precedentes, es decir, que ser antiespartano en el 479 implicaba, al igual que en el 462, ser "radical" cualquiera que fuese el significado de la palabra en este contexto y que partiendo de tal suposición, podemos reconstruir los "partidos" de este período y tratar de adivinar sus diferencias en política interior con ciertas garantías. Y ello, en gran parte, porque las disenciones internas del 462 miraban al pasado casi tanto o incluso más que al futuro.

EL AREOPAGO

Expliquémonos. Clístenes no hizo gran cosa para cambiar el gobierno central de Atenas; en particular no hizo nada para disminuir

las competencias del antiguo consejo aristocrático, el Areópago. No conocemos estas competencias en detalle, pero sabemos al menos que ejercía algún control sobre los magistrados (probablemente, entendía las acusaciones contra ellos cuando abandonaban el cargo), y una especie de supervisión sobre la legislación en conjunto (probablemente para comprobar que no había contradicciones internas) y que tenía amplios poderes judiciales, a la vez como tribunal por derecho propio y como cuerpo consultivo de los arcontes en sus respectivos tribunales; asimismo, por lo que sabemos, tal vez desempeñara gran parte de las funciones que a finales del siglo V eran competencia del Consejo



Plato ático de figuras rojas de c. 520-10 a.C., obra del pintor de Cerbero. Bordeando a la figura de un arquero montado con atuendo escita, una borrosa inscripción afirma: "Milcíades es bello". Posiblemente, el mismo Milcíades al que Hipias envió como tirano al asentamiento ateniense en el Quersoneso tracio y que, expulsado de allí por los persas en el 493, regresó para dirigir la victoria ateniense en Maratón.

de los Quinientos. Es una mera suposición que Clístenes concediera a su consejo poderes más amplios que los que había tenido el que le precedió. Pero por encima de sus atribuciones concretas, mucho más importante era la autoridad indefinida e indefinible de que gozaba por el mero hecho de ser un organismo aristocrático, la autoridad de la institución en cuanto tal, y la autoridad conjunta de sus miembros, todos ellos ex magistrados y muchos destacadas figuras políticas del momento. Pero para modificar una esfera de competencias, basta con una ley y ese fue el núcleo de las reformas del 462. A partir de entonces, el Areópago conservó el derecho de juzgar los casos de homicidio y unos cuantos crímenes más que se pensaba, tenían un significado religioso, pero sus restantes atribuciones fueron transferidas al Consejo de los Quinientos, a la asamblea o a los tribunales de apelación establecidos por Solón. Lo curioso del caso es que el Areópago parece haber perdido junto con sus poderes gran parte de su autoridad; y esto de una vez y casi sin lucha. La única explicación posible es que su autoridad era ya más débil que las atribuciones en las que se manifestaba; que la mayor parte de los atenienses, consciente o inconscientemente consideraba al Areópago como una anomalía en la constitución del 462, es decir, en la del 508.

En el 508 no pensaban así ni Clístenes ni, al parecer, sus seguidores. ¿Cómo, pues, llegó a producirse semejante cambio? La introducción del sorteo en la designación de los cargos tuvo que contribuir a ello. Entre el 510 y el 487, los arcontes, electos, habían sido los dirigentes de Atenas. Y tras haber reclutado sus miembros entre ellos durante más de veinte años, el Areópago debió convertirse en un organismo capaz e impresionante. Pero después del 487, aunque quienes alcanzaban el arcontado y llegaban al Areópago aún pertenecían a las dos clases censitarias superiores, estos hombres constituían simplemente una representación aleatoria de la aristocracia, no eran aristócratas elegidos por el pueblo.

Para el 462, el Areópago probablemente había perdido en buena medida, su condición de foro para la élite política del país. Pero esto no basta: un organismo como el Areópago no decae por el mero hecho de ser estúpido o no representativo. Es probable que la introducción del sorteo sea más un síntoma de un cambio de actitud que su causa y es el cambio de actitud lo que importa.

De un modo u otro, lo que era natural en el 508 resultaba un absurdo en el 462; un verdadero absurdo, ya que al más leve golpe, el Areópago desapareció como fuerza política para el resto del siglo. Apoyarlo era sencillamente una locura.

ARGUMENTOS CONSERVADORES

Pero muchos atenienses todavía seguían apoyándolo, y los propios aristócratas se sintieron tan indignados por su desaparición como

para asesinar a Efialtes, inmediatamente después de su éxito, y como para pensar en hacer traición a Atenas en favor de Esparta en la guerra que siguió.

Por tanto, si queremos entender los acontecimientos de los años precedentes, hemos de tratar primero de comprender cómo se sentían ambas partes cuando Efialtes y Pericles les dieron la posibilidad de elegir, cuando la mayoría aceptó lo que a partir de ahora conocemos como "democracia plena".

Dirigía a los partidarios del Areópago un tal Cimón, aristócrata de nacimiento (era hijo de Milcíades, el héroe de Maratón) y por matrimonio (estaba casado con una Alcmeónida). Y, aristócrata como era, supo aprovecharse de la abdicación de Temístocles en el 479 y dirigir con gran éxito, las fuerzas de la liga de Delos en todas las campañas importantes desde entonces y hasta el 465. Inevitablemente, la simpatía que despierta el héroe joven tuvo que beneficiar a su política, bastante atractiva ya por sí misma, partidaria de proseguir la guerra contra Persia y de colaborar con Esparta y, en cierta medida, también a sus amigos, aristócratas como él, y a la institución que encarnaba su ideal: el Areópago. Un posible argumento conservador sería, por tanto: una aristocracia produce hombres como Cimón y desarrolla una noble política; no cambiéis a un equipo que está ganando y que cuenta con vuestras simpatías.

Sólo puedo imaginarme otro argumento, a primera vista igualmente irracional: el típico argumento conservador de que todo cambio es peligroso, más en concreto, que un cierto miedo es necesario para mantener sujeto al ciudadano medio y que unos tribunales integrados por tales ciudadanos no podrían nunca adquirir el prestigio ni la autoridad de un Areópago. A primera vista irracional, pero sólo porque sabemos que los hechos se encargaron de demostrarlo. En su momento, sin duda, despertaría algunos temores que los radicales de alguna forma, tenían que despejar.

RESPUESTA DE LOS RADICALES

Al nivel de la calle, era fácil encontrar respuestas para ambos argumentos. En el 465, Cimón había sufrido su primera derrota seria al intentar fundar una nueva colonia ateniense en Tracia; durante los dos años siguientes estuvo ocupado en el sitio de Tasos, una aliada sublevada, no una ciudad bárbara enemiga, que finalmente concluyó con éxito, pero en conjunto fue difícil y nada glorioso. A su regreso en el 463 fue procesado (y, cierto es, absuelto) por corrupción; lo mismo ocurrió con otros miembros del Areópago. Con ello se difuminó el halo del héroe y la imagen de sus venerables asociados quedó algo empañada. Todavía pudo persuadir a los atenienses para que enviaran un ejército en ayuda de los espartanos frente a la amenaza de una

sublevación de los ilotas en el 462, pero para mayor vergüenza, los espartanos,recelosos, le enviaron casi inmediatamente de vuelta a atenas; su preponderancia, discutida ya en el 463, se derrumbó.

Así desapareció el argumento del éxito; rebatir el argumento conservadurista requería mayor ingenio, pero hábilmente se recurrió a la pretensión de que eran ellos, los radicales, los verdaderos conservadores, de que había habido una época (no sabemos si se especificó alguna) en la que el Areópago carecía de las atribuciones actuales pues éstas las había ido usurpando con el paso de los años. La pretensión, por supuesto, era cierta en el sentido de que antes de Solón no habría nadie que dijera o pudiera decir "el Areópago tiene tales o cuales poderes" (fue Solón, como muy pronto, quien se encargó de definirlos), pero en realidad, era totalmente falsa. A medida que los atenienses crecían en madurez política, la actividad del Areópago se haría más perceptible y por ello, más hiriente, pero es difícil creer que los miembros del Areópago tuvieran alguna vez menos influencia de la que tenían en el 462. La pretensión es también interesante por cuanto representa el primer ejemplo claro que poseemos de un acercamiento teórico a los problemas de la política: la acusación de usurpación sólo puede formularse en una sociedad convencida de que su constitución está justificada por algo más que por una mera existencia. Y en efecto, hay en toda esta revolución cierto aire doctrinario del que en buena medida carecen las crisis anteriores (Solón se había basado en principios que eran más morales que constitucionales). Pero, dejando aparte lo que pueda haber de verdad o de interés en esto, se trataba de una cuestión a debatir, no de una argumentación coherente. Para encontrarla, hemos de dirigirnos al teatro.

Esquilo, para mí el más grande de los tres trágicos atenienses, era un radical y en el 457 llevó a la escena lo que creo que es la justificación que daban los radicales a sus reformas, es decir, la trilogía conocida como la *Orestiada*. Agamenón, al partir hacia Troya, recibe de los dioses la orden de sacrificar a su hija; según todas las leyes tradicionales de la venganza, su esposa, Clitemnestra, está obligada a derramar sangre por sangre y a su regreso de Troya, Agamenón es a su vez asesinado; pero, según esas mismas leyes, su hijo, Orestes, ha de matar a su propia madre y Clitemnestra también muere. El papel de vengador recae ahora sobre las Furias y, en nombre de la justicia, Orestes es acosado por toda Grecia por tan horribles criaturas, aunque no haya hecho sino cumplir con un deber que además le ha sido impuesto por los dioses. Hasta aquí, el debate se ha mantenido fuera de todo lugar y tiempo, pero Orestes, en su huida, llega a Atenas y bruscamente nos encontramos con que hay ya un lugar concreto, un tribunal ateniense y un tiempo, una curiosa componenda de presente y pasado, con el presente en primer plano. El tribunal también es una mezcla. La propia Atenea lo funda para que entienda en este caso de homicidio y lo denomina el Areópago y, pese a todo, al presidir este caso, se comporta igual que un magistrado de aquellos tribunales popula-

res a los que Pericles y Efiales habían transferido muchas de las competencias del Areópago. Y, por último, cuando esta combinación de lo viejo y lo nuevo absolvió a Orestes, se pudo encontrar también un hogar permanente para las Furias en Atenas, bajo la roca en la que se había reunido el Areópago, pero sólo a unos noventa metros de distancia de la Heliea y con su nuevo hogar, recibieron también un nuevo nombre, las Euménides, "las benevolentes".

Con todos estos niveles, tan diferentes, en juego, la justicia teórica y la práctica, la antigua Atenas y la nueva, no es fácil estar seguro de la actitud de Esquilo, sobre todo, cuando es tan poco lo que sabemos sobre el contexto político en el que se escribió la trilogía. Pero hay un punto de partida que parece sólido. Un hombre que representó la fundación del Areópago como la fundación de un tribunal de homicidios tenía que aceptar el argumento radical sobre la usurpación de atribuciones, tenía que ver con agrado los cambios del 462. Pero ¿por qué alabar tanto al Areópago?, ¿por qué en concreto, dar la bienvenida en la nueva ciudad, a las Furias, la encarnación de lo primitivo, es decir, de la justicia aristocrática?, ¿por qué dice Atenea en un determinado momento: "no debemos expulsar *to deinon*, es decir, a lo que inspira temor, a lo terrible, de nuestra ciudad?" (v. 698). ¿Era acaso Esquilo un "moderado"? No lo creo. Para que todo encaje, basta con suponer que los reformadores del 462 eran hombres serios y reflexivos, no revolucionarios irresponsables, o que al menos podían estar respaldados por hombres reflexivos. De hecho la respuesta objetiva que se daba al argumento de los conservadores era ésta: "Decís que la gente perderá el respeto a la ley, si se quita su administración de manos de quienes inspiran reverencia por derecho propio. Estáis en un error. El respeto a la ley no es bueno si consiste tan sólo en el temor a lo "terrible" y puede transformarse en algo mejor. Tanto los tribunales populares como el Areópago son tribunales, y los tribunales están al servicio de la ley. Es la ley en sí lo que deben respetar los hombres, y no el cuerpo privilegiado que la administre. El nuevo sistema legal ateniense, compuesto por el Areópago, la Heliea y las Furias, puede funcionar perfectamente". Y así fue.

LA VERDADERA CUESTION

Es posible que ni Esquilo ni sus correligionarios políticos expusieran su argumentación en estos términos y de la misma forma, que no tuvieran plena conciencia de sus implicaciones, esto es, que al atacar al Areópago no hicieran sino poner en práctica con mayor rigor el principio establecido por Solón y aceptado por Clístenes, aunque fuera de forma accidental, de que la constitución y la ley, han de ser independientes y más importantes que cualquier individuo o grupo que las administre, o, para expresarlo de otra manera y en términos más

clisténicos, el principio de que a ningún tipo de autoridad personal, respaldado por la tradición religiosa o aristocrática (siempre íntimamente entrelazadas), o por cualquier otro género de presión, se le debe permitir que intervenga excepto en la medida en que la ley o la constitución lo sancionen. En todo caso, cualquiera que fueran los términos que emplearan o la conciencia que alcanzaran sobre el puesto ocupado por su programa en la historia de las doctrinas constitucionales, lo que de hecho hacían al proponer sus reformas era invocar al pasado. Se limitaban a aplicar en una esfera de gobierno lo que ya se había aplicado en otras, contaban con la experiencia de más de una generación en todo lo que era la aplicación práctica de la idea de la vida constitucional y con la misma experiencia para encontrar a la vez extraña y molesta, la idea de una autoridad personal. Sólo el Areópago conservaba algo de esa autoridad y para eliminar semejante anomalía nada mejor que suprimir la sanción constitucional en la que todavía se basaba su influencia para-constitucional.

Este punto es fundamental. Los historiadores modernos han explicado a veces los cambios del 462 como el resultado de la aparición en política de una nueva clase, la de los tripulantes de la flota, recién creada y ya triunfante, los *thetes*; y han llegado a considerar estos cambios como un salto en el vacío hacia adelante, hacia un nuevo tipo de constitución: la llamada "democracia radical". Si estoy en lo cierto, ambos puntos de vista son probablemente falsos. Sin duda, muchos *thetes* pudieron ahora tomar parte en política, sin duda, su aparición modificó el aspecto de la asamblea y el de los tribunales, pero, como hemos visto (pp. 18-24), no hay ninguna buena razón para considerarlos una clase apartada del resto del *demos* ateniense. A medida que comenzaban a cobrar importancia, se unieron a quienes ya eran activos y, por supuesto, les reforzaron, no se enfrentaron a ellos. Según mi interpretación del 462, tampoco hay razón alguna para pensar que el resto del *demos* no hubiera comenzado ya a aceptar interiormente, incluso, hasta cierto punto, conscientemente, los principios de Solón y de Clístenes, es decir, no hubiera comenzado ya a ver en el Areópago una absurda reliquia del pasado. Todos los atenienses, de cualquier clase social, ganaban en poder político; tan sólo los areopagitas llevaban las de perder y con tal de que tengamos en cuenta (no muy en cuenta) el mayor conservadurismo natural de los acomodados, no puedo creer que esta cuestión dividiera a los atenienses por clases sociales.

Pero más importante que todo esto: los hoplitas y los *thetes* que votaron a favor de Efialtes no estaban pensando en términos de un gran salto hacia adelante en el vacío. Nadie podría negar que el 462 fue un punto de inflexión en la historia de Atenas: tras rechazar a Cimón, Atenas rompió con Esparta y, en guerra o no, la hostilidad mutua permaneció hasta la ruptura definitiva del 431; después de que el Areópago perdiese sus poderes (y con la introducción de una paga para los jurados, establecida más o menos al mismo tiempo), los tribunales democráticos se convirtieron en una de las características más sor-

prendentes de la vida ateniense; pero para los responsables de los cambios se trataría de una depuración del sistema de Clístenes y no la creación de una utopía inimaginable hasta entonces. En política exterior aceptaban lo que Temístocles había predicado desde el 479, en los asuntos internos no hacían sino dar forma constitucional a los resultados de un proceso, iniciado en el 508 o incluso antes, y que había continuado con ritmo diverso, durante los años transcurridos desde entonces.

De ser así, es entonces muy fácil medir hasta qué punto había cambiado el ateniense medio en estos cincuenta años. En el 508 estaba descontento con las rencillas entre facciones de la aristocracia; y esto fue lo que percibió Clístenes. Pero era todavía tan sumiso, que Clístenes confundió el descontento general con un rencor limitado contra sus enemigos, contra los de Clístenes. De otro modo, ¿cómo podría habérsele ocurrido pensar a Clístenes que iba a conservar su posición? Con toda probabilidad, el hombre medio seguía actuando movido más por odios concretos que por principios generales; si le apremiaban, afirmaría su independencia, pero no asumiría su responsabilidad como algo normal. Y en esto radica lo esencial del cambio: hacia el 462 el ateniense medio, y permítaseme incluir aquí a los hoplitas tanto como a los *thetes*, llegó a asumir sus responsabilidades como algo normal.

La mejor ilustración de todo esto la encontramos en la esfera del derecho: en el 508 la Heliea era todavía un tribunal de apelación cuya única finalidad consistía en evitar injusticias. En el 462 se convirtió en un tribunal de primera instancia y asumió la dirección de la justicia. E incluso esto, por sorprendente que parezca a primera vista, tal vez fuera mucho menos novedoso de lo que aparenta. En el 594 el arconte emitía su veredicto y el litigante, si no estaba de acuerdo, podía apelar; después del 462, el arconte todavía celebraba una vista preliminar para decidir si había materia suficiente para un proceso y remitía después el caso al tribunal popular competente para que lo juzgase. Como afirmación de la autoridad legal del *demos*; la implantación oficial de este procedimiento tiene, ciertamente, su importancia; pero en la práctica no significó necesariamente un profundo cambio, supuesto tan sólo que hacia el 462, apelar hubiera llegado poco a poco a convertirse en algo frecuente; pudo haberse desarrollado fácilmente *de facto* un sistema muy semejante al posterior desde el momento en que los arcontes se dieran cuenta de que ante la perpectiva de una apelación casi segura no merecía en realidad la pena tomarse en serio el primer "juicio". No sabemos hasta qué punto ocurrió esto o no, pero de nuevo, es al menos posible que un lento cambio de énfasis de los años precedentes tuviera tanta importancia como la propia legislación que lo reconoció.

El mismo cambio de énfasis aparece por otras partes: en el 508 el *demos* elegía a sus líderes aristocráticos y decidía sobre la política a seguir en todos los asuntos importantes (aunque en fecha tan avanzada como el 489, el héroe de Maratón, Milcíades, pudo solicitar del

demos una flota sin dar explicaciones sobre el objetivo de la expedición), pero sospecho que, una vez elegido, el líder era un verdadero líder; en el 462 todavía se seguía eligiendo a aristocráticas para los puestos más altos, pero se les elegía como servidores del *demos.* Las cosas habían cambiado mucho desde que Solón presentaba como objetivo (para entonces, progresista) de su legislación el de que ''así seguirá mejor el *demos* a sus líderes''.

Estos principios los proclama también otra obra de Esquilo, *Las Suplicantes*, probablemente del 463, en la que un rey responde a quien le implora protección con ideas muy poco propias de un rey: ''No sois suplicantes ante mi puerta. Es toda la ciudad la que corre el riesgo de contaminarse y es toda la ciudad la que debe buscar el remedio''. ''Pero tú eres la ciudad'', responden las suplicantes e insisten en su responsabilidad personal en el asunto. El responde: ''Lo he dicho antes. Cualquiera que sea mi poder, no puedo hacer esto sin el *demos*'' (vv. 365-401).

Y aquí nos encontramos por fin, con el problema interno (problema que no aparece en los debates públicos sino sólo en las actitudes públicamente mantenidas) que dividía a los políticos de la época; habría algunos que ayudarían a cambiar el énfasis y otros que no. Los Alcmeónidas indignados por la deslealtad del pueblo después del 508, miraron en torno suyo en busca de nuevos amigos; en un principio lo intentaron con el tirano exiliado Hipias, por entonces refugiado en la corte persa; pero cuando su política de concesiones al enemigo fracasó tan lamentablemente en Maratón, se aliaron con Cimón y, es de suponer que también con otros de parecida mentalidad y consolidaron su alianza al modo tradicional: por matrimonio. Estos hombres, es decir, la mayor parte de la aristocracia ateniense, aceptaban la democracia, pero la aceptaban tan sólo porque no les cabía otro remedio: continuaban pensando y en la medida de lo posible, comportándose como aristócratas.

Una reveladora anécdota cuenta que Cimón consiguió gran popularidad por su generosidad con respecto a los miembros de su *demo*: ''Cualquiera de ellos podía obtener cada día lo que necesitaba presentándose ante él. Además sus propiedades carecían de cercas para que todo el que quisiera pudiera coger sus frutos'' (Aristóteles, *Constitución de Atenas*, 27). En otras palabras, continuaba siendo en el fondo de su corazón el generoso dinasta local típico. La misma historia prosigue afirmando que Pericles pujó más alto que él para obtener el apoyo popular introduciendo la paga para los jurados —no le interesaba la generosidad personal para con los miembros de su séquito privado, era un político de clase—; y, sea verdadera o falsa, la historia resume perfectamente las diferencias existentes entre ambos hombres. La introducción alrededor del 464 del enterramiento a expensas del estado para cuantos cayeran en combate es otro ejemplo del mismo modo de pensar. El estado y no la familia, debía encargarse de quienes habían muerto a su servicio.

Pero no sólo eran Pericles y sus asociados quienes en la década del 60 actuaban según estas nuevas normas. Dentro de la facción Alcmeónida del 508 había ya algunos hombres jóvenes que no sólo comprendían sino que acogían con agrado el cambio que Clístenes introdujo: Arístides, apodado "el Justo", fundador de la Liga de Delos, y Jantipo, padre de Pericles, a los que posteriormente se unió Temístocles.

Es fácil ir demasiado lejos y considerar, por ejemplo, el interés de Temístocles por la marina como un signo de que pretendía dilibe-radamente fomentar el desarrollo de la clase de los *thetes*, de la clase en donde se ha creído ver la fuerza activa que respaldaba a la "democracia radical"; pero toda previsión, incluso la de un genio, tiene sus límites, y la inminente amenaza de Persia es razón suficiente para un programa de construcción naval. Pero no hay duda de que Temístocles y sus amigos aceptaron entusiasmados y felices los resultados de la constitución de Clístenes. No tenían, que sepamos, programa alguno de nuevas reformas democráticas (no era necesario todavía), pero las fuentes describen a los tres como amigos y campeones del *demos*. Esto sólo puede significar que veían y que comprendían hasta cierto punto los cambios que estaban produciéndose en torno suyo, más aún, que estaban preparados para fomentarlos.

Veinte años después de que Clístenes la concibiera, el arma del ostracismo seguía sin ser utilizada; luego, repentinamente, entre el 487 y el 482 los votos del *demos* enviaron a un exilio de diez años a cinco destacados políticos. La explicación es doble. Por una parte, el *demos* había adquirido al fin la confianza suficiente para emplear su fuerza (la victoria de Maratón había contribuido a ello); por otra, había políticos que estaban dispuestos a permitir que la empleara, incluso a incitarle a que la empleara. La mayoría de los historiadores están de acuerdo, y probablemente con razón, en ver la influencia de Temístocles detrás de esta serie de decisiones; y cualesquiera que hayan sido sus motivos inmediatos en los casos individuales, el método que eligió, un método que daba plena responsabilidad al *demos*, es revelador: era un demócrata consciente.

Y es esta conciencia, este conocimiento de la nueva sociedad y de lo que se podía hacer con ella, lo que da a las reformas del 462 ese aire de doctrinalismo que he mencionado ya. Es esa misma conciencia la que inventa, en algún momento del segundo cuarto de siglo, una nueva palabra para describir el nuevo ideal. A finales del siglo VI la *isegoria* y la *isonomia* bastaban, ahora el énfasis se puso en la *demokratia*.

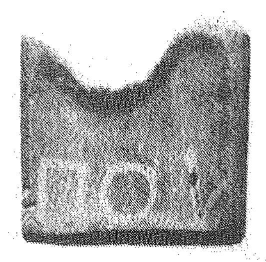
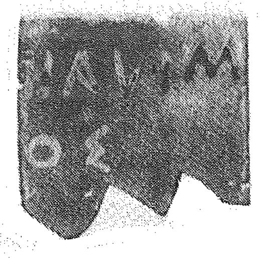
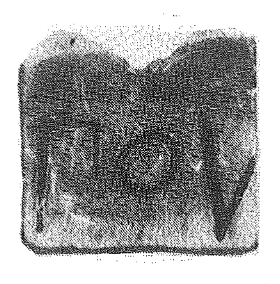
10. EL GRAN DEBATE

CONSERVADURISMO DEMOCRATICO

La *demokratia* ateniense se basaba en dos principios fundamentales: por un lado, en el total acatamiento de las leyes (incluyendo lo que llamaríamos la constitución) y de lo que he denominado de manera no muy elegante una administración despersonalizada y, por otro, en la creencia de que todo individuo aceptado en la sociedad gobernada por estas leyes, tenía el mismo derecho y casi el mismo deber de aplicarlas y defenderlas. En el primer punto, el mérito ha de recaer sobre todo en Solón, aunque él no dio origen al proceso ni tuvo todo el éxito que esperaba al alentarlo. En el segundo, el mérito podría atribuirse a varios políticos destacados, Solón, Pisístrato, Clístenes (aunque sólo fuera por azar), Efialtes y Pericles, pero la mayor parte no pertenece a los políticos; debe otorgarse a los atenienses en conjunto, a aquéllos que protestaron en favor de los cambios y, más aún, a aquéllos, la mayoría, que se mostraron dispuestos a aceptarlos y demostrar, en todo momento, que eran capaces de afrontar las responsabilidades que se les daban.

Igualmente suyo es el mérito de haber mantenido estos principios, salvo en dos breves períodos, en el 412 y en el 404, durante todo el siglo siguiente y aún después. Y el énfasis debe ponerse en la palabra "mantener": el ateniense medio después del 462 era conservador, estaba deseoso de conservar lo que tenía, no de iniciar algo nuevo; y ello por la simple razón de que todos los aspectos fundamentales tenía lo que deseaba.

No quiere decir esto que la política ateniense mostrase siempre las mismas caras. De hecho, hubo otro drástico cambio de fachada en el 429 cuando Pericles murió y, al decir de Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 28), "por primera vez el pueblo escogió un líder que no gozaba del respeto de las clases altas"; es decir, que no era miembro de ninguna de las familias de dirigentes tradicionales. Fue éste Cleón, un rico artesano e hijo también de un rico artesano, el primer ejemplo destacado de una larga serie de hombres semejantes a él, los llamados "demagogos", ricos, capaces, a veces brillantes, pero poco caballeros, poco, al menos, en opinión de quienes lo eran. La explicación de su ascenso es sencilla; el desarrollo económico de Atenas iba dando, poco a poco pero constantemente, mayor importancia a la artesanía como fuente de riqueza, más incluso que a la agricultura o al

Fichas empleadas probablemente para sortear los cargos públicos. La mitad superior lleva el nombre de un *demo* (aquí Halimunte), y la inferior, la abreviatura quizá del cargo. En el reverso el nombre de una tribu se extendía por ambas mitades. Se desconoce el mecanismo preciso de su empleo.

menos, tanto como a ella; al propio tiempo este desarrollo exigía cada vez más de los políticos, ya que la administración de un estado grande y complejo requiere habilidad profesional y no sólo talento aristocrático. Dichos hombres eran tan capaces o quizá más que los aristócratas para desarrollar esta habilidad y a medida que la asamblea, con confianza creciente en sí misma, arrebataba asuntos de estado al poder ejecutivo, les bastaba con ser oradores competentes y emplear su talento en la dirección de la política, sin desempeñar cargo alguno, como pudiera ser la *strategia*, que exigiera conocimientos especiales (por ejemplo, militares) que no tenían ni pretendían tener. No es sorprendente que al final su habilidad se viera recompensada, aun cuando carecieran de ese mágico don del "liderazgo", que a los aristócratas todavía les gustaba considerar como algo exclusivamente suyo.

Ahora bien, a pesar de todo, el alboroto que produjo entonces la aparición de los demagogos no es en realidad indicio de cambio brusco. En teoría tenían cabida en la constitución de Efialtes, que incluso les favorecía, y en la práctica, habían estado abriéndose camino en el mundo de la política por lo menos durante una generación antes de su éxito final. Incluso Temístocles fue, relativamente, un intruso (Heródoto, VII, 143, le llama "advenedizo"), un aristócrata de segunda clase, cuya familia, seguía viviendo fuera de Atenas (cerca de Sunion) a finales del siglo VI; más sintomáticamente, hacia mediados de siglo, hay ciertos datos que sugieren que también otros aristócratas menores o incluso familias hasta entonces completamente desconocidas comenzaron a abrirse paso en los niveles inferiores de la administración. Dicho de otro modo, los demagogos no son más que el resultado natural del crecimiento de Atenas y del asalto de Clístenes contra el poder aristocrático; y cuando hicieron al fin su aparición se mostraron tan conservadores en sus puntos de vista como cualquier otro ateniense. La agitación que hubo en favor de un cambio provenía de un medio muy diferente, de la derecha, y lo que buscaba era regresar a algo semejan-

te al gobierno aristocrático, a algo que en su nueva forma, artificial y teórica, hemos de denominar oligarquía.

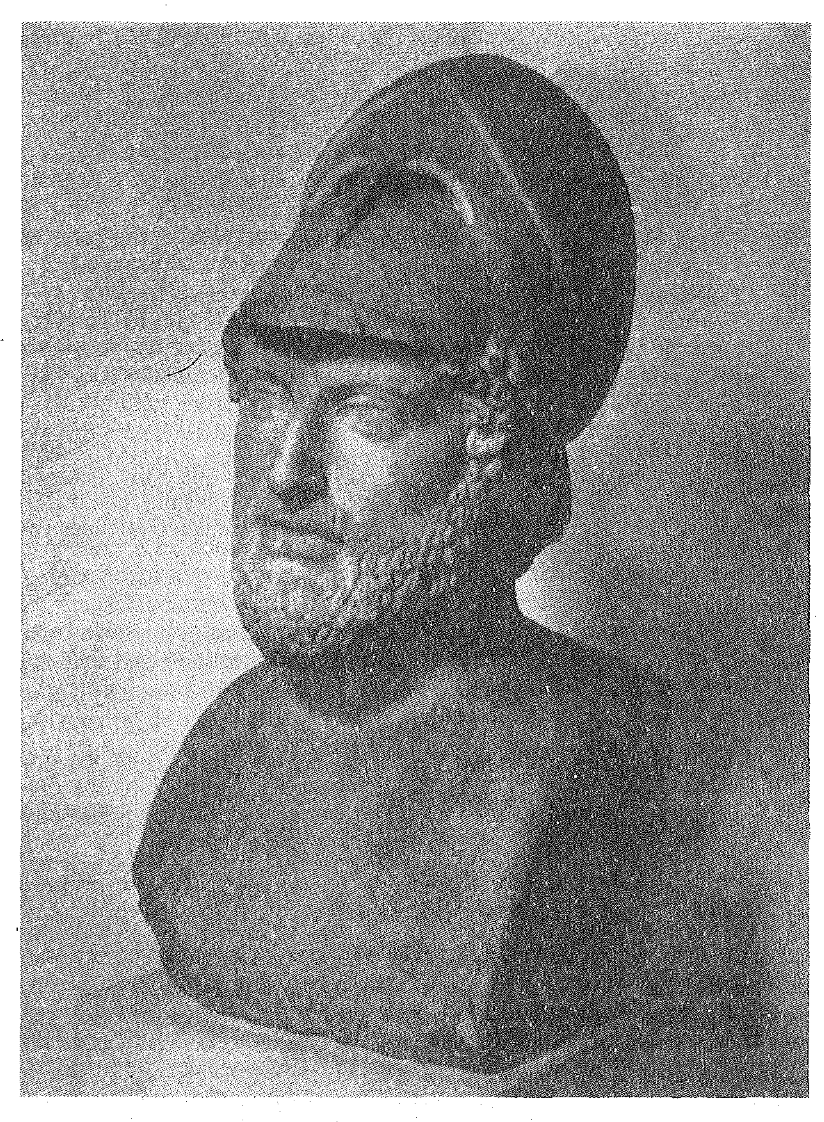


Fragmento de una inscripción que registra los pagos efectuados por los tesoreros en los años 415-414 a.C., uno en la celebración de un festival, otros para las tropas de Melos y la campaña de Sicilia; una parte de la administración financiera de Atenas, cada vez más compleja.

Tres fueron los factores que se combinaron para provocar esta reacción. En primer lugar, la generación que se inició en política en torno al 420 no se acordaba de la crisis del 462; para ellos, la democracia plena era algo normal, algo que ya no despertaba entusiasmo ni a favor ni en contra. En segundo lugar, las clases altas de esta generación fueron las primeras en enfrentarse con las pretensiones de hombres como Cleón que exigían pleno reconocimiento político; la primacía del aristócrata Pericles había amortiguado el golpe que probablemente sintieron en el 462, puesto que asesinaron a Efialtes inmediatamente después de su éxito. Ahora se enfrentaban cara a cara con las verdaderas implicaciones de la democracia. En tercer lugar, esta misma generación fue la primera en sentir plenamente los efectos de una nueva revolución intelectual, el desarrollo de una clase de estudiosos y maestros profesionales, los llamados sofistas, que empezaban a aplicar los principios de la ciencia jónica a campos más relevantes en la vida política, como la retórica, la teoría política, la filosofía en el sentido actual y similares. Educados por ellos, los jóvenes aristócratas del 420 podían situarse aparte de la sociedad y convertir sus prejuicios puramente humanos contra un hombre como Cleón en una crítica de la democracia como tal.

Uno de estos jóvenes fue el llamado "Viejo Oligarca" (*supra* p. 86). El nombre moderno no debe equivocarnos: nada hay de viejo en este ensayista exaltado y universitario inmaduro. Le han regalado juguetes nuevos, estilísticos e ideológicos, está jugando con ambos y no es demasiado competente en ninguno de los dos. Tampoco hay ninguna duda en cuanto al origen de estos juguetes: pequeños trucos de lenguaje y la estructura de la argumentación apuntan directamente a los sofistas y, sobre todo, lo mismo puede decirse del principio en el que se basa su razonamiento: "Todo hombre tiene derecho a buscar su propio interés". Estamos a un paso de afirmar: "La justicia equivale al interés de más fuerte", como quería Trasímaco, otro sofista contemporáneo, doctrina para cuya refutación escribió Platón su *República.*

Admitido este principio, construye una argumentación que vuelve absurda igualmente la segunda parte de su nombre. Admite que la democracia es ineficaz y está corrompida y que sus líderes, los demagogos, son estúpidos y oportunistas vulgares. Pero el *demos* es poderoso, inquebrantablemente poderoso, y sabe que el liderazgo de los demagogos, con su secuela de derroches y locuras, de hecho defiende sus intereses, y "todo hombre tiene derecho a buscar su propio interés". Es posible imaginar, creo, que un oligarca pueda expresarse así y si este es el caso, entonces es que era un oligarca desesperado. Mucho más probable es que no fuera un oligarca en absoluto. Se trata, sin duda, de un joven que está aprendiendo a analizar su sociedad y



Copia tardía de un busto de Pericles, una de las varias que están probablemente basadas en una obra en bronce de Cresilas, contemporáneo de Pericles.

a quien no le gustan demasiado los resultados de su análisis, pero que cuando le llegue el momento de iniciarse en la vida política, aceptará su sociedad tal cual es, por desagradable que le parezca y tratará de sacar el mejor partido posible de ella.

Pero, una vez iniciado en la política, ¿cuál será su comportamien-

to? Otro joven, con una educación parecida, nos indica la respuesta. Aristófanes, en su *Caballeros*, representado en el 424 cuando el comediógrafo tenía unos veinte años, parte casi exactamente de las mismas premisas. Saca a escena al propio *Demos*, un viejo codicioso y aparentemente atontado, sordo a los consejos de sus esclavos honestos y hechizado por completo por un esclavo avieso (Cleón), cuyo único pensamiento es llenarse los bolsillos mientras contenta a su amo con halagos. Pero, según resulta luego, *Demos* no es tan loco como parece:

> CORO:
> ¡Oh Demos! grande es tu poder, a ti te temen todos los hombres como a un tirano, pero eres fácil de engañar y te gusta que te adulen y te engañen, siempre que habla un orador te quedas con la boca abierta y hasta el juicio que tienes lo pierdes.
>
> DEMOS:
> No hay juicio en vuestras cabezas si pensáis que estoy loco, me hago el loco porque me conviene. Me gusta estar bebiendo todo el día; quiero alimentar a un granuja que me gobierne y cuando esté bien cebado, lo reviento.
>
> CORO:
> Haces bien, si como aseguras, esa es tu intención, si les alimentas en el Pnyx como víctimas del *demos* y luego, cuando te hace falta comida eliges al más gordo y te lo sirves como cena.
>
> DEMOS:
> Mirad si yo astutamente les engaño a estos que se tienen por muy listos y creen engañarme. Les observo cuando roban y finjo no verles. Después les obligo a su vez a vomitar cuanto me han robado introduciendo una acusación por sus bocas a modo de sonda.
>
> (*Los Caballeros*, 1111-1150)

Exactamente lo mismo que decía, pero con desesperación, el "Viejo Oligarca". Pero en la comedia puede haber un final feliz. A Cleón, el vulgar curtidor, le suplantará en el corazón de Demos un vendedor de salchichas, todavía más vulgar, que le superará en gritos, ofertas y adulaciones. Y así ocurre efectivamente, pero para conseguir un final aún más feliz, resulta que el vendedor de salchichas tiene un corazón de oro. El corazón de oro es una fantasía cómica, pero la moraleja del éxito del vendedor de salchichas podía aplicarse fácilmente fuera del teatro. El joven aristócrata con ambiciones políticas no debe imitar a un Pericles, y mucho menos a un Cimón, sino que debe ponerse en el lugar del demagogo y derrotar a Cleón con sus propias armas; tiene que convertirse en un vendedor de salchichas, y eso después de todo, no suponía un gran problema para el joven inteligente que sabía que los mejores maestros de Grecia le habían dotado con todos los más recientes trucos del oficio.

Lo trágico de todo ello fue que la juventud no se puso a imitar a Cleón, sino a la idea que se había formado de Cleón. Todos admitimos hasta cierto punto que el fin justifica los medios, que un político no tiene excesiva culpa si se desenvuelve en el juego político según las reglas de su época, pero al fin perseguido tiene que merecer la pena. Nosotros podemos ver en la carrera de Cleón una política coherente pensada para el bienestar de Atenas y sus aliados y para la conservación de la democracia; pero los jóvenes vieron en ella tan sólo una campaña vulgar y nada escrupulosa en busca del poder y del beneficio personal y eso fue lo que trataron de imitar.

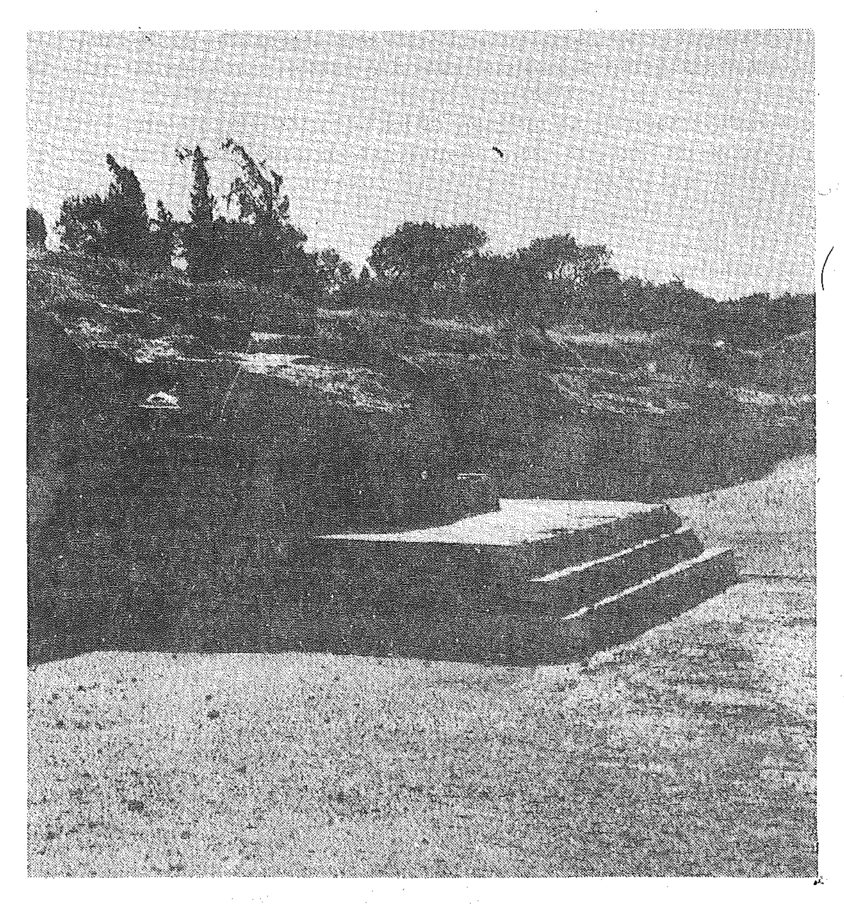
Muchos, sin duda, lo intentaron y fracasaron (un mediocre ilustrado, creyeran lo que creyeran los jóvenes griegos, no es un buen sucedáneo del genio sin instrucción). Un curso de política no hace de nadie un Pericles, como tampoco un curso de dirección de empresas convierte a nadie en un magnate de los negocios o un diploma en educación en un Sócrates. Pero algunos tenían también su chispa de genialidad, uno sobre todo, Alcibíades, cuya carrera, brillante, excéntrica e irresponsable, se mezcla con toda la historia del fracaso de Atenas. Se crió en casa de Pericles, pero al parecer, poco conservó de su educación salvo pretensiones de heredar la posición de Pericles; y en las negociaciones que llevaron a la paz de Nicias (421), una tregua transitoria en la guerra del Peloponeso, y en los agitados años que siguieron, aparece en el centro de una serie de intrigas y ardides (Melos y Siracusa son dos ejemplos) que hubieran avergonzado incluso al vendedor de salchichas. Era el "demagogo" perfecto. Pero a los pocos meses de iniciada la expedición a Sicilia, cuyo mando compartía, se le ordenó regresar a Atenas y antes que enfrentarse a los problemas que le aguardaban, prefirió huir a Esparta. Allí contó la verdad sobre sí mismo y sobre quienes, en Atenas, seguían participando en el juego democrático.

> "Nuestra ciudad era una democracia y nosotros simplemente teníamos que aceptarlo, aunque intentamos por todos los medios moderar los excesos a donde otros intentaban arrastrar el vulgo. Y así conservamos el mando, aunque cualquier persona sensata reconocía la democracia como lo que era. Pero es absurdo pretender decir algo nuevo sobre una insensatez reconocida. Basta con recordaros que era demasiado peligroso intentar cambiarla en medio de una guerra" (paráfrasis de Tucídides VI, 89).

En el 415 la "insensatez reconocida" seguía tan inquebrantable como diez años antes, cuando escribía el "Viejo Oligarca". Pero en el 413 Atenas perdió en Sicilia su flota y su riqueza, la flota que él había considerado la garantía de la democracia y la riqueza, el único motivo que tenía el *demos* para apoyarla. Según todas las reglas —las de él— la oligarquía era ahora factible, y el vendedor de salchichas del 415 se convirtió en el oligarca del 411. El lamentable fracaso de su revolución (pág. 9) es una prueba bastante clara de que aquellas

reglas estaban equivocadas; de que el interés personal, el puro interés personal, no era el único motivo que tenían los atenienses para amar la democracia; que las bellas frases de Cleón, o, para el caso es igual, de un Pericles (véase más adelante págs. 201-2) sobre el derecho y el deber del pueblo a gobernar no eran sólo pura farsa; que el hombre común creía de verdad que la democracia era una buena cosa.

Podría replicarse que éste es un punto de vista parcial. Y sin duda lo es, por cuanto insinúa que la fe ateniense en la democracia estaba justificada. Da la casualidad de que yo comparto esa fe, pero puedo estar equivocado. Pero no creo que haya parcialidad alguna en esta



Tribuna del orador *(bema)* en la Pnyx; los miembros de la asamblea se sentaban en una superficie aproximadamente semicircular a la izquierda de la fotografía. Probablemente hasta el 508, la Asamblea se reunía en el Agora; después del siglo IV, en el teatro de Dionisio. Durante el período intermedio éste fue su emplazamiento, pero sufrió cambios. En realidad, ni Pericles ni Temístocles utilizaron esta plataforma, pero tampoco se colocaron lejos de ella.

crítica a la oposición por cuanto al menos, uno de sus simpatizantes más capaces es quien nos aporta los mejores argumentos para ello. A principios del siglo IV Platón, que había crecido entre los oligarcas del 411 y el 404, volvió la vista atrás y enjuició a la generación que les había producido. Personalmente era demasiado oligárquico para sentir aprecio por los principios que inspiran la democracia, pero supo ver las debilidades de sus amigos y darse cuenta de que intervenir en política sin un objetivo claro conduce al desastre.

En el diálogo platónico *Gorgias*, Sócrates discute con el gran sofista Gorgias y su no muy inteligente discípulo, Polo, sobre el valor del tema predilecto de ambos, la retórica y, por supuesto, los derrota, aunque gentilmente; Gorgias es anciano y honesto y merece respeto como conocedor de su arte; Polo es joven y maleducado pero no lo suficientemente inteligente para merecer un trato brusco; en cualquier caso, ambos son académicos y las diferencias entre ellos apenas cuentan. Pero el siguiente adversario de Sócrates ya no es un académico, sino Calicles, un joven y brillante discípulo de Gorgias que después aplicará las lecciones aprendidas al mundo real de la política. Al momento, la atmósfera del diálogo cambia. Gorgias y Polo exageraron el poder de la retórica; inocentemente creyeron que podía ser provechosa. Pero Calicles no se hace tales ilusiones: la retórica es provechosa, sin duda, pero sólo para él. Al débil le está permitido cobijarse tras las leyes, el fuerte debe despreciarlas y perseguir el único objetivo que merece la pena, el interés personal, un objetivo que en una democracia, la retórica pone a su alcance. El horror de Platón ante semejante doctrina, no ofrece lugar a dudas. Vale la pena parafrasear aquí las palabras de Sócrates:

> Por tanto, haz lo que te digo, Calicles, y sígueme en este camino [el estudio de la verdadera justicia]. Es el único que conduce a la felicidad. Si otros te desprecian o te insultan, ignóralos; si practicas el bien, no sufrirás daño alguno. Y cuando lo hayamos practicado juntos, entonces y sólo entonces, comencemos con la política, pues sería un crimen hacerlo ahora tal como estamos. ¡Nos falta tanto por aprender! Nuestra discusión demuestra que el mejor modo de vivir consiste en buscar la justicia, por tanto, sigamos ese camino y exhortemos a otros a que hagan lo mismo, ignorando el que tú recomiendas. Porque no tiene valor, Calicles.

Jóvenes como Calicles o Alcibíades eran los innovadores en la Atenas de finales del s. V y, ciertamente, fue su inteligencia y su deseo de innovación lo que destruyó la unidad ateniense y provocó la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso. Contra la reverencia a las leyes, aducían (tal y como les habían enseñado los sofistas aunque ellos extrajeron una conclusión errónea) que las leyes no eran sino una convención; y contradiciéndose, que las leyes de Solón (o Clístenes o Dracón), de las que inventaban una versión personal adaptada a sus preferencias, eran más dignas de reverencia que las del sistema vigente.

Contra el sistema en sí aducían que tan sólo se debía confiar las decisiones políticas a los ilustrados e inteligentes; que la democracia era estúpida e incluso injusta al no dar un voto extra a la inteligencia y a la valía.

EL ALEGATO DE LOS DEMOCRATAS

En respuesta, Cleón podía apelar a los sentimientos y a la tradición, presentarse como heredero de Temístocles o de Pericles, alinearse con la vieja generación que había votado por Efialtes y aún sentía verdadero interés por los privilegios que había conseguido con sus votos. Pero también podía ofrecer razones:

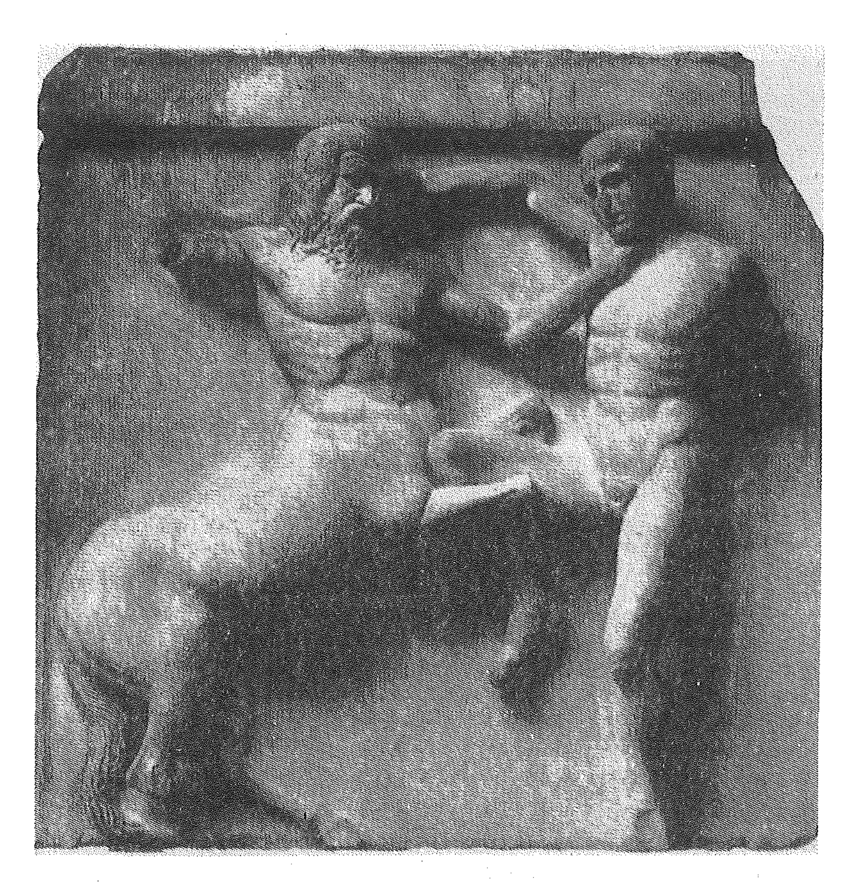
> "Una ciudad con leyes peores, pero inflexible es más fuerte que otra con leyes mejores, pero ineficaces; la ignorancia unida a la disciplina es más ventajosa que la inteligencia unida al libertinaje. Son los hombres insignificantes, no los más inteligentes quienes casi siempre gobiernan mejor las ciudades. Estos últimos siempre quieren parecer más sabios que las leyes... pero los primeros desconfían de su propia inteligencia... y siendo jueces imparciales en vez de competidores casi siempre llegan a una decisión justa. No debemos dejarnos llevar por la habilidad o la rivalidad intelectual a la hora de aconsejar al pueblo, simplemente por deseo de exhibir nuestro talento". (Tucídides III, 37).

Un demócrata de Siracusa, enfrentado con el problema unos pocos años después, hacía el mismo alegato de una manera más directa:

> "Tal vez se afirme que una democracia no es sabia ni justa, que los que tienen dinero son los más adecuados para gobernar. Pero yo digo, en primer lugar, que el *demos* incluye a todo el estado, oligarquía en cambio, sólo a una parte; que los ricos son los mejores guardianes del dinero, los sabios, los mejores consejeros, pero la multitud, una vez informada, juzga mejor; y que todas esas virtudes participan en igual medida en una democracia. Una oligarquía en cambio, da a la multitud, su parte de riesgo y toma para sí no la parte mayor, sino todos los beneficios. Esto es lo que buscan los poderosos y los jóvenes entre vosotros, pero en una gran ciudad nunca podrán obtenerlo". (Tucídides, VI, 39).

Quizá ninguno de los dos es muy convincente, pero es que ambos están a la defensiva. Para una reivindicación completa y categórica del ideal democrático, debemos dirigirnos al famoso discurso que Pericles pronunció en el funeral público por los que murieron en el primer año de la guerra del Peloponeso:

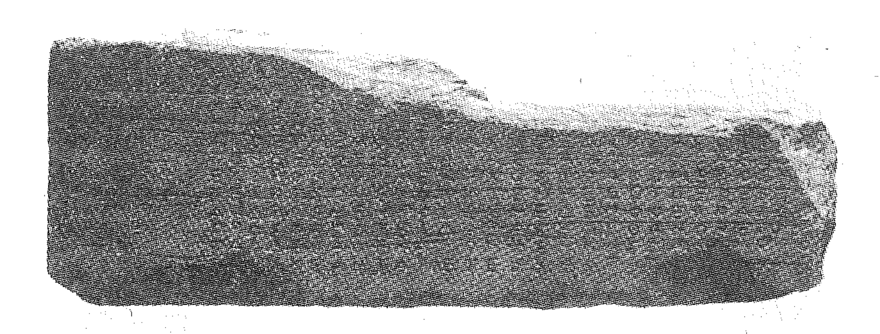
> "Tenemos una constitución que no envidia las leyes de nuestros vecinos; más somos ejemplo para otros que imitadores y esta constitución, administrada en beneficio de muchos, no de unos pocos, recibe el nombre de democracia. Nuestras leyes conceden iguales derechos a todos los hombres en sus disputas privadas... el mérito, no la clase so-



Por encima del arquitrabe del templo dórico corría un friso en el que se alternaban triglifos (losas salientes con dos estrías verticales en el centro y media estría en cada ángulo) y metopas, losas que podían ser lisas o llevar una escultura en relieve. Esta es una metopa del Partenón (cf. las figs., de las páginas 20 y 34) con un relieve que representa la lucha de un centauro con una lapita.

cial, es el que determina la reputación de una persona y tampoco la pobreza ni el ser poco conocido impiden a nadie aportar algo bueno a la ciudad. Nos gobernamos libremente tanto en público como en privado. No nos ofendemos ni sentimos resentimiento si una persona hace lo que le apetece... Pero la libertad individual no implica el desgobierno público. Un temor respetuoso nos enseña a obedecer a los magistrados y a las leyes..."

"Amamos la belleza en la simplicidad y la sabiduría sin molicie. Utilizamos nuestra riqueza más como medio para la acción que como motivo de jactancia y confesar la pobreza no es vergonzoso entre nosotros sino que más vergonzoso es el no rehuirla. Nos preocupamos tanto de los asuntos públicos como de los privados, gentes de muy distintos oficios juzgan con aptitud en los asuntos públicos; ciertamente,



Lápida sepulcral de los atenienses caídos en Potidea en el 432 a.C. (un prólogo a la guerra del Peloponeso) con tres epigramas métricos de cuatro versos. Encima había un relieve, hoy perdido, que representaba la batalla. Abajo, habría probablemente una lista de nombres.

somos los únicos que consideramos a quien no participa en ellos no alguien sin ambición, sino inútil. Todos tenemos nuestras propias opiniones...''

''En resumen, afirmo que la ciudad entera es un ejemplo para toda Grecia y creo que cualquiera de nosotros puede tener una personalidad completa y la máxima flexibilidad en la mayoría de los aspectos... Y fue por una ciudad como ésta que estos hombres consideraron justo morir en combate, para que no les fuera arrebatada y entre todos los que quedamos es natural que cada uno quiera sufrir por ella''. (Tucídides, II, 37-41).

La Atenas real, el ateniense real, sin duda, distaban mucho del ideal dibujado por Pericles, pero tal y como sostuve al principio, una audiencia de atenienses comunes (hombres y mujeres) escucharon este discurso, lo comprendieron y aceptaron los principios en los que se basaba. También se acercaron a él cuanto les fue posible, tal vez todo lo humanamente posible, cuando pusieron en práctica esos principios.

En la defensa que de ellos hace Pericles, a cada paso podemos encontrar el eco de las luchas de los siglos anteriores. ''Un temor respetuoso nos enseña a obedecer las leyes'': igual que, como he sugerido, había afirmado Esquilo que podía conseguirse. ''Nuestras leyes conceden iguales derechos a todos los hombres'': lo mismo que Solón había intentado cuando afirmaba: ''redacté leyes iguales para el noble y para el plebeyo''. Pero también se percibe un eco diferente, el que mejor resume el largo camino de siglos que el ateniense medio había tenido que recorrer hasta llegar al 431: ''Todos tenemos nuestras propias opiniones... es natural que cada uno de nosotros quisiera sufrir por ellas''. Los valores morales de Ulises eran muy diferentes:

''Pero cuando encontraba a algún hombre del *demos* gritando..., le reprendía severamente: ¡Eh, tú! Estáte quieto y escucha las órdenes de quienes son mejores que tú. No eres guerrero ni valiente y no cuentas para nada ni en el combate, ni en el consejo''.

CRONOLOGIA

Esta lista no se refiere a la historia de Grecia en general, sino sólo a los acontecimientos más importantes mencionados en el texto y a unos pocos más que son relevantes. Las interpretaciones propuestas (y a veces las propias fechas) se justifican en el texto.

a.C. c. 800-775	Primera expansión griega conocida en el este: fundación de Al Mina en Siria, desde Eubea.
c. 750	Primera expansión griega conocida en el oeste: fundación de Cime en Italia.
c. 750	Introducción del alfabeto desde el este, quizá vía Al Mina. Homero en Jonia compone (¿y escribe?) la *Ilíada*, y, más tarde, la *Odisea*.
c. 735	Primera colonia griega en Sicilia: Naxos, fundada por Eubea, seguida, muy poco después, por importantes colonias corintias, en Corcira y en Siracusa (c. 734); luego mucha más de Eubea, Acaya, etc.
c. 735-710	Guerra Lelantina, Calcis, Corinto, Samos y sus aliadas contra Eretria, Mégara, Mileto y aliadas. Esparta (aliada de Calcis) se anexiona Mesenia. Primeros avances de la técnica hoplita.
c. 725	Comienza la influencia oriental en el arte griego.
c. 700	Hesíodo escribe *Los trabajos y los días* en Beocia.
c. 680	Giges se apodera del trono de Lidia.
? c. 675	Esparta consigue una constitución: reformas de ''Licurgo''.
669	El rey Fidón de Argos derrota a Esparta en Hisias.
c. 668-660	Esparta aplasta una revuelta mesenia.
c. 660	Arquíloco escribe la primera poesía personal que ha sobrevivido hasta nosotros.
657	Cipselo establece la tiranía en Corinto, expulsando a los aristócratas en el poder (los Baquíadas).
c. 650	Se establecen tiranías en Sición, Mégara y otros lugares.
c. 630	Intento de tiranía de Cilón, en Atenas. Primeros asentamientos en el norte de Africa, en Cirene (desde Tera) y Naucratis (desde Mileto).
625	Periandro sucede a Cipselo en Corinto.
c. 620	El código de Dracón en Atenas.
c 610	Primeras colonias en el mar Negro (Istro, Olbía, etc.) después de al menos cincuenta años de exploraciones esporádicas (no está confirmada la tradición sobre asentamientos más tempranos, por ejemplo en Sínope c. 750).
c. 600	Guerra entre Atenas y Mitilene por la posesión de Sigeo en la Tróade. La especulación científica comienza en Mileto con Tales.

594 Legislación económica y constitucional de Sólón en Atenas.

585 Muerte de Periandro en Corinto.

582 Fin de la tiranía en Corinto.

561 Pisístrato se apodera del poder en Atenas: dos breves períodos de gobierno y dos exilios antes del triunfo final en la batalla de Palene (546).

c. 550 Esparta adopta la política que conducirá a la formación de la Liga del Peloponeso, núcleo de la resistencia griega frente a Persia en el 480.

? c. 550 Anaximandro de Mileto dibuja un mapa del mundo.

c. 545 Esparta derrota a Argos y se anexiona Tirea (costa occidental del Peloponeso).
Persia conquista Lidia y a continuación, ocupa Jonia.

528 Hipias sucede a Pisístrato en Atenas.

c. 514 Un ejército persa atraviesa el Bósforo y entra en Europa; desde allí prosigue en dirección norte, cruza el Danubio y, derrotado por los escitas, se retira.

514 Asesinato de Hiparco, hermano de Hipias, por Harmodio y Aristogitón.

510 Hipias es expulsado de Atenas por los Alcmeónidas, con ayuda espartana.

508 Reformas constitucionales de Clístenes en Atenas.

508-506 Fracaso del intento espartano, beocio y calcídico por intervenir en los asuntos atenienses.

499 Revuelta jonia contra Persia, dirigida por Aristágoras de Mileto. Atenas envía un contingente en su ayuda.

497 Retirada de las fuerzas atenienses en Jonia.

494 Los persas derrotan a los jonios en Lade. Caída de Mileto ante Persia. Fin de la sublevación.

494 Esparta derrota a Argos en Sepea.

490 Primera invasión persa de Grecia, desbaratada por los atenienses en Maratón.

487 El ostracismo es utilizado por primera vez en Atenas.

482-480 Construcción de una importante flota ateniense por consejo de Temístocles.

481 Formación de la Liga Griega para hacer frente a posteriores invasiones persas, bajo mando espartano.

480 Segunda invasión persa bajo el rey Jerjes. Fallida defensa de las Termópilas por las fuerzas aliadas al mando del rey espartano Leónidas. Escaramuzas no decisivas en el mar frente al Artemision. Saqueo del Ática por los persas. Victoria decisiva de la flota aliada griega en Salamina. Retirada de Jerjes, que deja a Mardonio el mando en Grecia.

479 Mardonio es derrotado por el ejército griego aliado en Platea y los persas en Asia Menor, por la escuadra griega en Micale.

478 Esparta y la Liga del Peloponeso se retiran de la escuadra griega. Formación de la Liga de Delos, dirigida por Atenas, para explotar los éxitos obtenidos.

471 El intento de Naxos por abandonar la Liga es aplastado por la fuerza.

470 Ostracismo de Temístocles.

469 Victoria de la armada de la Liga bajo el mando de Cimón ante los persas en el Eurimedonte. Fin de la amenaza persa en el Egeo.
466-5 Condena de Temístocles, que huye a Persia.
465-463 Aplastada la sublevación de Tasos contra la Liga.
462 Expedición ateniense al mando de Cimón para ayudar a Esparta a sofocar la revuelta mesenia (465-460).
? 463 *Las Suplicantes* de Esquilo: indicios de propaganda democrática.
462 Efialtes y Pericles recortan poderes al Areópago.
461 Ostracismo de Cimón.
460-445 Guerra entre Atenas y Esparta (primera guerra del Peloponeso).
458 La *Orestiada* de Esquilo: una justificación de las reformas de Efialtes y Pericles.
449 Firma de un tratado formal de paz con Persia (paz de Calias).
443 Comienza la supremacía de Pericles.
432 Alianza defensiva ateniense con Corcira, colonia de Corinto.
431 Invasión del Atica por el ejército peloponesio. Comienza la segunda guerra del Peloponeso.
429 Muerte de Pericles.
? 428 Publicación de las *Historias* de Heródoto (en gran parte, escritas antes).
425 Cleón alcanza una preeminencia próxima a la de Pericles.
424 *Los Caballeros* de Aristófanes (ataque a Cleón) y (?) "El Viejo Oligarca" (análisis filosófico de la democracia ateniense).
422 Muerte de Cleón.
421 Paz de Nicias entre Atenas y Esparta.
420 Intrigas de Alcibíades en el Peloponeso que conducen a la alianza entre Atenas y Argos.
418 Batalla de Mantinea entre Argos con sus aliados (incluido Atenas) y Esparta: la paz de Nicias todavía no se ha roto oficialmente.
416 Saqueo de Melos por los atenienses.
415 *Las Troyanas* de Eurípides: una condena de la guerra. Expedición ateniense a Sicilia.
414 Esparta reanuda las hostilidades contra Atenas.
413 Desastre ateniense en Sicilia.
412 *La Helena* de Eurípides: escapismo tras el desastre.
411 Revolución oligárquica en Atenas (los Cuatrocientos). Expulsión de los Cuatrocientos e institución de una oligarquía moderada (los Cinco Mil).
410 Restauración de la democracia plena.
405 Derrota final de Atenas en Egospótamos.
404 Rendición de Atenas e implantación de una oligarquía respaldada por Esparta (los Treinta).
403 Restauración de la democracia y amnistía general.

BIBLIOGRAFIA

Si un libro se ha editado a la vez en Inglaterra y EE.UU. se mencionan los dos editores, citándose en primer lugar el editor inglés. Las fechas son las de la primera edición.

General

La mejor historia abreviada de Grecia sigue siendo la de J.B. Bury *History of Greece*, revisada por R. Meiggs, Macmillan/St. Martin's Press, 1951; más puesta al día, pero menos satisfactoria como introducción al tema, es la obra de N.G.L. Hammond, *History of Greece*, Oxford University Press, 1959. A.R. Burn ofrece una buena visión del período 700-500 a.C. en su *Lyric Age of Greece*, Arnold/St. Martin's Press, 1960. Los volúmenes III-V de la *Cambridge Ancient History* (12 vols.), Cambridge University Press/Macmillan, 1923-39, se ocupa con más detalle de nuestro período en capítulos de diferentes manos y de mérito muy desigual.

Para el arte, véase R.M. Cook, *Greek Painted Pottery*, Methuen Quadrangle Books, 1960; A. W. Lawrence, Greek Architecture, Penguin, London 1957; G. M. A. Richter, *Archaic Greek Art*. O. U. P., 1949, y *Sculpture and Sculptors of the Greeks*, O. U. P., 1950; M. Robertson, *Greek Painting*, Zwemmer/Skira, 1959; C. T. Seltman, *Greek Coins*, 2.ª ed., Methuen/Humanities Press, 1955; J. Boardman, *Greek Art*. Thames and Hudson/Praeger, 1964.

1. *Errores y aciertos*

Para detalles de la constitución ateniense véase C. Hignett, *A History of the Athenian Constitution*, O. U. P., 1952. Para una valoración de su funcionamiento, A. H. M. Jones, *Athenian Democracy*. Blackwell Praeger, 1957, caps. 3 y 5; A. W. Gomme, *More Essays in Greek History*, Blackwell, Oxford, 1962, págs. 177 y ss.; M. I. Finley (trad. cast. en M. I. Finley ed.: *Estudios de Historia antigua*, Madrid, 1979) "The Athenian Demagogues", *Past and Present*, vol. 21, 1962, págs. 3 y ss. Mi visión del imperio ateniense es básicamente la de G.E.M. de Ste. Croix, *Historia*, vol. 3, 1954, págs. 1 y ss.

2. *La sociedad aristocrática*

En *The World of Odysseus*, Chatto & Windus/Viking, 1954, (traducción esp. *El mundo de Odiseo*, Madrid, 1961), M. I. Finley ofrece una excelente descripción de la sociedad griega de los siglos X y IX a.C. Ha completado algunos detalles A. Andrewes en *Hermes*, vol. 89, 1961 págs. 129 y ss.; *JHS* vol. 81, 1961, págs. 1 y ss.; y en su lección inaugural *Probouleusis*, O. U. P. 1954. El artículo de L. Gernet "Droit et prédroit", *L'Année Soc.*, 1948-9 págs. 21 y ss., ofrece una ilustrativa visión de un aspecto vital de este mundo primi-

tivo. Para una breve valoración de Hesíodo véase H. T. Wade-Gery. *Essays in Greek History*, Blackwell, Oxford, 1958, pp.1 y ss.

3. *La expansión económica*

T. J. Dunbain, "The Greeks and their Eastern Neighbours", *Hellenic Soc. Supp. Papers*, 1957, y J. Boardman, *The Greek Overseas*, (trad. cast. *Los griegos en ultramar*, Madrid, 1975), Penguin, London, 1964, ofrecen brillantes descripciones de la expansión del siglo VIII. Véase también J. M. Cook, *The Greeks in Ionia and the East*, Thames and Hudson/Praeger, 1962, caps. 4-5. Sobre los líricos, cf. C. M. Bowra, *Early Greek Elegists*, O. U. P. Harvard, 1938, y *Greek Lyric Poetry*, 2.ª ed., O. U. P., 1961.

Para la interpretación de la palabra "tirano" que yo modifico (págs. 67-72) véase A. Andrewes, *The Greek Tyrants*, Hutchinson/Harper, 1956. cap. 2. Para la fecha de los hoplitas, Andrewes, *op. cit.*, págs. 31 y ss. Los testimonios, antiguos y modernos, los ha examinado de nuevo, A. Smodgrass en *Early greek Armour and Weapons*, Edinburgh U. P., 1964.

4. *Revolución en Corinto*

Sobre la tiranía en general véase A. Andrewes, *The Greek Tyrants*, sobre Cipselo véase el cap. IV. Puntos de vista más antiguos en P. N. Ure, *The Origin of Tyranny*, C. U. P./Macmillan,1922; H. T. Wade-Gery en la *Cambridge Ancient History*, vol. III, C. U. P./Macmillan, 1925, cap. 22. Para el desarrollo de la ciencia y la filosofía griegas véase J. Burnet, *Early Greek Philosophy*, 4.ª ed. Black/Macmillan, 1930; L. Pearson, *Early Ionian Historians*, O. U. P. 1939; T. A. Sinclair, *A History of Greek Political Thought*, Routledge, London, 1952.

5. *Revolución en Esparta*

El profesor Andrewes trata de Esparta en el cap. 6 de *The Greek Tyrants* y sugiere una datación tardía; cf. H. T. Wade-Gery, *Essays in Greek History*, págs. 37 y ss. Para una datación temprana, véase N. G. L. Hammond, *JHS*, Vol. 70, 1950, págs. 42 y ss.; W. den Boer, *Laconian Studies.* Amsterdam, 1954, parte I. Una solución de compromiso en G. L. Huxley, *Early Sparta*, Faber/Harvard, 1962, cap. 3; W. G. Forrest, *The Phoenix*, vol. 17, 1963, págs. 157-79. P. Roussel, *Sparta*, 2.ª ed., París, 1960, y H. Michell, *Sparta*, C. U. P., 1952, ofrecen una visión más amplia de este extraño estado y sus instituciones. Los tristes efectos producidos en la tradición por el culto posterior de los conservadores griegos a la constitución espartana los ha descrito excelentemente F. Ollier en *Le Mirage Spartiate.* (2 vols.), París, 1933 y 1943.

6. *Revolución en Atenas. Solón*

De nuevo véase Andrewes, *op. cit.*, cap. 7. También W. J. Woodhouse, *Solon the Liberator*, O. U. P., 1938; K. Freeman, *Work and life of Solon*, Milford, New York, 1926. La opinión de Andrewes sobre los orígenes del hectemorazgo será expuesta en un libro que aparecerá en breve. Con gran generosidad, el autor me ha permitido ofrecer aquí un breve resumen, algo modificado.

Para una valoración de los fragmentos de Solón, véase C. M. Bowra, *Early Greek Elegists*, O. U. P./Harvard, 1938, cap. 3.

Para más detalles en materia constitucional, véase C. Hignett, *History of the Athenian Constitution*, O. U. P., 1952, cap. 4 (del que disiento en muchos puntos fundamentales); H. T. Wade-Gery, *Essays in Greek History*, Blacwell, Oxford, 1958, págs. 86-115; G. E. M. de Ste. Croix, *Essays* (que se publicará en breve).

7. *Tiranía en Atenas*

De nuevo, véase Andrewes, *op. cit.* cap. 9, Hignett, *op. cit.*, cap. 5.

8. *Las reformas de Clístenes*

Sobre Clístenes, véase Hignett, *op. cit.*, cap. 6, y Wade-Gery, op. cit., págs. 135-54. Para detalles sobre su sistema de *trittys*, D. M. Lewis, *Historia*, 1963, págs. 22 y ss.; C. W. J. Eliot, *Coastal Demes of Attika*, University of Toronto Press, 1962. Para la opinión de que Clístenes era un reformador desinteresado y para un importante estudio sobre el ostracismo véase G. E. M. de Ste. Croix, *op. cit.*

9. *De Clístenes a Efialtes, 508-462 a.C.*

Para los años comprendidos entre el 508 y el 462 véase Forrest, *Classical Quaterly*, 1960, págs. 221 y ss., donde trato de justificar el breve y dogmático resumen que aparece en el texto sobre Temístocles y sus oponentes; para detalles constitucionales, Hignett, *op. cit.*, caps. 7 y 8; Wade-Gery, *op. cit.*, págs. 170-200; sobre Esquilo, K. J. Dover, *JHS*, vol. 77, 1957, págs. 230 y ss.; E. R. Dodds, *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 1961.

Sobre la expansión de Persia, véase A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, C. U. P./Chicago, 1948; sobre las guerras persas, A. R. Burn, *Persia and the Greeks*, Arnold/St. Martin's, 1962.

10. *El gran debate*

Algo de luz sobre el debate político a finales del s. V arroja, A. Fuks, *The Ancestral Constitution, Routledhe,* Londres, 1953.

AGRADECIMIENTOS

La bibliografía refleja algunas de mis deudas con otros historiadores, pero faltan muchos y aquí, de nuevo, sólo puedo mencionar uno o dos: Sir Maurice Bowra, los catedráticos H. T. Wade-Gery y A. Andrewes, G. E, M. de Ste. Croix y T. C. W. Stinton. A ellos y a muchos otros colegas de Oxford y de otros lugares, de cuyas ideas consciente o inconscientemente, con o sin autorización, he "obtenido ilimitados beneficios", les estoy profundamente agradecido.

Mi agradecimiento también a T. Stalker-Miller, que dibujó los mapas y a Catherine Porteous que reunió las fotografías. Por su especial colaboración aportando fotografías, estoy también en deuda con el Doctor L. H. Jeffery, Jane Rabnett, el catedrático P. Amandry, A. Snodgrass y B. B. Schefton.

Y mi agradecimiento por las ilustraciones a (el número es el de la página en que aparece la ilustración): Frontispicio, 8, 16, 130, 132-3, 178, David Beal; 11, 61, 74, 81, 102, el Louvre, fotos Josse Lalance & Cía; 14, 15, 17, 76-7, 172, 173, 192, Agora Excavations, American School of Classical Studies, Atenas; 19, 26, 182, Ashmolean Museum; 20-1, 25, 34-5, 41, 48, 49, 51, 55, 59, 60, 68-9, 70, 71, 72, 73, 82, 84, 91, 99, 100, 116, 119, 120, 135, 138, 154, 160, 161, 162, fotos John R. Freeman; 193, 195, 201, 202, British Museum; 23, 38, Staateiche Museen zu Berlin; 30, Aufnahme des Kunsthistorisches Museum; 32, J. Allan Cash, 53, 155, 179, Museo Nacional, Atenas; 58, Deutsches Archäologisches Institut, Atenas; 64, Museo de la Acrópolis; 65, British School of Archaeology, Atenas, dibujo por R. V. Nicholls, 91, French School of Archaeology, Atenas; 79, A. Snodgrass; 89, Organización Nacional de Turismo de Grecia foto V. y N. Tombazi; 107, P. Amandry; 118, Giraudon; 141, Museo Arqueológico, Estambul, foto L. H. Jeffery; 163, B. B. Shefton; 198, Alison Frantz.

W. G. F.

INDICE DE MAPAS

INDICE